

RUBEN VARGAS UGARTE S. J.

SEMBRANDO LA SEMILLA

(Oraciones y Discursos)

BV4254
.S5V29

Lima, 1965

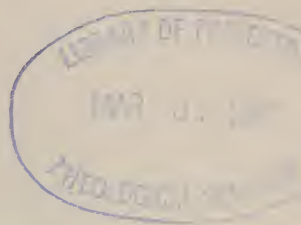


BV4254
.S5V29

SEMBRANDO LA SEMILLA

(Oraciones y Discursos)

✓
RUBEN VARGAS UGARTE S. J.



SEMBRANDO LA SEMILLA

(Oraciones y Discursos)

Lima, 1965

Imprimi potest.

Richardus Durand S.J.

Praep. Vice Prov. Peruvianae. S.J.

Limae. 10 Junii. 1965.

Imprimatur.

† Mario Cornejo Radavero.

Vicario General.

Limae, 3 Julii 1965

AL LECTOR

En este año, 1965, cumple sesenta años de vida religiosa el R.P. Rubén Vargas Ugarte, de la Compañía de Jesús. Estas podemos decir que son sus bodas de diamante, porque difícilmente habrá quien llegue a contar setenta y cinco años dentro de la Orden o Instituto que abrazó en su juventud. Algunos de sus amigos, compañeros, discípulos, acogieron la idea de rendirle un sencillo homenaje con motivo de tan fausta celebración. Consultado el mismo Padre, este les manifestó que agradecía de corazón la iniciativa e insinuó que se tradujese en la publicación de un libro en donde se podían recoger los discursos y oraciones sacras que en el transcurso del tiempo había tenido ocasión de pronunciar. Muchas de estas piezas habían sido ya publicadas, pero en periódicos o revistas que es difícil adquirir y cuya dispersión no permite que lleguen a muchas manos.

La idea halló la mejor acogida y se constituyó una comisión encargada de ponerla por obra. He ahí explicado el porqué de estas páginas que no encierran, ciertamente, toda la labor que en este campo ha realizado el P. Vargas, pero si podemos afirmar que en ellas se encontrará lo mejor y más digno de conservarse.

Antes de terminar, queremos dar los nombres de los que han contribuído a este homenaje, al cual se han adherido otros muchos que no figuran en la lista, así como algunos de los familiares del P. Vargas, que han querido darle esta prueba de su invariable afecto.

Waldemar Schroder Mendoza
Félix Denegri Luna
Germán Aguirre Ugarte
Diómedes Arias Schreiber del Busto
Jorge Castro Harrison
Apolonio Carrasco Limas
Fernando Figari Diez Canseco
Lucio Castro Pineda
Javier Kiefer Marchand
Rafael Loredó Arriz
María y Raquel de Asin Lecca
Bernardo Morawski
Bernardo Fernandez
Carmela Corvetto de Vargas
Guillermo Velaochaga Miranda
Felipe de la Barra
Renée Vargas de Cipriani
Alina Corvetto de Madueño
N. N.
Enrique Rávago Bustamante
Pedro Ugarteche
Luis Humberto Delgado
Eduardo Espinosa León.

INDICE GENERAL

| | Pág. |
|--|------|
| Oración Fúnebre pronunciada en la Catedral Basílica en las Exequias de D. Carlos Washburn, Presidente de la Corte Suprema de Justicia el 6 de Junio de 1925 ... | 1 |
| Oración Fúnebre Pronunciada en la Catedral Basílica en las honras del General Carlos Mangin. 18 de Julio 1925 | 5 |
| Sermón pronunciado en la Basílica Metropolitana el 28 de Julio de 1925, en el Solemne Te Deum Conmemorativo del Aniversario Patrio ... | 11 |
| Panegírico de San Francisco de Asis. Recoleta de Sucre. 1930 ... | 18 |
| Oración Patriótica pronunciada en la Basílica Metropolitana el 17 de Diciembre de 1930, al conmemorarse el Centenario de la muerte del Libertador ... | 24 |
| Conferencia pronunciada en la Asamblea de la Obra de Nazareth el día 18 de Setiembre de 1932 ... | 33 |
| Alocución pronunciada el sábado 30 de Julio de 1932 en la plaza del distrito de la Victoria, con motivo de la inauguración del monumento a Miguel Grau ... | 42 |
| Sermón pronunciado en la Nueva Iglesia Matriz de Chiclayo el 15 de Abril de 1935 en la ceremonia conmemorativa del Centenario de la ciudad ... | 45 |
| Sermón pronunciado en la Catedral Basílica en el IV Centenario de la Fundación de Lima, 22 de Enero de 1935, al inaugurarse la capilla de Santa Ana en donde reposan los restos de Nicolás de Rivera, el Viejo ... | 50 |
| Elogio fúnebre del Dr. Raimundo Morales de la Torre, Decano de la Facultad de Letras de la Universidad Católica, pronunciado en el Cementerio General el 11 de Setiembre de 1936 ... | 61 |
| Panegírico de los Beatos Martín de Porras y Juan Masias pronunciado en la Basílica Metropolitana en el Centenario de su Beatificación, el 8 de Agosto de 1937 ... | 64 |
| Mensaje Radial transmitido en Ica, en homenaje a Fray Ramón de Jesús María ... | 70 |
| Segundo Mensaje Radial transmitido en Ica ... | 73 |

| | |
|---|-----|
| Conferencia pronunciada en el Teatro Segura, en el Homenaje tributado al Beato Martín de Porras .1939 | 76 |
| Alocución pronunciada en el Auditorium del Campo de Marte el 9 de Junio de 1940, en la Misa de Campaña, celebrada a fin de impetrar del cielo, por mediación de Santa Rosa, el remedio de los daños sufridos a consecuencia del terremoto de Mayo de dicho año | 88 |
| Oración pronunciada en la Basílica Metropolitana con motivo del IV Centenario de la muerte de Don Francisco Pizarro. 1941 | 91 |
| Discurso pronunciado al ingresar en la Academia de la Lengua, el 25 de Octubre de 1941 | 96 |
| Sermón de el Infierno | 143 |
| Oración Fúnebre del Ilmo. Mons. Manuel Tovar en el Primer Centenario de su nacimiento. Catedral de Lima, Marzo. 1944 | 154 |
| Discurso pronunciado en la entrega de la Casa que fue de D. José de la Riva Agüero a la Pontificia Universidad Católica del Perú | 161 |
| Oración Patriótica pronunciada en la Catedral de Lima el 28 de Julio de 1947, al conmemorarse el 126º Aniversario de la Independencia del Perú | 164 |
| Homenaje a Cervantes en el Centenario de su Nacimiento 25 de Octubre 1947. Discurso pronunciado en el Teatro Municipal de Lima | 169 |
| Elogio del General San Martín en la Catedral de Lima, 17 de Agosto 1950, en el Centenario de su muerte | 177 |
| Oración Sagrada dicha en la Catedral de Lima el 12 de Mayo de 1951, con motivo del Cuarto Centenario de la Real y Pontificia Universidad de San Marcos | 183 |
| Homilia sobre el Evangelio de la Mujer adúltera | 190 |
| Misión de San Luis Gonzaga | 199 |

ORACION FUNEBRE PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL BASILICA, EN LAS EXEQUIAS DE D. CARLOS WASHBURN, PRESIDENTE DE LA CORTE SUPREMA DE JUSTICIA EL 6 DE JUNIO DE 1925

Pro justicia agonizare pro anima tua et usque ad mortem certa pro ea. Eccl. 4.33.

Combate por la justicia en provecho de tu alma y hasta la muerte lucha por ella.

No se ha extinguido aún el eco lúgubre de las campanas que con sus lenguas de bronce lamentaban la muerte del Presidente del Senado, cuando de nuevo nos convocan sus tañidos bajo las bóvedas de este templo para rendir el último homenaje a los fúnebres despojos del Presidente de la Corte Suprema de Justicia. Ayer vimos desaparecer de entre nosotros al político honrado, al legislador prudente, al modesto y probo ciudadano que después de escalar los más altos puestos no sintió desvanecida su cabeza por la fatuidad y el orgullo; hoy deja de existir a nuestro lado el magistrado íntegro, el docto jurista, el juez intachable que consagró su vida al culto de la justicia y se llamó Carlos Washburn.

Adolorida la patria por el desconocimiento de sus derechos y más aún por la pérdida de hijos tan esclarecidos, paréceme que la veo cubierta con fúnebre manto y apoyada la cansada frente sobre el ataúd que encierran esos restos, mientras de sus ojos rueda ese tributo del corazón que llamamos lágrimas. Y con razón, señores, porque los hombres que como Carlos Washburn dedicaron sus energías a un ideal de paz y de justicia, son los más firmes sostenes de la patria y los que más bien merecen de la sociedad.

Paz y justicia son los dos ejes sobre los que descansa todo el edificio de los Estados y si alguno de ellos cede

basta para que lejos de levantarse con *majestad* hacia lo alto se desplomen hacia abajo con ruina miserable. Ahora bien, la paz, según la clásica definición de San Agustín, no es otra cosa sino la tranquilidad del orden y el orden no puede existir si no se inculcan el respeto a la ley, el respeto a la autoridad, cualquiera que ella sea, el respeto al derecho ajeno, y porque Carlos Washburn, con su ejemplo nos dió admirables lecciones de respeto a la ley, a la autoridad y al derecho, laboró cual ninguno por cimentar la república sobre las sólidas bases de la paz.

Si la justicia, en opinión de Santo Tomás, es aquella virtud que ordena al hombre en sus relaciones con los demás, ahora sea como individuo particular, ahora como miembro de la Sociedad, ya se deja entender que un magistrado como el doctor Washburn que veló porque el derecho ajeno no sufriese detrimento, que inspiró sus decisiones en los principios del más legítimo altruismo y trabajó porque nuestras leyes fuesen en la mejor manera posible la salvaguarda de los oprimidos, fué un sembrador de justicia y conspiró entre los primeros al bienestar común, fin supremo de la sociedad.

Nacido en la nobilísima ciudad de Trujillo, cuna de esforzados e hidalgos varones, pasó a cultivar sus talentos a la ciudad de Arequipa, cuya Universidad le cuenta entre sus más esclarecidos hijos. Allí se doctoró en las facultades de Jurisprudencia y de Letras y aunque sus primeros pasos los dió en la carrera diplomática, bien pronto se orientó hacia la que había de constituir su verdadera profesión: la administración de la justicia. Primero en su ciudad natal donde ejerció los cargos de Juez de 1ª Instancia y Vocal de la Corte Superior del Departamento y más tarde, en Lima, donde ascendió, grado por grado, hasta el más alto puesto del Poder Judicial, todos sus esfuerzos los aplicó al íntegro desempeño de su espinosa y difícil labor. Sólo en dos ocasiones vinieron a distraerle otras atenciones, primero, al ser nombrado Rector de la Universidad de Trujillo, cuya reapertura le cupo el honor de celebrar, y después, al ser llamado en 1907 al Ministerio de Justicia y a la Presidencia del Consejo de Ministros. Lo demás y la mejor parte de su vida la pasó en la Magistratura, cargo que si a primera vista parece deslizarse en un ambiente de apetecible serenidad, es en el fondo una carga pesada y una tarea en la que se cosechan más bien aversiones y desdenes, que aplausos y alabanzas. Porque, en efecto, el juez incorruptible, íntegro,

no sólo debe ajustar su conducta a las normas de la más estricta honradez, sino que además debe poseer tanta imparcialidad de criterio, que ni le ablanden los halagos ni le intimiden las asechanzas y todo esto en el hervidero de las pasiones humanas no puede lograrse sin atraer sobre sí ya que no el odio al menos las más profundas anti-patías.

Y tal fué en toda su carrera el doctor Carlos Washburn. Por eso mereció ascender al más alto puesto de la magistratura nacional y la Providencia, que aún en esta vida retribuye al varón justo, le concedió al fin de sus días celebrar como Presidente el Centenario de una de las instituciones de más gloriosa historia en los fastos del Perú. Por eso, también, esa misma patria que poco ha veíamos derramar su pesar sobre sus yertos despojos, deposita agradecida sobre ellos una corona de siemprevivas y, en medio de su dolor, alza orgullosa la frente porque conoce que los hechos de su hijo vienen a añadir un lauro más a su corona. Por eso también nosotros, aunque apesarados por su pérdida, no podemos menos de sentirnos reconfortados con la memoria de sus virtudes, porque no ha sido Carlos Washburn la arista seca que el viento helado de la muerte arrebató, ni el árbol infructuoso que descuaja el torbellino de la vida, sino el árbol sazonado que se dobla al peso de los años, después de habernos enriquecido con sus frutos.

Voy a terminar, señores, pero antes permitidme que dedique unas palabras a lo que constituyó en el doctor Washburn uno de sus más preciados títulos: su carácter de cristiano. Como tal se mostró siempre, así en público como en privado y mientras tantos otros, en desacuerdo con sus convicciones íntimas, no se atreven a hacer profesión de fé católica, él no vaciló en hacerlo cuando fue necesario.

En uno de sus últimos discursos, después de echar una ojeada por la historia en la que vislumbraba siempre la mano de Dios, que la rodea toda con la atmósfera de su Providencia, añadía: "Excusad, señores, que os haya hecho historia, pero en estos tiempos de convulsiones socialistas, bueno es que los santos nombres de Dios y de la patria resuenen en todas partes y más aún en el santuario de la Justicia, porque ellos son y deben ser los polos sobre que gire eternamente la civilización".

Así pensaba esta alma cristiana, que entreviendo más allá de la tumba una vida inmortal, desligóse sin esfuer-

zo de la frágil envoltura de su cuerpo para entrar en aquella tierra de los que viven, donde toda lágrima es enjugada y todo dolor tiene su fin. ¡Oh Jesús, Rey Eterno, Tú que en expresión del Salmista “juzgas a las mismas justicias”, acógela misericordioso entre tus brazos y concédele la palma del justo.

Nosotros en tanto, con ánimo recogido unámonos a la Iglesia que cual tierna madre va a imprimir su último ósculo sobre aquel cuerpo inerte, que vivificó un alma, imagen de Dios, y brote de nuestros pechos, como el perfume de un incensario, una oración por su eterno descanso y una súplica al Omnipotente para que suscite en nuestro suelo muchos imitadores de Carlos Washburn, que como él sean infatigables obreros de la justicia y de la Paz. Así sea.

ORACION FUNEBRE PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL BASILICA EN LAS HONRAS DEL GENERAL CARLOS MANGIN — 18 JULIO 1925

Et dilatavit gloriam populo suo et induit se lorica sicut gigas, et succinxit se arma bellica sua in praeliis et protegebat castra gladio suo. I. Mach. 3.3. Extendió a lo lejos la gloria de su pueblo, se ciñó la coraza como un héroe y empuñando sus armas trabó batallas, amparando con su espada el campo de Israel.

Pronto hará cuatro años que, atraídos por la gloriosa fecha de nuestro centenario patrio, se reunían en esta basílica los embajadores de las naciones amigas. Entre ellos figuraba el enviado de Francia, que dándonos una prueba más de su invariable afecto, se hacía representar por uno de sus más ilustres y genuinos hijos: el general Carlos Mangin. Muy lejos estábamos de pensar, al contemplarle en la plenitud del vigor físico, que presto habríamos de lamentar su desaparición y que su brillante carrera había de eclipsarse cuando aún se hallaba en el mediodía de su fulgor. Pero, oh inestabilidad de la vida humana, el que hoy era, mañana no parece, y el árbol cuya lozanía nos daba indicios de hallarse todavía lejos del invierno, yace derribado en tierra al golpe imprevisto de la muerte. Sí, señores, de aquel noble y esforzado paladín, de aquel constante amigo del Perú, guerrero incansable, con cuyo nombre se honra el escalafón de nuestro ejército, sólo nos quedan los despojos, sólo nos resta un poco de polvo bajo la fría losa del sepulcro. Mas no, digo mal, la parte mejor, su alma grande y generosa, volóse al cielo, y la memoria de sus preclaros hechos vive y vivirá entre nosotros, mientras la virtud, el amor patrio, y el viril esfuerzo hacia los más puros ideales no sean un vano nombre. Singular prerrogativa de los grandes hombres, que asemejándose al astro

del día, al ocultarse en el ocaso, agigantan su figura y sus últimos rayos nos auguran una aurora aún más esplendente.

Carlos Mangin fue uno de ellos y por lo mismo al querer trazar su retrato, el ánimo se siente perplejo, temiendo desfigurarlo, si intenta reducirlo a los estrechos límites de un discurso. No obstante, ha habido quien ha condensado su biografía en estas solas palabras: "Fue un hombre". Y en efecto, su certera inteligenciá, su voluntad firme, el equilibrio de sus facultades y la misma robustez de su organismo hicieron de él un tipo perfecto humano. En medio de dones tan singulares, sobresalía la firmeza de su carácter, cualidad que se diría esbozada en los mismos ángulos de su fisonomía, y un desinterés capaz de los mayores sacrificios. Con semejantes cualidades parecía moldeado para la vida militar y él, correspondiendo a los designios de lo alto, se abrazó a ella con tanto ardor que pudo decir con los caballeros andantes, que sus arreos fueron las armas y su descanso el pelear. Más aún, hay, tanta unidad en las acciones que forman el tejido de su vida, tanta trabazón en los sucesos que la encadenan, que no puede menos de traslucirse una misión providencial en su carrera.

Muy joven aún, pues apenas contaba 21 años, pidió ser enviado al Africa, donde se iniciaba entonces la pacificación del dominio colonial francés. Bajo un cielo inclemente, cercados de enemigos, y con unidades incompletas y bisoñas, era necesario en los jefes una energía casi sobrehumana para vencer. Mangin fue uno de ellos y en su larga estadía en el Senegal el Sudán y el Congo, confirmó las esperanzas que de él se habían concebido y añadió nuevos laureles al árbol ya frondoso de las glorias pàtrias. Basta recordar el combate de Diena, la ocupación de Fachoda y la toma de Marrakech. El héroe de todas esas acciones fue Carlos Mangin y la precisión y celeridad con que las llevó a cabo revelaron en él al futuro general de la gran guerra. Pero su obra no se ciñó a asentar el dominio de Francia; su certera mirada columbró el porvenir y descubrió en aquellas masas de negros, arrancados a la esclavitud, una mina preciosa de futuros auxiliares de la metrópoli. Vio más lejos comprendiendo que la guerra habría de estallar tarde o temprano, se trazó un plan para convertir aquellas multitudes inertes en colaboradores del triunfo de Francia. Estudió el modo de realizarlo y se convenció que sólo dos medios podrían

obrar esa mudanza; el uno era el servicio militar, el otro la difusión del catolicismo. La cruz y la espada, el militar y el misionero, he ahí los dos ejes sobre que había de girar la civilización de aquellos pueblos como la de todos los que han salido de la barbarie. Pero no se crea que Mangin reducía la disciplina militar a los artículos de la ordenanza o a la sumisión pasiva al régimen de cuartel, no, para él la disciplina fue siempre un poderoso factor de educación, una escuela de la voluntad, una forja donde se templó el carácter y un vínculo que, fomentando la solidaridad acrecienta en el hombre su capacidad de obrar. Concebida, de este modo, la organización militar de las colonias era un elemento de orden, de progreso, el único tal vez de que eran susceptibles las inteligencias de aquellos hombres. Esta obra se debió a la iniciativa y perseverancia de Mangin, el cual, como dice un escritor, levantó en sus brazos el Africa colonial y uniendo a los destinos de Francia a aquellos hijos adoptivos vertió sobre sus negras frentes un rayo de luz y de gloria.

Asimismo, un soldado cristiano como Mangin, no podía ignorar que la religión de Jesucristo ha sido y es la maestra e iluminadora, de las inteligencias sumidas en las sombras del gentilismo y por eso juzgó siempre que al soldado debía preceder el misionero y que su labor evangélica debía merecer todo el apoyo del gobierno colonial, como factor indispensable de civilización y de progreso. Respetando las convicciones ajenas, porque la fe no se impone, reprobó sin embargo la conducta de aquellos que, rebajándose en sus complacencias con los infieles, ayudan con sus actos a confirmarlos en el error.

Tal fue la obra civilizadora de Mangin; ella sola bastaría a cubrirle de gloria y a hacerle merecedor del título de bienhechor de la humanidad.

Mas, aún le esperaba un escenario más grandioso. La campaña de Africa había templado su espíritu, afirmado su carácter, endurecido su cuerpo y adiestrado en los mil recursos que la guerra exige. La Francia tenía en él un hombre preparado para los trances más difíciles y éstos no tardaron en presentarse. ¿Quién no recuerda la fecha del 31 de julio de 1914? Aquella hora trágica que dio comienzo a la guerra más espantosa que han visto los siglos? Esta hora que hizo estremecer a toda Europa, halló al general Mangin en el nativo suelo y con los entorchados de general de brigada. Al alerta de la Patria pudo responder grave y sereno: "Alerta estoy".

¿Cómo seguirle en su continuo batallar? Bastaría citar los nombres del Camino de las Damas, la toma de Douaumont y la gran ofensiva de julio de 1918, que preparó el camino para la paz. Escojamos uno: Douaumont, Verdún, estas palabras resuenan en los oídos como las notas de un clarín guerrero y evocan en la mente toda una historia de heroísmo y de grandezas épicas. La batalla de Verdún comenzó el 21 de febrero de 1916; ocho meses se obstinó el enemigo en derribar aquel macizo pilar de la línea francesa, y cuando ya parecía próxima su caída, cuando era inminente su pérdida, después de la toma de los fuertes de Douaumont y de Vaux, un hombre acude a detener aquella avalancha de fuego y aquel hombre es Mangin. Su campo de operaciones era un terreno por el cual se creyera que había pasado la lava de un volcán o las convulsiones de un terremoto y más se parecía a un infierno dantesco que a un campo de batalla. No ya un hombre, pero compañías y escuadrones enteros desaparecían en las profundas simas abiertas por las granadas y locura sería querer franquear ese círculo de fuego. Pero allí estaba la "división de hierro" y allí estaba sobre todo su general que era su alma, su brazo y también su mejor escudo. Una mañana de octubre, sin preparación de artillería, para despistar al adversario, lanzáronse aquellos leones al asalto guiados por Mangin y tal fue el ímpetu de su embestida que a las pocas horas Douaumont caía en sus manos y la línea enemiga, rota, se replegaba casi 10 kilómetros, después de abandonar 6,000 prisioneros. Verdún respiró aquel día y sus muros ennegrecidos por las bombas saludaron con gratitud a su libertador.

Tan certero y eficaz como este golpe de maza fueron los demás que asestó al enemigo y tan proverbial se hizo su táctica, que, al anuncio de una de sus victoriosas acometidas, no pudo menos de exclamar un esclarecido jefe: "Esto lleva la rúbrica de Mangin".

¿Y pudo cebarse la calumnia en un hombre tan sobresaliente? Si, porque no había de faltarle ese sello con que Dios marca a las grandes almas. Después de las victorias de Verdún, se llegó a retirarle del mando y aun a someterlo a juicio, pero lejos de amenguarse por ello su prestigio militar salió más depurado como el oro del crisol. Hubo quienes llegaron a apellidarle, "carnicero", a él que era el ídolo de sus soldados, que en su afán de escatimar sus vidas, estudiaba su plan metro por metro, a él, en fin, que como se ha demostrado, contó menos bajas en su cuer-

po de ejército que ningún otro. No, muy lejos estaba el general Mangin de la estoica impiedad con que otros jefes miran caer a sus soldados bajo la metralla. Bajo un exterior adusto y severo encerraba un corazón misericordioso y compasivo y los episodios de su vida nos lo ponen de manifiesto. Dirigiase un día en automóvil al puesto de mando que le reclamaba con urgencia, cuando avistado por el enemigo empezó a ser blanco de sus tiros. Una bomba estalló tan cerca que los fragmentos destrozaron los cristales del guardabrisa; en el mismo instante oyóse una voz pidiendo socorro y dándose el general cuenta de lo que era, sin reparar en el peligro a que se exponía, en el tiempo que le apremiaba y que un herido más no significaba nada entre tantos como caían a pocos metros de distancia. bajóse del carro, acudió al lado del herido y levantándolo en sus brazos lo condujo en su automóvil al primer puesto de socorro.

No podía obrar de otra manera quien como Carlos Mangin inspiró siempre sus acciones en los más puros y firmes sentimientos de religiosidad y fe cristiana. Es necesario decirlo, porque lo contrario sería dejar inconclusa la figura del general Mangin. Antes que militar, que organizador, que escritor fue católico práctico y convencido, sin disimular nunca, tanto en su vida pública como en la vida privada, el apego a las creencias religiosas que había heredado de sus mayores. Su amor a la patria vibró al unísono con su amor a Dios y jamás pudo persuadirse que pudiera ser otro el camino de un verdadero francés. Como nada hizo a medias y su voluntad no conoció esas condescendencias que otros se permiten en el cumplimiento del deber, llegó a poseer esa virtud que es el signo del fervor religioso y se denomina la piedad cristiana.

Citemos algunos hechos para confirmarlo. Era alumno del Liceo y en aquella época no existía la costumbre de acercarse a la sagrada mesa entre los colegiales. Un día el joven Mangin se adelantó sólo hasta el comulgatorio y con asombro de todos recibió la comunión. Este ejemplo de valor cristiano causó tan buena impresión en sus compañeros que pronto fueron muchos los que le imitaron. Años más tarde y, visitando una de las repúblicas sudamericanas, se le invitó a recorrer un establecimiento dirigido por religiosos. Al llegar a la capilla, la comitiva se quedó en el umbral pensando que al general le bastaría admirar el aspecto artístico del templo. Pero no fue así, Mangin entró en él y dirigiéndose al altar mayor se arrodilló ante

el tabernáculo y postrado de hinojos hizo oración por breves instantes. No es, por tanto, de extrañar que a una religiosa le dijese, al recibir de ella una medalla de la Virgen, que él la estimaba en más que las condecoraciones que lucían en su pecho.

Por todos estos títulos la posteridad no dejará caer su nombre en el olvido y el Perú a quien estimó e hizo justicia, el Perú que le vio celebrar nuestra Independencia y se honra contándolo entre sus generales, por distinción merecidísima, justo es que hoy se conduela en su muerte y venga a rendir el último tributo de su afecto a un hombre tan esclarecido. Este homenaje, se le debe tanto más cuanto el general Mangin fue un hombre que se sacrificó por los más nobles ideales con el mayor desinterés y desprendimiento. Así ha muerto pobre y no ha legado a sus ocho hijos otra fortuna que la de un nombre inmortal. Por eso, cuando al cruzar el féretro las calles de París, vio el pueblo a la viuda del general seguirle enlutada en compañía de aquellas prendas de su corazón, no pudo menos de conmoverse ante aquel cuadro que representaba a la patria, ennoblecida con sus hechos, salvada por el valor de su brazo y todavía enriquecida con aquellos ocho seres que habían de perpetuar su amor a la "dulce Francia".

Dios que, como a Judas Macabeo, le vistió la coraza como a héroe, que ciñó a su flanco la espada que no había de esgrimir sin razón ni envainar sin honra, a fin de que amparase con ella a su pueblo, ya le ha juzgado; pero nos es lícito pensar, vista la fidelidad y generosidad con que respondió a su destino, que habrá oído del Supremo Juez aquella frase de la Escritura: "Porque fuiste fiel hasta la muerte recibe la corona de la vida".

Mas si, por la fragilidad humana, aún se le dilata el momento de alcanzarlo, apresuremos con nuestras plegarias el venturoso instante de su triunfo. Asi sea.

SERMON PRONUNCIADO EN LA BASILICA METROPOLITANA EL 28 DE JULIO DE 1925, EN EL SOLEMNE TE DEUM CONMEMORATIVO DEL ANIVERSARIO PATRIO.

Et statuit Judas et fratres ejus et universa Ecclesia Israel ut agatur dies dedicationis altaris... ab anno in annum... cum laetitia et gaudio. I Mach. 4.59;

Y resolvió Judas de acuerdo con sus hermanos y toda la asamblea de Israel que se celebrase cada año la dedicación del altar con gozo y alegría.

Hermoso espectáculo el que ofrecía el templo de Jerusalén, cuando después de las luchas sostenidas contra Antioco, logró Judas Macabeo penetrar en su recinto. Engalanado como en los días de su dedicación; dio cabida entre sus muros a un pueblo delirante de júbilo que, cayendo de hinojos ante la majestad del Dios tres veces Santo, bendijo al que le había colmado de venturas. Al son de harpas, cítaras y címbalos entonaron sus pechos un himno de acción de gracias y Judas Macabeo, de acuerdo con sus hermanos y toda la asamblea de Israel, resolvió que aquella fiesta se celebrase cada año, a fin de perpetuar la memoria del beneficio recibido. He ahí, señores, lo que hallo consignado en los libros santos y lo que hace 104 años han venido contemplando las vetustas paredes de este templo. Como lo hiciera San Martín, al día siguiente de la proclamación de la Independencia, el gobierno y el pueblo peruano han juzgado un deber, en el aniversario patrio, rendir el homenaje de su gratitud a Dios que, árbitro supremo de las naciones, les concedió el mayor de los beneficios que en el orden político puede alcanzar un pueblo, el de constituirse libre e independiente. Sería, no obstante un error pensar que a él solo se reduce la libera-

lidad de Dios para con nosotros, porque a la manera que la producción de un ser supone una serie de actos que se ordenan a su nacimiento y otra serie no menos larga que preside a su despertar y otros a su progreso, estos como aquellos dádivas son de la amorosa Providencia del Altísimo.

Largo sería enumerarlas, pero las que registra nuestro pasado nos lisonjean de que no serán menos copiosas en el porvenir, y en verdad, si el Perú bajo la dominación incaica como en los tiempos de la colonia fué el centro civilizador más importante de la América austral, la riqueza de su suelo, su envidiable situación geográfica en los confines de cinco repúblicas y con acceso libre a todos los continentes por el Pacífico y el Amazonas, ancha arteria que brota de su seno, despojan de toda hipérbole a la frase de Humboldt, que auguraba a nuestra patria, un futuro aún más esplendoroso que el preponderante papel desempeñado en otra edad.

Todos estos beneficios que hemos recibido de Dios, los resume un nombre que nunca se escucha sin emoción y que me parece veo asomar a vuestros labios: la Patria. Nombre, cuyo símbolo es una bandera blanca y roja, blanca porque es amiga de la paz y roja como la sangre vertida por defenderla y que, al tremolar hoy por encima de nuestras cabezas en toda la extensión del Perú, se diría que pretende envolvernos en sus pliegues y darnos un ósculo de paz.

¿Y qué es la Patria?

La Patria, señores, no es como algunos con audaz insipiente han dado en decir, una palabra vacía de sentido, un concepto artificial, un fuego fatuo, no, la patria es una realidad viviente, tangible, una fuerza cuya rai-gambre envuelve todo nuestro ser y una institución creada por el mismo Dios. Entre los antiguos, la patria se confundía con la tribu, con la agrupación de familias provenientes de un mismo tronco, pero a medida que las sociedades fueron avanzando, la patria se constituyó en las ciudades y la confederación de éstas vino a formar los reinos y las repúblicas. De esta manera, por adiciones sucesivas, fueron creándose las distintas nacionalidades y robusteciéndose la idea de patria, término necesario de la célula social y medio único de alcanzar aquellos bienes que exceden los límites de la vida doméstica y ciudadana. Por lo mismo, patria no es el resultado de la comunidad de raza o la unidad territorial, la identidad de lenguaje o

la afinidad de costumbres, sino la asociación de todos estos elementos mediante una ganga asimiladora que los compenetra y funde y que pudiéramos llamar el alma de la patria. De ahí, que la patria no es más que el hombre mismo íntegramente considerado, con todas las relaciones que le ligan al pasado y al porvenir, a sus antepasados como a sus descendientes, a la tierra que meció su cuna y recibirá sus despojos, a la familia que le inició en la vida y a la sociedad que le infiltró sus ideas y su espíritu. Y, en efecto, señores, la patria es el hogar en que vimos la luz primera, la aldea, villa, o barrio populoso que fue teatro de nuestras expansiones juveniles, la escuela donde empezamos a sentir enardecido nuestro espíritu al escuchar el relato de las glorias patrias, la iglesia en donde nuestras madres nos enseñaron a balbucear las primeras preces; es toda esa constelación de santos, héroes, escritores y artistas que han ilustrado nuestro país, es todo cuanto nos ha precedido y cuanto sobrevivirá a nuestra muerte, la risueña alegría de las cunas como la melancólica tristeza de los sepulcros y es, en una palabra, el desposorio de una raza, de un pueblo con la tierra que le sustenta para formar de entre ambos un solo y vívido organismo.

De todo ello se deduce que la patria no depende de la voluntad de los individuos, pues así como éstos no tienen en su mano la elección de sus progenitores así tampoco les ha sido dado elegir patria. Absurdo es por tanto querer forjar la patria a nuestro albedrío o fijarle una misión distinta de la que Dios le ha señalado, esto sería maquinar su ruina y el empeño de esos pretendidos reformadores, que tienen por realidades los espejismos de su fantasía, podría compararse al de aquellos que para destruir un edificio, socavan sus cimientos y no hacen más que amontonar escombros sobre su propia tumba. A más de este deber negativo, hay otros que a ella nos obligan y que no nos es lícito quebrantar, como no lo es el romper los vínculos que nos ligan a nuestros padres o transtornar la armonía de nuestras facultades. Nuestro mismo instinto se resistiría a ello porque estos deberes, por lo mismo que tienen su fundamento en la naturaleza son suaves y más que cargas son alas que nos sostienen y a la manera que las raíces al árbol, si encadenan es para dar la vida.

Todos ellos pueden compendiarse en el amor, pero no en un amor estéril, de puro sentimiento, sino en un

amor activo, generoso y fuerte que no retrocede ante el sacrificio y se denomina patriotismo. Dios lo ha infundido en nuestro corazón e impreso en nuestra conciencia, porque habiendo dispuesto que los hombres se asocien para atender mejor a sus necesidades, ha hecho brotar en su pecho el amor a la patria como vínculo de unión y se lo ha impuesto como un deber. Por eso el Angélico Doctor, deriva el patriotismo de la virtud de la justicia, porque siendo ésta el hábito que nos inclina a dar a cada cual lo suyo, cuando se funda en el reconocimiento de los beneficios que hemos recibido, varía de nombre pero no de origen y si mira a Dios se llama religión, piedad filial si dice relación a la familia y patriotismo si se dirige a la patria. De este manera el patriotismo queda ennoblecido, sus deberes adquieren un carácter sagrado y la abnegación que su cumplimiento exige se hace acreedora de recompensa eterna, sin lo cual no sería posible que ascendiese a las cumbres del heroísmo.

Entre estos deberes, dos son característicos: la unión y la obediencia a las leyes, como dos son también los principales enemigos del patriotismo: la división y la anarquía. Y a la verdad, si la patria es por esencia un todo moral que asocia, agrupa y enlaza a los elementos que la componen, a la manera que la afinidad une a los átomos en la molécula, todo cuanto tienda a deshacer esa unión, a disociar a sus miembros, es una agresión al patriotismo y un atentado contra la patria. Pase que haya partidos con tendencias políticas diversas, pero tanto en lo que atañe a las cuestiones vitales de un país como en lo que respecta a la unión de los ciudadanos y al respeto a la autoridad y a las leyes, sólo debe existir un partido, el partido de la patria, el partido del orden, que es también el partido de Dios.

Como es natural, esta unión es más necesaria ahí donde la dependencia entre los miembros es menor y mayores son las diferencias que los separan, por lo cual su falta es más lamentable en las democracias, como la experiencia y el testimonio de los dos más ilustres fundadores de repúblicas lo acredita. No insistiré más en su necesidad porque es tan manifiesta que todos los estados en una u otra forma han adoptado el emblema que ostenta la noble nación holandesa. "Por la concordia las cosas pequeñas crecen, las más grandes por la discordia se derrumban".

El segundo deber que la patria nos impone es el respeto a las leyes y a la autoridad, encargada de velar por su

cumplimiento. Sin autoridad no es posible concebir la sociedad, como es imposible obtener la conspiración de muchas voluntades a un fin idéntico, sin un principio moderador y director. Ahora bien, la patria es la sociedad en un sentido más amplio, y por tanto su bienestar exige que todos sus hijos presten el acatamiento y respeto debido a la autoridad. Sujetarse a ella, respetarla es respetarse a sí mismo, porque como dijo hermosamente Aristóteles, el ciudadano participa del poder y la obediencia; es respetar a la nación en lo que tiene de más sagrado, es inclinarse no ante un hombre, sino ante la ley o mejor dicho, ante el mismo Dios. Ante Dios, señores, porque como la razón y la Iglesia nos enseñan, toda autoridad viene de Dios y el que resiste a la potestad humana por los mismos filos resiste a la potestad de Dios. La prueba es clara, si Dios hizo al hombre social y lo destinó a vivir en perfecto consorcio con otros hombres, no pudo menos de darle los medios para que se constituyese en ese estado de un modo permanente y entre ellos ninguno tan eficaz y necesario como la autoridad. La designación del sujeto que ha de ejercerla podrá depender del hombre, pero una vez designado, la potestad que inviste no es más que una participación del dominio supremo de Dios sobre todo lo creado.

No ignoro que puede hacerse un uso indigno del poder, pero fuera de que entonces no faltan medios legales para remedio del mal, es muy cierto y la historia nos lo enseña que es preferible a una nación mal gobernada, dejar a salvo la autoridad que conculcarla, porque en el primer caso, podrán padecer algunas de las partes pero subsistirá el todo y, en el segundo, el edificio social quedará minado por su base y a la opresión se sucedería la anarquía. ¿Quiénes con más razón que los mártires del cristianismo, pudieran rebelarse contra los emperadores, que sin otro motivo que la de su fe los hacían morir entre tormentos? Y sin embargo, sabemos por el testimonio de Plinio, en su carta al César Trajano, que en el imperio no existían súbditos más fieles. Es que habían aprendido en la escuela de los apóstoles Pedro y Pablo que era voluntad de Dios prestar obediencia a los reyes y príncipes, así fuesen díscolos y malvados. Y no se invoque el santo nombre de la libertad oprimida para legitimar los ataques al poder, porque como muy bien decía el fundador de la unión norteamericana, esas asechanzas contra la autoridad no son más que una ocasión que aprovechan los ambiciosos para elevarse sobre las ruinas de las libertades públicas.

Unión y obediencia a las leyes, respeto a la autoridad, he ahí los deberes que el amor a la patria nos impone y la piedra de toque para distinguir el patriotismo falso del legítimo, la patriotería de encrucijada del civismo honrado y de buena ley. Por eso mismo, este amor supone en cada ciudadano un fondo de rectitud y de moralidad, sin el cual, —son palabras de Bolívar—, es imposible poseer las virtudes cívicas. Fomentarlas; es hacer patria, contribuir a su engrandecimiento, porque la grandeza de un estado no se mide por la extensión de su territorio ni por al monto de su población sino por el caudal de patriotismo de sus hijos, por el pacífico goce de los derechos individuales y la perfecta armonía de los súbditos y gobernantes entre sí. Y he ahí por qué la religión ha sido y es base del patriotismo. Ya el mundo antiguo conocía esta verdad, cuando creó aquella divisa: “Pro aris et focus”, “Por el altar y el hogar”, síntesis de la noción de patria. Siglos más tarde no era otra la opinión de Washington y Bolívar. “Entre los diversos elementos, decía el primero, que se requieren para la prosperidad pública de un país, la religión y la moralidad son dos cosas indispensables. En vano exigiréis el tributo de patriotismo a un hombre que destruyese estas columnas de la felicidad humana”. El segundo, escribiendo a Rafael Arboleda, le decía: “La religión es el gran entusiasmo que yo quiero reanimar para utilizarlo contra todas las pasiones de la demagogia” y en su despedida al Congreso, añadía como última recomendación, “que se protegiese a la religión católica, como manantial abundante que era de toda prosperidad”.

La razón no es otra, que estar reñido el amor a la patria con el egoísmo, esa carcoma de todas las virtudes, que sólo tiene por blanco el interés y el placer y es el polo opuesto de la caridad, piedra fundamental de la religión. El amor patrio exige desprendimiento, fidelidad, abnegación y a veces llega a recabar de sus hijos el sacrificio de la propia vida, y todo esto ¿lo podrá llevar a cabo quien no tiene más ideal que su propio bienestar? Allí está la historia para comprobarlo. Cuando en Grecia disminuyó el culto a los dioses y el pueblo se entretenía en el ágora escuchando a los sofistas o divirtiéndose con las hetairas, entonces todos los arrebatos de la elocuencia de Demóstenes no fueron bastantes para hacer saltar en el pecho de ese pueblo enervado una centella de amor patrio. Cuando en Roma se debilitó la religiosidad antigua y sus ciudadanos sólo suspiraban por los placeres del circo y las blan-

duras de las termas, no estaba lejos el día en que los bárbaros galopando por entre sus palacios la hicieran presa de su vandálico furor. Podría multiplicar los ejemplos, mas prefiero hacer una pregunta. Decidme, si a esos héroes anónimos que en San Francisco murieron abrazados a los cañones del enemigo o a los que en Arica y Huamachuco sucumbieron hasta quemar el último cartucho, alguno les hubiese dicho que la patria es un convencionalismo, que la guerra no es más que una lucha de intereses, que ni hay Dios ni una recompensa más allá de la tumba, que todo acaba con la muerte ni hay más instantes de goce, que los efímeros de esta vida, ¿creéis que hubieran inmortalizado sus vidas en aras de la patria y muerto por el cumplimiento del deber? No, mil veces no, pero su fe en Dios, que no deja sin premio la menor obra de caridad hecha en favor de nuestros semejantes, en Dios que murió también por la salvación de todos los hombres, hizo que derramaran generosamente su sangre y, reanimados con la esperanza de una gloria inmortal, aceptaran la muerte que les seguía en flor.

Hoy y siempre demos el ejemplo de un pueblo que virilmente unido ha hallado en sí mismo el secreto de su prosperidad y grandeza. Si así lo hacemos, nada tendremos que temer, porque sólo están amenazados de muerte los pueblos que pierden la esperanza de su resurgimiento. Como hay una justicia para los individuos, también la hay para las naciones y ésta más tarde o más temprano llega a abrirse paso, porque no depende de los hombres sino de Dios. ¿No hemos visto en nuestros días resucitar a Polonia después de largos años de mutilación dolorosa? No ha alcanzado ante nuestra vista, la católica Irlanda esa libertad por la que tanto tiempo suspiraron sus hijos? Pues bien, esperemos y si nuestras miradas se vuelven hoy al sur, porque allí nos reclaman dos pedazos del alma nacional, no perdamos la visión de la Patria, grande en sus triunfos, grande en sus reveses con la majestad que imprime el dolor y aún más grande por la unión y constancia de todos los que se enorgullecen de tenerla por madre. Entonces el porvenir será nuestro y cuando en el futuro nuevas generaciones se congreguen aquí, para dar gracias a Dios, autor de todo bien, su gratitud se extenderá a todos los que les precedieron y colaboraron en la obra de un Perú próspero, disciplinado y fuerte. Así sea.

PANEGIRICO DE SAN FRANCISCO DE ASIS
RECOLETA DE SUCRE — 1930

*Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus.
S. Pauli Ad Galat. 2-20.*

Ya no vivo yo: Vive Cristo en mí.

El genio inmortal de Murillo nos ha dado en un famoso cuadro la clave de la sublime santidad de Francisco. Más que con sus hábiles manos de pintor eximio, con la viva fe del artista cristiano trazó el lienzo del Serafín de Asís abrazándose a Jesús Crucificado que hoy pende de los muros del Museo Provincial de Sevilla. Veis allí al Santo, hollando al mundo con sus pies desnudos y sirviéndose del mismo como de escabel para acercarse a Jesucristo y estrechar el cuerpo dolorido y desangrado de nuestro Redentor.

Francisco en un arrebató de pasión, en un vueló de su alma enamorada de Cristo, aspira a unirse a El estrechamente y todo lo pospone por asemejarse a su amado y quedar también con él crucificado. Como San Pablo, repite una y otra vez: Todo lo estimo en nada y por basura con tal de ganar a Cristo.

Pero, hermanos míos, ¿no parecerá osadía querer participar de la misma cruz de Jesucristo? cruz tan pesada que para llevarla fué preciso que la cargaran los hombros del Omnipotente? No parecerá atrevimiento querer ascender al patíbulo en que expira el Dios-Hombre, como lo fué en Juan y Santiago pretender las primeras sillas en el Reino de Dios? No. Si Francisco desea identificarse con Cristo, si anhela imitarle y quedar clavado con él en una cruz, no hace otra cosa más que rendirse a la fuerza del amor. Magna vis amor, nos dice San Agustín. Por eso no mira a su pequeñez, no atiende a la debilidad de su ser

ni confía en sí mismo, sino que estriba en la virtud de Dios, que puede transformar las mortecinas centellas de nuestro amor en las llamaradas de un volcán; no es su propio instinto, es la fuerza de la caridad divina la que lo impele y urge a estrecharse con Cristo; no es su potencia la que a El lo aproxima, es el brazo de Dios, ese brazo de Cristo, que desclavándose del madero enlaza su diestra al cuerpo de Francisco para elevarlo hasta sí.

¡Oh transformación del amor! ¡Oh semejanza de Cristo y de Francisco! Así amó Dios al mundo que le entregó a su Unigénito, nos dice el Apóstol. El amor realizó la maravilla de que nuestros ojos viesen a Dios hecho hombre como Francisco, de que esos dos extremos tan distantes, como que la distancia es infinita, se juntasen: Dios y el hombre y, ahora el amor también es causa de que Francisco se transforme en Cristo y se convierta en una imagen y trasunto suyo, imagen la más perfecta y acabada del Hombre-Dios, en cuanto es dado a una pura criatura copiar en sí los divinos y sobrehumanos rasgos de aquel que es el dechado de todos los escogidos.

Y advertirlo bien, hermanos míos. Francisco, al pretenderlo, no se propone un fin que esté más allá de nuestros legítimos deseos, su aspiración no desborda los cauces señalados al hombre por la Providencia. No, deber nuestro es reproducir la figura moral del Crucificado, ser sus imágenes y sólo bajo esta condición seremos reconocidos como Hijos de Dios. Francisco, pues, no emprende una aventura insólita, no es su empeño una quimera; si a nosotros nos parece impracticable su pretensión es que nuestro amor a Jesucristo es muy débil y el suyo es un amor gigante; si en él la transformación es completa, esto obedece a que él no pone obstáculo al amor, lo deja obrar y, ya lo sabéis, el amor es causa de semejanza.

Dios tenía en su corazón al hombre y el amor hizo que se hiciese semejante a él; Francisco tenía a Cristo entrañado en su pecho y este encendido afecto hizo que en él apareciese Cristo. En adelante el Salvador fué el alma de Francisco y éste un retrato de Cristo y de Cristo Crucificado. Ego enim stigmata Jesu in corpore meo porto... Por eso se adornaron sus pies, sus manos y su costado con los rubíes de las llagas redentoras y embellecido con ellas, se ostentó a los ojos del mundo que por la voz de la Iglesia admiró el prodigio y exclamó: Signasti Dne. servum tuum Franciscum signis redemptionis nostrae.

Francisco, imagen de Cristo Crucificado, he ahí el panegírico y podemos decir, la vida toda de nuestro Santo, por lo mismo ¿cómo ensalzar debidamente su figura o esbozarla siquiera? Tarea sería esta casi imposible a menos que la emprendiese, como en efecto lo hizo, un hijo suyo e imitador muy cercano, San Buenaventura, y por lo mismo os pido que me ayudéis e implorar los auxilios del cielo, a fin de que menos indignamente tejan mis labios su elogio. Ave María.

Exsultavit ut gigas ad currendam viam, dice la Sagrada Escritura de Cristo, al comienzo de su vida mortal, de su breve paso sobre la tierra. Otro tanto podríamos decir de Francisco. Sus pasos, desde el momento en que se decide a abrazar la milicia cristiana son pasos de gigante; las ascensiones de su corazón le remontan muy alto, ya en los comienzos, en la esfera de la santidad. Dado a las fiestas y devaneos, amigo del fausto y derrochador hasta la prodigalidad, humano, generoso y afable con un corazón abierto a toda idea generosa, no llegó sin embargo a manchar su alma con el anhélito pestilencial del vicio.

Llega a sus oídos que Gualterio de Briena ha enarbolado la enseña pontificia y convirtiéndose en el paladín de la Italia contra las ambiciones de los Señores del Imperio y corre a una con los jóvenes de Asís a alistarse bajo sus banderas. Entonces, como otras muchas veces, la causa de la patria y de la Iglesia se dan la mano; Inocencio III, como sus predecesores, constituyen el más firme baluarte de la independencia italiana y de ahí que el entusiasmo cunda y se desborde.

Unese a la comitiva de un caballero de su ciudad natal y se encamina a la Apulia, donde resuena el clarín de la guerra. Atraviesa, jinete en brioso corcel y luciendo ricas vestiduras la ciudad de Foligno y llega a Spoleto. Aquí le espera Dios como en otro tiempo aguardó a Saulo en el camino a Damasco.

Cae postrado en el lecho. Una fiebre imprevista le consume y tendido oye una voz que le pregunta ¿dónde vas? Dime Francisco a quien vale más servir al amo o al criado? Al amo, responde. Pues, ¿por qué dejas tú al Señor que es Dios, para seguir al hombre que es el siervo? Y descorriéndose entonces como un velo ante su vista, iluminado interiormente con luz de lo alto, exclama:

Señor, ¿qué queréis que haga? Ve a tu ciudad natal y allí sabrás lo que has de hacer.

¿Qué queréis que haga? breve y compendiosa frase pero en la cual se encierra toda la decisión de la voluntad de pertenecer a sólo Dios, toda la energía que pondrá en servirle, todo el entusiasmo que pondrá en amarle, todo el abandono de quien no tiene aquí en la tierra otro bien que Dios.

Vuelve a Asís y disipados sus sueños de gloria ve también cómo se disipan todos los atractivos del mundo. Este intenta aún cogerlo en sus redes, sus compañeros pretenden que se cña de nuevo la corona de rosas y empuñe el cetro de las fiestas, pero una gran mudanza se ha obrado en él. Por condescendencia y afabilidad toma parté en ellas, pero sólo con el cuerpo, su espíritu aspirabo únicamente a allegarse más y más a la cruz de J. C.

Ahora bien, en esa cruz hay escritas estas palabras: pobreza, dolores y desprecios. Y Francisco, Heraldo del gran Rey, sin otro código que el Evangelio, corre en busca de esos tres compañeros de Cristo. Su natural despojo a las cosas de la tierra se acrecienta y purifica y sus manos se afanan en socorrer las miserias ajenas. Sufre por ello las amenazas de su padre, pero él se admira que pueda concederse valor a las riquezas caducas. Llega en su desprendimiento a despojarse de sus propios vestidos, trocándolos con los de un pordiosero y a las puertas de la basílica de San Pedro se pone a mendigar para el tesoro del Apóstol. No ya pobre, desnudo quiere seguir a J. C. desnudo y por eso, sometido a juicio por su propio padre, se despoja de las ropas que le cubren y ante el Obispo de Asís declara que nada posee y que toda su riqueza es Cristo. A esta voluntaria renunciación de todas las cosas se sigue otra, cuando sorprendido por unos salteadores estos le hacen objeto de sus burlas y después de apalearle le arrojan en una fosa cubierta de nieve. El dolor, ese segundo compañero de Cristo va a ser también el socio familiar de Francisco. Ego sum pauper et dolens. Francisco va a saborear también la amargura. El, acostumbrado a probar delicados manjares, recorre las calles de Asís pidiendo con una escudilla en la mano las sobras y desperdicios con que se ha de alimentar. Apenas cubierto de un saco tosco, toma sobre sus hombros las piedras con que ha de restaurar la iglesia de San Damián y apenas conceda a su cuerpo maltrecho el necesario descanso. Pero hay algo más que sentir el aguijón del dolor, hay la com-

pasión del dolor ajeno, aun por encima de la repugnancia que ciertos males causan en nuestra naturaleza. Uno de estos es la lepra. Esta terrible enfermedad que lentamente consume a sus víctimas y las desfigura fué siempre considerada como una maldición. Por eso al leproso se le confina, se le incomunica y se huye de su aspecto. Pero Francisco recuerda que J. C. ha sido llamado leproso por Isafas, Francisco sabe que esos miembros enfermos son miembros de Cristo, del llagado por nuestras culpas y vendiendo el natural instinto se convierte en el enfermero y el criado de esos infelices y les asiste en Gubio, vendando sus heridas ulceradas con caridad inagotable, vertiendo sobre sus cuerpos como buen samaritano el vino y el aceite, la medicina que alivia el cuerpo y el bálsamo del amor que reconforta el alma.

Considerando en ellos la persona de Cristo llega en su ardor a abrazarse con ellos y a estampar sus labios en sus úlceras y, oh prodigio de la caridad, nos refiere San Buenaventura, el ósculo de Francisco tiene la virtud de curar al enfermo y la caridad encendida de nuestro santo tiene como el fuego la virtud de cauterizar la cancerosa llaga.

Falta aún a Francisco aquella nota que le convirtió en perfecto dechado del crucificado: Los desprecios, Jesucristo es el saturado de oprobios y por este camino le va a seguir su paladín. Primero son los ciudadanos de Asís, aquellos mismos jóvenes que antes eran sus émulos en las cabalgatas y festines. Doquiera tropiezan con él le dirigen palabras de desprecio o miradas de compasión. Unas y otras le sacan los colores al rostro y Francisco siente en su alma las punzadas de la humillación, mas pronto se sobrepone y acordándose de su maestro dice: crucificado estoy al mundo. Los pilluelos de Asís le persiguen y arrojan lodo y piedras, teniéndole por fatuo y mentecato; sus propios parientes se ensañan con él y le acogen con denuestos, aun aquel que le diera el ser le maldice y Francisco, apura el caliz del desprecio.

Oh, Francisco, cuán bien has seguido las huellas de Cristo, esas huellas rojas que marcan su ascensión hasta el Calvario, tú has puesto tus plantas en las pisadas del Maestro y como él has tenido por compañeros al dolor, a la pobreza, a los desprecios. Por ese camino, regado con las lágrimas y la sangre del Dios hombre, has seguido tú hasta la cima, donde se ha de operar tu transfiguración.

Pero, hermanos míos, antes de contemplar a Francisco convertido de fiel imitador de Jesucristo en viva imagen suya, bien será que penetremos en su alma y admiremos esa paz, esa felicidad, ese contento de que disfruta en medio de su desnudez y de su dolor. Oh inefable dicha que no alcanza a comprender el mundo, y que hacía desfallecer el corazón del serafín de Asís! Cómo describirla! A la manera que el sol dora las empinadas cumbres con sus rayos, mientras el valle, cubierto por espesas nubes queda sumido en las tinieblas, así mientras el cuerpo sufre el alma gusta las delicias de la unión con Dios, de la caridad perfecta. Por eso dice a Fray León: Cuando nos injuriarén y befaren, cuando a los insultos unieren las amenazas y a las amenazas los golpes, cuando todo esto lo sufríremos contentos por amor de Cristo, pensando en sus dolores, entonces, ovejuela de Dios, habremos hallado la alegría perfecta, porque en nada podemos gloriarnos sino en la cruz de Jesucristo.

Después de lo dicho, hermanos míos, no os extrañéis que Francisco reciba del cielo el favor insigne de verse abrir en su pecho, en sus manos y en sus pies las llagas del Crucificado. La transformación que se ha operado en su alma, ha de traslucirse al exterior y Francisco es ahora viva representación del Varón de Dolores.

He ahí su grandeza. Murillo la sintetizó en un lienzo célebre, la Iglesia nos lo confirma al presentarnos al pobre cillo de Asís como al perfecto imitador de Cristo.

Levantemos a él nuestros ojos. También nosotros estamos obligados a ser imitadores de Cristo. Lo que Francisco logró por la viveza y la grandeza de su amor, nosotros débiles y flacos, no lo podremos alcanzar, pero al menos, pidásmosle al Santo Patriarca nos ayude a obtener aquel grado de imitación que está a nuestro alcance, para que siendo aquí abajo fieles imitadores de Cristo merezcamos reinar con él en la gloria por toda una eternidad.

ORACION PATRIOTICA PRONUNCIADA EN LA BASI-
LICA METROPOLITANA EL 17 DE DICIEMBRE DE
1930, AL CONMEMORARSE EL CENTENARIO DE LA
MUERTE DEL LIBERTADOR

Hace un siglo espiraba allá, en un solitario rincón de la Provincia de Santa Marta el Genio de la América y recogía las últimas miradas del Sol de Colombia aquel mar, testigo de sus triunfos y de sus congojas, a la manera que en sus aguas se adormecen los postrimeros rayos del astro del día. Quedó inerte aquel brazo creador de cinco repúblicas. extinguióse aquella vida inmolada en aras de la libertad de un mundo, y, ¡oh contraste! apenas se vió a la gratitud acercarse a sus despojos para verter sobre ellos el óbolo de su llanto; tardíamente vino la gloria a nimbar su frente con la aureola de la inmortalidad.

Pero no, era imposible que no se cumpliera el pronóstico de nuestro Choquehuanca y la gloria de Bolívar, como él dijera, ha crecido a través de los años como crece la sombra cuando el sol declina y hoy nos reunimos aquí, no para lamentar su desaparición sino para unir nuestras voces al himno triunfal que a su nombre entonan todos los pueblos del Orinoco hasta el Plata.

Mas, recordad, señores, que nos hallamos en un templo y que el que os habla es, aunque indigno, ministro del Altísimo; un mero elogio del héroe no diría bien ni con la santidad del lugar ni con el carácter sagrado de mi ministerio; he ahí por qué he resuelto llamar vuestra atención sobre las ideas religiosas del Libertador, seguro de que, considerado bajo este aspecto, ha de adquirir su figura mayor relieve.

Es tan verdadera, que me parece trivial, la frase de Monsalve, cuando dice que un Bolívar ateo o siquiera indiferente en materia religiosa, no hubiera sido el Libertador

de Colombia y de la América del Sur (1). No lo afeó esa mancha, porque a ello se oponía la reciedumbre de su estirpe, *concreción de la virtud vasca en el troquel católico*, la nobleza de unos sentimientos que su piadosa y santa madre, Da. Concepción Palacios y Sojo, supo transfundir en su último vástago con la leche de sus pechos, la sublimidad en fin de su destino que ha de convertirlo en la encarnación viviente de su raza y en el hombre representativo de un pueblo, esforzado y heroico pero también religioso y creyente.

Pero hay que confesarlo. Bolívar, nacido en un hogar católico y criado en un ambiente de piedad (2), pierde, niño aún, a sus padres, véase obligado a abandonar la casa solariega, en donde desde el umbroso zaguán hasta el soleado jardín, todo le habla de la fe de sus antepasados y pasa a Europa, en pleno hervor de juventud, a recibir el malsano influjo de las ideas y los hombres de la Revolución, sin más mentor que el extravagante y descreído Don Simón Rodríguez. Apacentado su vivo deseo de saber con la lectura desordenada de autores inspirados en el filosofismo anticristiano, qué podía esperarse de un joven con deficiente instrucción religiosa sino que en tan revuelto mar de ideas y pasiones naufragase por completo su fe?

No fué así y esto demuestra la honda raigambre de sus creencias, pero la mente que ha gustado una vez el veneno del error guarda siempre el dejo amargo de su hiel y he ahí cómo podemos explicarnos algunos de los deslices y extravíos de su pensamiento (3). Conviene, por lo mismo, distinguir en su fisonomía moral dos aspectos: el del hombre privado y el público, el del pensador y el gobernante. La ideología del primero tropieza algunas veces, sin faltar a lo esencial, con la sana doctrina; la del segundo es ortodoxa. Y si es verdad que las ideas predominantes

1. — El Ideal del Libertador. Vol. 2 pág. 408.

2. — Fueron sus primeros Maestros los PP. Negrete y Andújar; más tarde D. Andrés Bello y D. Simón Rodríguez; este como buen discípulo de Rousseau, se contentó con abrir ante los ojos de su pupilo el libro de la Naturaleza y no llegó a influir en él, por esta circunstancia y por el tiempo, relativamente escaso, que le tuvo a su cargo. Su influencia, si la hubo, data de más adelante, cuando le sirve de compañero en sus viajes por Europa, pero entonces ya Bolívar podía pensar por sí mismo.

3. — Los tiene, sin duda alguna, pero eso se ha de atribuir a su deficiente formación filosófica y al influjo que no pudieron menos de ejercer en él las ideas de su tiempo.

son las que nos inducen a obrar y que a un hombre no se le ha de juzgar tanto por lo que dice como por lo que hace, fuerza es concluir que Bolívar fué un católico convencido.

Su programa de gobierno en este punto se halla condensado en la siguiente frase de una carta que dirigió al Obispo de Mérida: "...Nada deseo tanto como emplear las facultades que me ha concedido el pueblo en mantener la dignidad de la Iglesia y propender a sus mejoras..." (4) A ello le movían dos razones que son otras tantas lecciones de buena política. La primera no es otra que la necesidad de adaptarse y conformarse con los sentimientos religiosos de su pueblo, porque como dijo él mismo: "la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría ni en su forma ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y el carácter de la nación para quien se constituye..." (5) La segunda es la persuasión en que vivió de que sin religión no puede ser gobernado un pueblo. "La Religión — le escribe a Rafael Arboleda—, es el gran entusiasmo que yo quiero reanimar para utilizarlo contra todas las pasiones de la demagogia" (6). Y a Páez: "mi plan es apoyar mis reformas sobre la sólida base de la Religión" (7) y más tarde: "sostenerla como una de las más fuertes barreras que puede oponerse al torrente de las pasiones anárquicas".

Guerrero antes que organizador no dió menos muestras de sus sentimientos religiosos en su agitada vida de campaña que en el período más tranquilo de su administración. Uno de sus ayudantes consigna el hecho de la puntualidad y compostura con que asiste a misa los días festivos, sin tolerar en los que le rodean la más mínima infracción del respeto debido al templo; cuida de que sus tropas no carezcan de capellanes y entre ellos se distinguen el P. Prado, hecho prisionero en el Rincón de los Toros, Fr. Miguel Díaz, muerto entre los valientes que sucumbieron en Boyacá, el Dr. Méndez, elevado más tarde a la silla arzobispal de Caracas y cuyo denuedo abona el mismo Bolívar, el Dr. Torres, su confidente y amigo y

4.— Vicente Lecuna. Cartas de Bolívar. Caracas, 1929. Vol. 8 p. 32.

5.— Mensaje del Libertador al Congreso de Angostura. V. Memorias de O'Leary Vol. 1 Narración.

6.— V. Lecuna ob. cit. Vol. 7 p. 370.

7.— Cartas de 30 de Junio y 23 de Agosto 1828. V. Lecuna Vol. 7, p. 338 y 339 y Vol. 8, p. 30.

el P. Delgado, benemérito de la Patria en las jornadas de Junín y Ayacucho.

En lo más enconado de la guerra a muerte sabe guardar la deferencia debida a los Prelados y no sólo busca la cooperación del metropolitano de Caracas, Coll y Prat, sino que atiende a su seguridad, previniéndole contra los peligros (8). Después de Boyacá, él mismo propone la celebración de un Te Deum de acción de gracias y ordena exequias en sufragio de las víctimas de la guerra. Convoca a los legisladores en Angostura y tras manifestarles que ha implorado el auxilio de lo alto en la empresa de dar libertad a Venezuela, hace honorífica mención del clero secular y regular de Nueva Granada, "altamente persuadido de que la Independencia de América extenderá el imperio de la Religión y le dará nuevo realce y esplendor (9).

En 1821 se dirige a Trujillo, en donde acaso se encuentra el Obispo Lasso de la Vega y edifica a todo el pueblo, presentándose a la puerta de la Iglesia, arrodillándose en sus gradas para besar la cruz que le ofrece el Prelado y entabla con él tan buena correspondencia que en adelante será Lasso uno de sus más adictos colaboradores. No menos deferente se muestra con el irreductible Obispo de Popayán, Jiménez de Enciso, uno de los más firmes baluartes de la resistencia realista. Le invita a un avenimiento y en vano espera la respuesta; el triunfo de Juanambú le abre las puertas de Pasto y, a las instancias de Jiménez porque se le conceda su pasaporte para la Península, responde Bolívar con una admirable carta en que le representa los males que se seguirán a sus ovejas por la falta del Pastor. "Vuestra Señoría Illma. sabe que los pueblos de Colombia necesitan curadores y que la guerra les ha privado de otros divinos auxilios por la escasez de sacerdotes. Mientras Su Santidad no reconozca la existencia política y religiosa de la nación colombiana, nuestra Iglesia ha menester de los Illmos. Obispos que ahora la consuelan de esta orfandad" (10).

-
- 8.— Blanco, Documentos para la vida pública del Libertador. Vol. 5, p. 535.
 - 9.— Mensaje al Congreso de Angostura. V. O'Leary ob. cit. Vol. 1 y en Blanco.
 - 10.— Puede verse la carta íntegra en Monsalve, ob. cit. vol. 2 p. 289 y en Groot. Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada, vol. 4 ó en Blanco Fombona. Cartas de Bolívar o en las Memorias de O'Leary. Vol. 29 p. 242.

No desconoce que la mano de Dios le protege y encamina sus pasos y así escribe a su amigo Lazo, después de Junín: "Los sucesos del Perú son muy lisonjeros; la mano del Señor ha querido guiarnos en esta campaña y hemos obtenido victorias sin peligros y ventajas sin sacrificios... casi todo el Perú es nuestro, porque el cielo es prodigioso por los que combaten por la justicia y severo con los opresores" (11). Meses más tarde y consumada la Independencia en los campos de Ayacucho, contesta la carta gratulatoria del Obispo del Cuzco, Orihuela y le dice: "Vuestra Señoría Illma. me felicita por el éxito glorioso de esta empresa, reconociendo con justicia que ella es obra del cielo, quien cansado de los inmensos males que sufría esta inocente tierra por la opresión de extraños mandatarios, fortaleció, en fin, el brazo de los que vinieron a salvarla, sin más objeto que el de que exista bajo la égida de sus propias leyes y que a beneficio de ellas prospere y se exalte el culto del Señor" (12).

Pero la obra de más trascendencia bajo el punto de vista religioso que realizó el Libertador, la que, sin duda alguna, constituye uno de sus timbres más preclaros y le hace acreedor a la gratitud de la Iglesia americana, fué la restauración de la Jerarquía eclesiástica en las repúblicas por él fundadas y el establecimiento de relaciones con la Santa Sede. En 1823 sólo se contaban 6 Obispos en la vasta extensión de territorios comprendidos desde el Orinoco hasta las fronteras de Tarija. Tan reducido número de Pastores traía consigo necesariamente la disminución del clero parroquial, la relajación de la disciplina eclesiástica, la falta de cultivo en las almas. Bolívar se dió cuenta de la gravedad de estos males y en cuanto las operaciones de la guerra se lo permitieron se dedicó a ponerles remedio. El nombramiento de nuevos Prelados exigía ponerse en contacto con Roma y ya desde 1819 comenzó a dar algunos pasos en este sentido. Uno tras otro fueron nombrados diversos agentes diplomáticos ante la Corte Pontificia, mas sólo en 1825 era reconocido en el Vaticano D. Ignacio de Tejada como representante de Colombia. Aquel mismo año fué preconizado Obispo auxiliar de Mérida D. Buenaventura Arias y, dos años más tarde, se llenaban las vacantes de los Arzobispados de Santa Fe y Cara-

11.— Chancay, 10 de Nov. 1824, V. en Lecuna ob. vol. 4, p. 198.

12.— Gaceta del Gobierno de Lima. Domingo 29 de Mayo 1825.

cas, y los Obispos de Santa Marta, Cuenca, Quito y Antioquia.

Día de júbilo fué para Bolívar el 23 de setiembre de 1827 cuando reuniendo en torno suyo a cuatro Prelados, les decía: "La causa más grande nos reúne en este día: el bien de la Iglesia y el bien de Colombia. Una cadena más sólida y más brillante que los astros del firmamento nos liga nuevamente a la Iglesia de Roma. . . Los descendientes de San Pedro han sido siempre nuestros Padres pero la guerra nos había dejado huérfanos como el cordero que bala en vano por la madre que ha perdido. . ."

La madre tierna lo ha buscado y lo ha vuelto al redil; ella nos ha dado Pastores dignos de la Iglesia y dignos de la República. Estos ilustres príncipes y padres de la grey de Colombia son nuestros vinculos sagrados con el cielo y con la tierra. Serán ellos nuestros maestros y los modelos de la Religión y de las virtudes políticas". Y, condensando en un apotegma su sentir sobre lo que han de ser las relaciones de la Iglesia y del Estado, pronuncia estas solemnes palabras: "La unión del incensario con la espada de la ley es la verdadera Arca de la Alianza". (13).

Hallándose en el Perú escribe por medio de Sánchez Carrión, en Julio de 1824 y en 1825, valiéndose de D. Carlos Pedemonte, al Delegado Pontificio en Chile, Mons. Muzi y le dice, son sus palabras: "cuán vivos son los deseos que le animan de entrar en relaciones con la cabeza de la Iglesia, por demandarlo urgentemente la salud espiritual de estos pueblos, el estado de orfandad a que se hallan reducidas sus Iglesias y el espíritu de fidelidad a la doctrina ortodoxa, depositada en la Religión santa que profesa la república. . . Además, al paso que está comprometido en cimentar la Independencia de la nación y asegurar su libertad. . . desea vivamente que su régimen espiritual se determine conforme a los cánones y que se arregle un Concordato sobre todos aquellos puntos que podrían causar alteraciones entre ambas potestades. . ." (14).

Sus gestiones no tuvieron éxito, apesar de la presentación que hizo al Congreso de D. Carlos Pedemonte para el arzobispado de Lima y del Dean Echague para el Obispado de Trujillo, y no volvieron a reanudarse hasta diez años más tarde, en 1835, bajo la administración de Santa Cruz.

13.— V. Groot. ob. cit. vol. 5 p. 199 y s.

14.— Pub. en la Gaceta del Gobierno de Lima y en Lecuna ob. cit.

Esta conducta benévola para con la Iglesia la acentuó en sus últimos años cuando la creciente fermentación de las pasiones políticas le hizo comprender que era necesario poner un freno a sus desbordes. Escritores lijeros y de criterio equivocado le han llamado reaccionario por este motivo y aun llegado a acusarle de abuso del poder. Parecen ignorar que el arte de regir a otros consiste en armonizar la libertad de los que obedecen con la autoridad del que manda y que es una ley histórica que los excesos de la primera traen como necesaria consecuencia el reforzamiento de la segunda. Bolívar comprendió, además, que en pueblos todavía en la infancia y nada maduros para el ejercicio de los derechos políticos, convenia que el Estado ejerciese una especie de tutelaje y que por todos los medios posibles se fomentase en los ciudadanos las virtudes cívicas.

A este fin deroga en 1828 muchos de los decretos dados anteriormente como el que suprimia los conventos menores y prohibia la admisión de novicios hasta cierta edad en las Religiones, proscribía a la Masonería y persigue a las sociedades secretas y destierra de las Universidades a los autores de peligrosa doctrina, encargando por medio del Ministro del Interior se dé a los jóvenes "tiempo bastante para que se funden en los principios de nuestra santa Religión y puedan así rebatir, por una parte, los sofismas de los impíos y, por otra, resistir a los estímulos de sus pasiones". (15) Es que entiende, como dice el Arzobispo Mendez que "para remediar el espíritu de vértigo que asalta al país nada hay tan eficaz como la predicación de la moral cristiana". (16).

Esto lo repite a unos y otros pero hay un trozo de carta que no puedo dispensarme de citar, sobre todo por provenir de un testigo de las últimas escenas de la revolución. "Tomo el mayor interés, escribe, por el restablecimiento de la Religión y de las Ordenes Monásticas que tanto contribuyen a la civilización de este país y lo que es más, que trabajan incesantemente en impedir la propagación de los principios que nos están destruyendo y que, al fin, logran no sólo destruir la Religión sino los vivientes, como sucedió en la Revolución de Francia, en que los más

15.— V. Gil Fortoul. Historia Constitucional de Venezuela. vol. 2 y en Groot, ob. cit. El decreto proscribiendo a la Masonería puede verse en Monsalve ob. cit. vol. 2 p. 382 y s.

16.— V. Lecuna ob. cit., Vol. 8 p. 74.

acalorados filósofos tuvieron que arrepentirse de lo mismo que ellos habían profesado..." (17).

He esbozado tan sólo unos cuantos rasgos de la fisonomía religiosa del Libertador. Veámoslo ahora en su muerte. A tan hermosa vida no le podía faltar la suprema purificación del dolor. Perseguido por la ingratitud de los hombres, toma voluntariamente el camino del ostracismo y una mano cariñosa, la del Obispo Esteves, le conduce a Santa Marta y de allí a la quinta de San Pedro Alejandrino y, una voz, la de la Religión, por boca del mismo, le ofrece los consuelos con que ella fortalece a los que van a dejar este mundo. El 8 de Diciembre pide algunos momentos para disponerse y luego vierte en el seno del Prelado todas las inquietudes de su alma. El 10, por la tarde, "completamente despejado y en pleno ejercicio de sus facultades intelectuales" recibe el Santo Viático, luego la Extremaunción y dicta su testamento. (18).

He aquí cómo empieza: "...Hallándome gravemente enfermo pero en mi entero y soberano juicio... creyendo y confesando como firmemente creo y confieso el alto y soberano misterio de la Beatísima y Santísima Trinidad... y en todos los demás misterios que cree, predica y enseña nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, bajo cuya creencia he vivido y protesto vivir hasta la muerte... hago, otorgo esta mi última disposición, testamentaria..." (19).

Reconstruyamos, señores, aquella escena en que se despidе de la vida el hombre más grande de América. Veámosle, extenuado por al fiebre y lánguidamente reclinado en una butaca, pero con la mirada viva y penetrante del

17.— Carta a D. Justiniano Gutiérrez. V. Lecuna ob. cit. vol. 8 p. 75.

18.— Las palabras entre comillas son de Restrepo, historiador bien conocido y contemporáneo de Bolívar. Gil Fortoul nos sale con la absurda suposición de que ya entonces no era Bolívar dueño de sus actos y se hallaba en un estado casi de inconsciencia, como si desde el 8 de Dic. en que se confesó hasta el 17, en que murió, hubiese entrado en el período comatoso y todo ello para restarle valor al hecho de haber recibido los Sacramentos. Así resultaría que su testamento y su valiente proclama que redactó después serian también obras de un inconsciente. A Dios gracias nadie le sigue, porque el testimonio del Dr. Reverend, médico de cabecera del Libertador, es categórico y no deja lugar a duda. V. Mensalve. ob. cit. vol. 2 p. 406 y s.

19.— V. el texto en Restrepo. Historia Militar y Civil de Nueva Granada y en Blanco ob. cit.

genio a quien no cegaron los fulgores de la propia gloria. Veamos entrar en su alcoba al humilde cura de Mamatoco, que en compañía de unos pobres indígenas le trae al Rey de los cielos que viene a darle el beso de reconciliación y de paz. Y contemplemos reverentes aquel místico abrazo del Creador y la criatura, de la Majestad Divina y de aquella alma que va a romper la cárcel de su cuerpo y en la cual insufló Dios un aliento sobrehumano, bastante a quebrar las cadenas de todo un continente.

Escuchemos ahora su adios de despedida. En su última proclama, después de perdonar con cristiano ademán a sus enemigos, dice a los colombianos: "Al desaparecer de enmedio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión; los pueblos obedeciendo al actual gobierno para librarse de la anarquía, los ministros del Santuario dirigiendo sus oraciones al cielo y los militares empleando la espada en defender las garantías sociales. . ." Tal fue su testamento político, testamento que ha de ser para nosotros, en las presentes circunstancias, el toque de asamblea que uniendo a todos los peruanos, concentre todas sus aspiraciones en aquel ideal, por el que luchó y se sacrificó el Libertador: el ideal de la Patria y vigorice su espíritu con aquella virtud que le sirvió de sostén: la fé religiosa y, alentados por estos dos móviles de todas las grandes causas, que son al mismo tiempo el lema de nuestro escudo, contribuiremos al engrandecimiento de nuestro suelo y al fin de nuestra carrera nos aguardará aquella corona de gloria que, piadosamente creemos, ciñe hoy las sienes del inmortal Bolívar.

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA ASAMBLEA
DE LA OBRA DE NAZARET, EL DIA 18 DE SETIEM-
BRE DE 1932

Excmo. Señor Nuncio de Su Santidad;
Excmo. Señor Administrador Apostólico de Lima;
Venerables Sacerdotes;
Señoras, Señores:

He de comenzar con aquella sencilla y breve frase, que en opinión de San Agustín, tiene toda la grandeza de un himno y todas las excelencias de una plegaria: *Deo gratias*, gracias a Dios. Sí, señores, gracias a Dios que nos hayamos reunido aquí, para promover una de las obras católicas más necesarias en nuestro suelo, para dar nuevo impulso a la *Obra de Nazaret*, dedicada al fomento de las vocaciones eclesiásticas. Y permitidme, además, que yo también dé gracias a Dios, por haber sido el designado, dentro de mi pequeñez, para dirigiros la palabra, porque considero un favor de lo alto, el tratar de un asunto que juzgo el de más vital importancia para la Iglesia Peruana y he abrigado siempre un vivo deseo de darlo a conocer a mis hermanos y compatriotas.

Vuestra presencia en este lugar y lo nutrido del auditorio me revela que vosotros también medís la trascendencia de esta reunión; pero, perdonadme que os manifieste sinceramente que en mi sentir son muy pocos los que se dan perfecta cuenta de la magnitud de esta Obra y de la urgencia con que es preciso remediar la falta, cada vez más creciente de vocaciones sacerdotales en el Perú. A demostrar lo uno y a representar lo otro, he de encaminar mi discurso, contando, por adelantado, con vuestra benevolencia y simpatía, no hacia el orador sino a la noble y santa causa que nos ha congregado hoy.

Y ahora, trasladémonos por unos instantes, a los lejanos tiempos de la Judea Proconsular y a aquella región

desolada, que baña el Jordán con sus silenciosas aguas. Ved aparecer en sus riberas al Rabbi de Nazaret, demarcado por el rigor del ayuno; pero reflejando en su hermoso semblante toda la paz y ternura de su corazón de Hombre-Dios. Juan el precursor, el santificado ya desde el seno de su madre, lo ha señalado con el dedo a sus discípulos, como al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo y se ha tenido por indigno de desatar la correa de su zapato. Juan y Andrés se acercan al Divino Maestro y Este volviéndose a ellos, los invita a seguirle y los convida a su trato. El amado discípulo no puede resistir semejante invitación, que imprime huella tan honda en su alma, que jamás olvidará la hora en que se realizó.

Ven y sígueme, ha dicho Jesús, y una y otra vez repite la llamada y a ella acuden tras Andrés y Juan, Pedro y Felipe, Bartolomé y Santiago y todos los demás que habían de constituir las piedras fundamentales de la Iglesia. Jesucristo comienza su obra, aquella que le hizo abandonar el seno del Padre, y tomar carne humana en el seno de una Virgen. Pero, oh admirable Providencia de Dios! El que había criado al mundo y al hombre sin su auxilio, no lo había de salvar sin su cooperación. Para esta empresa, mucho más santa y noble que la primera, Jesús necesita colaboradores y por eso inicia su vida pública buscando entre los sencillos moradores de Galilea a sus primeros compañeros, a los príncipes de la Iglesia, a los Pastores de su rebaño que ha de formar bajo el cayado de Pedro un solo redil.

Pero no creáis que Jesucristo se redujo a llamar entonces a los que habían de ser los primeros guías del rebaño, no; aun sigue y seguirá llamando a los que ha de hacer partícipes de su sacerdocio; todavía repite, de un modo secreto pero no menos eficaz, su primer llamamiento del Jordán y a muchas almas generosas dice como a Juan y a Andrés: ven y sígueme.

Es que su Iglesia no puede perdurar sin sacerdotes. Entre los elementos constitutivos que la componen, uno e indispensable es el sacerdocio, y éste lo forman los Obispos y los presbíteros. Suprimid a unos y otros y habréis destruído la Iglesia. Ah, señores, no son templos ni altares ni imágenes lo que nos hace falta. Sin todo eso comenzó a existir la Iglesia, que por mucho tiempo no tuvo otro lugar de reunión, que los sepulcros de las catacumbas, o si queréis las suntuosas aulas de los patricios romanos, denominadas por su origen Basílicas. Con todo, la Igle-

sia creció, ganó terreno al paganismo, y, como decía Tertuliano, bien pronto lo llenaba todo, hasta el palacio de los Césares. Para ello hubo mentester de pastores, Obispos y Presbíteros, que encargándose de las nuevas cristiandades, enseñasen la doctrina del Evangelio y administrasen los sacramentos de la nueva ley. Sin ellos, la obra de Jesucristo no hubiera alcanzado la diseminación que obtuvo.

No son templos, pues, ni altares ni imágenes, ni riqueza de adornos, ni esplendor de vestiduras sagradas, ni ceremonias magníficas o suntuosas las que dan su ser a la Iglesia. Todo esto tiene su utilidad, y, supuesto lo principal, se ha de procurar, pero ante todo y sobre todo, lo que nos hace falta, son muchos y santos sacerdotes. ¡Qué hubiera sido de lo contrario, de aquella nobilísima Iglesia de Irlanda, perseguida por el fanatismo protestante! Cuando los católicos, vejados hasta un extremo inconcebible, careciendo de templos y proscrito su culto, tenían que ampararse de las sombras de la noche para asistir en algún lugar desierto al Santo Sacrificio! Cuando, como sus hermanos, los mártires de los primeros tiempos, habían de afrontar serios peligros, a fin de recibir la Eucaristía, en alguna oscura cueva, o insalubre choza! Y, sin embargo la fe subsistió, se arraigó aún más en aquella isla de Santos, y, al sobrevenir la ansiada hora de la libertad, ha florecido gallarda, gracias, sobre todo, a sus Obispos y sacerdotes.

Pero aún hay otro argumento que os convencerá de la necesidad e importancia del sacerdocio. También nos lo suministra el Evangelio y, por cierto, en una de sus páginas más tiernas. Jesucristo, que eligió a sus primeros apóstoles, después de haber pasado la noche en oración, nos exhortó, no una sino dos veces, a que pidiésemos a su Padre Celestial por las vocaciones eclesiásticas. Háblale seguido, refiere San Mateo, una gran muchedumbre y al verla, nos dice el Evangelista, maltratada por el cansancio, errante como rebaño sin pastor, se movió a compasión de ella y exclamó: “¡Ah, cuán abundante es la cosecha y cuán escasos los destinados a recogerla!” Pedid, pues, al Señor de la mies, que envíe operarios a su campo en sazón. En otra circunstancia vuelve nuevamente a aparecer en sus labios aquella hermosa exhortación. Se trataba de repartir a los setenta y dos discípulos por las villas y aldeas de la Judea y Galilea, a donde El les había de seguir y lo primero que les advierte es que son pocos, muy pocos, para la mucha mies que ya blanquea y que,

por tanto, es necesario pedir al Padre de Familias envíe nuevos operarios, nuevos apóstoles, que sieguen el trigo y lo almacenen en los graneros. De entonces acá no ha variado la condición de los tiempos en este punto; hoy como ayer, la exhortación de Jesucristo tiene toda su fuerza, es la insistente y emocionante súplica que nos hace su Corazón misericordioso, a fin de que pidamos a su Eterno Padre, el remedio de una necesidad que El sólo, señores, abarca en toda su magnitud.

Y si ella es real, cualquiera que sea la región que se considere, ¿qué diremos de la que padece nuestra Patria? Ah, señores, triste es decirlo, pero se abate el ánimo cuando se considera la desolación en que se hallan tantas Iglesias del Perú! Pidieron, podremos decir con el Profeta, los pequñuelos pan y no había quien se lo distribuyese. Piden muchos de nuestros pueblos sacerdotes que los instruyan, que los amonesten, que los consuelen, que derramen sobre ellos los grandes beneficios de la religión, y no es posible atender sus justos reclamos, porque se carece de sacerdotes. Villas, aldeas, anexos parroquiales, que antes contaban con un ministro de Dios, hoy gimen desolados y sus iglesias se ven amenazadas de ruina, figura y símbolo de esa otra ruina moral, más grave aún, que ha comenzado ya a hacer sentir sus efectos en las almas. Y ¿pensáis que Jesucristo verá sin conmoverse, este espectáculo? No, mil veces, no. Desde el Sagrario, en donde se halla oculto, en medio de nosotros; desde la sede que ocupa al lado del Padre, en donde intercede por nosotros, contempla tanto santuario abandonado, tanto pueblo sin sacerdote, tantas ovejas sin pastor y con acento conmovido nos dice: Pedid, pedid con fervor, pedid con constancia a mi Padre, envíe muchos y buenos obreros a su viña.

Y he ahí, señores, lo que primero debemos hacer para remedio de tan grande mal como aflige a la Iglesia Peruana. Pedir y pedir con espíritu de fe, se susciten vocaciones en nuestro medio y hallen eco en los corazones de las almas generosas y prontas al sacrificio, aquellas palabras de Jesús: *Ven y sígueme*. Pidamos que el espíritu cristiano no se extinga en nuestros hogares, sino antes bien se robustezca y afirme, porque el mejor semillero de vocaciones será siempre el hogar, en donde se aprende a amar y temer a Dios. Pidamos porque se acreciente el celo de los sacerdotes y de cuantos trabajan en beneficio de las almas, porque ellos también pueden servir de medio a la Providencia para el divino llamamiento. Pidamos, si, pi-

damos a fin de que Dios pueble nuestros Seminarios con jóvenes dotados de todas las cualidades de alma y de cuerpo, necesarias para el buen desempeño de la carrera del sacerdocio.

Pero a más de pedir, es necesario también obrar. Y en primer término hay que contribuir al sostenimiento y conservación de los Seminarios que casi languidecen en la escasez. Dad, por consiguiente, con generosidad de lo que os sobra y auxiliad a la Iglesia en la tarea de formar a sus levitas. En ninguna otra obra vuestro dinero estará mejor empleado. Ninguna limosna más aceptable a Dios y más provechosa a los demás, que la erogada en favor de los que se disponen para ser dispensadores de los divinos misterios y maestros y guías de las almas. A ello os debe estimular no sólo la excelencia del fin, sino además la consideración de las estrecheces en que vive la Iglesia Peruana, sin recursos bastantes para sostener con el decoro y conveniencia necesarios sus Seminarios.

Muy engañado estaría el que pensase que la Iglesia tiene lo bastante para atender a la formación de su clero. No, la Iglesia Peruana fué rica, debido a la generosidad de sus hijos, pero se ha empobrecido en provecho del país poniendo a disposición de los Gobiernos sus bienes y aún el oro y plata de sus templos. Durante las luchas por la emancipación, vació sus tesoros en manos de sus libertadores, después, en todas las guerras nacionales, desde la empeñada con Colombia hasta la lucha con Chile, no ha cesado de dar con largueza, atenta únicamente al bien de la Nación. Juntad a eso las depredaciones de que ha sido objeto, por parte de gobernantes nada escrupulosos o la merma que ha sufrido en sus rentas, en virtud de leyes sectarias o disposiciones de mezquina política, y os podréis hacer cargo de la grave situación económica de la Iglesia del Perú.

Por lo mismo, deber nuestro es ayudarla. A tantos otros títulos como podrían invocarse para hacerlo, viene a añadirse, según lo expuesto, el de la gratitud. Y para terminar con este punto, añadiré, que también nos lo exige el propio interés y el amor patrio. Porque si queremos que nuestro clero responda plenamente a sus elevados fines, se forme sólidamente en las ciencias sagradas y adquiera las virtudes propias de su estado, es de todo punto indispensable que los Seminarios cuenten con medios para ello; que nada les falte de cuanto exige hoy la disciplina eclesiástica para la formación de la juventud, y bien sa-

béis, que con lo largo y prolijo de ella, ésto no puede hacerse sino a costa de grandes dispendios.

A la oración y la limosna, habréis de juntar el aprecio y la estima. Estima y aprecio del Estado Sacerdotal y Religioso; pero no meramente ideal sino práctico y efectivo. Lo será si con vuestras palabras y acciones contribuís a formar en derredor vuestro y aún en el propio hogar, un ambiente favorable al sacerdote; si de él habláis con tan crecida admiración que vuestras palabras sirvan para despertar el deseo de abrazarlo entre los jóvenes que os escuchan; si, llegado el caso, no vaciláis en ofrecer a Dios al hijo, al hermano, a fin de que se consagre a su servicio.

Y en este punto creo, señores, que todo está por hacer. Debido a múltiples causas que no es preciso enumerar, es general, aun entre los católicos, la desestima por la carrera sacerdotal. Y claro es, con ello, lejos de contribuir a su incremento, trabajamos inconscientemente por su desaparición. Porque, ¿cómo queréis que jóvenes de buena índole y con cuantos requisitos se exigen para este estado, lo abracen y se entreguen a él, viendo que por todo porvenir no les aguarda, tras una vida de sacrificio, otra cosa que la indiferencia y el desdén, por parte de los buenos y el odio y la malevolencia por parte de los malos? ¿Cómo queréis que surjan vocaciones en un medio tan poco favorable para su desarrollo? La naturaleza ayuda a la gracia y en la mente de Dios la una debe colaborar con la otra. No se desea lo que no se ama y no se ama aquello que nada dice al corazón y al sentimiento y no ofrece ningún incentivo a esa pasión por todo lo grande que toda alma noble siente. ¿Y queréis que nuestros jóvenes hallen en el sacerdocio lo que vosotros le arrebatáis, no rodeándolo de vuestro aprecio y vuestra estima?

Pues bien, devolvámosle el prestigio de que antiguamente se vio acompañado entre nosotros, y convengámonos de que mucho podemos hacer en esta parte. No se ha extinguido, es verdad, la fe en los hogares, pero en algunos, sobre todo en la clase alta y aun la clase media, se diría que ha sufrido quebranto, al ver que nunca o casi nunca brota en ellos una vocación sacerdotal. ¿La culpa es sólo de los hijos? No, señores, yo creo con Mons. Mermillod, que también les cabe parte a las madres. Porque, como dice el insigne Prelado, cuando en el pecho de una de ellas arde de veras el amor a Dios, chispas de ese fuego lo prenden también en el corazón de sus hijos, y cuando hay materia bien dispuesta, de ese fuego, brota siempre

la llama ardorosa de una vocación. Así sucedía antaño en nuestra sociedad, cuando ésta tenía a gala y como timbre de honor, que entre los miembros del clero secular y regular brillasen los apellidos más ilustres. Ahí estáis, para no desmentirme, los Ortiz de Foronda, Goyeneche y Barreda, Luna Pizarro, Benavente, Herrera, Pedemonte, Obín y Charún, Roca y Boloña, Tovar, Aramburú y otros. Habiéndolo recibido todo de Dios, ¿qué mucho que una familia cristiana, que una madre le ofrezca uno de los suyos, su propio hijo? En tiempos de más viva fe, esto no se ponía en duda.

Sí, madres, que me escucháis; sed generosas con Dios y si El os pide este sacrificio, que siempre lo es, no vaciléis en entregarle el fruto de vuestras entrañas. ¡Qué dicha la vuestra! ¡Qué dignación también! Ese hijo vuestro, que a veces con amor mal entendido, se cree perder, será para vosotras y para vuestra familia fuente de bendiciones de lo alto y prenda de gracias sin cuento. Aun mirando las cosas bajo el punto de vista meramente humano, habréis asegurado así la integridad del afecto que os deben como hijos. Bien lo sabéis, el sacerdote, por lo mismo que ha escogido a Dios como porción de su herencia, no os pospondrá en su corazón sino a ese mismo Dios; no reparará su afecto entre las demás criaturas, debilitando el que os debe, sino que lo conservará íntegro, más aún, lo ennoblecera y perfeccionará, amandoos en Dios y para Dios.

Por último, persuadíos y si estáis convencidos, ahondad aún el convencimiento de que no hay obra tan necesaria y tan meritoria como la de proveer a la Iglesia del Perú, de muchos y buenos sacerdotes. No hay obra tan grande, decía San Vicente de Paul, como la de formar un sacerdote. Y así es en verdad, porque el sacerdote es otro Jesucristo, es su genuino representante, el dispensador de sus gracias y a quien se confían las dos cosas más excelsas que hay sobre la tierra: las almas y el Cuerpo adorable del Redentor. Contribuir a la formación de un sacerdote es contribuir a la salvación de muchos, que lograrán la salud por su medio; en ser causa de los innumerables bienes que resultarán de su acción; es trabajar en la santificación de los demás. De sus manos, en la liturgia de la Ordenación, ha dicho el Obispo: sea bendito cuanto bendijereis y sea consagrado cuanto consagrareis, y esa ha de ser su obra y su misión, santificar cuanto se pusiere a su alcance. Y esas manos han de verter el agua regeneradora sobre las frentes de los recién nacidos para hacerlos hijos

de Dios y herederos de su gloria; y han de extenderse para levantar al caído y socorrer al necesitado; esas manos, en nombre de Dios, han de absolver al pecador de sus culpas, han de aplicarse caritativamente sobre las heridas y llagas causadas por el pecado, vertiendo sobre ellas el vino y el aceite de la corrección y la misericordia; ellas han de ungir al moribundo en el último trance, confortando su espíritu para la entrada en la eternidad; ellas se han de elevar suplicantes al cielo en demanda de piedad para tantos ingratos y, en fin, han de hacer bajar a la tierra, sobre el altar del sacrificio, a la Víctima Santa, a Jesucristo, que es propiciación por todos nosotros. ¿Qué sería del mundo, señores, sin sacerdotes? Pues medid ahora la magnitud del mal que aflige a muchos pueblos del Perú.

Porque es indudable, es manifiesto que por la escasez de sacerdotes, muchos de ellos carecen de este beneficio. Y el mal, lejos de disminuir, tiende a agravarse. El número de los ordenados en las diócesis, por año, es casi insignificante o nulo y la muerte va segando la vida de los curas ya veteranos y aumentando, por tanto, el número de las parroquias vacías. Es verdad, que beneméritas Ordenes y Congregaciones Religiosas acuden en ayuda de los Obispos y toman a su cargo los beneficios parroquiales, pero esta medida es subsidiaria, temporánea y de ningún modo la que la Iglesia quiere y desea. Decidme, pues, si no será pavoroso el porvenir. Hoy más que nunca se hace necesaria la vigilancia pastoral, la instrucción de los rudos e ignorantes; hoy que tanto apremia la acción bienhechora y civilizadora del párroco, es cuando más escasea en el Perú. Diócesis que antes contaban con el número de sacerdotes suficientes, hoy no tienen cómo proveer aún las parroquias de más importancia. He podido verlo por mi mismo, en Puno, donde una ciudad como Juli, capital de provincia, que antes contaba hasta cuatro sacerdotes, actualmente sólo tiene uno, para atender a las cuatro iglesias con que cuenta y a los varios anexos que le están agregados. Figuraos que, por uno u otro motivo, llegue a faltar ese sacerdote, como ocurrió a mi paso, y ya podréis suponer el abandono en que estarán sumidas esas poblaciones. Pero el problema no es sólo cuestión de número, es también asunto de calidad; sólo que lo uno va indisolublemente unido a lo otro. Dadme Seminarios florecientes y sobrados de personal y entonces tendrá cabida la selección; el Obispo podrá escoger entre los más aptos y de mejores cualidades, y sólo llegarán a las órdenes los más

escogidos. Pero, sucediendo lo contrario, ¿cómo es posible la selección? Los Obispos se ven obligados, muy a su pesar, a elegir entre dos extremos: o a dejar abandonadas las parroquias, por falta de personal apto, con grave daño de las almas o a ordenar a aquellos que sin reunir todas las condiciones apetecibles, poseen al menos las necesarias. Y, claro está, muchas veces de ambos males éste es el menor.

Y con ello, señores, bastará para que nuestro celo, nuestro amor a la Patria y a Dios, se enardezca, se estimule a hacer todo lo posible por alejar de entre nosotros el grave mal de la escasez de sacerdotes. Ya sabéis cuáles son los medios que hay que poner por obra; a trabajar, pues, con la bendición de Dios.

Y para terminar, como empezamos, oremos, pidamos a Dios, siguiendo la voz de Jesucristo, porque esta porción de su heredad, porque el suelo de nuestro país, vea crecer el número de los segadores y cultivadores de su campo. Pidamos, como lo hacía un ilustre Prelado español, el Obispo de Málaga, en una sentida oración: ¡Señor Jesús. a vista de tantos Seminarios desolados y de tantos pueblos sin sacerdote, movido nuestro corazón de la pena que arrancó del Tuyo aquel angustioso lamento: la mies es mucha y los operarios pocos, obedeciendo tu mandato de pedir por éstos, te suplicamos, Señor, los envíes, para que no falte quien lleve los niños a Tí; para que vean los ciegos del alma y se evangelicen los pobres, para que en todo lugar haya quien ofrezca la Hostia Santa, Pura e Inmaculada, y no se vean sagrarios vacíos e iglesias desprovistas de Tí, que eres su luz, su guía y su pastor.

Y no desconfiéis, que si esta súplica brota de todos vuestros corazones y de todos los ámbitos del Perú se eleva la misma oración a los cielos, ella será escuchada, plenamente y pronto la gracia de Dios llamará a las puertas de los corazones y serán muchos los que escuchen la voz de la vocación sacerdotal.

ALOCUCION PRONUNCIADA EL SABADO 30 DE
JULIO DE 1932 EN LA PLAZA DEL DISTRITO DE
LA VICTORIA CON MOTIVO DE LA INAUGURACION
DEL MONUMENTO A MIGUEL GRAU

Señores:

Lima no había pagado aún la deuda contraída con el héroe de Angamos y le ha correspondido al Municipio de La Victoria el honor de la iniciativa. No es, ciertamente, este monumento el que merece la grandeza de Grau, pues nunca habrá pedestal bastante para su gloria pero el esfuerzo hecho en las presentes circunstancias por el Concejo de este distrito es un reconocimiento de la obligación y una prueba inequívoca de que aún no se ha extinguido entre nosotros la llama del verdadero patriotismo.

Y hoy, más que nunca, es preciso afirmar ese sentimiento, esa idea, esa tradición, ese lazo físico y moñal de todo nuestro ser con el suelo en que nacimos; esa religión bendita que nos vincula estrechamente a lo más santo que hay en la tierra, la fe de nuestros corazones, el hogar, los antepasados, porque a todo eso lo llamamos patria.

Sí, hoy que manos alevés tratan de socavar los cimientos de la nacionalidad, hoy que con incomprensible ceguera se intenta desfigurar el concepto de patria y aún borrarlo del libro de nuestra mente, es preciso que por instinto de conservación nos unamos a ella más estrechamente; es necesario que por amor a la propia existencia nos abracemos más a nuestra gloriosa bandera, porque como el árbol se apega a la tierra de donde procede la savia que da vida a sus ramas y separado de ella se marchita, se agosta y muere, así también la sociedad, pueblo o nación que rompe con sus tradicionales lazos se condena a sí mismo a la esterilidad y a la muerte.

Por lo mismo esta ceremonia reconforta nuestro espíritu. No es posible desesperar del futuro ni abandonarse

al pesimismo, viendo cuán entero se halla entre nosotros el culto a los héroes nacionales, a los que con su palabra y ejemplo nos dieron la más admirable lección de amor a la Patria y nos trazaron el camino que debemos seguir en su obsequio.

Muchos de estos ha producido este suelo, pero pocos pueden parangonarse a Miguel Grau. Ante él ceden los más como ante el resplandor del sol palidecen las estrellas. Bastará fijar la vista en la figura adusta del esforzado marino para no desmayar de ánimo y no desconfiar del glorioso destino de la Patria. Por eso este monumento aquí levantado será en todo instante un despertador de energías, un estímulo que nos espolee a sacrificarnos en su servicio y el bronce mudo se volverá elocuente para darnos esta lección.

Ninguno más preparado para el desempeño de esta misión que Miguel Grau. El que por su nobleza y gallardía mereció el título de Caballero del Mar, enseñará a todos los habitantes del distrito de La Victoria, cómo se ha de emplear noblemente la vida; cómo se ha de servir a Dios y a la Patria. No es necesario que yo os haga el recuento de sus hazañas. Ellas están grabadas en nuestra mente y una sola frase las resume: amó el deber hasta el sacrificio: una fecha las condensa: el 79 y un nombre, el Huáscar, la completa, porque esa nave guerrera que en 7 meses de incesantes correrías mantuvo en jaque a toda la escuadra enemiga fué como la envoltura corpórea de Grau y los estremecimientos de sus émbolos podríase decir que fueron las palpitaciones del corazón gigante del héroe de Angamos.

Recordemos, no obstante, aquel breve espacio de tiempo que se inicia con el combate de Iquique y viene a terminar en las soledades de la rada de Mejillones. El sol de la victoria doró con sus reflejos su primera hazaña y en la última escena de su vida ese mismo sol ocultó sus rayos y se cubrió de nubes como de fúnebres crespones; Grau lo había eclipsado en su caída y había avergonzado al astro con el fulgor de su heroísmo.

En sus campañas le seguía anhelante todo el Perú; no parece sino que su frágil barco llevaba consigo toda el alma de la Patria y he ahí porque su desaparición causó mortal desmayo en todos los corazones y equivalió su muerte a la derrota de un ejército. Pero lo que engrandece más su figura es el ánimo con que llevó a cabo esa campaña, la nobleza cristiana con que miró siempre al

vencido y la abnegación sin límites con que se ofreció, en aras de su amor a la patria, al mayor de los sacrificios.

En vísperas de la guerra y ante el Consejo de Ministros había declarado sin rebozo el estado de inferioridad de nuestra escuadra en relación con la enemiga y aunque voces lisonjeras exaltaron las cualidades de su barco, él, prudente y experimentado, no se forjó ilusiones sobre la suerte que le esperaba y, por encima de todo, declaró que el Huáscar cumpliría con su deber, aun con la seguridad de la derrota. Hubiera podido renunciar el puesto esquivando responsabilidades; hubiera podido atenerse a la letra de la consigna para escudarse tras ella; nada de eso, cumplió su deber, todo su deber, con destreza y valor y cualquiera otra conducta, ante el enemigo, le hubiera semejado una traición y una corbardía.

Y termino como he empezado. La inauguración de este monumento es la solución parcial de una deuda pero es también un símbolo de nuestra inquebrantable fe en los destinos de la Patria. Para que ella sea grande no tenemos sino seguir la estela luminosa que nos dejó el célebre almirante. Su vida y sus hechos abrigaron nuestro escudo y dieron nuevas claridades a la blancura de nuestra bandera. Conservémoslos intactos y permanezcamos fieles a nuestra divisa. Grau, desde lo alto de esa columna, parodiando el gesto de su émulo Nelson, en la víspera del combate de Trafalgar, nos dice a todos y cada uno de nosotros: El Perú espera que cada cual sabrá cumplir con su deber.

SERMON PREDICADO EN LA NUEVA IGLESIA
MATRIZ DE CHICLAYO, EL 15 DE ABRIL DE 1935 EN
LA CEREMONIA CONMEMORATIVA DEL CENTENA-
RIO DE LA CIUDAD

Justitia et Pax osculatae sunt.

*La Justicia y la Paz se dieron ósculo de recon-
ciliación. Libro de los Salmos.*

Por una feliz coincidencia, en el ciclo de conmemoraciones centenarias que nos han transportado desde la bravía y enriscada Jauja hasta el legendario y hierático Cuzco, desde la opulenta ciudad de los Virreyes hasta la hidalga y heroica Trujillo, cábele hoy el turno a la ciudad de Chiclayo, todavía en la adolescencia, si la comparamos con sus hermanas, pero en cuya lozanía se avizora un porvenir risueño y venturoso.

Y no penséis, señores, que esta rememoración del pasado es estéril e infructuosa. No, felices los pueblos que no han perdido la memoria y saben recordar los hechos que constituyen el tejido de su historia. Ella los vincula a sus antepasados, dando unidad a las generaciones que se suceden y cimenta la nacionalidad sobre la base firme de lo que perdura y se eterniza por encima de las vicisitudes a que están sujetas todas las cosas humanas. Entre tantas cosas que nos separan, no sólo bajo el punto de vista étnico sino aún bajo el geográfico, sólo hallo dos cosas que pueden enlazarnos y hacernos fuertes: la unidad religiosa que nos agrupa a todos bajo la sombra bendita del árbol de la Cruz y la unidad histórica, es decir la obra de los siglos que ha ido encadenando en nuestro suelo unas culturas a otras y ha ido formando por un proceso lento pero seguro todo ese caudal de enseñanzas y experiencias, de triunfos y de reveses, de borrones y de glorias que cons-

tituyen la herencia de los pueblos y son el núcleo del que surge la nacionalidad. Las naciones que no rinden culto al pasado y no atesoran con amor sus reliquias, están llamadas a disgregarse y a desaparecer. Pero ese culto no ha de servir para disfrutar en la holganza del bien recibido ni para darse el efímero placer de añorar cosas pasadas sino para, alentados con su ejemplo, no retroceder ante el obstáculo.

A Chiclayo no le faltan esos elementos para su prosperidad futura. Su nombre y el del Departamento nos recuerdan aquella cultura que se pierde en las nebulosidades de la prehistoria y que en otra edad alcanzó un florecimiento del que aún son testigos mudos esos monumentos que han sabido resistir la acción del tiempo. Se suceden luego las culturas incaica e hispana, esta última para fijarse definitivamente en este suelo y elevar a sus habitantes, mediante la transfusión de su culto, de su idioma y de su sangre, al alto nivel de cultura que gozaba la España conquistadora en el siglo XVI. A ella estamos ligados desde entonces por ese triple lazo como lo abona este templo, cuyas macizas torres, recortando el azul del firmamento, parece que intentaran ser el trono levantado por la piedad de los chiclayanos a su Patrona la Purísima Concepción; lo testifica nuestra lengua, armoniosa y dúctil como el genio griego, sintética y viril como el talento organizador del romano y en donde se reflejan así la fogosidad ruda y sensual de los árabes, como la sobria austeridad del pueblo ibero; lo predica, en fin, el vínculo de la sangre, generosamente mezclada con la de los aborígenes y de cuya fusión brotó nuestro tipo criollo, en donde se hermanan todas las cualidades y defectos de los que le dieron el ser y donde logró la paciente calma del indio suavizar la fiereza del alma castellana.

Además, esta ciudad que figuró ya en los albores de la emancipación, se aprestó desde entonces a luchar en las pacíficas contiendas del progreso y bien pronto empezó a cosechar los lauros merecidos del vencedor. Uno de ellos es el título que hace cien años le fué concedido, pero aún se ofrece un ancho campo a su esfuerzo y su posición geográfica, los recursos de su suelo y el dinamismo de sus hijos presagian que descollará con ventaja en el porvenir. Para no frustrar estas esperanzas una sola cosa es necesaria: que en ella se vea florecer la justicia y la paz, dándose una a otra, como dice la Sagrada Escritura, un ósculo de reconciliación.

Estas proféticas palabras, antelada visión de los bienes imperecederos que había de traer al mundo el Salvador, verdadero Príncipe de la Paz, como le llama Isaías, se aplican también, guardada la proporción debida, así a los individuos como a las sociedades y a éstas de un modo especial, porque entre todos los bienes que hacen la felicidad de los pueblos, ninguno puede compararse a los derivados de la justicia y de la paz.

Justicia, primero, porque de ella y sólo de ella podrá brotar la verdadera y sólida paz, la que no necesita del auxilio de la fuerza y de la violencia para engendrar la calma en los espíritus, coordinar los intereses y hacer posible y aún deleitosa la convivencia de muchos dentro del organismo social. Suprimidla y la momentánea tranquilidad que se obtenga será la calma ficticia del océano pre-sagiadora de la tempestad, será la paz de Varsovia.

No me voy a detener en probarlo, pero no dejaré de esbozar el argumento. Justicia, bien lo sabéis, es aquella virtud que nos inclina a dar a cada cual lo suyo, y a reconocer y acatar el derecho ajeno. Esta definición tan clara como exacta, bastaría a mi propósito, pero permitidme remontarme un poco más alto en la filosofía del concepto y hallaremos que la justicia no es más que el orden esencial impuesto por Dios a los seres, como derivados de su misma naturaleza y regulador por lo tanto de las relaciones que median entre ellos. Ese orden esencial, en nuestras relaciones con Dios, se llama religión y constituye el primer deber del hombre y en nuestras relaciones con los demás, si es entre iguales se llama justicia, y, entre padres e hijos, se denomina piedad filial. Quebrantar ese orden, en cualquiera de sus aspectos es trastornar la esencia misma de las cosas y abrir ancho cauce a la desmoralización y al desenfreno. Por lo mismo, del mantenimiento de ese orden depende el bien inapreciable de la paz, porque ésta en definitiva no es más, según la definición del genio inmortal de San Agustín, sino la tranquilidad del orden, la posesión quieta y pacífica de los bienes que se derivan de él.

Ahora bien, esa justicia de donde ha de dimanar la paz, la debemos exigir en todo y para todos, en los de arriba como en los de abajo, en los que mandan como en los que obedecen, en los ricos como en los pobres, para que todos, seguros de que nadie ha de venir a perturbarles en la posesión de sus derechos, pudan gozar de las ventajas que lleva consigo la vida de sociedad. Sí, señores, justicia

en los gobernantes, a quienes, como dice San Pablo, Dios ha constituido ministros suyos para el bien, no para el mal, para estímulo de los virtuosos y azote de los malvados. Justicia en los magistrados, cuya integridad no ha de ser vencida jamás por el cohecho ni debilitada por el temor. Justicia en cuantos ejercen un cargo público, a fin de velar por su custodia y porque no se despoje de ella aún al más destituido de favor. Justicia en los magnates de la industria, en los poderosos, a fin de no abusar de su poder sino antes bien cuidar del bienestar de los que de ellos dependen, como de seres que la Providencia les ha confiado. Justicia también entre los obreros y humildes por la honradez en el trabajo, el respeto al derecho ajeno, la fidelidad a los compromisos.

Ah, señores, si estos ideales de justicia viniesen a convertirse en realidad, si aún en el más apartado rincón del Perú se mantuviese incólume el derecho del más humilde bracero, ¿no es verdad que la paz sería también un hecho y que nada habría por consiguiente, que se opusiese a nuestro avance en el camino del progreso? Pues de nosotros depende el lograrlo. Unamos nuestros esfuerzos en esta noble labor, porque el éxito depende de la colaboración de todos, pero no olvidemos que la primera obligación que nos impone la justicia es la de reconocer y respetar las relaciones que nos ligan con Dios, la de mantener inviolables aquellos lazos que nos unen al Ser Supremo y constituyen la Religión. Sin eso, serían vanos todos nuestros intentos, no sólo porque así lo exige la esencia misma de las cosas y lo acredita la experiencia, pues no es posible que respete el derecho de los demás quien no sabe inclinarse ante los imprescriptibles derechos de Dios, sino por que la Religión por la peculiar consistencia de nuestra cultura y por la voluntad de los mismos que nos dieron Patria está indisolublemente unida a los destinos de la nacionalidad.

Y termino, señores, la historia de un pueblo, se ha dicho que es la historia de sus monumentos. Si así es, yo preveo para esta ciudad un halagüeño porvenir. Este grandioso templo que nos cobija, levantado por el esfuerzo de sus hijos y la feliz iniciativa de uno de nuestros católicos gobernantes, nos está diciendo que ese deber primordial de justicia de que antes os hablaba no será echado en olvido ni descuidado por los chiclayanos. Aquí vendrán a retemplar su espíritu para las luchas cotidianas y en esas indecisiones del corazón a que está sujeto el hombre, cuan-

do vacila entre el deber y la pasión. Aquí recibirán los auxilios que la Iglesia nos brinda y Jesucristo nos ofrece y son el único salvavidas que nos puede librar en las tormentas del alma y el mejor escudo contra los asaltos de la tentación. Aquí, finalmente, aprenderán todos a ser justos para con los demás y beberán en la imagen del Crucificado, viva encarnación de la justicia infinita, ese anhelo de cumplirla enteramente, pese a los desfallecimientos del egoísmo y a los halagos del interés. Y entonces sí que, según la brillante expresión de Isaías, se asemejará nuestra paz a la mansa corriente de un río anchuroso y nuestra justicia, es decir nuestro derecho, será tan imperturbable como la profundidad del mar. Erit sicut flumen pax tua et justitia tua sicut gurgites maris.

Apresuremos esa hora y cuando dentro de poco resuene bajo estas bóvedas el Himno Ambrosiano, el cántico de gratitud que nuestros pechos elevan al cielo por los favores que con mano pródiga derramó sobre este suelo el Hacedor, sirva también de presagio de días más venturosos para la Patria que nos arrulla con sus caricias de madre, y para Chiclayo que hoy cuenta cien años de vida ciudadana y afronta con serenidad el porvenir, fiada, como en dos brazos que han de encumbrarla muy alto, en la justicia y la paz. Así sea.

SERMON PRONUNCIADO EN LA CATEDRAL BASILICA, EN EL IV CENTENARIO DE LA FUNDACION DE LIMA, 22 DE ENERO DE 1935, AL INAUGURARSE LA CAPILLA DE SANTA ANA EN DONDE REPOSAN LOS RESTOS DE NICOLAS DE RIVERA, EL VIEJO.

Nisi Dominus custodierit civitatem frustra vigilat, qui custodit eam. Salmo 126. v. 2.

Si el Señor no guardare la ciudad en vano vela el centinela encargado de su custodia.

Hace cuatrocientos años los emigrados de Jauja, Sangalla y Pachacamac hacían alto en las tierras del cacique de Lima y, atraídos por su amenidad y ventajoso emplazamiento, resolvían fundar en ellas una ciudad, “la cual confiaban en Dios Nuestro Señor y su bendita Madre que será tan grande y tan próspera como conviene”. Tomada posesión del sitio, en nombre del César, y colocada la primera piedra de la futura catedral por manos de Pizarro, se distribuyeron los solares entre los vecinos, y un día como éste, se nombraron alcaldes y regidores, jurando sobre la señal de la cruz y los santos evangelios, “como buenos y fieles cristianos, temerosos de Dios y servidores de su Majestad, que usarían de dichos oficios mirando siempre lo que conviene al servicio del Rey y al bien y pro de la ciudad y su vecindario”.

Con la instalación del municipio podemos decir que comienza la vida de Lima, porque sin ese mecanismo no se concibe el funcionamiento de las actividades ciudadanas. Recordar, por consiguiente, ese hecho, en la vida social, vale tanto como traer a la memoria, en la vida del individuo, el día en que se reflejó en sus ojos el primer rayo de luz. Pero, ¿no sería imperdonable omisión pasar en silencio los nombres de aquellos ilustres y nobles varo-

nes, que, puestos a la cabeza del Ayuntamiento, labraron los cimientos de esta ciudad y se desvelaron por engrandecerla? Sin duda alguna, y he ahí porqué, en justo homenaje a su memoria, nos congregamos en este templo.

No nos impulsa a volver los ojos al pasado la fútil complacencia de avivar el recuerdo de hechos ya olvidados, ni el senil prejuicio de los que consideran que todo antaño fué mejor, no, pero juzgamos un deber de justicia enaltecer la figura de los fundadores de la nacionalidad y en esta añoranza de una época ya remota hallamos una lección saludable que aprender. Aún más que el presente, el pasado es para nosotros venero inagotable de experiencia y manantial perenne de energía. Desconectar el hoy del ayer, pretender ponerlos en pugna equivaldría en la vida de los pueblos a una especie de suicidio moral, acarreador de la destrucción y de la muerte. Los que con furor iconoclasta han intentado arrancar las páginas de la historia o han mirado con desdén a los hombres y las cosas de antaño, no sólo han incurrido en un caso de amnesia que los condena a la esterilidad sino que han injuriado a su propia ascendencia, juzgando vanamente que han transcurrido siglos y generaciones sin dejar en pos de sí reguero de luz y semilleros fecundos de virtud.

No, señores, no cometamos el imperdonable yerro de renegar de nuestro pasado, sobre todo, cuando éste se nos presenta, como es el caso nuestro, rico en ejemplos de dignidad y de grandeza. Herederos de un patrimonio que otros pueblos nos envidiarían no nos demos el gusto frívolo de menospreciar los méritos reales de quienes nos precedieron por adoptar las baratijas de dudoso valor importadas de fuera o correr tras los espejismos de unas reformas vacías de sentido. Cada generación que pasa desembaraza el camino a la subsiguiente y cada vez que en el horizonte de la Historia se levanta una nueva centuria, no otro sol viene a iluminar sus pasos sino el del siglo que se desvanece.

La fuerza de un pueblo no consiste únicamente en su capital humano o en la riqueza de su suelo; estriba aún más en la unidad de principio y de acción sólo posible mediante una arraigada conciencia nacional. A formarla contribuye la vinculación con el pasado, pues así como en la sucesión de nuestros actos la conciencia del yo es la que les da unidad, así en el encadenamiento de los hechos sociales, no se marcharía a un seguro derrotero si no existiese esa trabazón entre lo que es y lo que fué.

Pero, advierto, señores, que me desvíó de mi principal intento y este no es otro sino recordaros cuán ímpregnados estaban de espíritu cristiano los que dieron el ser a esta ciudad, cuán convencidos de que basándola sobre la Religión Santa de Jesucristo le daban el más sólido cimiento de su grandeza y la prenda más firme de su futuro bienestar. Sí, señores, aquellos hombres que como Nicolás de Ribera el Viejo y Juan Tello, formaron el primer Cabildo de la Ciudad de los Reyes, habían leído en la Escritura que “si el Señor no edifica la ciudad es vano el intento de los que se esfuerzan en levantar sus muros” y, en consecuencia, cuidaron de dar a Dios el primer lugar en todo y se mostraron dóciles a sus mandatos. No grabaron en el frontispicio de las Casas de Cabildo aquella inscripción mandada colocar por los florentinos en el Palacio Pitti: *Jesucristo, elegido por decreto del pueblo, Rey de Florencia*, pero en público y en privado reconocieron e hicieron reconocer su soberanía. Habían jurado servir al Rey y a la ciudad y no hubieran cumplido con uno y otro si hubiesen descuidado este deber.

El culto a Dios y al respeto a la Religión no sólo es el primer deber del hombre privado sino la principal obligación, así del gobernante como del ciudadano. No es posible concebir la sociedad sin esta base, porque sin ella nada hay que pueda contener las pasiones de los que mandan ni las malsanas codicias de los que obedecen. Suprimid a Dios, como fuente de toda autoridad y ya el hombre no se sujetará sino ante la fuerza, impotente siempre para contener el torrente desbordado de una conciencia sin freno. Si la experiencia no lo acreditara con dolorosa frecuencia, sería necesario insistir en este punto, pero bien sé que todos estáis convencidos de que sin Dios la vida social se derrumba y no se ofrece al hombre otro dilema que la esclavitud o la anarquía, o gemir, falto de libertad, bajo las botas del tirano o entregarse a todos los excesos de la demagogia.

Agradecemos, pues, el que la Cruz Redentora haya iluminado con sus fulgores el amanecer de nuestra ciudad y que ella, en el transcurso de su larga existencia, haya continuado presidiendo nuestros hogares y extendido su benéfico influjo a toda nuestra vida ciudadana. De todos los bienes que nos trajo la conquista española, el más estimable y provechoso fué, sin duda alguna, la fe católica. Sólo podrán pensar de otra manera los que, rebajando los ideales humanos cifren la dicha del hombre en las venta-

jas puramente materiales e idólatras de su cuerpo no cuiden más que en satisfacer sus bajos instintos. Sin desdeñar el progreso material en lo que tiene de lícito y bueno, más elevada y noble es la concepción que nos hemos formado de la vida y, a la luz de la fe como de la sana razón, hemos aprendido que la felicidad del hombre está muy por encima de los efímeros goces de los sentidos y que la fuente de la dicha no está en esa porción caduca de nuestro ser sino en el espíritu que es inmortal.

Imbuídos en estos principios no es extraño que al calor de la fe y la piedad cristianas brotase en el suelo de Lima una espléndida floración de todas las virtudes y de tal manera se saturase el ambiente de religiosidad que ella vino a ser una de las notas características de la vida limeña. Pudo haber, y era inevitable, sus desfallecimientos y sus deslices, pero en conjunto se mantuvo incólume la pureza de la doctrina y la integridad de las costumbres. Fruto de entrambas, aunque otras causas puedan asignarse, fué esa sana jovialidad que animó a nuestro pueblo y que se traducía ya en sus públicos regocijos, ya en su donaire en el decir, ahora en sus cantares y danzas, ahora en el obligado estrépito de sus fiestas y en esa innata propensión de invitar a los demás a tener parte en sus venturas.

Fruto de ella también fué ese boato y esplendor con que se rodeó al culto, porque a la magnificencia tan propia del carácter español se unió, además la convicción profunda de que a Dios se ha de dar lo mejor. Por eso nuestros templos rivalizaron en adornos y al lucir en los grandes días sus más valiosas galas ponían admiración en los extranjeros y ofrecían a la vista un espectáculo no igualado. Cuanto había de más precioso se consagraba al culto y el oro y la plata, las perlas y los diamantes enriquecían los vasos sagrados y aun llegaban a cubrir los altares, mientras los brocados y damascos, las holandas y encajes pendían de las paredes o engalanaban la mesa del sacrificio. Ricos y pobres, todos rivalizaban en hacer ostentación de su piedad y ya con sus limosnas los unos, ya con cuantiosas mandas y legados los otros, contribuían a que en la Casa del Señor resplandeciese la majestad y el decoro. Todavía, no obstante el despojo que han padecido nuestros templos y el abandono a que se les ha entregado, muy alto nos hablan de la fe y de la piedad de nuestros mayores, pero, a decir verdad, la mayor parte de ellos no son ni sombra de lo que un tiempo fueron y en el aparato ex-

terior es punto menos que imposible emular el fausto desplegado en otra edad. No se reducía, sin embargo, a estas manifestaciones externas la religiosidad de nuestros mayores, de ella brotaron también esa suavidad en las costumbres, ese respeto a los padres, esa fidelidad entre los esposos; ese mutuo amor entre los miembros de una familia y aun esa benignidad y solicitud para con los criados y servidores que, sin confusión de clases, tendía a establecer entre ellas una sincera corriente de simpatía. ¡Ah, estas virtudes hogareñas que son como el aroma que perfuma nuestra vida, crecían lozanas en las mansiones de Lima y asegurando la paz y bienestar interior eran la mejor garantía de la fecundidad y perpetuidad de los linajes! El hogar limeño, por ser cristiano, fue además acogedor y hospitalario. Todos cuantos nos han visitado se han hecho lenguas de esta hospitalidad y buen acogimiento que, sin distingos, lo mismo se ponía en práctica en la mansión del noble adinerado que bajo el humilde techo del oficial o del artesano.

No puede negarse que las diferencias de raza debían ser un obstáculo a la unión y a la pacífica convivencia, pero el espíritu cristiano supo allanarlo y, excepción hecha de casos aislados, reinó la armonía entre los distintos elementos de nuestra población sin que la discordia viniera a sembrar la desconfianza o distanciara los ánimos. Esas prevenciones de casta tan frecuentes en otros países no tuvieron cabida entre nosotros y, dejando aparte otras razones, ello se debió a la fe común, que nos enseña con San Pablo a no hacer distinción entre griegos y romanos, judíos y gentiles.

Más escogido y excelente fruto de esa piedad antigua fue ese espíritu eminentemente caritativo, pronto siempre a remediar el mal ajeno y lleno de generoso desprendimiento para con el necesitado. En esta parte, podemos decirlo con satisfacción, apenas habrá ciudad que nos hiciera ventaja. No llevaba muchos años de fundada y ya contaba entre sus muros ocho hospitales y casas de beneficencia, número en verdad notable para la población de entonces. Ya en 1538 el Cabildo señalaba un solar para la fábrica del Hospital y, en 1545, Francisco de Molina lo fundaba con su ayuda y de los vecinos, mudando más tarde de sitio y estableciéndose definitivamente en el local de San Andrés. Por el mismo tiempo, la caridad de nuestro primer Arzobispo, Fray Jerónimo de Loayza, erigía en beneficio de los indígenas el Hospital de Santa

Ana y establecía en él una cofradía de hermanos veinticuatro, que según las ordenanzas hechas por él mismo, habían de salir cada mes, de dos en dos, a pedir limosna para su sostenimiento. En 1559, tres honrados vecinos, Pedro Alonso de Paredes, Gonzalo López y Diego de Guzmán idearon crear una nueva casa de misericordia e instituyeron el Hospital de San Cosme y San Damián, más conocido por el Hospital de la Caridad del nombre de la Cofradía encargada de su custodia, Sucesivamente surgieron el del Espíritu Santo, fundado por Miguel de Acosta, para la gente de mar; el de San Lázaro en el solar y huerta, cedido para este fin por el bueno de Antón Sánchez y al que se otorgaron por Cédula de 25 de febrero de 1567 los mismos privilegios que el de Sevilla; el de San Diego, debido a la generosidad de los consortes Cristóbal Sánchez Bilbao y María de Esquivel y entregado más tarde a los Hermanos de San Juan de Dios; el de San Pedro para clérigos pobres, fundado por la cofradía de ese nombre y, finalmente, la casa de Huérfanos de Nuestra Señora de Atocha, obra de aquel émulo de Vicente de Paúl a quien muchas veces se vio por las calles de Lima, abrigando entre sus brazos los ateridos miembros de las criaturas expuestas y que trocara su verdadero nombre de Luis Ojeda por el de Luis Pecador. Esto ocurría en 1597, cuando en la capital de Francia no existía aún una sola casa de huérfanos y habían de transcurrir unos cuarenta años para que se fundara la primera.

Este espíritu de caridad, hijo genuino del Evangelio y del cual se vanagloriaban con razón los redactores del antiguo Mercurio Peruano, teniéndolo por uno de los más preclaros timbres de nuestra patria, no tuvo, como ellos mismos advierten, un tiempo de moda sino que arraigó entre nosotros, constituyendo como una nota distintiva de nuestro carácter. Porque a los establecimientos ya citados se agregaron después, el Hospital de Ntra. Sra. del Carmen y el Refugio de Incurables, encomendados en ambos a los religiosos Betlemitas y debido el último al piadoso celo del agustino Fr. José de Figueroa. El de San Bartolomé, para los morenos, en que tanta parte tuvo un hermano suyo en religión, el P. Maestro Bartolomé Vardillo; el Colegio de Santa Cruz, para niñas huérfanas, fundación del piadoso Mateo Pastor de Velasco; la Casa de Amparadas, erigida por el celo del incansable Apóstol, el Venerable Francisco del Castillo y la caridad del Conde de Lemos y el Real Hospicio de Pobres que bajo el título

de Jesús Nazareno, erigía en 1765 Don Diego Ladrón de Guevara.

Todas estas instituciones y otras más que se pudiera añadir, como los asilos en donde mujeres desvalidas y viudas pobres hallan consuelo en su desamparo y son varios los que se cuentan en la ciudad, se sostuvieron no tanto por las dotaciones que les asignaron sus fundadores cuanto por las limosnas que con verdadera largueza erogaban los habitantes de Lima en su favor, hasta el punto de que en todo tiempo pudo decirse con verdad lo que ya decía nuestro insigne cronista Calancha: "que no se conoce ciudad en el mundo donde se repartan cada año tantas limosnas".

Bastarían para confirmarlo unas cuantos hechos. Según Montalvo, en el *Sol del Nuevo Mundo*, sólo en las porterías de los conventos de Lima se distribuían anualmente más de 50,000 reales de a ocho, en moneda y en especies. Las dotes para casar doncellas o ingresar en los monasterios eran numerosas; una sola Cofradía, la de la Concepción, favorecía a más de cuarenta jóvenes, asignando a cada una la cantidad de 450 pesos y otra, no menos ilustre, la de la O. había invertido en siglo y medio, cerca de medio millón de pesos en esta obra de beneficencia. El P. Cobo, enalteciendo la caridad que aquí se practicaba, cita los nombres de tres caballeros, a quienes conoció, todos los cuales dejaron gran parte de su caudal a los pobres. Era el uno D. Antonio Correa, fundador del Noviciado de la Compañía, quien empleó más de 400,000 pesos en obras pías y, después de dar libertad a sus esclavos, les asignó una pensión durante su vida. Llamábanse los otros dos, Luis Rodríguez de la Serena y Antonio Urrea, quienes no se mostraron menos generosos, dejando abundante renta para que cada año fuesen socorridos buen número de indigentes. Pero, ¿qué mucho rivalizaran todos en Lima en estas demostraciones de caridad, si tenían delante el ejemplo de su grande Arzobispo, del incomparable Santo Toribio, verdadero padre de los pobres, quien escribiendo al Papa Clemente VIII le decía que, desde su entrada en el Arzobispado hasta el año 1597, había distribuído de su hacienda a los menesterosos cerca de 144,000 pesos, suma en verdad crecida, pero que apenas nos da la medida de la inagotable liberalidad del gran Prelado.

A tanto llegó la fama del desprendimiento de los vecinos de Lima, que aún de otras regiones acudían a im

plorar su auxilio, nunca denegado antes siempre pronto y generoso. Así ocurrió cuando el terremoto de Santiago de 1647; en el saqueo de Panamá por los piratas de Morgan, en 1671 y en otras muchas ocasiones, todo ello sin contar el constante socorro a los misioneros que evangelizaban las tierras de Arauco, las riberas del Marañón o los dilatados llanos de Mojos. Aún de la misma Península venían frecuentes demandas de conventos y obras pías, a todas las cuales satisfizo la piedad limeña y es notable el caso del Hermano Pedro de la Concepción, venido al Perú en 1659 a recoger limosnas para los Hospitales de Argel y Túnez, quien a su vuelta, escribiendo desde Cartagena al Ven. P. Castillo, le manifestaba que no podía olvidar a Lima y a todo el Reino, al cual quería como a sus ojos, pues a sus larguezas debía el poder ver edificados más de veinte Hospitales, en donde eran asistidos los cautivos cristianos.

Esta efusión de la caridad cristiana en nuestro suelo denota muy a las claras que era tierra bien abonada para el crecimiento de todas las virtudes y propicia aún para la santidad heroica. Y así fue en efecto. Lima vio florecer en sus claustros y aun en las casas blasonadas el ardoroso anhelo de la perfección cristiana y no bien se extinguía, allá en la villa de Saña, el inmortal Toribio, cuando en la silenciosa recolección de Santa María de los Angeles volaba al cielo el seráfico espíritu de Francisco Solano. Entre tanto, en un huerto vecino al Hospital del Espíritu Santo una Rosa de pureza y de martirio abría sus pétalos a la gracia y atraía con su perfume las miradas de Dios. Trasplantada al cielo, aún quedaron embalsamando el ambiente limeño el humilde y estático Martín de Porras y el endiosado y austero Juan Masías. A todos estos la Iglesia ha elevado al honor de los altares pero ¿cómo olvidar a toda esa otra pléyade de varones ilustres en santidad que fueron el mejor ornato de nuestra urbe y cuyas virtudes los hacen acreedores a déntico premio? Cómo pasar en silencio a un Francisco Camacho, semejante en todo, aun en su admirable conversión, al Patriarca de su Orden, San Juan de Dios? A Francisco, a quien por más de 30 años contempló Lima con admiración, desvelado a la cabecera de los enfermos en el Hospital de San Diego o bien recorriendo las calles, implorando una limosna para sus queridos dolientes? ¿Cómo no hacer mención de aquel incansable hijo de Ignacio de Loyola, el P. Francisco del Castillo, émulo de su hermano

Claver, cuyas hazañas renovó entre nosotros y a quien la voz del pueblo dio mercedidamente el nombre de Apóstol? ¿Cómo olvidar al Venerable Fray Pedro Urraca, de La Merced, digno por sus austeridades de contarse entre los Padres del Yermo y protector aún en vida de esta ciudad, de la cual decía que entre todas las ciudades del mundo era como la niña de los ojos de Dios?

De continuar enumerando, por fuerza habría de causarnos fatiga, pero permitidme, no obstante, que os recuerde nombres, no ya tomados del Santoral de las Ordenes sino de los Anales de nuestra ciudad en la cual no fue rara la virtud eximia aun entre los grandes señores y las damas de noble alcurnia. Allí están para comprobarlo aquel noble caballero de quien antes hice mención, Antonio Correa, comparable por su amor al desvalido con D. Juan de Mañara, el ilustre fundador del Hospital de la Caridad de Sevilla, tan generoso para con los demás como mezquino para consigo y cuyos restos fueron sepultados, por su orden, sin más que una tosca mortaja, en el pavimento de la Iglesia del Noviciado y sin otro epitafio que una loza de piedra. Allí, D. Diego de Carvajal y Vargas, Caballero de Santiago y Correo Mayor de las Indias, que en los tiempos del Marqués de Guadalcazar y el Conde de Chinchón, fue la edificación de todos por su abnegación y desprendimiento, viéndosele con frecuencia en los Hospitales sirviendo por su mano a los enfermos o bien, por las calles, en hábito de penitente, en los días santos.

De igual ardor participaron damas limeñas como Doña Luisa Melgarejo, la confidente de Santa Rosa, que ascendieron muy alto en el camino de la perfección y pudieran servir de modelos a los más amigos de Dios; doña Catalina de Iturgoyen, Condesa de la Vega del Ren, émula de Santa Francisca Fremiot de Chantal y perfecta imitadora de sus virtudes y otras que omito por abreviar. Pero como la perfección no es patrimonio de un estado de vida o de una clase social, no debe extrañarnos que las mismas flores de santidad se cogiesen entre los humildes y los pobres, ahora fuesen de raza indígena como el fundador del monasterio de Jesús María, el Venerable Nicolás Ayllón, llamado también Nicolás de Dios o aquel moreno conocido por el Hermano Miguel, hijo espiritual del fervoroso P. Castillo, aclamado santo por sus contemporáneos y del cual nos ha conservado la memoria el *Diario de Lima*.

He ahí una pocas muestras de esa fe religiosa que como el más firme cimiento de esta ciudad asentaron sus fundadores en la alborada de su existencia. Ella no empeció para que como leales servidores de su Rey y diligentes síndicos de la comunidad, la defendiesen con gallardía de sus enemigos y promovieran con calor sus intereses. Testigo Nicolás de Ribera, llamado por cinco veces a presidir el Cabildo de Lima y tan piadoso como esforzado, pues todavía a los 65 años se ceñía la espada y montaba a caballo para ir a combatir a los rebeldes, acudidos por Hernández Girón. De su profunda fe religiosa es excusado hablar, pero no es posible omitir un rasgo que nos descubre la delicadeza de sus sentimientos cristianos y es su voluntad, manifestada por dos veces en sus testamentos, de restituir a los indios las cantidades que como tributo había recibido de ellos.

Aceptemos pues, por entero la herencia que nos legaron nuestros antepasados impregnada de fe, sin duda, pero también henchida de verdadera nobleza. Es a un tiempo timbre de gloria para esta ciudad y motivo de aliento para sus hijos encontrar en el remonte de su historia, toda una cadena de virtudes y ejemplos que con la fuerza de la herencia nos obligan a continuar por la trazada senda. En los pueblos como en las familias, los más vigorosos y fuertes son aquellos que más lejos se extienden en el pasado y no han incurrido en la fea mengua de olvidarlo. Nosotros podemos sin jactancia vanagloriarnos de nuestra ascendencia y al no desdecir de tan ilustre prosapia no sólo habremos cumplido con un deber impuesto por la piedad filial sino que además habremos asegurado el éxito para el porvenir, pues sólo sobrevive lo que ha echado hondas raíces a través del tiempo.

Por eso, esta ceremonia nos ofrece motivos de júbilo. Hoy, como hace cuatro siglos, los representantes de nuestro pueblo invocan a Dios, reconocen su imperio y ponen bajo su amparo los destinos de la ciudad. Ellos también juzgan que de no contar con su protección serían vanos todos sus esfuerzos por conservarla y levantarla a mayor altura. Y por eso esta Iglesia, primada de cuantas se erigieron en los dominios hispanos del Sur de América, esta Iglesia, ennoblecida por las excelsas virtudes del que fue modelo de Prelados, santificada por los heroicos hechos de innumerables hijos, ilustrada por el saber y la doctrina de sus doctores, oprimida, puede decirse, bajo el peso de tantas glorias como ha acumulado sobre ella el tiempo,

entona hoy un cántico de júbilo, el cántico que brotó de los pechos de los Hijos de Israel, al contemplar la magnificencia del templo levantado por Salomón: Alabad al Señor por que es bueno, porque es eterna su misericordia. Confitemini Domino, quonian bonus, quoniam in saeculum misericordia ejus.

Nosotros, sus hijos, unamos nuestras voces a las suyas y, de lo íntimo de nuestro ser alabemos al dador de todo bien y bendigámosle por los beneficios recibidos. Así sea.

ELOGIO FUNEBRE DEL DR. RAIMUNDO MORALES
DE LA TORRE, DECANO DE LA FACULTAD DE
LETRAS DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA PRONUN-
CIADÓ EN EL CEMENTERIO GENERAL, EL 11 DE
SEPTIEMBRE DE 1936.

Vengo en nombre de la Universidad Católica del Perú, de sus Catedráticos y alumnos a hacer pública manifestación del hondo pesar que ha causado en todos nosotros la rápida desaparición del Dr. Raimundo Morales de la Torre, uno de sus fundadores y miembro esclarecido de su claustro, desde el mismo día en que abriera sus aulas a la juventud estudiosa.

Sin desconocer el justo valor de los discursos que se pronuncian ante una tumba no quiero que se de a mis palabras la significación de una mera fórmula ritual sino que se vea en ellas la expresión sincera de nuestra condolencia y la real apreciación de los méritos de quien nos acompañó en la Cátedra y vertió su saber en las dóciles inteligencias de nuestros alumnos.

La muerte, entre otras enseñanzas, tiene el singular privilegio de poner de relieve lo que hay de grande en la vida del hombre. Mientras este permanece en el escenario de la vida, diríase que su presencia arroja una sombra sobre el brillo de sus acciones y si no nos obliga a pasarlas en silencio, por lo menos sella discretamente nuestros labios a la extemporánea alabanza y aun nos mueve a regatear el encomio. Con menos viveza, debido a la asiduidad en el trato, nos hieren las cualidades de aquellos que conviven en nuestra compañía y es preciso que venga la muerte a arrancarlos de nuestro lado, para que al desvanecerse el velo que las encubría, se nos muestren en la plenitud de su luz y nuestro labio les haga entera justicia.

He ahí, señores, lo que ahora nos ocurre ante los inanimados restos del Dr. Raimundo Morales de la Torre.

Cuantos le vimos, afable y sonriente, acudir a las aulas de la Universidad Católica, a dictar sus lecciones de Historia Antigua y Moderna o de la Cultura; cuantos escucharon al profesor y al artista trazar en breve y animada síntesis el cuadro de las remotas edades o indagar el progresivo desenvolvimiento de la cultura humana, no llegamos, sin duda, a aquilatar debidamente el esfuerzo y la valía que se ocultaban tras aquella aparente facilidad del maestro, pero hoy lo recordamos no sin melancolía y no podemos menos de lamentar el vacío que deja en nuestro seno.

Otros con más conocimiento de causa y más competencia que yo, se encargarán de hacer el recuento de sus actividades en la vida civil y en el desempeño de sus funciones públicas, yo me concretaré a hacer resaltar su labor como Catedrático de la Universidad Católica y fundador de la misma. Lleno del levantado ideal que inspiró su establecimiento entre nosotros, coadyuvó con entusiasmo y desinterés en la penosa tarea de su creación y adelantamiento y, en medio de las vicisitudes, porque hubo de pasar, no desconfió jamás del porvenir brillante que la esperaba y de la alta misión, científica y nacionalista, que habría de ejercer en nuestra patria. Miembro de su Consejo Superior la asistió con sus luces y oportunas indicaciones y preparó, de este modo, el florecimiento actual de sus escuelas y la plena fructificación que para bien de la Iglesia y el Perú le aguarda en el porvenir.

Dolorosamente ha venido a sorprendernos su pérdida, pero, acaso, habida cuenta de su fe cristiana, el menos sorprendido de todos habrá sido él. Para nosotros los cristianos la vida presente no es sino un punto de espera y la tierra sólo un lugar de tránsito. Sabemos que la vida es breve y no aspiramos, en frase de la escritura, a esta ciudad que como la tienda del viajero hoy se alza en el desierto para desaparecer mañana sino a la ciudad de la luz indeficiente y de la imperturbable paz. No somos, como decía el célebre Cardenal Newman, obreros del tiempo sino de la eternidad.

Todo esto lo sabía el Dr. Morales de la Torre, educado, desde la infancia, en los salvadores principios de la religión cristiana y, por lo mismo, lejos de turbarse ante la aproximación de la muerte, hubo de hacer suyas estas estrofas del insigne Juan Cruz Varela:

Sin que me aflija roedora duda
bajaré impávido a la eterna noche
y las riberas pisaré tranquilo
del Aqueronte.

Iré a presencia de mi Juez severo
sin ese miedo que al impío turba;
que por mi causa no corrió en la tierra
lágrima alguna.

Y ahora, señores, permitidme que en representación de la Universidad Católica, de su Rector y Catedráticos y de todos los alumnos, deposite sobre estos restos una corona de siemprevivas y, lo que vale más, la oración común, elevada por su alma y unida a la que eleva la Iglesia ante los despojos de sus hijos, que si es ósculo de madre, aplicado a su yerta frente, es, sobre todo, himno de esperanza que la hace repetir, para acallar su dolor, la frase del Divino Maestro: El que cree en mí, aunque hubiere muerto vivirá y todo el que vive y cree en mí no morirá eternamente.

PANEGIRICO DE LOS BEATOS MARTIN DE PORRAS
Y JUAN MASIAS PRONUNCIADO EN LA BASILICA
METROPOLITANA EN EL CENTENARIO DE SU
BEATIFICACION, EL 8 DE AGOSTO DE 1937.

*Quicumque glorificaverit me, glorificabo eum.
Lib. I de los Reyes. Cap. 2, v. 30. A quien quiera
que me glorificare yo le glorificaré.*

Por cuarta vez, en el trascurso de tres siglos, Lima se conmueve al impulso de dos nombres para ella sagrados, el de los Beatos Martín de Porras y Juan Masías. Primero, en 1639, al expirar en los apacibles claustros de Sto. Domingo el humilde donado, a quien todos conocían por el Hermano Martín o seis años más tarde, cuando en el austero cenobio de la Recoleta exhalaba su alma purísima Juan Masías. De humilde condición, entrambos, ocupando en la Religión el último lugar, desprovistos de aquellas dotes que el mundo tiene en aprecio, pareciera insólito al no explicarlo su santidad, el que la muchedumbre se agolpase en torno de sus despojos y acudiese a venerarlos desde el magnate hasta el plebeyo, no desdeñando el mismo Virrey. Conde de Chinchón, cargar el féretro del B. Martín, como lo hiciera el Marques de Mancera con el del Bdo. Juan. La voz unánime del pueblo que los aclamaba Santos y se encomendaba a su intercesión decía a las claras que su gloria estaba cimentada sobre bases más sólidas que las bastantes a fijar una reputación a los ojos del mundo y que ella, por lo mismo, no había de ser efímera y pasajera sino perdurable y eterna.

Años más tarde, en 1686, al ponerse término al proceso que con autoridad de la silla apostólica se llevó a cabo, a fin de acreditar la heroicidad de las virtudes de nuestros Beatos, nuevamente se pusieron en movimiento los habitantes de esta católica ciudad y llenando los ámbitos de esta Catedral Basílica, mostraron cuan firme era la esperan-

za que abrigaban de ver un día reconocida por la autoridad infalible del Vicario de Jesucristo la santidad de Juan y de Martín. Regía entonces la Iglesia de Toribio el Illmo. Sr. D. Melchor de Liñán y Cisneros, quien, al contemplar el jubiloso entusiasmo de sus feligreses no pudo menos de exclamar entre sollozos: "Así honra Dios a un pobre mulato que supo servirle y amarle de corazón".

Pasó el tiempo y, ya más cerca de nosotros, en 1837, la Santidad de Gregorio XVI, reconociendo la virtud eximia de estos héroes del Cristianismo, no duda proponerlos a la veneración del orbe cristiano y el 8 de Agosto, bajo las bóvedas del más grandioso templo levantado por el hombre a la Divinidad, se invocaba públicamente a nuestros dos Bienaventurados y se enriquecía a la Iglesia Peruana con estas dos nuevas joyas de santidad. En 1839, llegó la grata nueva a nuestras playas. Tras una guerra fratricida y encarnizada la nación disfrutaba de un instante de reposo y se dedicaba a reparar los males que siempre ocasionan las contiendas civiles. Cual augurio de paz y prenda de bienandanza se reciben en Lima las Bulas de Beatificación.

El Arzobispo Fray Francisco de Sales Arrieta, podía escribir al Sumo Pontífice que Dios había venido a consolar a esta Iglesia, afligida como madre, por la división y enemistad de sus hijos, trayéndole la noticia de la glorificación de dos de ellos, los más preclaros que había nutrido en su seno. El Gobierno de Gamarra se asoció plenamente al regocijo público y la gloria de los nuevos Beatos subió de punto y consagró de un modo definitivo su memoria.

Las multitudes, como antaño, vuelven a agruparse en derredor de sus restos y miles de labios pronuncian con fervor los nombres de Martín de Porras y Juan Masías. Se repite el espectáculo de ayer, agrandando la figura de entrambos y demostrando que las glorias del cristianismo no son efímeras flores que tienen la duración de una mañana ni fulgores transitorios cuya aurora presagia la obscuridad del crepúsculo sino perennes claridades que tienen vislumbres de eternidad, porque no se fundan en la antojadiza y voluble opinión de los hombres sino en el juicio incommovible y certísimo de Dios.

Y vosotros, hermanos míos, que emulando el piadoso anhelo de vuestros mayores, venis añadir nuevo lustre a los laureles que adornan las puras frentes de Martín y de Juan, no hacéis más que obedecer el plan trazado por Dios en su designio de glorificar a sus siervos, de ensalzar sobre la tierra a los que, por amor a Jesucristo su Hijo, se

humillaron hasta el polvo de su nada. Sois también aunque sin daros cuenta quizás, el mejor argumento del justo título con que la verdadera Iglesia se adorna, al llamarse santa, engendradora de santidad, sois, finalmente, un eco de la tradición patria, de la fe religiosa de los antepasados que, siglos antes, rindieron también homenaje a los Beatos y se enorgullecieron de tenerlos por abogados y patronos.

Pero, ¿cuál es la razón de ser de este movimiento? a qué impulso obedecen las multitudes de entonces como hoy, al congregarse en torno del ara sobre que se elevan las imágenes de Martín y de Juan? ¿Cuál es la causa de que hacia ellos se vuelvan los ojos y los corazones de tantos hijos de este suelo y aun de muchos hermanos nuestros de países lejanos? ¿Es acaso la exaltación del momento? la ola fugaz del entusiasmo popular que destroza mañana las guirnaldas que hoy entreteje a sus favoritos? ¿Será, tal vez, uno de esos movimientos inconscientes a que obedecen las masas movidas por su peculiar psicología y que tienen su razón en la fuerza del influjo colectivo y en su fácil impresionismo? No, hermanos míos, ni la constancia de esta devoción del pueblo hacia nuestros Beatos ni la índole de su fervor religioso, podría explicarse de esta manera. Unidos o en privado, en las públicas ceremonias del culto como en la oración callada del hogar, en el suntoso templo como en la humilde ermita, esa devoción se pone de manifiesto y en todas partes reluce el mismo afecto, la misma confianza.

¿Sería entonces posible asignar como causa de esta efusión de la piedad cristiana el hábito supersticioso que tiene su origen en la ignorancia religiosa y en la imperiosa necesidad que siente el hombre de entrar en relación con el mundo de lo sobrenatural? No, hermanos míos, no son esos los motivos que han podido conducirnos hasta aquí, ni es esa la causa del creciente y vivo afecto que la figura excelsa de Martín de Porras y Juan Masías han despertado entre nosotros y en todo el mundo cristiano. Necio sería pensarlo.

Más alto es el motivo, más nobles y legítimas las causas de esta devoción. Podemos resumirlas en dos: la Omnipotencia divina, que es admirable en sus Santos y la hermosura de la santidad. Esa Omnipotencia que se pone de manifiesto en su heroica vida y en sus milagros viene en último término a ser un favor que nos dispensa la bondad de Dios. Esa santidad cautiva nuestro afecto y exalta nuestra estimación hacia estos héroes de la virtud. He ahí el

secreto de su triunfo. Uno y otro fueron grandes no por lo que en sí fueron sino por lo que Dios hizo en ellos y obró por su medio. Se opera la maravilla que con razón dejaba atónito a San Agustín: el hombre se humilla hasta el polvo y Dios lo levanta hasta su solio. Qué digo, le presta su poder para que lo emplee en beneficio de los demás. Y ¿cómo compendiar en un breve discurso la magnífica floración de gracias y favores que en vida y en muerte brotaron de las manos de Martín y de Juan hacia sus amigos y devotos? Ah, bienaventurado Martín, tú que fuiste llamado el Ángel de la Misericordia y que bajo el blanco cenital de tu hábito dominicano, ocultaste un alma más blanca todavía y, sobre todo, un alma misericordiosa, modelada en el troquel de la de Jesús, cuán bien ejercitaste mientras vivías y ahora desde el cielo los oficios del buen Samaritano. Cuán generoso te muestras con los que a ti acuden ahora que eres más poderoso que cuando vivías entre nosotros. Todos, hermanos míos, sois testigos de su caridad inagotable, porque todos estais cada día recibiendo sus favores.

Y tu, bienaventurado Juan, que cual purísima azuena ocultaste tu candor en la Recoleta de Sta. María Magdalena y siempre inclinaste el cáliz de tu afecto hacia los pobres que acudian a la porteria del convento en busca del pan del cuerpo y también del pan de tu palabra. Con que afán tan perseverante continúas aún tu oficio de remedador de males, de amigo de los desvalidos, semejante en todo al buen Jesús, a Jesús pobre y amigo de los pobres. Testigo es la ciudad de Lima de la lluvia de gracias que ambos hacen descender del trono de Dios sobre nuestro suelo. Testigo esta ciudad que piadosa guarda sus restos y contempla cada día la interminable romería de los que van a rogar ante sus sepulcros. Testigo también el mundo católico, de cuyas más apartadas regiones vuelan las súplicas hacia nuestros Beatos. He ahí la razón de ser de esta devoción, de este ardiente y nunca interrumpido afecto a Martín y a Juan.

Pero hay otra razón, más oculta quizá pero no menos real. Ella nos explica la gloria de los Santos y excita la admiración no sólo de los creyentes pero aún de los despreocupados y menos imbuidos en la fe. Ella no es otra si no su santidad: es decir, su plena y perfecta justificación con la ayuda de la gracia; su identificación con Jesucristo, modelo de todos los predestinados; su deificación, para valer-

me de una expresión de S. Pablo, por la cual el hombre se transforma en otro ser, en el hombre perfecto que piensa y obra según Dios y se convierte, por lo mismo, en dócil instrumento de su gloria. Esa santidad que no se alcanza sin esfuerzo, que supone la lucha contra todo ese fondo de maldad que hay en nosotros, que sobrentiende el total olvido de sí mismo y una entera abnegación, que, en una palabra, es el heroísmo llevado a su más alta cumbre, no puede menos de arrebatarnos y conmovernos cuando la descubrimos en uno de nuestros semejantes.

Y con razón. Si no hay empresa más digna del hombre que la de su propio perfeccionamiento tampoco hay victoria más brillante que la de sí mismo. Y el Santo ha acometido la una y obtenido la otra. Imposible podrá parecer a nuestra cobardía y nuestra flaqueza arribar a las cumbres adonde ellos se remontaron, pero esta circunstancia no hace sino acrecentar nuestra admiración. Hablen sus hechos y el cuadro vivo de las heroicas virtudes que Martín y Juan practicaron nos cautivarán por su belleza. Dentro de lo puramente humano, nada había que los pudiera distinguir de sus contemporáneos. Aplicando la regla que usa el mundo para medir a los hombres, es indudable que ni uno ni otro se habría elevado sobre la vulgaridad y aún les hubiera correspondido un nivel más bajo. ¿Qué podía esperarse de un moreno, hijo de esclava y, reducido por su propia voluntad, a ser casi un esclavo dentro de un convento? ¿qué interés, no digo admiración, podía despertar un rudo e iletrado pastor de ovejas que se acoge a la soledad de un claustro para servir mejor a Dios? Ah, hermanos míos, pero ese perro mulato, como alguno llamó al Beato Martín, es un santo y un gran santo. Contra todo lo que pudiera imaginarse, dados los prejuicios de la época aún en el seno mismo de su Orden, llega a captarse el amor, el respeto, la veneración de todos. Parece que hasta su rostro oscuro se hubiese iluminado y que la claridad de su alma hubiese comunicado una insólita blancura a su bronceada tez. Y por eso cuantos se le acercan se sienten atraídos hacia él por algo que no se explica ni se define, pero que no reconoce otra causa sino reflejarse en los santos algo de la majestad de Dios. Y el menesteroso como el señor de noble alcurnia le aman y, a su pesar y venciendo la resistencia que opone su humildad, tocan con respeto su escapulario y lo acercan a sus labios. Y como saben que es amigo de Dios y nada hay imposible para el que lo tiene de su parte, le in-

vocan, le suplican, le importunan y él a todos acoge, a todos escucha, a todos imparte la limosna que remedia los males del cuerpo y la que sana las enfermedades del alma.

Otro tanto ocurre con su compañero de gloria, el Beato Juan Masias. Cuantos le visitan en su celda de la portería de la Recoleta, se hacen lenguas de su caridad y, al mismo tiempo, conciben deseos de ser mejores y salen de su presencia con el alma impregnada de esa indefinible unción que llega al fondo del alma y la dispone a recibir el toque de la gracia. Olvidado de sí para no pensar sino en el alivio de los demás, no vacila su fe ante las necesidades y se renueva el prodigio de los campos de Galileo, siendo muchos testigos de cómo se multiplicaba el pan en sus manos para atender a los indigentes.

He allí el secreto de su gloria y he ahí cómo se cumple en entrambos la palabra de la Verdad Eterna: A quien quiera que me glorificare yo le glorificaré. Tú, oh Lima, eres abonado testigo de esta verdad y al mismo tiempo puedes dar testimonio de haber resplandecido en ellos la gloria de Dios y de la gloria que a ellos se ha seguido por esta causa. El Señor que hizo nacer en tu suelo a Martín y trajo de remotas tierras a Juan, para que aquí se santificase, te convirtió en el teatro de las hazañas de entrambos y si en vida te ennoblecieron y edificaron con sus virtudes, ahora también vierten sobre ti un reflejo de su gloria y desatan el prodigio venero de sus favores. Por ello eres celebrada en todo el mundo cristiano y se dilata tu fama por la redondez del orbe. Madre eres de hijos ilustres pero ninguno de ellos podrá rivalizar con estos dos que te concedió el cielo.

Y vosotros, hermanos míos, que con espíritu de verdadera fraternidad cristiana habeis venido a honrar a estos dos humildes hijos del pueblo, elevados al honor de los altares, pedid a entrambos continuen siendo los angeles tutelares del Perú, haciendo que en él arraigue y fructifique la fe que a ellos elevó tan alto y los hizo poderosos para nuestro bien. Unid vuestras súplicas a las de vuestro Padre y Pastor que preside estos solemnes cultos y a las del Sacerdote que va a ofrecer a Dios la Víctima pura, a fin de que pronto se cumplan nuestros anhelos de ver canonizados a Martín y a Juan. Dios escuchará nuestros ruegos y llegará pronto el día en que veamos brillar en todo su esplendor a estos dos astros de santidad que nos iluminarán con su fulgor y nos encenderán en el fuego de su ardiente caridad. Así sea.

MENSAJE RADIAL TRASMITIDO EN ICA EN HOMENAJE A FR. RAMON DE JESUS MARIA

Amados Radioescuchas.

Deseo que interpreteis mis palabras como un mensaje de Fr. Ramón, no solo porque él las ha inspirado y porque han nacido en aquel apacible rincón de Jesús María, en donde aún se percibe el aroma de sus virtudes, sino, además, porque no voy a hacer otra cosa sino repetir lo que El, con caldeado acento, decía a vuestros antepasados hace poco más de 100 años. Anunciar el predominio del espíritu sobre la materia, la caducidad de todo lo terreno, la necesidad impostergable, por lo mismo, de orientar nuestra actividad según el orden señalado por Dios a sus criaturas he ahí el tema fundamental de su predicación. Y yo os confieso, desde ahora, que no voy a decir otra cosa. En esta hora crítica por la que atraviesa el mundo y, después de haberse desvanecido los sueños en que el mundo extraviado cifró su felicidad, lo único que permanece es su amargo desengaño y la verdad de aquellos valores, sin los cuales, cómo lo decía recientemente el Presidente de los EE. UU. no es posible la existencia de la sociedad y la convivencia de los pueblos.

Pero digamos algo de Fr. Ramón. No puede dudarse de su misión providencial. Desde la lejana Guatemala Dios lo envió a Ica en el momento preciso. El reciente cambio de régimen había conmovido a esta sociedad, apegada hasta entonces laudablemente a sus tradiciones y a su fé: la escasez de clero, la decadencia de los institutos religiosos o su extinción y la obra solapada del mal llamado liberalismo, ansioso de novedades, eran una amenaza para la Religión. Se hacía necesario robustecer la fé con la predicación de la verdad evangélica; alentar a los espíritus vacilantes con el espectáculo de la virtud heroica y atraer a todos con el ejercicio de la caridad. He ahí lo que hizo Fr. Ramón. Si

caben comparaciones entre los Santos, yo le parangonaría con Juan el Bautista. Como el Precursor de Jesús, el teatro de su predicación había de ser una región circundada por el desierto y en que el paisaje sólo se interrumpe por franjas verdes que absorben ansiosas las aguas de un río que semeja un nuevo Jordán. Su tez macilenta, su cuerpo enjuto y sarmentoso y su aire de asceta son copia de los rasgos con que el Evangelio nos describe al mayor de los Profetas, como dijo Jesucristo de Juan.

Como éste, Fr. Ramón recibió el encargo de mostrar con la palabra y el ejemplo al que es Camino, Verdad y Vida y exhortar a todos a enderezar sus caminos torcidos a fin de dar con la única senda por donde se alcanza con la paz del alma la dicha eterna. Su lección la aprendió este pueblo, noble y sencillo y apenas contagiado por el mal. Sin abrir los labios, enseñaba, porque no podía menos de atraer la admiración el espectáculo de ese humilde franciscano, gastado por los años y la penitencia, que desde su estrecha celda de Jesús María elevaba día y noche su fervorosa oración al cielo para que de allá descendiese copiosa lluvia de gracias sobre esta ciudad. Su influjo, todavía palpable, sólo lo explica su santidad y el poder incontrastable de la gracia. Sin los toques de diana con que algunas falsas celebridades se anuncian, sin cubrirse con ese vano oropel que a muchos seduce, su obra de bien y de paz dejó profunda huella. Tiene la duración de lo eterno porque Él no buscó los cuerpos sino las almas, no el aplauso sino el golpe de pecho, no lo que pasa sino lo que permanece.

Aprendamos esa lección. Convenzámonos que aquí abajo hay algo más importante que apilar monedas ó contar billetes de banco; que ir tras los placeres ó atender al bienestar material. Hay un orden establecido por Dios que ni el individuo ni la sociedad deben alterar sobpena de gravísimas consecuencias. Hay una jerarquía de valores que no es posible transgredir, si se quiere salvar al hombre de la ruina moral y a la sociedad del caos y la anarquía. Ese orden y esa jerarquía exigen que antepongamos el perfeccionamiento de nuestro interior, el bien de nuestra alma a todo otro cuidado: la rectitud de la conciencia y la honradez maciza a toda ventaja y a todo interés: el respeto y amor a nuestros semejantes, a todas las mezquindades del egoísmo.

Este fué el blanco de la predicación de Fr. Ramón. Débil e inepto intérprete de su palabra, repito, a. r. e. por un medio desconocido en su tiempo, su más vivo anhelo.

En este santo tiempo de Cuaresma, yo os ruego que reflexionéis en el mensaje de Fr. Ramón y, entrando dentro de vosotros mismos, concibais el saludable propósito de atender con más cuidado a vuestra alma y de cumplir con más exactitud vuestros deberes para con Dios. Que mi voz transmitida por las ondas no se contente con resbalar por encima de los tejados de Ica o poner en vibración las válvulas de vuestros aparatos de radio, sino que llegue al fondo de vuestros corazones y, como en otro tiempo, la voz caldeada del cenobita de Jesús María sirva de despertador de muchas almas dormidas, de aliento a muchos espíritus vacilantes y de salud para todos, pues al fin y al cabo, ella procede de aquella emisora que tiene su sede en Dios, habitando en el fondo de vuestras conciencias.

SEGUNDO MENSAJE RADIAL TRASMITIDO EN ICA

Amados Radioescuchas

No hace mucho una Revista Americana, cuyos suscriptores se cuentan por millares insertaba en sus columnas un artículo titulado; Necesidad de la Oración. Muchos pudieron suponer que se trataba de la colaboración de un sacerdote o propagandista católico, pero no, su autor no era otro que el Dr. Alexis Carrel, eminente médico francés, cuyos trabajos sobre los ingertos humanos han revolucionado el mundo científico. Esta noche vais a permitirme que repita el tema.

Nada es más necesario y nada es más fácil que orar y lo segundo tiene su explicación en lo primero. Dios ha hecho a todos accesible la oración como el aire y el agua. Por eso, sin duda, se ha dicho que la oración es la respiración del alma. Todos necesitamos orar, porque orar es pedir y, ante Dios y en nuestro interior, como dice S. Agustín todos somos mendigos. Ay del que crea que se basta a si mismo. Orar es nutrir el espíritu, elevarse a algo más noble que las codicias terrenas. Necesitamos orar, porque, siendo débiles, necesitamos apoyo: estando fatigados, necesitamos descanso: aguijoneados por el dolor, sentimos necesidad de consuelo: hijos de Dios, en fin, no podemos menos de invocar al que es Padre nuestro.

Oremos, dice el Sacerdote, hablando en nombre de todos, cuando actúa como medianero entre Dios y el pueblo: Oremos, nos dicen los Sumos Pontífices, desde su atalaya del Vaticano, en las horas angustiosas de la historia: oremos, repiten a sus pueblos los Gobernantes cristianos, en los más sombríos trances y hasta nosotros llegan los ecos del conmovido acento de un Mariscal Pilsudski, de un Roosevelt, de un Rey de los Belgas, de un Franco o del Mariscal Petain. Oremos, dice el padre en el silencio

del hogar, cuando la adversidad o el dolor lo han visitado y oremos dice el labrador que en vano escudriña el horizonte en busca de la nube portadora de lluvia.

Parece tan poca cosa la oración y es, no obstante, irresistible. Tiene en su favor la promesa divina y cuando la fe la inspira y se aunan muchos pechos en una común súplica, no puede menos de ser escuchada. La oración de una Genoveva libró a París del azote de Atila: la oración de un Casimiro libró a Polonia de ser esclava del turco: la de un Pío V dió a la cristiandad la victoria de Lepanto, la de Rosa de Lima alejó de nuestras costas al corsario holandés.

¡Es además tan fácil y suave orar! No hay lugar, como nos enseñó Jesucristo, desde donde no podamos elevar nuestra oración. El enfermo desde su lecho, el caminante, desde su vehículo, el soldado desde su trinchera, el marino desde su nave y el hombre de negocios, desde su bufete, pueden orar. Para hacerlo no se necesitan libros ni fórmulas aprendidas. La oración más sublime y más sencilla a la vez, es el Padre Nuestro, porque es un fiel reflejo de las necesidades y aspiraciones que tienen más hondas raíces en nuestro ser. Orar es hablar con Dios, es abrirle nuestro corazón, es explayar nuestro ánimo con el mejor de los amigos. ¿Quién no puede decir con el ciego del Evangelio: Señor, que yo vea o con el paralítico de Betsaida; Jesús, ten piedad de mí? ¿Quién no podrá repetir aquella oración de un pobre labriego, descrito por un celebre novelista español; Señor, aquí está Juan o la del Buen Ladrón; Señor acuérdate de mí? Y es que, como dice S. Gregorio, los hombres miden el corazón por las palabras, pero Dios estima las palabras por el corazón.

Oremos, pues y nos sentiremos mejores. Oremos y hagamos orar. Vosotras, madres, cuidad de juntar las manecitas de vuestros hijos y, arrodillandolos sobre su cuna, enseñadles a balbucear las primeras preces. No imagináls el fecundo germen de paz y de bien que estáis vertiendo sobre esos frutos de vuestro amor. No dejéis que labios mercenarios realicen esta tarea, reservada a vosotras, para que acreciente la suavidad de esas preces la dulzura de vuestro recuerdo. Maestros, entended que vuestro primer cuidado es enseñar a los niños a recurrir a Dios: la Escuela en donde no se ora trunca la formación del niño, la desvirtúa y se priva del más alto resorte de elevación moral. Oremos todos y no caigamos en la estolidez de desdeñar a los que oran. A los que tal hicieren habria que re-

cordarles que se ora no sólo en las Iglesias sino en los Parlamentos; no sólo en el hogar sino en los estrados y es una señal de debilitamiento moral el que no se haga entre nosotros, como antaño y como hoy se hace en pueblos más adelantados que el nuestro. Los que nos dieron Patria supieron rezar que es algo más que orar. Belgrano, Artigas y Las Heras iban desgranando las cuentas de su rosario en las campañas de la Independencia: La Mar y el Mariscal Nieto, se inclinaban al toque del Angelus, enviando en alas de la tarde su saludo a María y Grau, de pie sobre su nave inmortal, sabia levantar la mirada y el corazón al cielo.

Oremos, amados r. e y si quereis que os dé en compendio el secreto de la plegaria, escuchad esta breve y profunda frase de S. Agustín: La oración es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios.

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL TEATRO
SEGURA, EN EL HOMENAJE TRIBUTADO AL B.
MARTIN DE PORRAS — 1939.

El Beato Martín y sus contemporáneos.

Excmos. SS. Obispos,
Señoras, Señores:

Esta conferencia se ha anunciado así: el Beato Martín y sus contemporáneos. El solo título es ya una apología, por que ¿no es realmente extraordinario que un mulato, donado de convento, atraiga sobre sí la atención de sus conciudadanos y se concilie el respeto y aun la admiración de los hombres de su tiempo? Y así fue sin embargo. Tratemos de explicarnos el hecho y llegaremos a la conclusión de que humanamente es inexplicable.

Lima, en el período que trascurre de 1610 a 1639 debía tener una población de 25 a 30,000 almas. Un sencillo cálculo nos permite fijar esta cifra, basándonos en el censo llevado a cabo, en 1614, por el Marqués de Montesclaros. Valiéndonos del mismo, el número de religiosos debía pasar del millar y el Convento del Rosario, uno de los más poblados de la ciudad, contaba seguramente con más de cien conventuales, dado que, a fines del S. XVI, toda la Provincia sumaba más de 400 y de ellos una tercera parte habitaba ese magnífico cenobio. Los donados, verdaderos siervos del convento, podrían ser una docena. Entre tan crecido número de religiosos, catedráticos los unos en San Marcos, eminentes los otros en el púlpito, notables muchos por su saber o su virtud, ¿qué podía significar un oscuro donado, oculto en un rincón de la enfermería o la cocina, sitio de esclavos y trajinantes? Confun-

dido con los de su grado, el último en la jerarquía religiosa, nadie dentro del mismo convento hubiera reparado en él. Cuanto más fuera.

Pero me diréis: ese donado era un santo. Es verdad, era un santo, mas en la Lima de entonces la santidad, aun la heroica, aun la enriquecida con carismas sobrenaturales no era un caso raro. Toribio, Francisco Solano y Rosa habían vulgarizado, por decirlo así, la figura del santo. Esta última, y, permitidme esta digresión, había sido contemporánea del donado dominico. Desde 1603, fecha en que éste ingresó en la Religión hasta 1617, año de la muerte de Rosa, ambos respiraron el mismo ambiente y corrieron tras un mismo ideal. He intentado, en mis búsquedas, encontrar alguna huella de la comunicación que entre si mantuvieron, pero en vano. Parece que tan sólo se conocieron. Martín que tuvo por oficio tocar al alba y Rosa que, apenas despuntaba el día, volaba a postrarse a los pies de Jesús en la Iglesia de Santo Domingo, debieron cruzarse en su camino más de una vez. Sus almas, igualmente puras, se comprendieron y se amaron. Pero volvamos a nuestro asunto. En la época del Beato Martín convivían en esta ciudad, allá en San Francisco, el Venerable lego Fr. Juan Gómez, émulo de los primeros compañeros del Santo de Asís; en la Merced, el extático Fr. Pedro de Urraca; en la Compañía, el grande asceta Diego Alvarez de Paz y el venerable Sebastián de la Parra y hasta en la casa que fue luego del Conde de la Granja, Doña Luisa de Melgarejo, la amiga y confidente de Santa Rosa. A todos estos nombres habría que añadir el de Fr. Juan Masías, hermano de hábito de Martín y entrañable compañero. Para descollar entre tantos era necesario poseer una muy subida perfección.

¿Y qué es lo que vemos? El Virrey, Conde de Chinchón, por citar uno sólo, se complace en recibir las visitas de Martín y cada mes le envía 100 pesos para sus pobres. El Arzobispo D. Pedro Villagómez le venera y, como pronto veremos, le obsequia con largueza de Príncipe. D. Feliciano de Vega, el célebre Provisor y Catedrático de San Marcos, cuya ciencia jurídica lo ha elevado hasta la Metropolitana de México, le hace tanto honor que alguno, ignorando los quilates de la virtud de Martín, piensa que podrá ensoberbecerse. D. Pedro de Ortega y Sotomayor, llamado el Teólogo por la eminencia de su saber: aquel que en reñida contienda ganó muy joven la Cátedra de Prima de San Marcos en unas oposiciones que se hicieron famosas

y llegó a ceñirse las mitras de Trujillo y el Cuzco, cultiva su amistad y busca su trato.

He ahí el aprecio que hacen de él los grandes, pero Martín es sobre todo un Santo popular, el más popular de todos nuestros Santos. Dos hechos poco conocidos lo comprobarán. Con frecuencia solía ir a Limatambo, la hacienda de los Dominicos y en cierta ocasión, nos cuenta el biógrafo que luego citaremos, se detuvo allí dos meses. Fue entonces cuando plantó el olivar del cual, decía un testigo poco después, que era un prodigio. Salía por las chacaras vecinas y extendía sus correrías hasta la Pescadería de Surco, el Chorrillos de hoy y los indios pescadores acudían a él y le daban dinero para que les dijese misas. Fr. Martín objetaba: Hijo, yo no soy de misa, pero los buenos chorrillanos replicaban, insistían y gozaban poniendo en su mano la limosna. Los de Surco no se quedaban atrás: cuando el Beato asomaba por entre sus huertos y sembrados le cargaban de regalos. Volvamos a Lima. Va a casarse la sobrina de Fr. Martín con el boticario Nicolás Beltrán. El buen donado quiere darle dote y como nada tiene se hace por ella mendigo. Acude al Arzobispo y éste le entrega 1,000 pesos; su amigo, el regidor Juan de Figueroa, le da 1,500, un vestido de paño de Castilla y una pieza de ruan. Como era comerciante, pone en conocimiento de todos los del barrio el hecho y, a la tarde, al acercarse Martín, todos le agasajan y "unos le ofrecieron 500 pesos, otros 200 y 300, de modo que juntaron en hora y cuarto 7,000 pesos (una fortuna entonces), fuera de las piezas de ruan y cortes de paño, con que se juntaron, dice el ya indicado biógrafo, entre las negras fruterías y panaderas 9,000 pesos y con los 1,000 del Arzobispo llegaron a 10,000". Los cirujanos y boticarios, entre los cuales tenía tantos amigos, pues él, como barbero, era tenido por del oficio, no se quedaron atrás. Entre ellos se citan al Dr. Villarreal, al cirujano Zúñiga, a los barberos Utrilla y Juan Crespo y, sin duda, que no se mostraron cortos D. Mateo Pastor de Velasco, el célebre boticario que había de fundar, por insinuación suya, el Colegio de Santa Cruz para niñas huérfanas, Gaspar Calderón, también boticario y el cirujano Marcelo de Rivera. Entre todos juntaron 2,000 pesos. Martín hizo de toda esta cantidad la siguiente distribución: a Catalina, su sobrina, dio 5,000 pesos y la ropa que se juntó; con el resto compró un negro para la lavandería del convento y lo demás lo empleó en limpiar el sitio que hoy, dice Vásquez, ocupa

la carpintería y en ropa para sus queridos enfermos. Todo esto supone que la caridad reinaba en los pechos, pero también que era grande la estima que se hacía de Martín.

Ahora bien, aplicando la regla con que el mundo mide a sus favoritos, él no se habría elevado sobre la vulgaridad y aún le habría correspondido un nivel aún más bajo. Pero ese perro mulato, como a si mismo se llama, es, Señores, un gran Santo. Contra todo lo que pudiera imaginarse, dados los prejuicios de la época, aun en el seno mismo de su Orden, llega a captarse el respeto, el amor, la veneración de todos. Parece que su rostro oscuro se hubiese iluminado y que la pureza de su alma hubiese comunicado una insólita blancura a su bronceada tez. Por eso cuantos se le acercan se sienten atraídos por algo que no se explica ni se define, pero que no reconoce otra causa sino reflejarse en los Santos un destello de la majestad de Dios.

II

Pero, Señores, yo tendría que corregir el título de esa conferencia. Más que el Beato Martín y sus contemporáneos la llamaría: el Beato Martín según uno de sus contemporáneos. Me he fijado en él por ser testigo de mayor excepción y porque su relato lo convierte en el primero y más verídico de sus biógrafos. Los que, como Valdés, han escrito después de él, no han utilizado bastante esta insuperable fuente de información y ello se debe a la forma desacostumbrada en que hizo su declaración. En 1660, cuando frisaba en los cuarenta años, depone como testigo en las informaciones que con autoridad del Ordinario se llevaron a cabo en Lima, pero responde al tenor del interrogatorio formulado y, según manifestó después, lo hizo brevemente, instado por el notario encargado de transcribir las respuestas, que debía sentirse fatigado ya de trasladar al papel los prodigios del Beato. Once años más tarde, amonestado según parece por él mismo, dicta sus impresiones a un religioso de Santo Domingo, amigo suyo y éste pide se intercale su relato en los procesos en el año 1671.

Allí figura, constituyendo una pieza única, tanto por su extensión como por la sinceridad que respira. Ella tiene todo el encanto de lo que ha dejado honda huella en el ánimo y se la podría comparar con aquellos cuadros de

la vida de San Francisco, cuya sencillez y perfume campesino les han merecido el nombre de las Florecillas. Estas páginas son, a nuestro juicio, la primera biografía de Martín y un manojo de las flores que entretejieron su portentosa vida. Yo no haré más que glosarlas, a fin de que no se debilite su aroma y perdáis vosotros el eco de la misma voz de nuestro héroe, dialogando con su fiel compañero y protegido.

Pero es hora de que yo os lo dé a conocer. Llamábase Juan Vásquez de la Parra y había nacido en Jeréz de los Caballeros, en aquella Extremadura de donde procedían tantos conquistadores. Niño todavía, pasó en compañía de su padre a México y desde este país lo envió al Perú a hacer fortuna. Esta se le mostró esquiva en un principio y, a poco de su llegada, se encontró en la mayor miseria. Veamos ahora su primer encuentro con Martín. Era el año 1634, cinco antes de la muerte del Beato. Escenario: el atrio de Santo Domingo. Vásquez, de edad de 14 a 15 años, roto el vestido reflejándose en su semblante la angustia, aguarda tal vez la limosna de una mano caritativa. En ese instante hace su aparición Martín. Su instinto que lo lleva a socorrer la miseria ajena le descubre a aquel rapazuelo tímidamente acurrucado en un rincón. Se entabla el diálogo en que interviene la caridad de una parte y la tristeza desolada del mancebo. Martín lo conduce a su celda, le da camisa limpia, restaura sus fuerzas y le dice que en adelante allí tendrá comida y cama. A los pocos días le pregunta qué oficio quiere aprender; el muchacho vacila, pero como ha visto a su protector ejercitar el de barbero se inclina por éste. Martín se convierte en su maestro, le da la llave de la celda y lo toma por compañero en sus andanzas piadosas.

El muchacho más que amor concibe admiración por el donado. Una noche en que descansa con aquella placidez tan propia de su edad viene a interrumpir su sueño una luz suave que le da en los ojos. Se incorpora y advierte que la celda se halla toda iluminada; sorprendido, descendiende del lecho y, al primer paso, ve a Martín tendido en tierra con los brazos en cruz y apoyada la boca sobre un tosco ladrillo. Su blanca túnica resplandece y su inmovilidad denota el éxtasis. Vásquez, lleno de asombro, sale de la celda y en el claustro tropieza con un religioso recién llegado de Huancavelica; dále cuenta del hecho y ambos, desde la puerta, son testigos del prodigio. Otro día, como a las dos de la tarde, entra de pronto en la cel-

da y, al levantar la vista, ve a Martín elevado en los aires, "el altor de un hombre" dice, y sin poder contenerse,, vuela a anunciar el prodigio. A corto trecho encuentra a Fr. Fernando Aragonés, pero éste lo tranquiliza, diciéndole: "Mayores cosas has de ver, muchacho".

"Ocupóme de primera instancia, dice, en dar a 160 pobres cuatrocientos pesos que se repartían entre ellos de limosna, los cuales buscaba Fr. Martín los martes y miércoles... porque el jueves y viernes lo que buscaba eran aparte, para clérigos pobres; porque las limosnas que juntaba el sábado se aplicaba a las Animas y juntándola con la del lunes. La del domingo era poca, porque como no le alcanzaban a ver los que le buscaban, unos la dejaban y otros no; esta se ocupaba en comprar frazadas para dar a algunas pobres negras y españolas: a unas camisas y a otras frazadas, a cada una en particular de lo que necesitaba le socorría antes de que se lo pidiesen..." Así distribuía la semana este insigne demandadero de los pobres.

III

Al cuadro que vais a contemplar le he dado por nombre Paseos a Amancaes. Una tarde de Julio nos cuenta Juan Vásquez, salieron cargados de manzanilla al puquio de los Amancaes y, llegando allá como a las 4 de la tarde, se pusieron a sembrar en las huellas que dejaba el ganado lomero. Vásquez observó al punto que éste se comería la manzanilla tierna. Fr. Martín riéndose le contestó: Servirá de poda. El muchacho insistió en la inutilidad de la siembra y Fr. Martín replicó, diciéndole: Tu vendrás a ahuyentar el ganado. Fue, en efecto, a los tres días y halló las plantas vivas" que parecía tenían un año de sembradura o que era ese su centro". A la vuelta se lo dijo a Martín y, pasados cinco días, volvieron con dos tercios de manzanilla. Una vez en el lugar, el Beato le dijo a Juan que hiciese tres partes de cada rama y que él las iría plantando. Como era tarde, Vásquez se puso a plantar también y, para aligerar, metía en cada hoyo tres o cuatro ramas. Fr. Martín lo advirtió y con mucho amor le dijo: Tenéos, muchacho, que esto no se ha de hacer sino es como yo lo voy poniendo, que Dios es Dios y obrará en todo, que nada de esto se nos ha de perder". Acabaron,

dieron gracias a Dios, en medio de un apacible atardecer y se fueron a Lurigancho.

De allí a 8 días nueva visita a la sementera. En el camino, al atravesar las huertas, cortó Martín una rama de higuera y la plantó también en las cercanías del puquio. Al cabo de 15 días, Vásquez notó que había brotado y se lo dijo. Gracias a Dios, dijo Martín, dará higos de aquí a dos ó tres años y los pobres que por aquí anduvieren tendrán ese refugio de comer su fruto. Como era tiempo de lomas había bastante ganado pastando en las laderas del cerro. Martín tendía a los terneros en su manto y éstos se le acercaban mansamente y se rascaban, dice Vásquez, en su ropa. Juan debió recelar de alguno de más edad o peores intenciones y dijo: Padre que no os dé una vuelta. No me dará, respondió el Beato, que te prometo que no he tenido mejor día que el de hoy. He aquí una escena que bien pudieran reproducir en el lienzo los pintores nacionales y en donde todo, escena y figuras, brotarían del propio manantial. Sentáronse luego a comer las yucas y camotes que habían llevado, comida frugal y fácilmente transportable y se volvieron por las tierras del mayorazgo de los Aliaga, camino de la puente de palo.

De ahí a un tiempo repitieron el paseo. Al llegar a Amancaes encontraron la manzanilla, en unas partes seguida por el ganado, en otras alta. Hicieron como los demás días, pero en esta ocasión demoraron un poco. Hacía ya como tres cuartos de hora que se había puesto el sol y Vásquez, temiendo que la noche los sorprendiera en aquella soledad, dijo a Martín: Acabemos, Padre; vámonos. El, por toda respuesta, se despojó de la túnica, desnudóse medio cuerpo arriba y comenzó a disciplinarse, como lo tenía por costumbre al toque de oración. "Cerró la noche, la niebla, dice Vásquez abromó la tierra: el frío apretaba y, volviendo en sí del éxtasis que allí había tenido, nos venimos al convento y yo, trotando la cuesta abajo, le hallaba siempre a mi lado, pareciéndome que no andaba. Desde que salimos del Olivar de Medrano, que ya habíamos pasado la acequia, yo no se cómo fue, por que en aquel instante nos hallamos en medio de la puente de Lima, que hay un cuarto de legua a lo menos, y entramos en el convento..." He aquí la relación sencilla, despojada de todo adorno y de toda amplificación de uno de los muchos prodigios obrados por Dios con su fiel siervo Martín.

Contemplémoslo ahora en otro de sus aspectos, en el que, denomino yo: el Médico prodigioso. Interminable podía hacerme, porque una de las gracias que abundantemente le fue concedida fue la de sanar enfermos, pero voy a escoger unos cuantos hechos de los que fue testigo Juan Vásquez. En uno de sus paseos a Amancaes volviéronse por Lurigancho. El Beato parece que presentía a los necesitados de salud. Llegaron a la chacara de D. Francisco de Cáceres Manjarrés y Fr. Martín preguntó a un negro si había algún enfermo. La respuesta fue afirmativa. Su mujer, acarreado leña, había rodado del caballo en las lomas y, a consecuencia de la caída, se produjo una hemorragia intestinal. Estaba tan al extremo que aquel día la habían oleado. Entra Martín en el tugurio de la doliente y dice: "Ya se quitará eso con la ayuda de Dios" y he aquí el procedimiento que sigue: inusitado, sin duda, extravagante y apto para hacer sonreír a los médicos, si hay alguno en el auditorio, pero hay que convenir que la terapéutica martiniana, si bien era eficaz, se apartaba enteramente de los cánones de la Medicina. Mandó coger en la vecina acequia tres sapos, hízolos cocer en una olla tapada y triturando luego aquella masa de embrujamiento la envolvió en un lienzo y ordenó que la aplicaran a la enferma en la cintura. Al despedirse, dijo Martín con aire confiado: "Hija, yo te curo y Dios te sane. Por la mañana enviaré acá este muchacho que venga a ver cómo has dormido y te traerá unas velas que sé, mediante Dios, has de dormir con quietud". Al día siguiente llamó a las ocho a Juan, le dio de almorzar y cuatro panes y unas velas para la enferma. A eso del medio día llegó a Lurigancho el mancebo. Desde el patio lo avistó el amo que lo interpeló así: "¿Adónde queda Fr. Martín que dió salud a mi negra Margarita, después de Dios?" Juan entró en la habitación y comprobó la verdad de lo que le decía. D. Francisco Manjarrés satisfizo su apetito aguijado por la caminata y, a la tarde, en una mula que él mismo le brindó y guiado por un negro que hacía de espolique, volvióse a Lima, llevando en el arzón de la silla media docena de gallinas que la buena Margarita enviaba de regalo a su sanador.

Otro día se encaminaba a los Descalzos a hacer una visita a un lego portero, gran siervo de Dios y gran amigo de Martín. Al llegar a la plazuela de San Lázaro y

emparejar con la casa de Gabriel de Gatica, voces y lamentos salidos del interior le obligan a detenerse. Un pobre chico se había caído de un techo y yacía con las piernas quebradas sobre el regazo de la madre. Llegase Fr. Martín y contempla el cuadro: la una sollozando sin consuelo, el otro casi sin vida con las extremidades colgando como si fueran de trapo. No hay que afligirse, dice el beato. La madre objeta en su desesperación. Martín insiste: No se aflija que Dios que da la llağa da la medicina. Pide un poco de vino tibio y dos vendas grandes y mientras liga con ellas, después de humedecerlas, las piernas rotas, añade, sereno y misericordioso: No será nada con el favor de Dios. Vásquez, presente a todo, dice por su parte: Sanó bien pronto. Su amigo, el Dr. Villarreal enfermó de gravedad. Martín, intencionalmente quizá, como lo hiciera el Divino Maestro, al saber la enfermedad de Lázaro, dilató el ir a verlo y envió a Juan. A este le dijo, algo sentido, el Doctor que los médicos le habían desahuciado y sólo aguardaba la visita de Fr. Martín. Fué éste por fin y halló la casa toda en duelo. Se acercó al enfermo, muy postrado ya. Tras breves frases de aliento mandó a su mujer preparara una almendrada y, al dársela, entre festivo y serio, dícele: Amigo mío, para morir nacimos y es de fe que el que no come se muere: mire cómo como yo y, tomando unas cucharadas, le va dando a beber la horchata, mientras su mujer le levanta la cabeza sobre las almohadas. Al despedirse exclama: Hoy es sábado: el lunes, si Dios quiere, me ha de ir vuestra Merced a visitar. Así fué, en efecto. Pero no siempre daba la salud a los enfermos que visitaba. Hallándose el cirujano Zúñiga postrado en cama, fué a verlo el Beato y al anunciarle tristemente el enfermo que se sentía morir, díjole Fr. Martín: Dé gracias a Dios por ello, disponga su testamento que mañana, a esta hora, ha de haber dado cuenta a Dios.

Y pongamos término a este punto con un último episodio, en donde resplandece por una parte, esa inmensa piedad que, a imitación de Jesucristo, le movía a compadecerse de los dolores humanos y, por otra, su fe absoluta en el poder de Dios, del cual sus fieles siervos son meros instrumentos. Juan Vásquez, posiblemente a la vuelta de un viaje que hizo por mar a Chile, fué acometido de un reuma agudo. Buscó remedio en el Hospital, pero experimentando escaso alivio decidió ir en busca de Martín que, por entonces, se hallaba en Limatambo. Te-

nía las piernas y pies hinchados y así le fué muy penosa la jornada. Cansado y doliente, se arrimó a un barranco junto a la calera de Santo Tomás, temiendo no poder proseguir. De pronto vió a Martín que se le acercaba. Sacó una semita y unas pasas de la manga y se las alargó a Juan. Este, desganado, no las tocó. Entre tanto el Beato le miraba los pies y, levantando luego los ojos al cielo, exclamó: Señor, no permitáis que aqueste muchacho muera en este tiempo, que, como os lo pido, espero en vuestra bondad infinita me lo concederéis. Púsole luego las manos sobre las piernas y se las tentó: hizo que las tendiese y, haciendo una cruz sobre ellas, le dijo: Levantaos, Juancho y vámonos a Limatambo. Vásquez le respondió que no podía, pero Martín dándole la mano, añadió: Acaba, acaba: caminemos y toma este bordón. Comenzaron a andar y Martín, reparando que llevaba cogidas en el borde de la capa las pasas y la semita, le dijo: No queréis comer esa semita, dádmela acá, que yo la comeré y volvió a meter la mano en la manga, en esa manga que era la inagotable despensa de los pobres y sacando un pedazo de pan blanco, agregó: Comed ese pan con las pasas que yo os ayudaré. Juan sentíase tan aliviado que le parecía no había estado enfermo. Martín, al llegar, no dejó de hacerle la siguiente advertencia: Juancho, mirad que no vayas a nadar a la acequia de la huerta ni otra parte ninguna, porque si os mojáis os hará mal el agua. Al siguiente día, al levantarse, como quien despierta tras un dulce sueño, halló, nos dice Vásquez, "sus piernas tan secas que parecía que no había tenido enfermedad".

V

Pero ese santo de alma tan buena y compasiva era duro e inmisericorde consigo. No os quiero fatigar en demasía, pero bueno será que echemos una mirada a este último cuadro que he titulado: Visitas de Pascua. En compañía de Juan se dirige Martín a la Recolectión de Ntra. Sra. de los Angeles. Tiene allí un amigo tan santo como él. Aún antes de abrirse el portón, nos dice Vásquez, el de dentro reconoce al de fuera y, después de abrazarse, se encaminan a la huerta silenciosa y umbría. Cuelgan un Cristo de un árbol de limas y pónense al pie en oración. Este solitario rincón del huerto franciscano es otro Monte Alvernia y, por lo mismo, Martín y su compañero copiarán en sí la imagen del Crucificado. Dice

Martín: Regalemos nuestros cuerpos que no es justo que el día se nos vaya, siendo el que tanto hemos deseado y entre lágrimas y suspiros, se disciplinan cruelmente cerca de una hora.

En la Pascua del Espíritu Santo el Beato Martín tenía por costumbre pedir de limosna a los mercaderes dos camisas de jerga de Castilla, una reservaba para sí y sólo para castigar su cuerpo la devestía, la otra la llevaba de obsequio a su amigo Fr. Juan Masías. Con él pasaba estos días y su recreo consistía en irse a un platanar de la Recoleta dominica y allí se ponían entrambos en oración, interrumpiéndola con severas disciplinas. Cuenta Vásquez que, después de ellas, venía a él para que le curase las hinchadas y sanguinolentas espaldas. El decía: Padre, qué le he de curar que esto no es del mal trato que hace a su cuerpo del azote sino es destes mosquitos que hay aquí. Vámonos a nuestro convento que allá no hay mosquitos. Era así verdad. Aquellos insectos, atraídos por la sangre se cebaban en las carnes del Beato y aumentaban la hinchazón. Su respuesta nos la transcribe Juan: ¿cómo hemos de merecer con Dios si no damos de comer al hambriento? La réplica segura brotaba de los labios de Juan y Martín insistía: Se les debe dar de comer que son criaturas de Dios y así lavadme. Lavábale con vinagre por lo que siempre tenía Vásquez un porongo a la mano.

De propósito no hemos querido citar ninguno de los muchos prodigios que obró en su vida y de los cuales se hacen eco todavía las gentes, exagerándolos a veces y, no pocos, alterando en parte la verdad de los hechos. Hemos insistido más bien en otros aspectos menos conocidos, los cuales contribuirán a delinear su admirable figura de Santo. Juan Vásquez que le acompañó casi cuatro años nos ha ayudado a hacer su retrato. En setiembre de 1637, dos años antes de la muerte de Martín, sentó plaza de soldado en la compañía del Capitán Martín de Zamalvide, en el puerto del Callao, gracias a los buenos oficios de su bienhechor. En 1639, resolvió pasar a Tierra Firme con la armada, aunque el Beato lo disuadió. Este entonces, fué al Callao y, con cariño de padre, se despidió de él, prediciéndole lo que más tarde se había de cumplir. Adiós, Juancho, le dijo, que no nos volveremos a ver y, si nos viéremos dudarás.

Despidámonos también nosotros de Fr. Martín, pero antes rindamos a Dios las debidas gracias por habernos

concedido este presente verdaderamente regio, por haber enriquecido nuestro cielo con esta fulgente estrella de santidad y dado al Perú un intercesor tan poderoso. Y acercándonos a la amable figura del donado dominico que yo he deslustrado con mi tosco decir, llevemos a nuestros labios devotamente la orla de su manto y pidámosle a Martín que avive en nuestros pechos la caridad con que él entrañablemente amó a Dios y a sus hermanos.

ALOCUCION PRONUNCIADA EN EL AUDITORIUM
DEL CAMPO DE MARTE EL 9 DE JUNIO DE 1940,
EN LA MISA DE CAMPAÑA CELEBRADA A FIN DE
IMPETRAR DEL CIELO, POR MEDIACION DE SANTA
ROSA, EL REMEDIO DE LOS DAÑOS SUFRIDOS A
CONSECUENCIA DEL TERREMOTO DE MAYO DE
DICH0 AÑO

Amados Hermanos en N.S.J.C.

Nos hemos reunido aquí, en torno de este altar y al pié de la imagen de nuestra Santa Patrona para implorar su intercesión en la calamidad que al presente nos aflige. El Comité de Señoras Pro Basílica Santa Rosa ha juzgado acertadamente que nada mejor podíamos hacer que elevar nuestras súplicas al cielo, tomando por abogada a quien fué siempre para Lima escudo en el peligro. Ya hacía tiempo que no sentíamos conmovirse sus muros ni veíamos abatirse sobre ella alguno de esos males que afligen hoy a otros pueblos y la ciudad, alegre y confiada, se enmollecía en la vida fácil y se olvidaba que sólo el dolor redime y que la ley de la expiación es una ley de salud. Pero nos ha alcanzado el flagelo; la tierra con sus estremecimientos nos ha recordado la fragilidad de nuestra existencia y los cadáveres de nuestros hermanos, sepultados bajo las ruinas, nos repiten la lección del Divino Maestro: Estad preparados porque cuando menos lo penséis vendrá el Hijo del Hombre.

Pero, ay, no ha contemplado Lima los cuadros de penitencia que presenciara antaño cuando respondiendo al eco fervoroso de un Francisco Solano o de un Francisco del Castillo, trataban sus habitantes de aplacar a la justicia divina con sus llantos y sus clamores. Y sin embargo, hermanos míos, nada más justo, más razonable y provechoso.

No es que juzguemos que Dios, como lo hiciera con el pueblo hebreo, premie o castigue según que los hombres se le muestren fieles o ingratos. No es ese el medio ordinario con que su sabiduría nos gobierna, ni aquí abajo ha establecido como ley castigar siempre al malo y recompensar siempre al bueno. El premio y la recompensa los reserva para después. Pero no es menos cierto que todos los sucesos, ya sean prósperos o adversos, los dirige su Providencia al fin altísimo de su gloria y nuestro propio bien. Señor del mundo físico como del mundo moral, ha dispuesto que las leyes del uno contribuyan al cumplimiento de las del otro y se armonicen dentro de la unidad de su admirable plan. Es verdad que la jurisprudencia divina no se ha obligado a castigar aquí los excesos de los malvados, antes bien en su infinita piedad, muchas veces los disimula para hacer ostentación de su misericordia, pero también es verdad que cuando nos hiera lo hace para que enderecemos lo torcido de nuestros pasos.

Bien se que la necia incredulidad o la fatua arrogancia de algunos hombres dirá que nada tienen que ver los fenómenos sísmicos con la conducta de los seres terrenos y, apelando a teorías, contestables todas ellas, se intentará explicar el porqué de estas sacudidas violentas de la tierra. La ciencia, es preciso decirlo, no ha hallado todavía la verdadera causa de estos fenómenos y, posiblemente, no la descubrirá nunca, pero aun dado que la conociese, no habría que preguntar también el porqué de esa causa y de su modo de obrar? Por eso la fe y la razón nos fuerzan a elevarnos de las causas segundas a la causa primera de todo ser, el Supremo Legislador, a quien todas las leyes que rigen el mundo obedecen y a cuya voluntad se doblga desde la hoja que cae del árbol hasta el alto monte que se desploma sobre sus bases de granito. Nunca más claro se entiende esta verdad que cuando nos azota la tribulación, cumpliéndose lo que dice el Salmista: "Vexatio dabit vobis intellectum. La aflicción os dará la inteligencia". Y es que entonces nos damos cuenta de nuestra impotencia y nos persuadimos de la inutilidad del esfuerzo humano ante los decretos inmovibles de Dios.

Tenemos el ejemplo a la vista. Hace poco más de 20 años terminaba la más sangrienta de las guerras. La lección había sido dura. Pudo pensarse que la verdadera paz, la paz de Cristo, fundada en la justicia y el respe-

to al derecho ajeno brillaría sobre el cielo de Europa. Pero no, los hombres desdeñaron escuchar la voz de lo alto y creyeron alejar el fantasma de la guerra con acuerdos diplomáticos, con alianzas ficticias, con asambleas de Naciones. Todo en vano; más sañuda, más cruel que nunca, más bárbara ha surgido la lucha, envolviendo a pueblos indefensos o neutrales y hollando cuanto hay de más respetable para mengua y afrenta de nuestra civilización. Es que en vano vela por la ciudad el que la guarda si el Señor no la custodia, dice la Escritura Santa. Prescindimos de Dios y El, en castigo, deja a los hombres correr a su perdición.

No nos consideremos nosotros indemnes o menos culpables, antes bien, siguiendo el consejo del Apóstol, humillémonos bajo la mano poderosa de Dios y reconozcamos que nos hemos hecho acreedores al castigo. Claman, en efecto, contra nosotros la libertad de las costumbres, la violación de los días santos, el desdén de los padres por la sana educación de los hijos, la inmoralidad de los espectáculos, el tráfico público de libros corruptores y, más que nada, la profanación de la santidad del hogar y de las leyes del matrimonio, realizada al amparo de una ley impía. Este mal que de las clases altas trasciende ya a las bajas, no puede menos de excitar la ira de Dios. El remedio lo hemos de buscar en la vuelta a la santidad de las costumbres cristianas, y en la oración que, como dice S. Juan Crisóstomo, puede contener el brazo de Dios. Ella, prosigue el Santo, Doctor, aleja los males, consolida a las ciudades estremecidas y desarma al Omnipotente. Oremos, pues, oremos con el Sacerdote que va a ofrecer la única Víctima agradable a Dios y elévese nuestra oración hacia el trono del Eterno para implorar su misericordia. Rosa de Lima unirá sus súplicas a las nuestras. Ella, tan amante y compasiva, volverá una vez más hacia nosotros sus ojos y su corazón. Invoquémosla con fe y en estos instantes de angustia para nosotros y para tantos hermanos nuestros digamos con fervor: Rosa, hermana nuestra, intercede por nosotros. Rosa, hermana nuestra, implora la paz para el mundo. Rosa, hermana nuestra, líbranos de todo mal.

ORACIÓN PRONUNCIADA EN LA BASILICA METROPOLITANA CON MOTIVO DEL IV CENTENARIO DE LA MUERTE DE DON FRANCISCO PIZARRO 1941.

El homenaje de hoy es, sin duda, el obligado tributo a una de las grandes figuras de nuestra historia, pero tiene también un sentido de reparación. La malevolencia y la ignorancia se habían dado la mano para desfigurar al émulo de Hernán Cortés y para muchos, basándose en una historia de dudosa autenticidad, Pizarro no pasaba de ser el vulgar porquerizo que diera en pintarnos Gomara o el soldado, rudo, iletrado y cruel con que hasta hoy nos convidan los textos más o menos impregnados de la odiosidad contra España. Tardíamente se le erigió en este templo un mausoleo digno de su grandeza y a no haber mediado el generoso ofrecimiento de una dama extranjera, todavía carciera esta ciudad, fundada por él, de un monumento evocador de su memoria.

En el cuarto centenario de su muerte, la Iglesia y el Estado han resuelto acertadamente devolver todo su brillo a la figura del gran Conquistador y presentarla a la vista de los hijos todos del Perú encuadrada dentro del marco que su realidad histórica le asigna. A la Iglesia le correspondía iniciar esta apoteosis no sólo por un deber de gratitud hacia el fundador de esta Catedral, símbolo de la fe religiosa que él introdujo en esta porción del continente austral, sino además por haber sido ella la fiel guardadora de sus restos. El día aciago en que sus enemigos le arrebataron la vida fué el Prelado de esta venerable sede quien impidió la profanación de su cadáver y cabe estos muros, cuyos fundamentos pusiera él con sus propias manos, se dió silenciosa sepultura a su cadáver, pudiendo decirse que en la hora amarga y triste del odio y del abandono, sólo la Iglesia le abrió sus brazos y lo acogió en su seno con cariño de madre.

Fué, además, expresa voluntad suya, manifestada en su testamento, reposar aquí al pie de las gradas de la capilla mayor, mandada hacer a su costa, anhelando para su cuerpo y para su espíritu esa paz que no había podido gustar en su agitada y azarosa vida y de la cual, en su arraigada fe religiosa, no creía poder disfrutar sino entregando uno y otro a su Creador y a su Iglesia santa. Descubridor y Conquistador del Perú que nace al conjuro de su espada, quiso permanecer en este suelo y perpetuar en cierto modo su señorío sobre él, demostrando cuán ligado se sentía a su nueva patria y queriendo que sus restos sirviesen de paladín a las generaciones por venir.

Nosotros, reconociendo los justos títulos que para ello tiene, venimos hoy a rendirle homenaje como a fundador de la nacionalidad. Porque, en efecto, señores, eso es Pizarro y eso representa en nuestra Historia. El Perú, nombre que hace su aparición al arribo de Pizarro a nuestras costas, surge con él e inicia su vida al impulso de su brazo. Heraldo de la verdadera fe y portador de la cultura hispánica, destierra las sombras de la idolatría y trasplanta en nuestro suelo toda esa rica floración de usos y costumbres, de leyes y ordenanzas, de sentimientos y principios que formaban el patrimonio de la noble y fecunda Castilla. A las incipientes y retrasadas culturas aborígenes, al conglomerado de pueblos que constituían el Imperio Incásico, herido ya de muerte por falta de unidad y carencia de espíritu, se sucede un estado nuevo, vivificado por el generoso aliento de los hombres de la conquista, unido por los lazos de la fe religiosa y de un mismo derecho respetuoso de la personalidad humana, elevado casi al nivel de los pueblos que marchaban a la cabeza de la civilización y sintiendo ya en sí, con más precisión y mejor título que en los tiempos del Tahuantinsuyo, su vocación de pueblo señero y guía de esta parte de la América.

He allí la obra cuya primera piedra le cupo colocar a Pizarro. La sola elección que hizo de él la Providencia para una empresa tan alta lo convierte en hombre célebre. No era, sin duda, un hombre superior, pero no le faltaron las cualidades que le hicieron apto para el desempeño de la misión a que estaba destinado. Se ha insistido a veces por sus detractores en su condición de iletrado, olvidando que su sagacidad, su buena índole y su prudencia habían de suplir su falta de instrucción y, sobre todo, que su principal tarea no había de ser la del legislador sino la de creador y forjador de una nueva nación. Le había to-

cado ser uno de aquellos conquistadores del Darién, probados por aquel clima insalubre y calcinante; la fiebre que consumió a tantos en aquellas selvas no llegó a rendir su cuerpo de hierro; las flechas enherboladas que a tantos hirieron de muerte no hicieron mella en su carne; el hambre que atenaceó a sus compañeros hasta hacerlos sucumbir no domeñó su reciedumbre. Pasó ileso por esta prueba de fuego y así no es de extrañar que se atreviera a una empresa tan difícil como la conquista del Perú, de la cual habían desistido otros como Basurto y Andagoya.

Hombre bueno y sin amargura pero al mismo tiempo sobrado firme y entero, reúne en sí las cualidades de un conductor de hombres. Ya Diego de Ojeda le distingue entre todos y le hace su teniente. Vasco Núñez de Balboa y el mismo Pedrarias se valen de sus servicios. No siente la comezón del mando y esto lo aleja de las rivalidades que ensangrientan la Tierra Firme y le conquista el afecto de todos. No nos debe maravillar su actitud gallarda y resuelta en la isla del Gallo ni su audaz decisión de ir en busca de Atahualpa a través de la empinada cordillera, al frente de un pequeño grupo de soldados, si reparamos en el temple de su alma y la fragua en que se había forjado. Lo que admira es su certero punto de vista en los trances que se presentan, su moderación en circunstancias que inducían al arrebato, su habilidad para sortear las dificultades que se le oponen y, para decirlo en una palabra, el tino y buen pulso con que se maneja en el gobierno no obstante carecer de aventajadas dotes de espíritu.

Errores y defectos se hallarán, sin duda, en su obra pero pensar de otra manera no sería humano, antes bien sería rebajar su personalidad, haciendo de él un tipo artificial. No es necesario ni propio de este lugar traer a cuento los sucesos de Cajamarca y las conferencias de Mala, pero si es conveniente advertir que en estas ocasiones su primer impulso lo inclinó a tomar la decisión recta y justa, pero le desvió de ella la presión de los que le rodeaban. Teniendo en cuenta la distancia que media entre su edad y la nuestra y su condición de soldado, puede afirmarse que fué un hombre bueno, como le llamaban sus compañeros y nunca se entregó a los excesos que con frecuencia denigraron la conducta de otros conquistadores. Hizo uso de la fuerza y del poder cuando pareció necesario para fines superiores, pero no se manchó las manos con sangre inútil. A sus espaldas y en su ausen-

cia algunos de sus capitanes se mostraron crueles, pero él no autorizó estos desmanes antes bien los corrigió cuando pudo. De su humanitarismo nos quedan entre otros testimonios las cláusulas de su primer testamento, en el cual no olvida a la raza vencida, antes bien ordena que de sus bienes se señale renta para los que han de instruirlos en la fe, para los hospitales que han de acoger a los enfermos y para mandas de misas por los indios cristianos que le ayudaron a pacificar el imperio.

Sobran, pues, motivos para enaltecer su memoria. Pero, cómo olvidar al fundador de esta ciudad de los Reyes, como él quiso que se denominara a la nueva ciudad: Lima? El, certeramente, escogió su emplazamiento y no puede negarse que acertó en la elección. Cómo olvidar al colonizador de este vasto reino, a quien se deben los cimientos de sus primeras ciudades y quien marcó, puede decirse los límites que le correspondían? Allí están San Miguel de Piura, Jauja, el Cuzco, Trujillo y Lima, que son hijas suyas y otros tantos florones de su corona. El envió a Pedro Anzúrez de Campo Redondo a fundar en la comarca de los Charcas, abriendo a los conquistadores la ruta atlántica; él también envió a Alvarado a Chachapoyas y a su hermano Gonzalo a la Canela y el Dorado, como antes a Almagro a Quito y Benalcázar a Popayán.

Todo esto se le debe a Pizarro, cuyo emprendedor espíritu sueña siempre con un más allá y para cuyo afán descubridor no existen las barreras levantadas por una naturaleza bravía. Pudo hacer más si el odio y la envidia no hubieran venido a poner prematuro fin a su carrera. Y su muerte fue el eco de su vida. Nada hizo para detener el acero que se afilaba en la sombra contra él y confundir a sus adversarios que le acechaban desde su guarida. Ningún testimonio más elocuente de su recta intención que esa confianza a que se abandonó en vísperas mismas de ser asesinado. Pero no había medido la profundidad del rencor que los almagristas abrigaban contra él y por eso le cogió desprevenido el asalto a su palacio. En la mañana del Domingo 26 de Junio, voces de muerte vinieron a interrumpir el silencio de la extensa y desnuda plaza y se acercaron cada vez más a las puertas de su mansión. Advertido Pizarro por sus servidores, no se amilana y huye, sino que corre a vestirse una coracina, largo tiempo abandonada en su recámara y con el brío de la mocedad empuña la espada que tantas tie-

rras conquistara. Gallarda actitud la de aquel anciano que defiende su vida casi solo ante una turba de asesinos y no se rinde sino cuando una fiera estocada paraliza su brazo. Entonces, como cristiano, piden socorran su alma y ya en las agonías de la muerte, con gesto noble y piadoso traza una cruz en el suelo con su propia sangre y aplicando al signo redentor sus trémulos labios, expira.

Descubrámonos, señores, ante el sublime espectáculo de tan valiente como cristiana muerte. En la aurora de la conquista, su brazo triunfante plantó por vez primera el lábaro santo en las arenas de Tumbes, como señal de la posesión que tomaba Cristo de estas tierras; en el mediodía de su existencia, vuelve a erguir esa cruz, muy cerca de este lugar, el día de la fundación de Lima y, ahora, al llegar a su ocaso, unge este suelo con el signo redentor y lo hace con su misma sangre. Qué quiere esto decir sino que la fe cristiana constituyó para Pizarro el más sólido cimiento de la nacionalidad? Aprendamos la lección y convenzámonos una vez más que todo cuanto tienda a debilitar nuestra fe religiosa, es un atentado contra la estabilidad e integridad de nuestro pueblo. Antes bien, siguiendo el ejemplo del gran conquistador, permanezcamos fieles a la Cruz de Cristo en todos los instantes y ella, que le abrió los brazos para darle paz a su cansado espíritu, nos acogerá también a nosotros en el supremo trance de la vida. Así sea.

DISCURSO PRONUNCIADO AL INGRESAR EN LA
ACADEMIA DE LA LENGUA, EL 25 DE OCTUBRE
DE 1941

Señor Presidente de la Academia;
Excmo. Señor Arzobispo;
Excmo. Señor Embajador de España.
Señores Académicos;

Señoras y Señores:

No por mera cortesía ni por seguir el hilo de aprobada costumbre, sino por obedecer al propio impulso he de comenzar por agradecer a la Academia la designación que ha hecho de mi persona para ocupar una plaza de número. Ella ha debido sobreestimar mis escasos méritos al tributarme tan señalado honor y, por lo mismo, tengo motivos sobrados para expresarle toda mi gratitud. Sin duda mi condición de sacerdote y de jesuita ha debido influir en el ánimo de los SS. Académicos para decidirlos a admitirme, en su docta compañía, pues ellos no pueden olvidar que al constituirse esta Academia Correspondiente de la Real Española de la Lengua, dos excelsas figuras de nuestro clero, D. Manuel Tovar y D. José Antonio Roca se contaron entre sus fundadores, así como al erigirse en 1713 la matriz de todas, por Real Cédula de Felipe V, dos insignes jesuitas, los PP. Bartolomé de Alcázar y José Cassani, tomaron asiento entre sus primeros miembros. En mi doble condición de sacerdote de Jesucristo y de hijo de la Compañía de Jesús, vengo a colaborar con vosotros en la noble empresa en que estáis empeñados, que no sólo es de depuración y abrigamiento del lenguaje sino de restauración y afianzamiento de los auténticos valores de la peruanidad.

Considero, no obstante, que el asiento a que me convidáis está muy por encima de mis merecimientos y por lo

mismo, cedo todo el honor que de ello se me puede seguir a la Iglesia y a la Compañía, a quienes después de Dios, debo cuanto soy y cuanto valgo.

Y ahora permitidme, señores académicos, que atraiga vuestra atención hacia el tema de este obligado discurso. Confieso que una feliz coincidencia vino a ponérmelo delante, porque pensando yo que sucedía, si no en la vacante, por lo menos en el tiempo, a esos dos elocuentes oradores sagrados que se llamaron Manuel Tovar y José Antonio Roca, me pareció que no sería fuera de propósito hacer un estudio de los que precedieron a esos maestros del buen decir en los siglos XVII y XVIII. Que el asunto no fuera ajeno del estilo usado en la Academia me lo persuadía el ejemplo de D. Antonio Ferrer del Río, quien al incorporarse en ella, disertara sobre la Oratoria Sagrada en la España del siglo XVIII y algún otro que pudiera citar, más cercano a nosotros. Por otra parte, si algún mérito encierra esta disertación, puede que no halléis otro sino la novedad del tema, preterido o apenas rozado por nuestros historiadores literarios o bien injustamente desdeñado, como si en él nada hubiera digno de mencionarse. Por uno y otro motivo juzgo que no es ocioso devolver a la Oratoria Sagrada de los siglos XVII y XVIII el lugar que le corresponde y vindicarla de la nota común de amanerada, superficial y culterana con que generalmente se la bautiza. Esta apreciación, precipitada e injusta, como vamos a verlo, me parece todavía más explicable que el desdén mostrado por algunos hacia este género literario, porque lo primero, si se tiene en cuenta el vicio que desnaturalizó y corroyó la predicación en ese período, tiene fundamento en donde asentarse, pero lo segundo sólo tiene su justificativo en la ignorancia. Es cierto que buena parte de la producción literaria de la época se va tornando cada vez más rara por la escasez de los ejemplares y también que, para el gusto moderno, es casi ninguno el aliciente de tales obras, pero cualquiera que con diligente curiosidad y ánimo desprevenido se dé a revolver esos amarillentos pergaminos, verá bien pronto compensadas sus fatigas, al descubrir en el muladar de la retórica culterana muchas perlas de tanto y más valor que el Apolagético de Espinosa Medrano (1).

Además, y vaya esta observación para los que juzgan insípida en demasía la elocuencia del púlpito, en ese vasto

(1) Menéndez Pelayo. Ideas Estéticas. Las Poéticas de los Siglos XVI y XVII.

repertorio de sermones que nos ha legado el período colonial hallará el historiador referidos con puntualidad muchos sucesos apenas mencionados en las crónicas y el costumbrista o el sociólogo descritos los vicios que afeaban a la sociedad de entonces o escarnecidas las pasiones que dominaban a sus hombres. Tanto en el sermón moral o de circunstancias como en el panegírico o la oración fúnebre hay tal riqueza de datos y de noticias que yo me atrevería a decir que su conocimiento se hace indispensable en un estudio concienzudo y cabal de nuestra pasada cultura. Vayan algunos ejemplos entresacados acá y allá de algunos sermones. En 1625 celebróse en Lima un auto de fé, en el cual fueron condenados buen número de reos y entre ellos unas cuantas mujeres ilusas, enlazadas por espiritual parentesco con los iluminados españoles. Aun cuando poseemos una relación del auto, impresa ese mismo año por Jerónimo de Contreras y escrita por un religioso agustino, le hace ventaja este trozo de Fr. Luis de Bilbao, encargado del sermón de la Fé y en el cual se nos pintan al vivo los desvaríos de esas falsas devotas. Dice así:

“¿Así que invenciones de Santidad pueden tanto? Pues demos en invencioneras, dijeron estas miserables mujeres, que con eso tendremos honra y estimación y comeremos y vestiremos a poca costa. Y así procuraron con vanas apariencias imitar las invenciones de los Santos, en ofensa y agravio manifiesto de la virtud. Sale esotra *Voladora* y da a entender que tiene don de agilidad, como Santa Cristina; que se eleva y tiene corazón traspasado de amor, cual otra Santa Teresa; que es llevada como Magdalena al cielo, donde ve misterios admirables; que tiene llagas en pies y manos cual Francisco o, a lo menos, que siente los dolores de ellas. ¡Oh, qué de invenciones! Tantas tuvo que escribió poco menos de resma de papel de ellas y si no la atajara este Tribunal Santo llevara talla de escribir más que el Tostado de prodigios de su vida, donde arrogantemente dice mil disparates, no dejando favor ni prerrogativa concedida a Santo o Santa del cielo que no se atribuyese a sí. Dice que vió la Divina Esencia, privilegio apenas concedido a Moisés y San Pablo; que estaba continuamente en un acto de amor sin interrumpirle; que estaba confirmada y reconfirmada en gracia; que había llegado a tal punto de perfección que le había dicho Dios no podía pasar de allí. Al fin, todo su libro estaba lleno de estas y otras invenciones no menores y, lo

que peor es, de proposiciones temerarias, escandalosas, erróneas y heréticas. Sale la otra embusterilla, la *de los dedos pegados*, que por este nombre era conocida, con otras nuevas invenciones y, hurtándole a Santa Catalina de Sena su hábito, que hurtado es, pues nunca profesó ser beata suya sino que ella se le puso y se cubrió de aquel manto para echársele a sus embustes, sale con otra invención y dice que milagrosamente le pegó Dios los dos dedos, el pulgar y el índice de la mano derecho, en testimonio de los favores que decía recibir del cielo... que se desposó con Cristo Señor Nuestro, como Santa Catalina de Sena; que oía músicas del cielo y veía visiones soberanas y antojósele el día del desposorio un pastel y este le hizo otra mayor embustera que era llamada la *Platera* y se le envió con una cruz y un Angel encima, significando, con estas insignias, singulares misterios o, mejor dicho, grandes embustes, de que fué autora esta mujer llamada la *Platera*; decía ésta y afirmaba de sí que era santa, que sabía el estado de las almas, que su hijo era Profeta y había de ser un gran reformador del mundo; arrobábase cada día públicamente en las Iglesias, haciendo gestos y ademanes descompuestos. Decía que Cristo, Redentor nuestro, le había ayudado un día a hacer manjar blanco y dádole el punto... ¡Ah, Padre, esas más parecen locuras que invenciones! Así es verdad, oh Dios de mi alma, y ¿quién tuviera espíritu para decir esto, Señores?: cuando Dios deja a cada uno de su mano, cosas dice y hace que parecen locuras y no lo son sino efecto de un alma desamparada por sus pecados... son invenciones para granjear honra y estimación y aun para comer y sustentarse de ellas. Porque procurando con estas invenciones parecer santa, toda Lima se iba tras ellas: todos acudían a consultarlas en sus necesidades, a valerse de sus oraciones; así iban carrozas de señoras a sus casas, como si fuesen a novenas a Guadalupe o Monserrate y todas a porfía les enviaban regalos teniéndose por bienaventuradas en que los quisiesen recibir". (2).

Si otros escritos no nos certificaran de la fuerte inclinación de los limeños a lucir galas en alamedas y paseos, en el siglo XVII, bastaría estas líneas de uno de los sermones del P. José de Aguilar, para persuadirnos de esta costumbre. Hélas aquí:

(2) Sermón de la Fe en el solemne y general auto que su Tribunal Santo celebró en la ciudad de Lima. Año de 1620.

“Celebrábase en Jerusalén la fiesta, que llamaron Scenopegia, a que por ley del Capítulo 23 del Levítico estaban obligados a acudir los Judíos a la Corte en persona. Era este un justo reconocimiento a los beneficios, que recibió Israel en los cuarenta años de su peregrinación en el desierto. La memoria era santa; mas los abusos viciaban la memoria. Reducíase a formar con ruidoso aparato en los campos y plazas una Ciudad portátil, que en tiendas de campaña, dejados los propios lares, asistían por ocho días continuos. Peligrosa devoción, donde el traje libre, a lo peregrino, y el concurso fácil, a lo de fuera de casa, más tenía de ocasión, que de culto. No hay fiesta que más se celebre en esta Corte. ¿Qué son sino una Scenopegia esos concursos de plazas, alamedas, y puente?, donde trasladada la Ciudad a coches y calesas, (tiendas de campaña de su más frecuente habitación) se dejan ver peregrinos de su retiro y decoro, como en sus casas, para el desahogo y como fuera de sus casas, para el aliño, las que debían poner toda su devoción en el recato? Mucho remedio piden estas Scenopegias Christianas, mal dije, estas Scenopegias Gentiles entre Christianos”.

(*Sermones Varios. Tomo VI, Sermón XI*)

Dolencia muy común en la sociedad de entonces y, ojalá no lo fuera en los tiempos que vivimos, el amancebamiento. Para combatirlo valiése con mucha destreza el P. Martín de Jáuregui, de aquel paso del Evangelio en que Jesucristo descubre a la Samaritana su mala vida y, pintando con un realismo que hoy escandalizaría a algunos, la demasiada libertad con que procedían las mujeres casadas, dice así en un pasaje.

“¿Esta mujer (aludiendo a la Samaritana) no estaba fuera de su casa en la fuerza del sol? Sí. ¿Hácale el marido sombra? No, por cierto; pues venga aquí el marido, dice el Señor. *Voca virum tuum*. Es la perdición de las mujeres y el mayor de los males de el demonio el sacarlas de casa; pues, a grande mal opone gran remedio; acompáñela el marido, que si está sola no es mucho que ande errada; si su marido no la guarda no es maravilla que se pierda. A los ojos comparo yo, no sé si bien, a los casados. ¿A los ojos? Sí. ¿Pensaréis que será porque los casados han de amarse en conformidad de lo que vieren? Pues no, que es delito entregar todo un amor sólo por lo que se ve. ¿Será, volveréis curiosos a decir, porque el marido

debe cuidar de la mujer y la mujer del marido, como ambos miran por sus ojos? Digo que es buen sentido ese, pero, mejor, porque han de tener la compañía que los ojos entre sí: donde el uno va, va el otro; no puede saltar el uno de los ojos la empalizada de las pestañas ni romper por las medias lunas de las cejas para irse a holgar con quien gusta sin que el otro le acompañe y esté a la vista. No puede la mujer salir de su casa si no gusta el marido y la vá haciendo sombra con su compañía". (3).

Para muestra basta con lo apuntado, pero téngase presente que toda la vida colonial tiene su eco en los púlpitos, porque habiendo de ser la oratoria sagrada una como conversación con el auditorio era imposible que en ella no se tratase de lo que a todos intresaba y mantenía despierta la atención. (4).

Pero, dejando a un lado esta ventaja, ¿no existen acaso en esos sermones bellezas literarias? Son, tal vez, informe montón de extravagancias, pedantescas declamaciones, laberintos de estilo y nada más? ¿No se descubre en un buen número de ellos, aún en el período álgido del culteranismo o conceptismo, un decir castizo, una elegante fluidez, viveza de imágenes, agudeza de conceptos y pensamientos felices, en medio de toda la hojarasca de la culta latiniparla o la frondosidad gongorina? ¿No hay en ellos, aún en los más resabiados de decadentismo, algún oro perdido entre la escoria? Sin duda, fuera de que no sería justo medirlos a todos por el mismo rasero, pues no faltaron quienes se vieron libres del contagio o quienes, sobreponiéndose a su influjo, lucieron cualidades oratorias que muchos envidiarían.

(3) Tesoro Peruano de un Mineral Rico, labrado en un Ingenio Famoso... En Zaragoza, por los Herederos de Juan de Ybar. Año de 1677, p. 219. Torres Saldamando que equivoca la fecha de la edición de otra colección de **Sermones**, impresa también en Zaragoza y en la misma oficina, el siguiente año, atribuye esta última al P. Martín de Jáuregui; (V. B. H. A. tom. 111 No. 1659) en cambio el P. Uriarte cree que el Tesoro sería de éste y los **Sermones** del P. Buendía. No participamos de esta opinión, pues a la sazón el P. Buendía sólo contaba 19 años en la Orden; en cambio creemos muy probable que el P. Jáuregui sea el autor del Tesoro y, por lo menos, es cierto que era de la Compañía, como se desprende de varios pasajes de la obra.

(4) No ya en el cuerpo del sermón pero aun en los preliminares (Dedicatoria o Prólogo) se hallarán noticias de gran utilidad para la Historia. La biografía de más de un personaje quedaría incompleta si no se consultase alguna de estas piezas.

Hay que comenzar, pues, por hacer una selección, fijar, además, los jalones que separan una época de otra y no envolver en un común apelativo a todos los predicadores de los dos siglos que estudiamos. Este ha sido, a mi juicio, el principal agravio que se ha hecho a la oratoria sagrada de la Colonia, pero no es de extrañar, si recordamos lo que dijo D. Miguel Mir, al editar los sermones del célebre Fr. Alonso de Cabrera: "La Historia de nuestra elocuencia sagrada es el mayor vacío que hay en nuestra Literatura".

Para subsanar este defecto, en la parte que nos toca, bueno será recordar algunas ideas sobre la predicación. Transcurrido el período patrístico y ya en formación las lenguas romances, se inicia el período que podemos llamar tradicional, en el cual, siguiendo las huellas de los Padres de la Iglesia, se adopta como sermón tipo la Homilia o Comentario de la Sagrada Escritura, entreverando la exégesis del texto con las explicaciones dogmáticas y morales que el mismo sugiere. Este método, limpio de toda afectación y muy acomodado a la inteligencia de los oyentes, fue el más universalmente seguido hasta los tiempos de la Reforma, aun cuando algún tiempo antes, debido a la influencia del escolasticismo, la predicación comenzó a descaecer de un modo lamentable, en casi todas partes, hecho que obligó a Erasmo a escribir su famoso *Ecclesiastes* contra los abusos del púlpito. No se vió España exenta de este mal, pero no llegó a cundir tanto como en otros países, cabiendo tan sólo anotar que, sin abandonar del todo la Homilia, se adoptó más bien el sistema de desenvolver ampliamente uno de los pasajes del texto Sagrado, acercándose bastante al sermón tesis de época posterior. Advirtamos, que se hizo menos frecuente el dirigir al pueblo la palabra de Dios.

En tal estado de cosas sobreviene la Conquista y, tras el obligado período de evangelización, durante el cual todos los esfuerzos se dirigen a la conversión de los indígenas, surge la predicación en las recién fundadas ciudades, modelada según los usos de la metrópoli e inspirada en las reglas que dictara el célebre Fr. Luis de Granada en su *Retórica*. Tal manera de predicar se atenía, en principio, a las dadas por preceptistas u oradores, como Quintiliano y Cicerón y, fácilmente, podía convertirse en artificial y pedantesca, de faltarle al orador cristiano el celo apostólico y lo que con gran propiedad se ha llamado unción sagrada o el calor del espíritu. La carencia de imprenta en

esos años ,que coinciden con los de la estabilización del Virreinato, nos impiden formar juicio de la predicación contemporánea, pero, por las muestras de fines del siglo XVI y comienzos del siguiente, podemos afirmar que hasta entonces la predicación se mantuvo dentro de los cánones tradicionales y estuvo muy lejos del barroquismo que la vino a inficionar en posterior fecha. En cuanto al mérito literario de los oradores, no creo aventurado afirmar que los de algún renombre tenían merecidos los aplausos, pues corriendo como corrían los días áureos de las letras españolas y estando tan a la vista los ejemplos de tantos maestros del buen decir, es casi cierto que no se baratearían los elogios.

Crónicas y relaciones de la época citan entre los dominicos a Fr. Domingo de Santo Tomás, a Fr. Juan de Lorenzana, lector de Teología en San Marcos y confesor de Santa Rosa, a Fr. Francisco de San Miguel, "hombre de letras y buen púlpito" como le llamó el Palentino y a Fr. Francisco de Figueroa; entre los franciscanos suenan los nombres del humilde Fr. Juan del Campo, Provincial de la esclarecida Provincia de los 12 Apóstoles y Fr. Diego de Medellín, más tarde Obispo de Santiago; los agustinos se glorian de un Fr. Luis López de Solís, futuro Obispo de Quito y un Fr. Gabriel Saona y entre los mercedarios brilla un Fr. Diego de Angulo. Los jesuítas, venidos con posterioridad a las demás Ordenes, se acreditaron desde su arribo como buenos predicadores. El P. Jerónimo Ruiz del Portillo, Primer Provincial, satisfizo tanto a los limeños que estos no se cansaban de escucharle. Tras él vinieron los PP. José de Acosta y Juan Sebastián. De este último no poseemos los sermones, pero pueden barruntarse sus cualidades, a través de su excelente y clásico tratado de "*El Bien y Excelencias del Estado Sacerdotal*". Cúpole predicar en las éxequias de S. Francisco Solano y como su santidad corría parejas con su saber, fué voz común entonces que el panegirista no era inferior al héroe. Acosta es sobrado conocido por sus letras para que sea menester encarecerlas. Como predicador, apenas hubo quien le igualase en el Perú de fines del S. XVI y es lástima que no conservemos de sus sermones sino tres tomos en latín, correspondientes a las Domínicas del año (5).

(5) Publicáronse por vez primera en Salamanca, en 1596. (Tomo 1º. Conciones in Quadragesimam), 1597. (Tomo 2º de Adventu usque ad 24 Dom Post Pentecostem), 1599 (Tom. 3º ab octava Paschae usque ad Adventum).

Ya en el S. XVII, época en que los claustros alcanzan su pleno florecimiento, el número crece y precisa hacer una selección entre los mejores. Nos la han dejado hecha dos ingenios limeños, en otras tantas reliquias poéticas del Coloniaje: Fr. Adriano de Alesio en *El Angélico* y Peralta Barnuevo en su *Lima Fundada*. Cita el primero a Fr. Luis de Bilbao y alabándole en su crespo estilo, dice de él:

A Bilbao con justa estima
el Antártico lo aclama
honroso gajo de Lima,
pués hasta que llega a fama
sube y levanta su prima.

tras él siguen Fr. Gabriel de Zárates y su deudo Juan Bautista, Fr. Juan de Espinar, Fr. Cipriano de Vega, Fr. Blas de Acosta, Fr. Miguel de León y Fr. Cipriano de Medina, todos de la Orden de Santo Domingo. De los dos Zárates, de quienes dice Alesio:

Lima fragancia desata
con dos flores de una mata:
dos Zárates, labios dos
fuertes, pues con ellos Dios
almas prende y vicios ata.

y de Fr. Blas de Acosta nos han quedado varios sermones que corroboran su fama y son una prueba de lo que antes decíamos, esto es, que hasta bien entrado el siglo XVII la oratoria sagrada no se había apartado de los cauces limpios y llanos de la tradición. Es cierto que, a veces, asoman algunos rasgos de mal gusto y se deja sentir la creciente marea del conceptismo, que luego lo invadirá todo, con raras excepciones, pero todavía no ha llegado el estrago a lo más íntimo. Podríamos confirmarlo, citando algunos trozos de los nombrados, o bien de dos insignes agustinos, contemporáneos suyos, Fr. Gaspar de Villarroel y Fr. Juan de Ribera, pero el apremio del tiempo nos obliga a omitirlos. A los dichos habría que agregar a Fr. Alonso de Herrera, franciscano, de quien cantó Alesio:

Título divino aplico
a Herrera, de partes rico,
que cuando las tiene un hombre,
¿qué estorba ser hierro el nombre
y más, siendo de oro el pico?

Mozo aún y de brío se le fué la lengua, predicando en La Plata, en presencia del Obispo y costóle la inexperiencia ser desterrado por dos años de dicha ciudad, suspendido de predicar. Sus obras, dos de las cuales fueron impresas en Lima, 6 revelan que era hombre docto, bastante versado en la Escritura y en los Padres y escritor terso y castizo. No hay que confundirle con el dominico Fr. Hernando de Herrera, algo posterior y alabado también como predicador en su época, pero cuyo único tomo de Sermones no ofrece nada notable, antes bien se halla tan henchido de textos y de citas sagradas y profanas, se quiebra tantas veces el hilo del discurso y, en fin, es tan intrincado y farragoso que a lo más podrá servir para adormecer al que lo tome en las manos. 7

Peralta menciona otros nombres, famosos en su tiempo, como el de D. Juan de Cabrera, a quien apellida erudito y nítido; a Fr. Ginés de Tévar, franciscano; al célebre D. Fr. Bernardino de Cárdenas, a quien, ponderativo, llama inmortal; al capuchino Fr. Miguel de Lima, conocido también por su verdadero nombre, D. Tomás de la Concha, en cuyo elogio dice:

Su juicio, aun a la Stoa le enseñara
su ingenio, aun al Liceo hiciera vano;
de quien Apolo el plectro aun envidiara,
el labio Tulio, la memoria Adriano...

Aunque Fr. Miguel llegó a ser predicador de Carlos II y del Emperador Leopoldo y, tanto en Madrid como en las cortes de Viena y de Baviera, se conquistó la fama de elocuente, no dió a la imprenta sus sermones, excepto la oración fúnebre de Carlos II, de cuya existencia no tenemos más noticia que la dada por el mismo Peralta. 8 Por

(6) Espejo de la Perfecta Casada... en la Ciudad de los Reyes... por Gerónimo de Contreras... año de 1627. *Questiones Evangélicas del Adviento y Santos en que se declaran las dificultades de los Evangelios...* Impreso en Lima, por José de Contreras, año de 1641.

(7) *Sermones Varios que dixo en el Perú el M. R. P....* En Barcelona... año de 1675. Del mismo autor es un Sermón a la colocación de la Imagen de Nuestra Sra. de Guadalupe... en la Capitana Real... Lima, 1660, y un Panegírico de Sta. Rosa predicado en la fiesta que le dedicó la Universidad de S. Marcos, al celebrarse su Beatificación. Lima, 1672.

(8) En la "Solemnidad Fúnebre y exequias a la muerte del... Rey D. Felipe IV..." de Diego de León Pinelo (Lima, 1666) figura, entre otras poesías, una de Fr. Miguel. La biografía de este que trae Mendiburu no es sino la repetición de lo dicho por Peralta en su Lima Fundada.

la época en que vivió, su afición a la poesía cabalística, tan en uso entonces y en la cual sobresalió hasta el punto de darle su ya citado biógrafo el calificativo de *sublime aun en los grillos de acrósticos y anagramas*, nos inducen a pensar que, no obstante haber sido predicador de Reyes, fue F. Miguel una de las muchas víctimas del mal gusto imperante.

Cítanse otros de quienes no se conserva nada escrito en la materia como el mercedario Fr. Luis de Vera, el franciscano Fr. Martín de Bolonia, Fr. Juan de Sotomayor, el jesuita P. Pedro López y los Doctores Bartolomé Romero y Gregorio de Rojas y Acevedo, al primero de los cuales no duda llamar:

de Lima Demóstenes famoso
erudito y nítido Romero.

Aun concediendo que Peralta no anduvo corto en el ditirambo, no puede negarse que el suelo peruano fue pródigo en artífices de la palabra, aun cuando buena parte de ellos, a partir de la segunda mitad del siglo XVII siguiera los excéntricos rumbos que, por doquiera, había tomado el pensamiento y que, como acertadamente dice Menéndez y Pelayo, trasladaron al arte el escolasticismo de las escuelas.⁹ Tras el período tradicional sobrevino, en efecto, el período conceptista o culterano, según que el vicio atacara la forma o el contenido. De ambos defectos tenemos ejemplares, pero, a juzgar por lo impreso o manuscrito que conservamos, me inclino a creer que nuestros predicadores, más comunmente siguieron la escuela de Quevedo que la de Góngora. Propendían más a hacer de roches de ingenio que a ostentar primores de estilo, a la acrobacia de las ideas que al voltejeo de las imágenes y más que de exuberancia de forma se les puede acusar de exorbitancia en el fondo. No todos, sin embargo, se contaminaron; hubo aun en pleno período de gerundianismo quienes, si no se conservaron indemnes, por lo menos, se mantuvieron muy lejos de los excesos a que llegaron aquellos predicadores con tanta razón fustigados por el P. Isla.

No creo que se me tache de parcial, pues las pruebas vendrán al canto, si digo que la Compañía de Jesús fue, entre las Ordenes, la que menos adoleció de este vicio. Ya

(9) Ideas Estéticas. Tom. III. vol. I, p. 414. V. también en la misma obra: Las Poéticas de los Siglos XVI y XVII.

el hecho de surgir la reacción en su seno es un indicio, sobre todo si se tiene presente, como lo han demostrado los biógrafos del P. Isla, que éste era excitado continuamente por sus hermanos a acabar de una vez con esa plaga del púlpito, ridiculizando en una chispeante sátira a los seguidores de Fray Gerundio.¹⁰ Además, la Compañía, como lo reconocen sus mismos émulos, se mantuvo fiel a su primitivo espíritu y en ejemplar observancia, en medio de la general decadencia que en el S. XVIII alcanzó a otros institutos; el celo que demostró por la conversión de los infieles, enviando a ellas buen número de sus hijos, también tuvo ocasión de mostrarlo en las ciudades pobladas de cristianos. Los que en ellas quedaban no querían ser inferiores a quienes volaban a lejanas tierras, ganosos de conquistar almas para Cristo y he ahí porqué, en sus ministerios y, especialmente, en el de la predicación no olvidaron, fácilmente, que ante todo se ha de buscar en ella el bien de los demás. Nada más opuesto al vicio reinante, nacido, en buena parte, de un inmoderado deseo de lucimiento, del morboso afán de conquistarse el aplauso y ganar plaza de sutil ingenio. Pedantismo y gerundianismo son y fueron sinónimos.

A ello vino a añadirse el ejemplo de dos insignes oradores, no exentos, sin duda, de los defectos que muchos tenían entonces por virtudes, pero de los cuales no hicieron gala, antes bien, de un modo casi espontáneo trataron de sustraerse a ellos. Esta circunstancia nos obliga a considerarlos más bien como fruto de la influencia del ambiente que como producto de la reflexión y la advertencia. Tales fueron los PP. Antonio Vieyra y Poble Segneri. Arbos llamaron la atención de sus contemporáneos, sobre todo el primero, tenido con razón por uno de los más eminentes oradores cristianos y ambos a su vez se distinguieron por su celo apostólico, haciendo uso de la palabra como de un arma de dos filos para combatir el vicio, extirpar los pecados y anunciar al pueblo lo errado de sus caminos. Vieyra, más próximo a nosotros, no sólo por su larga permanencia en el Brasil sino además por haber predicado en nuestra lengua, sirvió de pauta a muchos predicadores y halló entre nosotros, como luego veremos, aprovechados

(10) Bernard Gaudeau S. J. *Les Precheurs Burlesques en Espagne au XVIII Siécle*. París, 1891. Luis Coloma S. J. *El P. Francisco de Isla. Discurso de recepción en la Academia Española*. (6 de Dic. 1908).

discípulos. Entre ellos descuella el P. José de Aguilar, de quien dijo Peralta:

Una Aguila es sagrada aun en el nombre,
a quien gémina cátedra ser puede
gémina cumbre en que su pluma asombre.

El y otros jesuitas a fines del S. XVII, reaccionan contra la común tendencia y preparan la definitiva derrota del culteranismo, atribuída, demasiado exclusivamente, al P. Juan Bautista Sánchez, en su excelente sermón de la nueva dedicación de la Iglesia de San Lázaro, predicado en 1758. ¹¹ Junto a él es preciso colocar a los PP. Tomás de Torrejón, Diego José Merlo, Baltasar de Moncada y Ramón del Arco, quienes en el Perú llevaron a cabo la misma labor que realizaron en México los PP. José Julián Parreño y Francisco Javier Alegre. ¹² Alguna parte le ca-

(11) V. el estudio que dedicamos al P. Sánchez en nuestra obra: *Jesuitas Peruanos desterrados a Italia*. Lima, 1934. p. 104 y s.

(12) En la Biblioteca Pública de San Francisco (Calif.) y entre los Mss. de la Colección Sutro. dimos con el siguiente, estrechamente relacionado con el tema que nos ocupa: "Discurso Histórico Crítico sobre la Oratoria Española y Americana. Parte Primera. Trátase de la Elocuencia española y Art. 1º. Escasez de buenos Oradores en todas Naciones y Siglos. . . Parte Segunda. Oratoria Americana. Art. 1º. Punto a que llegó la corrupción del Púlpito en ambas Américas. Trátase de Fr. Bartolomé de Villanueva, Jefe de sus Gerundios y de otros Oradores posteriores muy recogidos. . .". El autor de la obra debía ser español, pero parece haber vivido en México. En 1779 la Academia de la Lengua convocó a un concurso, señalando premios al mejor trabajo que se presentase sobre la Elocuencia y obtuvo el anónimo autor del segundo, habiéndole alcanzado la noticia en Puerto Rico. (V Gaceta de Madrid, 9 Julio 1779). Fuera del citado Fr. Bartolomé, español y franciscano de la Provincia de Caracas, que en Sevilla imprimió dos tomos de Sermones, (1753), señala el Anónimo como cabecilla de los gerundianos en México a otro religioso de la misma Orden, Fr. Martín Moreno, cordobés, que en 1735 publicó una obra titulada: "Construcción Predicable y Predicación construída". Agrega, en cambio, en el art. 2º, que la bandera de la reforma en aquel país la levantó otro franciscano, natural de la Habana, Fr. José Manuel Rodríguez, fallecido en 1784, a quien secundaron algunos jesuitas. Confiesa no estar tan bien informado sobre el Perú, pero cita a Espinosa Medrano, "cuyos sermones, dice, subidos de estilo se pasean por esas nubes, motivando desvelos, acreditando empeños, acrisolando finezas, brillando auroras, derritiendo cristales, desmayando jazmines, bostezando primaveras y otras mil indignidades de estas que recogió el P. Vieyra, en la censura de su Sermón de Sexagésima y lo más vergonzoso y escandaloso es que acinados estos disparates, se dieron a luz en Madrid, en un tomo de a folio, con este arrogante título: *La Novena Maravilla. . .*".

be también, en este retorno al buen sentido, a D. Juan José de Zeballos, Conde de las Torres, cuyo *Diálogo Crítico*, publicado bajo el anónimo en 1762, levantó gran polvareda y, mandado recoger, hubo de hacer su autor segunda edición en Madrid, en 1764. Habíalo motivado la oración gratulatoria que, según costumbre, pronunciara en San Marcos el Dr. Miguel de Valdivieso y Torrejón, en el recibimiento del Virrey Amat. "Fue celebrada, dice el Conde, en toda la ciudad con aclamación de discreta, erudita y autorizada... y habiendo advertido en ella notables defectos de Retórica, de impropiedad de voces y sustanciales equivocaciones de la Historia, con otros errores no menos considerables, no pude dejar de admirarme y compadecerme de la facilidad del vulgo en el desmedido elogio y exagerado encarecimiento con que celebró la laudatoria".¹³ Tomó, pues, la pluma y entre festivo y serio, fue señalando con prolijidad los defectos del Exordio, deduciendo que venía bien a cualquiera Oración y "que igualmente le hubiera servido, si hubiera tomado por asunto hacer a S. E. hijo de Júpiter o bajado de la Luna, con sólo mudarle tres renglones del fin", es decir que al exordio no había por donde cojerle. Muchos de nuestros eruditos de entonces debieron quedar absortos al leer esta justa crítica y repetirían para sí lo que pone el autor en boca de uno de los interlocutores del Diálogo: "Yo había creído que ni ese Cicerón de que tanto hablan los Doctos había escrito cosa semejante: y lo más es que la mayor parte de esos mismos Doctos creen lo mismo".

El magnate limeño había puesto el dedo en la llaga y aun cuando su crítica peca algo de gramatical, no hay duda que los efectos debieron ser saludables. En esas palabras finales descúbrese una de las causas de la extensión del mal y de su arraigo en nuestras letras. Conviene anotar, como lo han hecho cuantos han estudiado a fondo

Reconoce más adelante que en su época se ha advertido una saludable reacción y añade que los PP. Aguilar y Elso, de la Compañía y Fr. Juan de Gacitúa, de la Orden de Sto. Domingo, si bien "salpicaron con todo linaje de gerundiadas varios rasgos de su elocuencia, no pueden llamarse gerundios locos...".

(13) *Diálogo Crítico sobre la Oración Panegyrica que dixo el D. D. Miguel de Valdivieso y Torrejón... su autor el Sr. D. Juan Joseph de Zeballos, Conde de las Torres... Segunda Impresión... En Madrid... Año de 1764. La primera es de Lima, 1762 y lleva por título: "Diálogo entre un Bedel de la Universidad de Lima y el R. P. Fray N. Lect. de Artes en su Conv. de... sobre la Oración Panegyrica... Con licencia, en la Villa de Hambato".*

el barroquismo literario. Si los predicadores adoptaron este género de estilo, no lo hicieron sino para acomodarse al gusto predominante en el auditorio. Ellos debieron decirse lo que antes había dicho Guillén de Castro en *El Curioso Impertinente*, aludiendo a las comedias y repitiera luego Lope, en su *Arte Nuevo*, en la consabida estrofa:

Y escribo por el Arte que inventaron
los que el vulgar aplauso pretendieron
porque como las paga el vulgo, es justo
hablarle en necio para darle gusto. ¹⁴

“Si Fray Hortensio Félix Paravicino, (el Príncipe de los Predicadores culteranos), dice Salcedo Ruiz, hubiese predicado con la magnífica, pero clara y sencilla elocuencia de Fr. Luis de Granada, es posible que algunas personas de gusto selecto, de las pocas que lo tienen acendrado y capaz de resistir al influjo exterior, lo hubiesen admirado y aplaudido, pero es seguro que la multitud no se hubiese agolpado en torno de su púlpito. Y es que la multitud, no la plebe, sino la gente más ilustrada de Madrid, embelesábase con los sermones de Fr. Hortensio, porque tenía el mismo lenguaje que aplaudía en las comedias de Calderón, en los libros de Ledesma y de Quevedo y en las poesías de la manera oscura de Góngora”. ¹⁵ La corrupción general del púlpito no puede explicarse de otra manera y a quien conozca la literatura en uso, no puede extrañarle que en la Lima del S. XVIII y fines del XVII, se predicara en los templos de modo muy semejante a como se disertaba en San Marcos, se dialogaba en el Corral de las Comedias y se discutía en la Academia del Marqués de Castell dos Rius. No es concebible que hombres de ingenio, como Espinosa Medrano, Fr. Pedro Rodríguez Guillén o Fr. Fernando de Herrera, dijeran los disparates que dijeron, si se hace caso omiso del estado del ambiente

(14) He aquí lo que decía el citado Guillén de Castro:

Y es su fin el procurar
que las oiga un pueblo entero,
dando al sabio y al grosero
que reir y que gustar.
¿Parécete discreción
el buscar y el prevenir
más arte que el conseguir
el fin para que ellas son?

(15) Angel Salcedo Ruiz. La Literatura Española. Tom. III.
p. 96.

y de las aficiones del vulgo. Es regla fundamental de la elocuencia que el orador se ha de acomodar a su auditorio y le ha de hablar a su manera para que le entienda, los gerundianos no se apartaron de ella y le dieron en la vena del gusto, perdiéndose en sutilezas y acrobacias de pensamiento o envolviendo la idea en una maraña de frases y de voces raras, cadenciosas y altisonantes. El remedio no podía ser otro sino romper con la costumbre y prescindir, aún a costa de no ser escuchado o ver enrarecidos los concursos, de la afición predominante. Pero ello ofrecía sus dificultades y por eso el mal no se cortó de improviso. Aun razones de celo bien fundadas parecían oponerse al cambio. Escuchad, por ejemplo, lo que decía el P. Martín de Jáuregui, en la Catedral de Lima, en la Cuaresma de 1674.

“Hasta aquí han usado los Predicadores de estas ferias historiar el Evangelio; estilo a que doy la veneración debida, pues lo han puesto de dosel y sitio los Príncipes más célebres a la Predicación. Pero, no bastarle tan coronado apoyo para que les siga, es achaque de los tiempos. Los usos han extendido tan sin márgenes su esfera que aun esta Cátedra, que había de ser Olimpo, inalterable a los vientos, padece sus veces, pues cada día hay en el predicar nuevos usos. Bien se ve, pues antiguamente eran los conceptos brocados de mucho cuerpo, de más espíritu y ya, por lo delgados, son telillas con que no se abriga el calor del espíritu antes se orea; el consuelo que hay es que, como telillas, serán de poca dura. Antiguamente se predicaba con solidez, a lo cristiano viejo. ¿Qué decís? Ya no se ha de predicar a lo viejo sino a lo político, con mucha costa de cortesánías, como si el púlpito no fuera para aldeanos también. Antiguamente se predicaba la palabra de Dios, ya lo más que se predica son palabras. Antiguamente buscaban los Predicadores la sustancia, ya se juzgan tan sujetos, que sujetan los accidentes. Antiguamente, iban a la inteligencia de los lugares, ya se van a la hermosura de las voces, juzgando que aunque están demás en los conceptos, no son lo menos, pues honra lo que arrastra. Desta suerte se han ido variando los usos y temo que se introduzca también la chamberga en los sermones. Hoy, pues, corre el uso de respetar por muy entendido al auditorio y así se insinúa solamente la Historia del Evangelio, ciñéndose en sus cláusulas el Predicador cuanto lo sufre la misma inteligencia. De este desconcierto grande que nos arrebató a todos los Predicadores, tienen la culpa los oyentes, porque antiguamente no era agravio explicarles el fondo de la Escritura, en que cada palabra es diamante que tiene muchos; ya es este empeño desatención, porque presumen que nada se les va por alto y que, al vuelo, apuntan adonde ha de herir la destreza del Predicador.

Antiguamente gustaban de oír las Historias Sagradas, ya tienen tan estragado el gusto que les causan fastidio. Voime, pues, con ellos, que he oído decir que vestir al uso, aunque sea a lo pobre, es lucimiento..." 15 bis.

Larga ha sido la cita, pero no fuera de propósito. Por ella también se habrá podido apreciar el estilo, límpido y sobrio, de uno de los buenos predicadores que tuvo la Compañía en el último tercio del siglo XVII.

Supuesta la división, arriba expuesta, de tres períodos en la predicación, a partir del S. XVI hasta fines del XVIII, recorramos siquiera sea brevemente, los nombres de los que más se distinguieron en cada uno de ellos. Hemos citado a los más antiguos, tócales ahora el turno a los del S. XVII. Sea el primero el franciscano Pedro Florez, de quien solo se conserva un sermón impreso, el predicado en el Auto General de Fe, del 13 de Marzo de 1605. ¹⁶ Mayor crédito alcanzaron los agustinos Fr. Diego de Castro y Fr. Pedro Ramírez, catedrático el primero de Escritura en San Marcos y autor, entre otros, de la Oración Fúnebre del Obispo de Quito, D. Fr. Luis López, mandada imprimir por la Real Audiencia, a causa de su mérito. El segundo lució también sus cualidades oratorias en otro sermón fúnebre, con motivo de las exequias de la Reina Da. Margarita de Austria y del cual dice el editor que "persuadió, movió y deleitó". ¹⁷ Merecida fama alcanzó también por aquel tiempo el P. Nicolás Duran Mastrilli, Provincial dos veces de los Jesuitas del Perú y oriundo de una noble familia napolitana. Cítase su Sermón en las fiestas que celebrara la Ilustre Congregación de la O a la Concepción de Nuestra Señora y describió largamente Antonio de León Pinelo, pero si hemos de decir la verdad, no basta a cimentarla este ejemplar. El P. Mastrilli nos resulta frío y un tanto rebuscado en el cotejo que hace entre María Inmaculada y algunos símbolos por él excogitados. ¹⁸ Vale más, a nuestro juicio, su Panegírico de S.

(15) bis. Tesoro Peruano de un Mineral Rico... en diez y ocho Sermones... Zaragoza, 1677. p. 219.

(16) Sermón que el Muy R. P. Fr. Pedro Gutiérrez Flórez... predicó en el Auto General de la Santa Inquisición... a 13 de Marzo de 1605. Lima, 1605.

(17) Sermón que el P. M. Fr. Pedro Ramírez... predicó en la muerte de la Srma. Reina N. S. D. Margarita de Austria... Lima, 1613.

(18) Relación de las Fiestas que a la Inmaculada Concepción de la Virgen N. S. se hicieron en la Real Ciudad de Lima... f. 71 Sermón que predicó el P. Nicolás Durán Mastrillo en la fiesta que hizo la Congregación de la Expectación del Parto... Lima, 1618.

Pedro Nolasco, impreso en Lima, en 1632 y comparable al predicado en la misma ocasión por el célebre agustino Fr. Juan de Ribera, Provincial de su Orden en el Perú y catedrático de Escritura en nuestra vieja Universidad, del cual decía un historiador de su mismo hábito, que cuantos venían de España le atendían en la cátedra, le admiraban en el púlpito y daban de barato las penalidades del viaje por la satisfacción del conocimiento de tan consumado sujeto. ¹⁹

Brillaron a la par de estos religiosos, algunos miembros del clero secular, entre los cuales no puede omitirse a D. Andrés García de Zurita, D. Francisco de Avila, insigne debelador de idolatrías y conocedor como pocos de la lengua quechua, aun cuando no era indígena como algunos suponen y Frey Fulgencio Maldonado, chantre de Arequipa, de quien decía el Marqués de Mancera, escribiendo al Rey, en 1640, que tenía noticia de sus muchas letras y opinión en la predicación. ²⁰ Capellán de S. M. y su predicador en Nápoles y Madrid, se granjeó el aplauso de sus contemporáneos, compartiendo con Villarroel, criollo como él, la gloria de ser escuchado en los mejores púlpitos de la Corte.

Siguiéronse otros, no menos dignos de estima, como los dos Zárate, especialmente Fr. Gabriel, de quien se imprimió un sermón en la Fundación de la Iglesia y Monasterio de Santa Catalina de esta ciudad, del cual extractamos este párrafo, como muestra de su estilo y de la liber-

(19) El Sermón del P. Mastrilli se imprimió en 1632, en Lima, por Jerónimo de Contreras y el del P. Ribera, en 1633 por Francisco Gómez Pastrana. Medina, equivocadamente, dice que lo fué en 1632, pero se valió de un ejemplar trunco.

(20) De D. Andrés García de Zurita decía Alesio:

Si Anales de narración
debe a un Zurita Aragón
a un Zurita también, Lima
en Cátedra debe estima
y en púlpito admiración.

De Maldonado poseemos varios sermones. El predicado en la Octava de las Fiestas con que se celebró en Madrid la Canonización de 23 Mártires del Japón, en presencia de Felipe IV, el año 1627, impreso en la misma ciudad y otros tres, de San Genaro, Patrón de la ciudad de Arequipa, (Lima, 1655), del Mandato, en la Catedral de dicha ciudad (Lima, 1656) y de S. Juan Bautista, (Lima, 1658). Del Dr. Avila se conoce la Oración Latina que dijo en la Catedral de Lima, en el recibimiento de D. Bartolomé Lobo Guerrero y su "Tratado de los Evangelios..." publicado después de su muerte, en 1648 y en el cual ofrece a los párrocos de indios, en castellano y quechua, un sermón para cada una de las Dominicas del año.

tad con que, aún en las mayores solemnidades, se reprendían los excesos. Viene hablando de la reverencia que se debe a los templos y trae a cuento unas palabras de la Escritura, en las cuales el Profeta Oseas condena en nombre de Dios a los Israelitas. ¿Por qué? se pregunta el orador y responde:

“Eran Masphat, y Tabor dos montes consagrados a Dios, por las maravillas grandes que en ellos avía obrado; dice, pues, Dios: Traydores, daos por condenados... Pues ¿por qué? Porque poneis lazos en Masphat, y extendéis vuestras redes en el Tabor, ¿no os bastan tantos montes y prados como allá tenéis para vuestras profanidades, ofreciendo en ellos cada día sacrificios a vuestros Idolillos, sino que os hayáis venido descaradamente a profanar mis montes y los Santuarios que yo tengo dedicados y consagrados a mi servicio? Que pongáis lazos a la otra en el corral de las comedias, entre musiquillas de truhanes y bailes lascivos de livianas; y vos, tendáis redes para engañar al pobrecillo, y cogerle la hacienda en las lonjas y mercados, y entre las trampas y marañas de esas cuatro calles; y que vos, hagáis señas a la otra que haze ventana, y espera en el balcón, aunque es grande mal, pase: pero ¿en el lugar santo lazos? ¿aquí redes? ¿aquí conciertos? ¿aquí señas? aquí parlerías? ¿aquí detracciones, y murmuraciones? ¿eso ha de sufrir Dios a sus barbas? ¡Oh cómo pondera esto el santo Rey David!... ¡Que de maldades han maquinado vuestros enemigos en el lugar santo!... Aquí son los conciertos, que no pudieron platicarse allá en sus casas, aquí las señas, aquí las vistas lascivas, aquí las risas descompuestas, y lo que más siento es que, *Gloriati sunt qui oderunt te in medio solemnitatis tuae*. Que en las mayores fiestas, en las más devotas solemnidades hacen palacio de los templos, y casa de entretenimiento del Santuario de Dios.

Sermón en la Dedicación... de la Iglesia y Monasterio de Sta. Catalina. Lima, 1624.

Hermano suyo en religión y no menos notable fue el ya citado Fr. Luis de Bilbao, “uno de los mayores hombres que en su tiempo gozó la Provincia del Perú”, dice Meléndez, pero del cual no conocemos sino un sermón impreso que, ciertamente, lo recomienda por la gravedad con que trata el asunto, la llaneza y corrección del estilo y el celo que lo anima. Más abundante es la producción del franciscano Fr. Alonso de Herrera, autor de obras que gozaron de universal estima, como el “*Espejo de la Perfecta Casada*”, impreso por vez primera en Lima, en 1627 y re-

producido hasta dos veces en España y en la cual su autor quiso, a imitación de Fr. Luis de León, pero por más trillada senda, dar a las mujeres un cabal dechado de lo que han de ser en el matrimonio; las "*Consideraciones de las amenazas del juicio*" (Sevilla, 1617), los "*Discursos Predicables de las Excelencias del Nombre de Jesús*" (Sevilla, 161) y las "*Questiones Evangélicas del Adviento y Santos*" (Lima, 1641), algo semejante a la que al mismo intento escribió el doctísimo Fr. Gaspar de Villarroel. Sin duda que el célebre agustino le hace ventaja, tanto por la originalidad como por la viveza y frescura de su prosa, pero no se ha de despreciar este y los demás libros de Herrera, en los cuales se hallará doctrina sólida y una interpretación literal de la Escritura muy recomendable.

Hemos citado a Villarroel y debiéramos detenernos a examinar despacio a este gran maestro, si no le hubiéramos dedicado ya un extenso estudio, pero no es dable omitir su nombre en el presente, pues en la historia de nuestra elocuencia sagrada a este insigne varón le corresponde uno de los primeros puestos. Granjeóse fama de predicador un hermano suyo de hábito, Fr. Francisco de Loyola Vergara, Provincial un tiempo y al cual le correspondió hacer el elogio fúnebre del autor de "*Los Dos Cuchillos*". El ya citado P. Maldonado en la "*Breve Suma de la Provincia del Perú*", (p. 2) dice de él: "Entre los oradores de aquel Reino tiene lugar muy eminente, así en la común aclamación con que es oído como en los naturales grandes que le adornan para hacerle maestro de estas letras". Otras relaciones abonan la verdad del elogio y, en parte, lo confirman los tres o cuatro sermones impresos que de él conocemos y decimos, en parte, porque no todo cuanto hay en ellos es oro de buena ley. El ilustre iqueño se deja a veces arrastrar por la corriente del mal gusto y peca de largo y farragoso. ²¹ Su oración fúnebre del Arzobispo Villarroel adolece de estos defectos, pero, en cambio, es una de las mejores biografías de Fr. Gaspar y la más digna de fé por el trato que ligó a entrambos. Tanto o más fama que el anterior obtuvo en el primer tercio del S. XVII otro agustino, el P. Fr. Bartolomé Vadillo, comúnmente apellidado "*Pico de oro*", y más conocido por haber sido el fundador del Hospital de Negros que todavía lleva su nombre. Cuatro o

(21) Oración Fúnebre Panegírica en la solemnísima acción de exequias del Illmo. Rvmo. Sr. D. D. Fr. Gaspar de Villarroel... Lima, 1666.

cinco sermones nos han quedado de su pluma y de ellos, con escasa diferencia, podríamos decir lo que del antecedente, si bien es verdad que en este advertimos mayor fervor de espíritu.

Entre los eclesiásticos del clero secular los hubo también dignos de mención, descollando, entre otros, los Doctores Francisco de Palma Fajardo, Bartolomé de Benavides, Juan Santoyo de Palma, Pedro de Reina Maldonado, Obispo de Santiago de Cuba, D. Nicolás Antonio Díaz de San Miguel y D. Juan Caballero de Cabrera, de todos los cuales se conserva algo impreso y del último un volumen de sermones, (Madrid, 1649).

Ya a fines del siglo vemos aparecer al Canónigo Magistral de la Plata D. José Carrasco de Saavedra, autor de un tomo de Sermones, impreso en Madrid, en 1680 y otro de Discursos Morales (Ibid. 1696), a quien el P. Buendía, en la aprobación de su panegírico de S. Francisco de Paula, impreso en Lima, en 1688, no duda llamar: "*Rey de Predicadores*". Inferior en mérito es D. Francisco Vargas Machuca, Catedrático de Métoño de Galeno, en San Marcos, lo cual no fué obstáculo para que luciese su facundia en los púlpitos y del cual conocemos impresos dos Panegíricos, el uno de Santa Rosa, (Lima, 1691) y otro de S. Bartolomé, (Lima, 1694).

Pero es preciso limitarse y pasaré, por tanto, a ocuparme de tres insignes oradores de la Compañía de Jesús que brillaron a fines del S. XVII y comienzos del XVIII. Todos tres ostentan una cualidad y es la de haberse sobrepuesto a la influencia del culteranismo reinante, del cual sólo ligeramente los vemos afectados. Sin duda pudiera citar a otros muchos, pues los hubo y excelentes, empezando por el célebre P. Jerónimo de Montesinos que no tuvo segundo en su tiempo y del cual, a falta de sus sermones perdidos irremediablemente, nos queda el retrato del perfecto orador sagrado que dibujó el P. Arriaga en su *Retórica Cristiana*, pues confiesa se propuso por modelo al dicho Padre. Tras él habría que citar a los PP. Gregorio López de Aguilar, Martín de Losada y al fecundo P. Francisco López, confesor del Duque de la Palata, aun cuando este no nos pertenece enteramente, pues su venida al Perú fué sólo circunstancial; al P. Alonso de Cereceda, panegirista de la Venerable Ana de los Angeles Montegudo y a los PP. Martín de Jáuregui, Antonio de Céspedes, Francisco Javier Salduendo, José de

Buendía, Jerónimo de Elso y Pedro Quirós, bastantemente conocidos por sus obras impresas.

De los tres que me propongo estudiar con más detención, es el primero el P. Tomás de Torrejón. Su padre, D. Tomás de Torrejón y Velasco, sirvió, primero, de paje y acompañó luego al Perú, en calidad de gentilhombre, al Conde de Lemos, el cual lo nombró Capitán de la Sala de Armas y más tarde Corregidor de Chachapoyas. En Lima o en esta ciudad debió nacer su hijo Tomás, quien, de muy tierna edad, ingresó al Noviciado de la Compañía. Hizo con lucimiento los estudios y, ordenado de sacerdote, le dedicaron a la enseñanza, la cual, hasta su muerte, ocurrida en 1733, alternó con la predicación. Su hermano Juan José, Cura de Huaura, imprimió en Madrid, en tres volúmenes la mayor parte de sus sermones, valiéndose de los manuscritos que dejara el P. Tomás, algunos de ellos sin corregir (22). Muy celebrado fué en su tiempo y, a decir verdad, había motivo para ello. Tanto en los sermones morales como en los panegíricos demuestra conocimiento del asunto y sólida erudición y en todos ellos se advierte esa animación y ardoroso entusiasmo que son el nervio de la verdadera elocuencia. Su estilo, es, sin duda, florido pero no con exceso y hasta convertirse en afectado; usa de imágenes y de símiles, tomados a veces de la Historia Profana, en especial de la antigüedad clásica, costumbre casi universal entonces, pero no incurre en las incongruencias y absurdos paralelismos de los culteranos, que en una misma oración y en un mismo párrafo citaban a Cristo y a Júpiter.

Si alguna vez no anduvo tan acertado, cúlpese a la época, pues como dijo él mismo hermosamente en un sermón: "Es cierto que el Predicador no debe intentar el deleite sino el provecho, mas también es cierto que la Naturaleza, maestra de todas las Artes, intentando el provecho en el alimento de los hombres no le dió sin el deleite y es que nunca aprovecha una desazón; ni pierde el estilo, por florido o conceptuoso, el valor y nervio para mover como tampoco deja de herir la flecha por dorada" (23). Tuvo a su cargo en los años 1710 y 1723, en la Iglesia de S. Pablo de Lima, las llamadas Lecciones Sacras, serie de sermones en los cuales se comentaba no ya un texto

(22) Los publicó en Madrid, en 1737, en tres vols., su hermano D. José Torrejón y Velasco. El primero comprende los Morales y el segundo y tercero los Panegíricos y de circunstancias.

(23) Sermones, Tom. I. p. 231.

o pasaje de la Escritura sino todo un libro o gran parte de él y el P. Torrejón escogió por asunto la Historia de Ezequias Rey de Judá y luego la del Profeta Eliseo, según se contiene en el I y II Libro de los Reyes. A la explicación del pasaje hecha con claridad y buen sentido se siguen las aplicaciones morales, donde el Predicador luce tanto el celo que lo anima como los primores del estilo. Véase, por ejemplo, cómo describe lo efímero de la dicha humana: "Es esquiva como hermosa y no quiere ajar en la humanidad del mucho trato su belleza. Calidad es de las flores el ser efímeras: el día en que nacen es el día en que mueren: la Aurora las mece, la noche las sepulta. Parecen, pues, las dichas del linaje de las flores, pues, como dijo el otro, un mismo día se muestra con los hombres, ya madre piadosa en las felicidades ya cruel madrastra en las desdichas. Habréis visto, en pardo día, cerrarse con terquedad el cielo y, negada la vista del sol, marchitarse las flores, enmudecer las aves y entristecerse los hombres, cuando de improviso se rasga un girón de nube, balcón del Sol por donde asoma sus rayos, llenando de claridad el aire y la tierra de alegría? Mas ¿cuánto dura este gozo? El viento se le lleva, cerrando otra vez la nube y retirando el sol. Así son momentáneas las dichas y así andan en el mundo barajadas con las desgracias, verdad que autorizó la ficción en aquellas dos urnas de Júpiter, una llena de bienes y otra de males, vaciándolas a un tiempo hacia la tierra; pero siempre los males son más y más constantes que los bienes, porque las dichas ordinariamente vienen solas, pero las desdichas como villanas, acometen en gavilla: a muchas infelicidades apenas sigue una dicha, cuando a una dicha la desabren muchas infelicidades". (24).

Como este trozo hay muchos en toda su obra: podríamos multiplicar las citas, pero me contentaré con citar una, tomada del sermón que pronunció el primer Domingo de Cuaresma de 1704, en el Callao. Hace en este sermón un tan acabado análisis de los bienes aparentes del mundo, en particular de las riquezas, que bien pudiera figurar entre

(24) Ibid. Tom. I. p. 325. Uno de los mejores Sermones del Tom. II es el dedicado a Santa Rosa, en el cual, aludiendo a su nombre, dice que él es un símbolo de su santidad, la cual podría reducirse a estas dos palabras: amor y sacrificio. Es digno de leerse y, para muestra, copiamos aquí algunos párrafos.

las páginas escogidas de nuestras antologías (25). Helo aquí:

Parecen a los hombres las riquezas todo el sosiego del corazón y son su mayor inquietud. Qué pacífico viviera yo, si fuera rico, dice el pobre; pues no viviera sino muy inquieto. Reparó Aristóteles que una misma voz significa las riquezas y los escuadrones del ejército: misterio que nos declara o que ellas son la causa de todas las guerras o que son una guerra interior del alma, que le quita la paz del corazón, batallando con encontrados afectos.

Diéronle al rico del Evangelio sus campos mayor cosecha que nunca y ¿qué le causaría esta abundancia? Una continua inquietud. ¿Qué haré? decía; ¿qué haré, que no tengo donde recoger mi sementera? ¿Eso te aflige, hombre? ¿Pues no se puede ensanchar la troje o arrendar otra? Fácil es el remedio. ¿Sí? Fácil es, pero no le pudo sosegar el corazón: que al rico cualquier cosa le inquieta; la misma abundancia le angustia, dice S. Ambrosio, la misma opulencia le aflige. Es el corazón del rico como el mar que cualquier viento le altera, como el espejo que cualquier soplo le empaña; como la balanza que al menor peso la inclina y, al fin, como la flor que la marchita la misma mano que la halaga. Lisonjea al poderoso en fortuna y ella misma le desabre el corazón. ¿Qué cuidados los de un rico! ¿Cómo defenderé el tesoro de ladrones? ¿Cómo le adelantaré sin riesgos? Si le embarco, puede naufragar; si le retengo, se disminuye; si le fío, me amenaza una quiebra. ¿Qué haré? ¿Y esto es ser las riquezas la paz del corazón? Esto es ser su mayor inquietud.

Parecen las riquezas riqueza y no son sino pobreza. Difícil juzgaréis la prueba; pues, oidme. Hay unos hombres cuyas riquezas son como las que hoy le mostró el demonio a Cristo; un poco de aire solamente, una voz, una fama de que son ricos, pero, llegado a coger el pulso al caudal se desvanece; no hay nada: éstos tales ya se ve que no son ricos sino pobres y aún más que pobres, pues en el sustentar la fama de ricos tienen una necesidad más que cualquier pobre. Y así estos queden aparte.

Hay otros que tienen caudal pero no se sirven de el; comen y viven como pobres: pedirles un real es darles una mortal pesadumbre: dar limosna no se nombre y, al fin, es lo mismo que si tuvieran piedras. Estos también son pobres y sobre pobres, miserables: tienen la pena de

Tántalo: fruta y agua a los labios pero sin gustarla. Rico es, decía Lactancio, el que usa de sus riquezas no el que las tiene. Y es la razón, porque pobre es el que no tiene, el que necesita; el que tiene caudal, pero no se sirve de el, es como si no lo tuviera y sufre necesidades por no gastarlo: luego en realidad es pobre con apariencias de rico. Estos hombres son antípodas de los pobres, a quienes llama ricos S. Pablo, porque aunque no tienen nada, lo poseen todo, porque todo les sobra... Quede, pues, asentado que estos también son pobres.

Hay otros que tienen riquezas y saben usar de ellas; pues aún estos son pobres. Atendedme. No hay rico que no desee más. Buena prueba de esto es ver a unos hombres llenos de plata y no menos de años, sin hijos ni parientes, surcando mares, por solo diez años de vida que les faltarán, con tanta ansia como si empezaran a vivir...

Ahora pues, si el rico está siempre deseando, síguese que sea pobre. Díjolo Séneca pero mejor la Escritura. El hijo sabio, dice Salomón es como el rico porque nada tiene y como el pobre porque goza de muchas riquezas. Parece enigma la sentencia. ¿Cómo puede ser pobre el que goza de riquezas?. Que el que no las tiene sea pobre, bien, más que lo sea el que las tiene, no lo entiendo Dénos luz el Cardenal Hugo. No sabéis, dice, que hay hombres que por mucho que tengan desean más, pues esos son los ricos pobres, ricos en la apariencia y pobres en la realidad; porque tener y desear eso es ser pobre... De manera, señores, que las riquezas del mundo, aunque no lo parecen, no son sino pobreza.

Sermones Morales. Tom. I Serm. XIII

Prematuramente le arrebató la vida, cuando se disponía a predicar en el solemnísimos octavario dispuesto en celebración de la Canonización de S. Francisco Solano y descrito con ampuloso y crespó estilo por Fr. Pedro Rodríguez Guillén.²⁶ Echóse entonces mano, como era natural, de lo mejor que en punto a oradores sacros poseía Lima y todos los panegíricos, largos con exceso, se incluyeron en la obra citada. El más excelente, sin duda, es el del P.

(26) El Sol y Año Feliz del Perú, San Francisco Solano... glorificado, adorado y festejado en su Templo y Convento Máximo de Jesús de la ciudad de los Reyes... de que hace relación... el R. P. Fr. Pedro Rodríguez Guillén... Madrid, 1735. Las fiestas se celebraron en 1733.

Torrejón, siguiéndole en mérito el del racionero de Lima D. Juan José Marín de Poveda, pero a uno y otro los sorprendió la muerte por aquellos días y al P. Tomás lo hubo de sustituir el P. Manuel Segundo, jesuita también. Los demás, hicieron derroche de mal gusto, superando a todos el mismo Rodríguez Guillén que cerró el octavario con una oración que parece increíble pudiera resistir el auditorio, pues, por lo menos, debió tardar en pronunciarla tres horas largas y toda ella sembrada de conceptos como este. Refiriéndose al orador mercedario y comparándole con un cisne, dice: "De aquella esfera de plumas quedó preso, por casualidad, en la red de este púlpito el cisne nevado en el traje y canoro en la voz, que son las más conocidas prerogativas del cisne, en pluma de Picinelo: *Candidus et canorus*. Y si el cisne entonces canta más dulce, cuando está para morir, el mercedario cisne cantó con más dulzura, por estar para ausentarse, que ya declaró el derecho por media muerte a la ausencia de la patria: *media capitis diminutio*. Cantó el cisne y como un *Bermudez* (era este el apellido del predicador) mudamente cantó, formando los compases de su armonía no en la garganta ni en los sauces sino al movimiento de las alas de su amante corazón... Cantó, vuelvo a decir el Cisne y se hizo visible su canto, al desprender de su pico aquel triunfal carro de la gloria de Solano que estribó sobre cuatro ruedas de incendios..."²⁷ Mas, para muestra, basta y sobra con lo apuntado. Bueno, sin embargo, es este libro para conocer el deplorable estado de la predicación en los comienzos del S. XVIII y sus adocenados representantes, tales como el P. Rodríguez Guillén, el dominico Fr. Francisco Espilcueta y el agustino, Espinosa de los Monteros, a quien el vulgo limeño puso el apodo de el "*El Pajarito*".

Vengamos ahora al segundo de los autores propuestos. Es este el P. Diego José Merlo, hijo de D. Luis Merlo de la Fuente, Oidor de la Audiencia de Lima y nieto de otro Luis, Decano de la de Chuquisaca. Sus dotes de talento y lo claro de su sangre parecían señalarlo para la cátedra o el púlpito en una de las principales ciudades del Virreinato, pero el P. Diego prefirió entregarse a la salvación de sus hermanos en las lejanas misiones de Mojos. Dé aquí lo sacaron casi a la fuerza los Superiores y le honraron con el delicado cargo de Prefecto de Estudios Mayores en

(27) Ob. cit. p. 377. Su nombre era Fr. Diego Manuel Bermúdez de la Torre y Olmedo y acababa de ser elegido Comendador de Trujillo, a donde había de partir poco después.

el Colegio Máximo de San Pablo. En esta ocupación y en la de dar los Ejercicios de San Ignacio repartía su tiempo, cosechando abundante fruto. El Arzobispo Escandón lo eligió por su confesor y lleno de días y de méritos falleció en San Pablo, el 4 de Setiembre de 1749, a los 80 de edad y 60 de Compañía.

No fue el púlpito el campo de sus trabajos, pero que tenía cualidades para este ministerio lo demuestra la única oración impresa que nos ha transmitido y se inserta en la "Descripción de las Exequias de Felipe V" que, por encargo del Conde de Superunda, escribió el Dr. D. Miguel Sainz de Valdivieso.²⁸ Dos cosas campean en ella: la libertad de espíritu del P. Merlo y su celo apostólico. Ninguna ocasión más propicia para deshacerse en alabanzas del Monarca y referir sus hazañas, prodigando las flores de la lisonja o del abultado encomio, como era frecuente que se hiciese, pero el P. Merlo no echó por ahí y juzgó que nada mejor podía decirse en alabanza del difunto y en provecho del auditorio, que haber dilatado Felipe V con sus virtudes la verdadera y auténtica gloria, mostrando así a sus súbditos el camino de la salvación. He ahí trazado el plan de su fúnebre panegírico. Juzguese por el trozo que se sigue la valía del orador. Viene hablando de lo singular que fue en el Rey su renuncia del Reino, cuando nada lo instaba a ello y prueba que, si volvió a aceptar la corona, no lo hizo sino constreñido por el Nuncio de Su Santidad y otras graves personas que le expusieron su obligación. Y luego dice:

Bien veo, que el que fuere de tibio o frígido corazón, no entenderá esto que digo, de las grandes repugnancias, que FELIPE tubo a reynar. Esto es lo común en los hombres, dice San Agustín: los que sólo saben la lengua de las pasiones carnales, quando se les habla de virtudes heróicas, como no se les habla en su lengua, no entienden lo que se les habla ni pueden creer sepa otro ejecutar aquello, para lo que a ellos les falta valor; queriendo regularlos a todos por sus propios afectos mal ordenados. Quien no atendiere a lo dulce y gustoso que, por lo común y ordinario, es a los hombres el reynar y solo lo consultare con su propio paladar estragado, ¿cómo ha de creer, que no hubo para FELIPE cosa más amarga que el reynar? Pero de nada dio FELIPE pruebas, ni tanfas ni tan claras como de esta su gran repugnancia. El renunció de veras a la Corona: para renunciarla, sólo tardó lo que su hijo Luis I tar-

(28) Parentación Real, Luctuosa Pompa... que al agosto nombre... del Srmo. Sr. D. Felipe V... mandó erigir el Excmo. Sr. D. Joseph Manso de Velasco... cuya relación escribe... el D. D. Miguel Sainz de Valdivieso Torrejón... Lima, 1748.

dó en cumplir la edad competente, para poderse coronar: y luego que la cumplió, sin más tardanza ni dilación se la dexó. Para obligarle a que segunda vez cogiese el Gobierno del Reyno, fue menester que todo el Reyno se armase y le pusiese asedio; sin que súplicas, ruegos ni razones fuesen poderosas para hazerle rendir la plaza: y sólo el gran temor al pecado, después de muchas días de resistencia, de angustia, y de congojas, fue quien le rindió. Después que precisado, por no ofender a Dios, volvió a coger el Gobierno ¿qué no discurrió, para salir de esos temores al pecado, y hallar así modo de soltar la Corona? ¿Qué diligencias no hizo, qué medios no puso, para apartarse del Gobierno? Hasta mandar resuelto al Presidente del Consejo, que luego al punto que viese aquel su Decreto, proclamase al Príncipe Don FERNANDO por Rey de España. Pero todas estas diligencias se las desbarataba el Consejo, sin dar para ello más razones, ni poner más remedios, que espantarlo con el pecado. Y esto ¿qué prueba? Lo que prueba es, que FELIPE sólo al pecado mortal miró con más horror, que al reynar. Pues con repugnancias tales ¿qué dulce le pudo ser el reynar, aunque a todos los demás les sea dulce y deleitable?...

Más ¿qué importa toda la heroicidad de esa renuncia, (podría decir alguno) si por fin, volvió a empuñar el Cetro? Pero, quien así piensa, no está en los hechos. Heróica fue la resolución de FELIPE, en renunciar la Corona; pero mucho más sublime la de rendirse a volver a coger las riendas del Gobierno. FELIPE, que fue el Príncipe más guerrero, y animoso de su Era, que sabia ponerse impávido al frente de sus Exércitos dando todo el pecho a balas y fuego, en llegando a puntos de su salvación y de peligros de ofender a Dios, perdía todos esos bríos; y aún el corazón, parece, que le perdía, tímido, y pavoroso al nombre sólo de ofensa de Dios. Considerad ahora, pues, a este Justísimo Príncipe tan medroso al pecado, cercado de sus Vasallos: considerad aquellas fuertes baterías, que le daban las juntas de los Theólogos y aquellos terribles asaltos de las Consultas del Consejo, probándole todas la gran necesidad que tenían sus Vasallos de su Persona y Gobierno: y probándole todos, que pecaba gravemente, si no reasumía la Corona, como propietario, por tener sus Vasallos legítimo derecho para que él, y no otro los governase, por haberlo jurado a él por su Rey y por haber sido nula la renuncia, que hizo de la Corona habiéndola hecho sin consulta ni consentimiento de sus Vasallos. Razones, porque su hijo LUIS I. en su Testamento le volvió a llamar a la Corona, declarándole por legítimo dueño de ella...

Parentación Real, Luctuosa Pompa... Lima, 1748.

El tercero y más notable es el P. José de Aguilar. Había nacido en Lima el 7 de agosto de 1652, en hogar

respetable, pues deudo suyo era D. Cristóbal Messía Garavito de León, Conde de Sierrabella. Hizo sus primeros estudios en el Real Colegio de San Martín y a los quince años de edad ingresó en la Compañía. Acreditó su ingenio como estudiante y, ya sacerdote, siguiendo la costumbre introducida en la Provincia, comenzó por enseñar Artes o sea Filosofía en Lima y luego Teología en Charcas y el Cuzco, para volver luego a su ciudad natal, creemos que en 1695, a leer idéntica materia. Sobresalió en la cátedra, en la cual puede decirse que perseveró hasta su muerte, pues no fué causa para que interrumpiera su lectura el Rectorado del Colegio de San Martín, para el que fué elegido en 1700.

El P. Aguilar descolló por su saber y su talento entre sus contemporáneos y, sin encarecimiento, puede decirse que era el hombre más notable que poseía la Provincia del Perú por aquel entonces. Sus Cursos de Artes y Teología demuestran el dominio que tuvo de ambas disciplinas y sus sermones lo acreditan de elocuente orador. Muy joven, comenzó a señalarse por su talento para la predicación, pero fué otro el rumbo que le señaló la obediencia, aún cuando es preciso confesar que, si algo ha de perdurar de su obra, son los sermones los que consolidarán su fama no los tratados filosóficos o dogmáticos que escribió. En opinión de muchos que le conocieron el P. Aguilar podía haber brillado en la misma Europa y, según parece, no fué otra la intención de los Padres reunidos en Congregación Provincial, primero en 1699 y luego en 1706, al elegirle por Procurador a Roma y Madrid.

No pudo embarcarse, por falta de armada, en 1700 pero lo hizo seis años más tarde, en compañía del P. José Pérez de Ugarte. Por desdicha, la muerte, con increíble dolor de todos, lo arrebató en Panamá, el 26 de febrero de 1708, cuando todavía se esperaba mucho de su saber, pues se hallaba en plena madurez. No hemos encontrado la Carta Edificante que solía escribirse a raíz de la muerte de los sujetos notables y es muy probable que no se escribiera, por la circunstancia de haber fallecido en el viaje. Suplió esta falta su compañero, el P. Pérez de Ugarte, en los Preliminares del Tomo V de sus Sermones.

El P. José, apenas ordenado, hace ya su aparición en los púlpitos de Lima, su patria y no en cualesquiera de ellos sino en los más altos, en la Capilla Real, en presencia del Virrey Arzobispo, D. Melchor de Liñán y Cisneros y en el templo de Santo Domingo, en una de las fiestas más concurridas. Desde entonces, sienta fama de buen

orador y aunque otras tareas absorben casi por completo su atención, las interrumpe con gran satisfacción de quienes acuden a oírle. Esos eran muchos en número y la prueba del crecido auditorio nos la dan, por una parte, uno de sus censores, el P. Juan Manuel de Zuazo, que en 1722, escribía en el Colegio Imperial de Madrid: "Oigo decir a los que lo conocieron y trataron que, en sabiéndose se en Lima que predicaba el P. Aguilar, eran mayores los auditorios que la anchurosa capacidad de los más espaciosos templos, porque a todos atraía con el sonido apacible de su sagrada elocuencia" (29). Y, por otra, el mismo Padre, aunque indirectamente. Predicaba las célebres misiones de Octubre, costumbre introducida en la Iglesia de San Pablo desde el terremoto de 1687 y, recordando que hacía 20 años lo había hecho también y que la conmoción había sido grande, dijo a su auditorio: "Entonces concurría toda la ciudad a este templo, sin que excusasen el convite a la cena ni el negociante más divertido, ni el oficial más atareado, ni el noble más presumido, ni la plebe más distraída, barajados con la obscuridad de la noche, pobres y ricos, altos y bajos, esclavos y señores, sin puntos ni etiquetas, atendiendo cada uno al plato que les cabía, llenos no solo los escaños, pero aún los suelos de todo este gran templo".

Esta nombradía la confirman los que examinaron sus sermones antes de darse a la luz pública. Entre ellos, un hombre tan grave y tan erudito como el P. José Cassani, no dudaba afirmar que toda la república literaria debía mostrar agradecimiento a quien los dió a la imprenta y, recopilando su elogio, añadía: "Tantas obras y todas tan selectas, me obligan a mí a que diga del P. Aguilar lo que Severo dijo en sus Diálogos, por encomio, a S. Gerónimo: *Todo el día, toda la noche estaba ocupado siempre, o estudiaba o escribía*; y aún siendo así, no sé cómo cupo en su vida, no muy larga, tiempo para trabajar lo que logramos nosotros leyendo. Verdaderamente este ingenio del Perú fué mina y mina de oro y de muy subidos quilates y de nunca vista abundancia y sus obras tan perfectas que no sabremos a cuál dar las mayorías" (30). Es verdad que el panegirista era de casa pero también fueron de este sentir cuantos oyeron o manejaron sus sermones, entre los cuales no es posible pasar en silencio a un varón tan preclaro como el benedictino Feijóo. Lo confirma, finalmen-

(29) Sermones. Tom. VI. Preliminares.

(30) Sermones. Tom. VI Preliminares.

te, el hecho de haberse reeditado algunos de los tomos que alcanzan al número de ocho (31); rara fecundidad, en quien no tuvo como principal ocupación el predicar.

Analizemos ahora el método que siguió en su predicación y empecemos por decir que Aguilar tomó por maestro al P. Antonio Vieira, de modo que, por las trazas del uno arribaremos al conocimiento del otro. Confiesa el P. José que, en sus principios, anduvo vacilante, sin saber por donde echar, hasta que habiendo caído en sus manos las obras del gran orador lusitano, "aseguró los pasos resolviendo atender a sus huellas" (32). Con frecuencia le da el nombre de Maestro y, predicando el año 1679, casi en sus albores de predicador, en la Fiesta de Ntra. Sra. de la O, interrumpe su discurso, o, como él dice, se permite un desahogo y teje una guirnalda en su loor, llamándolo: Fénix del ingenio, luz del púlpito, maestro de la viveza sólida, pasmo de su siglo "*tan gigante en el entendimiento que ser discípulos suyos, querer seguir sus pisadas es gloriosa vanidad de los mayores ingenios*" (33). ¿Lo fué en el P. Aguilar? Sin duda que no, pues modestamente reconoce que se halla muy distante del modelo y así advierte a sus lectores en el Prólogo de "*Las Cinco Piedras de la Honda de David*", en que le imitó más de cerca, que se atribuya a aliento el procurar imitarlo y a generosidad el emular a tan elocuente labio.

Aguilar empezó a brillar en el púlpito cuando Vieira se encontraba ya en su ocaso y así no medió entre ellos otra relación que la de idénticas tendencias literarias, a diferencia de lo ocurrido con el ya citado P. Francisco López, que mantuvo intercambio epistolar con el maestro. Este declara en una de sus cartas que siente hacia él no se qué oculta simpatía y en otra alaba su natural facilidad en tratar los asuntos. Juzgamos que no lo hizo sólo por lisonjearle, tanto porque entre religiosos no está en uso la lisonja y se trataba de cartas familiares, cuanto porque había fundamento para el aplauso. ¿Qué juicio le hubiera merecido a Vieira el P. Aguilar, superior un tanto y más al P. López? Creemos llanamente que no hubiera re-

(31) En otro lugar hemos dado la bibliografía del P. Aguilar.

(32) Las Cinco Letras del Nombre de María esculpidas en las cinco piedras de la Honda de David. Sevilla por Juan Francisco de Blas, 1701. La Dedicatoria suscrita en Lima, el 24 de Setiembre de 1696, va dirigida al P. Vieyra.

(33) Tom. I. p. 208. Edición de 1704. La primera es de Bruselas. 1684.

gateado el encomio, antes lo habría esforzado (34). Pero, sea cual fuere la opinión que él u otros pudieran formarse

(34) V. en los Sermones de este Padre (Lima, 1681) la correspondencia del P. Vieyra con el P. López. El nombre de Vieyra se halla ligado al de la célebre poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, la Décima Musa mexicana, y el de ésta al del Conde de la Granja D. Juan Antonio de Oviedo, el cantor de Sta. Rosa. Sor Juana, haciendo alarde de ingenio y de conocimientos teológicos, escribió una impugnación al célebre sermón de El Mandato que predicó Vieyra en Roma, en 1670 (V. el tom. XIX de la edición castellana de sus Obras, impreso en Madrid en 1715) y en el cual sostuvo el gran orador que la mayor fineza de Cristo para con los hombres fué el ausentarse de estos, fundándose en el conocido texto de S. Juan: *Sciens Jesus quia venit hora ejus &* (Cap. XIII.). La impugnación se publicó después de la muerte de Sor Juana y despertó la atención de los partidarios de uno y otra. Una religiosa del Convento de Sta. Mónica de Lisboa, Sor. Margarita Ignacia, salió en defensa de Vieyra y se dió a la imprenta en Madrid, en 1731, su réplica junto con el debatido sermón. El litigio perduró todavía, inclinándose unos a una parte y otros a otra, dado que ello entraba en los gustos de la época.

El Conde, a su vez, se mostró ferviente admirador de Sor Juana y le dedicó un romance que empieza así:

A Vos, mexicana musa
que en un sagrado apisco
del convento hacéis Parnaso,
del Parnaso paraíso;
por quien las nueve del coro
no sólo a diez han crecido,
mas les dáis aquel valor
que a los ceros el guarismo.

.....

(V. Fama y Obras Póstumas del Fénix de México, Dezima Musa... Madrid 1725. p. 142). Al final solicitaba, o mejor diré, mendigaba una respuesta, pues llega a decir:

Un socorro de respuesta
solo de limosna os pido,
que, para poetizar,
vuestras migajas mendigo.

A semejante petición no pudo resistir Sor Juana y, descubriendo a su anónimo admirador, le envió otro romance, tan cortesano como el primero:

Allá va, aunque no debiera,
Incógnito, señor mío,
la respuesta de portante
a los versos de camino.
No debiera, porque, cuando
se oculta el nombre, es indicio
que no avéis querido ser
hombre de nombre conmigo.

del insigne orador limeño, es cierto y allí están sus obras para acreditarlo que se le debe considerar entre los primeros.

En cuanto al método, este, por lo general, se reduce a lo siguiente. El texto para Aguilar, como para Vieira, es la clave de todo el sermón. En él se halla condensada la tesis que se intenta probar, la verdad o verdades que se han de inculcar a los oyentes y es también el que da su unidad a todo el discurso. Para despertar la atención de los oyentes comienza por insinuar o plantear las dificultades que sugiere o las nacidas del contexto y, después de soltarlas, pasa a comentarlo, desentrañando su sentido y descubriendo en él alusiones insospechadas, razones que vienen a reforzar el punto principal, ilustrándolo todo con nuevos textos o lugares de la Escritura o comentarios de los Padres de la Iglesia. A lo largo del sermón, si la materia se presta o, después del comentario de cada una de las partes en que se divide o bien, al final, se pasa a las aplicaciones morales, blanco principal de los esfuerzos del orador que, una vez convencido el oyente, trata de arrancarle una decisión. El método lleva consigo el constante uso de la Escritura y la frecuente citación de la misma,

Otra prueba de la grande estimación que se concilió Vieyra en América nos la da el hecho de haberle dedicado la Universidad de México unas conclusiones y, más todavía, haber movido la pluma del P. José de Aguilar a escribir su "Problema de Heráclito y Demócrito", a imitación del gran orador. Hallándose éste en Roma y juntamente la Reina Cristina de Suecia, deseó escucharle y, habiéndolo conseguido, quedó tan prendada de su ingenio que, para darle ocasión de lucirse, propuso a él y otros hombres de letras que la rodeaban, discuriesen sobre este punto; si el mundo es más digno de risa o de llanto o, en otros términos, si acertó mejor Demócrito que reía siempre o Heráclito que siempre lloraba. El P. Jerónimo Cataneo, entre otros, tomó la defensa de Demócrito y el P. Vieyra la de Heráclito. Parece que originalmente ambos redactaron en italiano sus discursos, pero luego fué traducido el del P. Vieyra, publicándose en Barcelona y Murcia el año 1683, y, mas tarde, en Valencia en 1700. (V. el del P. Cataneo en *Raccolta di Discorsi d' insigni Oratori di Comp. di Gesù*. Dec. I, p. 69 y s. Nápoles, 1718). En México (1685) lo sacó también a luz el P. José Errada Capetillo S. J. y en Lima, el P. Aguilar dió a la prensa, según el editor del Tom. IV de sus *Sermones*, (Madrid, 1715) D. José de Munive, pariente del Padre y su compañero de navegación, una disertación sobre el mismo tema, de la cual no se conoce ejemplar impreso o manuscrito. Dudamos que se imprimiera pero, dada la admiración que el P. Aguilar sentía por Vieyra, no es extraño que dedicase su pluma, ya sea a defenderlo ya sea a imitarlo. Es lástima que ni en manuscrito se conserve, pues sería interesante conocer este nuevo aspecto del fecundo escritor limeño.

hecho que hoy nos resulta pesado, tanto por la general ignorancia del latín como por el olvido en que se tienen los libros sagrados, pero en la época de Vieira y el P. Aguilar no sucedía lo mismo y así se entiende que diga éste, en uno de sus sermones: *sin la Escritura apenas puedo dar paso* (35).

Costumbre fué también de maestro y discípulo, relacionar sus exégesis con las circunstancias de personas, lugar y tiempo, acomodándola a las necesidades de sus oyentes y haciéndola así más interesante, más actual y eficaz. Sin duda que para conseguirlo hay que poner en juego el ingenio y hacer derroche, a veces, de penetración pero ahí de los recursos del orador. Con razón decía el P. Aguilar que tres habían de ser las dotes del buen sermón: claridad, agilidad y sutileza, "*claro para la inteligencia, sutil para el aprecio, ágil para el desembarazo. Sin claridad es tinieblas; sin sutileza descuida el auditorio; sin agilidad es peso*". Un peligro encerraba esta norma y ni Vieira ni Aguilar lo esquivaron siempre con éxito y era el alambicar demasiado, el apurar la interpretación, torciendo el genuino y obvio sentido de la palabra divina o insistiendo más en el figurado o acomodaticio que en el literal. Es este uno de los defectos que se anotan en sus sermones, pero no es tal que desfigure su arte. Resumiendo sus cualidades predominantes, creo que ellas son las siguientes: fuerza de argumentación, vigorosa dialéctica en la cual se descubre al catedrático hecho a los ejercicios escolásticos; inventiva, más que ordinaria, para dar novedad a un mismo asunto; riqueza de conceptos y un estilo noble, bastante sobrio para su tiempo y de buena cepa castellana.

En cuanto a sus defectos, fuera del apuntado, me parece en ocasiones algo frío y falto de sentimiento; no está *desprovisto por entero de él*, pero, como todo intelectual de su vuelo, *razona más que siente, convence más bien que emociona*. Además, el afán de armonizar las circunstancias con el tema lo lleva, sobre todo en los panegíricos

(35) Hoy incurren los predicadores en el vicio opuesto, porque apenas se les oye citar la escritura, si no es al comienzo del sermón y esto sólo por no apartarse de la costumbre establecida, pues con frecuencia el texto escogido no guarda relación con el fondo del discurso o de él no se vuelve a hacer mención. Echase en cara, y con razón, a los predicadores de aquellos siglos el citar a los autores paganos o aludir frecuentemente a los personajes y sucesos de la mitología clásica, pero también resulta ajeno de la oratoria sagrada el recurrir, como ahora se hace, a la sociología, psicología y otras ciencias modernas en los sermones, haciendo más hincapié en la falible autoridad humana que en la divina.

o sermones de fiesta, a sutilizar demasiado, incurriendo, a veces, en toques de mal gusto. Era el tributo que pagaba a la moda de su tiempo.

Sabía sentir, sin embargo, el P. Aguilar y lo comprueba la conmoción de los oyentes. Predicando en Lima decía a su auditorio: "Años há que me oíais. Oh y con qué benevolencia! ¡Oh y con qué saludables efectos! Hago testigo a los cielos y a la tierra de aquellas lágrimas, de aquellos suspiros, de aquellas voces, con que ahogado en este mar de amarguras el Demonio, Faraón y sus carros, salía triunfante de la culpa, en estas noches, la gracia... Mas como ha algunos (que no son pocos veinte) que mis peregrinaciones y empleos me retiraron de tan santo ejercicio, no será mucho que, gastadas con el tiempo y trabajos las fuerzas y consumido con las tibiezas de mi vida el espíritu, aunque conozcáis al que predica, desconozcáis la voz del Predicador. A lo menos el Predicador, ni por las voces, ni por el concurso os conoce... En tonces se dejaban oír al golpe del dolor las voces del sentimiento, clamando misericordia, vocería santa, música concertada para el cielo... Hoy, apagadas las voces en su propio desmayo, ni aún entre las cenizas se conserva calor para un suspiro..." (Serm. Varios Tom., VII. Serm. IX). En otra ocasión, exclamaba: "Pecadores: Penitencia. Este fué siempre el tema de la predicación de Jesucristo y este ha sido siempre el tema de mi predicación en estas noches. Y temo que este tema tiene a muchos en el Infierno, debiendo tener a todos en el cielo. Penitencia clamaba la Voz de Dios en el Jordán y ¿cuántos de sus oyentes, porque no hicieron penitencia, se condenaron en el Jordán? Penitencia clamaba Jesucristo en Jerusalén y ¿cuántos de sus oyentes, porque no hicieron penitencia, se condenaron en Jerusalén? Penitencia he predicado varias veces en Lima y ¿cuántos de mis oyentes, porque no hicieron penitencia, se habrán condenado en Lima? ¡Qué lástima! ¡Esto me rompe las telas del corazón! (Tom. VII. Serm. I). Quien así hablaba podía hacer suya la frase de S. Pablo: ¿qué aflicción padece alguno de vosotros que no la haga mía por la compasión?

Ni antes ni después que él tuvimos un orador más fecundo. No es exacto, como dice Saldamando, que dejara 15 tomos de Sermones, pero los impresos son ocho y consta que algunos quedaron manuscritos (36). Ya es bas-

(36) E. Torres Saldamando. Antiguos Jesuitas del Perú. Lima, 1882. p. 383.

tante; él no llegó a ver publicados sino los tres primeros y parece que no tenía intención de darlos a luz. Un discípulo suyo, D. Mateo Ibáñez de Segovia y Peralta, llevado del entusiasmo que despertara en él su maestro, le sacó furtivamente unos cuantos y los dió a la imprenta en Bruselas en 1684. La edición no satisfizo al autor que no pudo corregir sus manuscritos, aunque los pidió, con promesa de devolverlos corregidos y este piadoso hurto fué causa de que se moviera a publicar los demás. Tan buena acogida hallaron en el público que la Provincia del Perú, por medio de sus Procuradores, dió sucesivamente a la estampa otros cinco tomos tan aplaudidos como los demás. Los hay de todas clases: unos son panegíricos, otros morales y otros de circunstancias o de *tempore*. Entre los panegíricos sobresalen los de S. Francisco Javier, los cinco de S. Nicolás, Obispo de Mira, que pronunció en Chuquisaca y, especialmente, los quince de S. Ignacio de Loyola que ocupan todo el tomo IV. Ardua tarea para un orador el no repetirse, habiendo de tratar el mismo asunto; el P. Aguilar vence tal dificultad con sin igual destreza y nos representa, en el uno, a Ignacio anhelando la mayor gloria de Dios, en otro trazando y promoviendo la obra de los Ejercicios, en otro como hombre de gobierno y así continúa y, por si todo esto no bastase, en el tomo octavo encontramos todavía otro sermón del Santo predicado en la Universidad del Cuzco que lo tenía por Patrón, en donde nos lo presenta como ángel tutelar de estos centros de estudios.

Para nuestro gusto es en los sermones morales donde el P. Aguilar tiene singulares aciertos y se atenúan más sus defectos. Dos tomos, el V y el VII los contienen pero también se hallarán algunos en el VIII. Desde 1687 había entablado el P. Alonso Messía, en la Iglesia de San Pablo, la costumbre de dar una semana de Misiones, del 12 al 20 de Octubre y el P. Aguilar la predicó varias veces. Era grande el concurso a ellas, pero fué mayor con tal predicador. Encendida tornábase su palabra y la eficacia y vigor con que exponía las verdades eternas era tal que los más obstinados se le rendían. El argumento es conocido, pero él sabe tratarlo con originalidad; véase, por ejemplo, el realismo con que describe los males de la vida, en el Sermón Primero del tomo V (37), cuán vivamente

(37) Tom. V. p. 17.

declara la eternidad de las penas y cómo es mayor el dolor del precito que el gozo del justo y (38), por último, qué inagotable vena la que ostenta en los seis sermones que dedica a la muerte y otros tantos al juicio. Pero mejor será escucharle a él mismo en esta página valentísima, en que comenta esta frase de la Escritura: Todos morimos y nos delizamos como el agua:

¿Quién ha de morir? ¿Eso se pregunta? ¿Quién? Tú, yó, y todos porque es la ley inviolable, de que ni el mismo JesuChristo quiso ser excepción, que hayan dē morir todos los que nacieron.

Más, o menos viven; pero vivan más o vivan menos. todos mueren. Todos morimos, y nos vamos dèslizando. como el agua. Viva y hermosa metáphora de una sabia

(38) Ibid. p. 82 y s. p. 95.

“De lo dicho se infiere, que mayor dolor tienen los condenados en el Infierno por la pérdida de Dios, que gozo los Bienaventurados en el Cielo por su posesión: y si el gozo de estos solo se explica por peso eterno de gloria: ¿cuál será el dolor, la pena, y sentimiento de aquellos? La razón filosófica es: que el bien poseído es objeto del gozo, el bien perdido es objeto del dolor y el dolor mueve más eficazmente el sentido que el gozo: una misma salud, poseída, apenas causa gozo y pérdida, desbarata el sosiego. Luego, aunque sea uno mismo el bien que gozan los Bienaventurados y el bien, que pierden los precitos, mayor debe ser el dolor de estos, que el gozo de aquellos. La razón metafísica es: que, creciendo el gozo y el dolor, según el bien que se goza o se pierde, mayor bien pierden los condenados, que gozan los Bienaventurados. Dios en sí no puede ser más ni admite menos, porque es sumo en todas sus perfecciones; pero para nosotros admite más y menos, según se goza o se pierde: pues como el bien perdido, solo por perdido, es mayor que sí mismo, viene a ser, que el mismo Dios perdido es mayor bien para los condenados y así objeto de más crecido dolor y menor bien poseído para los Bienaventurados y así objeto de menos gozo.

Mas Dios poseído admite más y menos; porque aunque todos los Bienaventurados vén a Dios, en que consiste la gloria esencial: según sus méritos, vén más precontinencias o menos, con más, o menos claridad, e intensión, de que resulta el más o menos gozo; pero Dios perdido y perdido para siempre, no admite más ni menos, porque consiste en indivisible su pérdida. Quién perdió a Dios para siempre, perdió lo menos y lo más; de suerte, que no solo perdió la que tuviera si se hubiera salvado y la que tienen los que se salvaron, sino la que pudiera tener. Pudiera tener una visión tan clara y más que la de los Mártires; pudiera tener una visión más clara, que la de los Apóstoles; pudiera tener una visión más clara, que la de los Angeles, Querubines, y Serafines; porque ni estos comprehenden a Dios, ni hay repugnancia alguna en el exceso; y como pierde lo que pudiera tener, y esto es más que lo que gozan los Bienaventurados, pierden sin duda más que lo que gozan ellos; siendo Dios perdido mucho mayor bien para los infelices que lo pierden, que para los dichosos que lo gozan” (Tomo V. Serm. IV).

Señora al Rey David. Mirad. Brota un arroyo del centro de la tierra, y sedienta y ambiciosa ésta de lo mismo que da, se buelve a beber a gotas el arroyo, unas al salir, otras al correr; estas al principio, aquellas al medio, y las menos al fin; mas todas al fin se consumen en la tierra. Pues esso, dice esta sabia muger, passa con nuestras vidas. Todos, formados de tierra; empezamos a correr, quando empezamos a vivir. Vnos mueren niños, otros mozos, los menos llegan a viejos; pero todos se reducen a la tierra de que fueron formados.

Passad los ojos por este hermoso Templo, y numeroso concurso. Nobles, Magistrados, sabios, ignorantes, plebeyos, ricos, pobres, damas hermosas, afeadas, Señoras, Esclavas y Matronas, con distinción de estados, y personas. ¡Qué diversidad en los trages, lugares, adornos y respetos! Abrid essos sepulcros, entráos por esas bóvedas. ¡Qué confusión de huesos descarnados, horror a la vista! Montones de ceniza, enjambres de gusanos, repasando el estrago. Distinguid entre huesos, y huesos. ¡Cuáles son los del noble, cuáles los del plebeyo? ¡Qué cenizas son las del sabio, cuáles son las del ignorante? ¡Qué gusanos son los de la hermosa, y cuáles los de la fea? ¡Cuál de estas calaveras gastaba los encajes, los crespos, y claveles? ¡Cuáles de estos troncos secos, y denegridos rozaban las olandas, y sedas? ¡En cuáles se empleaban las telas exquisitas, las puntas, los clarines, los ámbares, y almizcles? ¡En qué cuellos, de estos destrozados despojos, lucían las perlas, y diamantes? Estos cóncabos, donde se asoma la noche, fueron ojos, donde con dos astros hizo día le hermosura. Esta piel rota a trechos, fué aquel sonroso de colores, que adelantaba el arte. Esta plana denegrida, donde escribe la verdad desengaños, es la frente, donde solía firmar lisonjas de marfil la mentira. ¡Estos pedazos de carbón destrozados fueron dientes, donde orientaban perlas? ¡Dónde están los labios, que matizaban la púrpura, que aquí sólo veo un postigo desquiciado de feas sabandijas?

Todo horror, todo huesos, todo gusanos, todo ceniza, sin distinción de señores a esclavos, de nobles a plebeyos, de hermosas y señoras a esclavas. Esta, que contempláis debajo de esas losas, es Lima muerta. Esta que véis, es Lima viva; y como de muerta a viva sólo va un poco más o menos de tiempo, aver nacido antes o después, fueron lo que somos, seremos lo que son, fueron Lima viva y son yá Lima muerta. Somos Lima viva y seremos en breve, como ellos, Lima muerta. Puso Dios a Ezequiel (dice el

mismo Profeta) en un campo lleno todo de huesos. Dióle una, y otra buelta, y no reconoció otra cosa, que huesos sin orden, ni distinción alguna: Pues sábete, (dice Dios al Profeta) que esos huesos son el Pueblo de Israel. ¿El Pueblo de Israel no se forma de Príncipes, Sacerdotes, Sabios, Magistrados, súbditos, inferiores, nobleza y plebe, señoras, esclavas, hermosas, y no tales? Sí. Que eso pide la variedad, y subordinación de cualquier República ordenada. Pues si el Profeta sólo vé huesos confusos sin orden ni distinción; ¿cómo pueden ser el Pueblo de Israel? Porque este era Israel muerto; y eso va de una República viva a una República muerta. Israel vivo, dice orden de mayores a menores, de nobles a plebeyos, de ricos a pobres y de señoras a esclavas. Israel muerto, sólo es un montón de huesos confusos, y barajados.

Este destrozo, esta confusión este horror hizo Cathólicos, la muerte en vuestros antepasados. Y ¿quién de los presentes, ha de morir y parar en lo mismo? ¿Quis? ¿Acaso el poderoso, o a quien todo se le rinde? ¿Acaso el sabio, a quien todos veneran? ¿Acaso la señora que se juzga deidad? ¿Acaso la que se ofende del más levē desaseo, y se le va el estómago, sólo de ver un gusano? ¡O Dios! Tú y tú, y todos avéis de morir y en confuso montón de horrores avéis de ser ceniza, gusanos, abominable objeto a los sentidos. Poned, señores, unos en otros los ojos, y en esse horror la vista. ¿Esta hermosura ha de ser aquella calabera? ¿Este aseó ha de ser aquel asco? Si. ¿Esta gala ha de ser aquella desnudez? Si. ¿Este respeto ha de ser aquel desprecio? ¿Esta asistencia, aquel descuido? ¿Este acompañamiento aquella soledad? ¿Este amor aquel olvido? ¿Esta fineza, aquella desatención? ¿Y este todo, dividido por estados, aquel montón confuso por cenizas?

Haced reflexión. De tantos Pontífices como ha avido desde San Pedro acá ¿quién ha muerto? Todos. Sólo vive uno. De tantos Monarcas de nuestra España, uno. De tantos Emperadores, uno. De tantos Virreyes de nuestro Perú. En la ocasión, ninguno. De tantos parientes, amigos, y conocidos vuestros, uno, u otro. Todos son ya huesos, tierra, gusanos, y ceniza. Y de los presentes, en pocos años, y quizá en pocos días, no quedará ninguno, porque hoy o mañana, este año o el que viene, todos hemos de morir: *Omnes morimur*. Notad. No dice, todos moriremos, de futuro; sino todos morimos de presente. Porque aún los que vivimos nos llevamos de muertos todo lo que hemos vivido, correspondiendo a cada instante de

vida, otro tanto de muerte. ¡O vida falible! ¡O vida engañosa! ¡y por eso despreciable!

Sermones Varios Morales. Tom. VII. Serm. I

Su oratoria tiene, además, para nosotros un especial atractivo, esto es el sabor local. El P. Aguilar sabè dialogar con su auditorio, interesarle y, por lo mismo, le habla de lo que sucede ante sus ojos, resuena en sus oídos y flota en el ambiente. De allí que tropezemos en sus sermones con párrafos enteros relativos a sucesos o costumbres de la época. Unas veces nos hablará de la fundación del Hospital de S. Bartolomé (39), otras de las amenazas de los piratas (40), ya alude a las fiestas y paseos de los limeños, ya al fervor concepcionista de nuestra ciudad (41); ni omite hacer mención de las tapadas (42) o lanzar una invectiva contra los Corregidores. Es de importancia lo que dice sobre ellos, pues confirma en todo la opinión que se tiene, en general, de su conducta. Véase la libertad con que les habla:

Cierto, que me parece, que estoy oyendo en la confesión de Saúl algunas de las confesiones de algunos de nuestros Corregidores, (no hablo de las Sacramentales, débanos este respeto, aún en generalidades de gremios, el sigilo; sino de las que sin Sacramentos hacen de sus operaciones). Acaban de consumir las Provincias, perdonando delinquentes, como Saúl a Agag, si se redimen, contra lo que les obliga el puesto que ejercitan: quitando a sus dueños sus ganados, y haciendas con título de Justicia: dejando desnudos y sin capa a los vecinos: cogiéndose para sí con mano violenta y poderosa lo mejor de las cosechas, y frutos; permitiendo que Tenientes y aún criados todos

(39) Tom. III. p. 469.

(40) Tom. II. p. 150.

(41) Tom. VI. p. 282.

(42) Tom. VII. Serm. I. p. 3 y s.

“¿Cuyas son las voces, y cláusula del thema: Hacer penitencia? Dígalo el escándalo con que se vive, la publicidad con que se peca, la lisura con que se atropellan las Leyes del Señor, la insensibilidad con que se procede, las injusticias, que se ejecutan, las diversiones, que se inventan; paseos, alamedas, músicas, Comedias, Bailes, concurso de tapadas, sin acordarse de la Eternidad, por más luces que en muertes repentinas, y achaques impensados entra Dios por los ojos, cerrados los oídos a las voces de los Predicadores, huidas con estudio, o Dios! Luego bien recela el sentimiento, o ilustres Ciudadanos de Lima, que los Ninivitas han de condenar en aquel horrible, formidable día, a los que, después de tantos, no hicieron estos días penitencia”.

se interesen y roben. Y de buelta, en corrillos y conversaciones empiezan con un bendito sea Dios, no tengo escrúpulo en cosa: héme regulado en todo por parecer, que me dieron los Theólogos, sin atropellar un punto las leyes de la justicia. Siervos de Dios, bastaban para canonizarlos y cortarles reliquias sus informes!

Confieso, que si yo oyese a algunos de estos, no pudiera dejar de hacerles la pregunta de Samuel a Saúl, en este lance: Héme ajustado en todo a las Leyes de Dios, dijo Saúl, y Samuel al punto. Si esto es assi, y vosotros fuistéis pobres y desnudos a esos gobiernos; ¿de dónde han salido estas manadas de uno y, de otro ganado? ¿estos Esclavos? ¿este aparato? ¿estas galas? ¿esta ostentación, y este ruydo con que bolvéis? *Et quae est haec vox, quae resonat in auribus meis?* Antes no lo teníais, el Corregimiento no lo lleva de suyo, aora lo tenéis; ¿de dónde salió esto? Vuestros familiares, y criados no tenían una capa que ponerse, ya rozan galas y les sobran vestidos. ¿Esto salió de observar las leyes de la Justicia? y de no quitar nada a nadie? Para eso dieron parecer los Theólogos?

¿Dieron parecer los Theólogos para repartir mulas con ganancias de ciento, docientos, y aún trecientos por ciento? Dieron parecer para cargar con los géneros más ruynes e inútiles de las tiendas, de que, por droga, no puedan salir los aviadores en la Ciudad, y venderlos por buenos y seguros con violencia en los Pueblos? ¿Dieron parecer para repartir por familias y cabezas, aguardientes y vinos, de que se sigue en el abuso de los Naturales, acabarse las poblaciones? ¿Dieron, finalmente, parecer de cobrar de su mano en lo mejor de sus cosechas a precios bajos? ¿o haciéndolos trabajar en las minas y obrages toda la semana, por lo que les venden, para que se embriaguen los Domingos? Andad, que os queréis engañar. Y si como os confesáis fuera de Sacramento son vuestras confesiones Sacramentales, perdidos váis, Cathólicos, y os condenáis sin remedio.

Sermones, Varios Morales, Tom. VII, Serm. XIII.

Si intenta mover a sus oyentes a la contrición de sus culpas no olvida ponerles delante las señales de la indignación divina en las adversidades que han llovido sobre el Perú; así lo hace en el sermón 24, del Tomo VIII, predicado, según parece, no mucho tiempo después del terre-

moto de 1687 (43) y, en fiesta de tabla como la del Patrocinio de la Virgen, ante la Real Audiencia de Chuquisaca aquel mismo año (44), si bien comienza por reconocer los beneficios que se derivan de dicho Patrocinio, pasa luego a ocuparse de un asunto que andaba de boca de muchos y que en el fondo no era sino el reflejo del abatimiento que años antes había comenzado a invadir la monarquía española. “Perdonad, dice, una justa disgresión... Oigo decir a algunos políticos, más contemplativos que prácticos, que el Perú tiene perdida a España; que las Indias y sus tesoros la tienen pobre; que la codicia de las riquezas de la América, arrastrando violentamente a los habitantes de los Reinos de España, hace despoblar estos por habitar aquella; con que precisamente faltan soldados a la guerra y labradores al campo y, finalmente, que nunca ha padecido más esta dominante monarquía que desde que la compone con sus dilatadas regiones el Perú”. A ninguno que haya ojeado los libros o memoriales que, desde fines del S. XVII y en la primera mitad del XVIII, se publicaron en España y América, podrá extrañar la requisitoria que concisamente se plantea el P. Aguilar. Veamos ahora su respuesta y habremos de admirar lo certero de sus juicios, algunos de los cuales parecen prematuros para su época. Héla aquí:

Es segunda queja, que las Indias, y sus tesoros tienen pobre a España. ¡Rara complicación! Tener sed con el agua, es hidropesía, empobrecer con la riqueza, no se como la llame: salen de el Callao, puerto de la gran Ciudad de Lima, cada Armada, que a lo más se dilata una, de otros dos años, treinta millones de oro y plata para España. ¿No se queja de que empobrece quien los da, y se queja de que empobrece quien los recibe? Tiene nuestro gran Monarca cada un año de renta 35'746,437 ducados: ¿qué rentas corresponden a los Vasallos, cuyo Monarca de quintos, tributos y derechos tiene tanta? La mayor ponderación de la opulencia Romana fué hallar a mano, en tres años, sesenta millones de oro que despreciar Calígula, mas advierte Saavedra, que entonces valía solo un ducado lo que aora diez. Y este desperdicio agotó los erarios de sus antecesores. En sólo un año gastan mucho más nuestros Monarcas, inexhaustos los erarios; pués gastados unos, se repiten inextinguibles los siguientes años. ¿Y esta máqui-

(43) Tom. VIII. p. 459 y s. V. p. 468.

(44) Tom. II. p. 76 y s. Fue el primero que predicó en la ciudad de La Plata, el año 1687.

na apenas creíble a todas las naciones de el Orbe se califica con nombre de pobreza?

La tercera queja es que, atraídos muchos de las riquezas del Perú, se pasan de los Reynos de España, con que faltando estos al manejo de las armas y a la labor de los campos, los ejércitos se disminuyen y los frutos no sobran. Esta queja trae más peso en la apariencia, pero aún lleva menos razón en la verdad. No pueden hazer falta en los Exércitos los que los sustentan y mantienen, ni hazen falta a la labor de los campos los que al riego de su sudor los fecundan en frutos. Siempre reparé que manda Moisés a Josué, que pelee contra Amalec, y él se retira a un monte con Aarón y Hur. Pues en tal ocasión ¿no hazen falta al Ejército tres tan importantes Jefes, Moisés para las órdenes, Aarón para el aliento y Hur para la lanza? No. ¿Sabéis por qué? Mirad. Moisés levantaba las manos y quando las levantaba vencía Israel, pero si las remitía, era vencido: . . . Aarón y Hur sustentaban las manos de Moisés: . . . Pues hombres que con el trabajo de sus manos sustentan los Exércitos, no hacen falta en ellos, aunque estén retirados.

Pasan a Indias, es verdad, no pocos Españoles, atraídos de aquel hermoso encanto de las riquezas. En ellas se ocupan frecuentemente, unos en las minas, desentrañando los montes, otros en las mercancías, desocupando las cajas y unos y otros con quintos y alcabalas y demás derechos reales forman los crecidos embíos con que se sustenta la guerra. Mirad aora. La mano abierta y levantada del Príncipe en la paga y sueldo de los Soldados esfuerza todo el ardor militar. Si se alienta la mano en dar, se alientan los Soldados en vencer. Si desmaya en pagar, descæce el Exército. Si los Vasallos no sustentan esas manos de el Príncipe, es preciso que les falte el aliento, hallándose vacías: Luego si los Vasallos que dán todo el aliento en tan crecidos tributos a nuestro gran Monarca, son los Españoles que pasan al Perú, estos son los que le sustentan la mano triunfante de todas las naciones. ¿Cómo, pues, puede decirse, que hacen falta en los Ejércitos por más retirados que vivan en estas últimas partes, si sustentan la mano de el Príncipe que los sustenta a ellos?

Pero déjome convencer de los cargos, para poner en su lugar la culpa. Venga en que esté perdida España, desde que es señora de el Perú, que las Indias y sus tesoros la tengan pobre, que la hagan despoblada sin la utilidad de rica y finalmente, que nunca se hayan conjurado más

contra ellas desgracias, que, desde que se formaron de tan dilatados Reynos algunos rayos más a su Corona. Pero aunque sea de el Perú el fundamento, no es de el Perú la culpa. Nacen universalmente estos daños de dos principios que se llaman uno: el inmediato y radical se llora en Indias. Es aquel la lastimosa efusión de el tesoro a Naciones y Reynos extraños. ¿Qué importa que, brotando fuentes de plata y oro en Indias, formen ríos, que penetrando ambos mares, se encaminen a tributar voluntarios sus caudales a España, si al llegar a sus campos, torcidas sus corrientes, logran otros la fecundidad, y abundancia? ¿Qué importa que pasen las aguas por España, si pasan y en lugar de recoger, concha, el humor, es canal que con su misma avenida roba lo mismo que encuentra, sin verter gota que apague la sed de los que habitan sus márgenes, áridos a vista de la humedad? Cava para sí los montes el Español en Indias, pero cae el agua en algibes rotos, a quienes usurpan agena tierra todo quanto reciben, y no contienen.

Sermones del Dulcísimo Nombre de María.
Tom. II. Serm. II

Interminables nos haríamos si hubiésemos de señalar todos los aciertos de sus escritos, todas las bellezas que adornan su elocuencia, pero no es posible pasar en silencio la solidez de su doctrina. Ya dijimos que sólo a intervalos ocupó el púlpito y que en la cátedra fue continua su asistencia; desde la misma leyó por muchos años Filosofía y Teología con el crédito que ponderaron sus contemporáneos y confirman sus obras y así no puede sorprendernos que en sus sermones luzca un profundo conocimiento de la Ciencia de Dios, una penetración más que ordinaria y tan amplia erudición eclesiástica que parece le eran familiares los más probados autores. Entre muchos valga por testimonio el Sermón XVII del Tomo VI, en el que magistralmente expone las dificultades contra la Trinidad y el mérito singular de la fe⁴⁵ o el IX del mismo volumen, predicado en Cochabamba, con motivo de la publicación de la Bula, en el cual con novedad y precisión hace resaltar las grandes ventajas de esta concepción pontificia.⁴⁶ Sería también necesario referirse a su libertad de espíritu y a la valentía con que increpa los

(45) Tom. VI. p. 362.

(46) Tom. VI. p. 186.

vicios y apostrofa a los que obran mal. No le acobarda la presencia de las más altas autoridades, antes bien, con el respeto que es razón, pero con desembarazo sabe decir las verdades. Predicando en la Capilla Real de Lima, en presencia del Virrey. Oidores y grandes personajes, plantea con nitidez la división de su discurso y dice que tendrá dos puntos: en el primero, dará su parecer sobre la sentencia que dieron los Jueces de la Sinagoga contra Cristo y en el segundo, de la sentencia que ha de dar Cristo contra los Jueces. Exponer así tan descarnadamente su propósito, por un predicador bisoño y en aquel lugar, era prevenir al auditorio contra él y Aguilar, dándose cuenta de ello, empieza en la confirmación por desvanecer el prejuicio y, con su punta de ironía, afirma que las verdades no dejan de serlo por la juventud del que las profiere.

Notable es también, no sólo por la independencia que revela sino además por la originalidad del pensamiento, la pintura que hace de los malos jueces, hecha en la misma Capilla Real, el año 1695, ante el Virrey Conde de la Monclova. (Sermones Varios. Tom. III. Serm. V). Finalmente acá y allá esmaltan sus discursos felices y bien expresados pensamientos. Escojamos algunos, al azar:

“No sé qué conexión tienen entre sí las manos y la lengua, que todo lo que se añade de fuerzas a la lengua se le quita de alientos a las manos. Aún allá suelen decir que hombre que habla mucho no es hombre de muchas manos. Y en lo político es cierto. Tanto más flaquean en su ejecución las resoluciones cuanto más se fían de la lengua”. (Tom. III, p. 109). “Sólo quien pone indiferente el ánimo acierta a discernir. Un corazón empeñado no discierne, porque discernir es mirar y todo empeño es ciego”. (Tom. III, p. 187).

He aquí otros dos que podría suscribir Gracian: “Es la vergüenza guarda mayor de la fama que atalayando desde los ojos, donde frecuente se asoma, cualquier invasión, da aviso a la razón y toca alarma a la honra para que defiendan el alcázar del respeto”. (Tom. II, p. 429). “Desde que ha dado en ser política la ingratitud no nos podemos averiguar con los ingratos. Es la política una virtud en las Cortes y de ordinario suele ser un vicio en las virtudes. La prudencia es virtud y la Política es un vicio de la prudencia o una prudencia envenenada. Llámase a veces providencia y siempre es cavilación: cortesanía y es lisonja: trato humano y es falsedad: conocimiento y

es ateísmo. Es una máscara que se ponen los vicios para parecer virtudes, una casa de ciudad con que se encubren unos talles de aldea, villanas correspondencias con golilla: las manos de Esau con la voz de Jacob, blandura en el sonido y aspereza en el tacto, para engañar a Isaac. Hace siempre el papel de barba en la farsa del mundo y así se lleva los primeros respetos. Y, finalmente, es un no sé qué, que si es bueno, es cortesanía, recato, providencia y, si es malo, es cavilación, lisonja y falsedad”.

Por lo expuesto, juzgo que al P. Aguilar le corresponde uno de los primeros lugares entre los oradores sagrados de la época colonial y es obligación nuestra sacarlo a plena luz para admiración de propios y extraños. Sin duda que en él se descubrirán defectos, pero ya hemos visto a qué causas precisa atribuirlos. Insisto en que no fue culterano. El mismo, en un sermón predicado en la villa de Cochabamba, el año 1694, nos confiesa que no ha caído en esa tentación. ⁴⁷ Si su estilo está lejos, en ocasiones, de ostentar la sencillez y sobriedad de los clásicos del siglo de oro, culpemos a su siglo que no hablaba de otra manera. Su ejemplo debió influir en lo sucesivo y, especialmente, entre los de su misma Religión, pues en toda la primera mitad del S. XVIII hasta el extrañamiento de la Compañía se vá acentuando la reacción contra el mal gusto y, a robustecerla, contribuyen oradores como los PP. Tomás de Torrejón, Baltasar de Moncada, Ramón del Arco, Manuel Vergara y Juan Bta. Sánchez. A ellos se han de agregar los de otras Ordenes, como el dominico Fr. Mariano Luján y el franciscano Fr. Juan de Marimón o clérigos seculares, como el oratoriano Amil y Feijóo o el canónigo D. Pedro de Alzugaray.

Estudiar la génesis de este movimiento y el modo cómo fué ganando terreno es asunto que demanda tiempo y atención y podrá ser materia de un nuevo trabajo. Quede entre tanto asentado que en medio de la corrupción del mal gusto, tan general en el período que hemos estudiado, hubo excepciones, tanto más meritorias cuanto más raras, a quienes no envolvió entre sus turbias ondas, la corriente culterana y que, aún en esos años de lamentable decadencia en todos los órdenes, florecieron ingenios dignos de toda alabanza que mantienen el lustre de nuestra oratoria sagrada. En el siglo XIX la tradición no se interrumpe, antes bien, la recogen y le añaden nuevos lauros, varones tan insignes como Pede-

(47) Tom. II. p. 303. Edic. Sevilla, 1701.

monte, Bermúdez, Aguilar y la continúa hasta nuestros días Huerta, Tordoya, Herrera, Roca, Tovar y otros cuya palabra ha sido esculpida con buril de acero en inmortales páginas.

En conjunto, nuestra oratoria sagrada ofrece en todos los tiempos modelos dignos de imitarse y superiores, tal vez, a cuantos los demás países de América nos pudieran oponer, cabiéndole, por tanto, al Perú, en este ramo del arte literario como en otros, la primacía y el más honroso lugar en estas tierras descubiertas por Colón.

SERMON DE EL INFIERNO — 1942

Et Ibunt hi in supplicium eternun Mateo at. 25.46.

Hallábase el Bautista predicando en el desierto no lejos del Jordán y acudían muchos a oírle, aún desde la misma Jerusalén, atraídos por la fama de su virtud y por la fuerza de su palabra. Vinieron también algunos escribas y fariseos, no por cierto con ánimo de aprovecharse de sus sermones sino con el fin de examinar la doctrina del nuevo predicador. Aunque llenos de vicios y pecados, estaban muy lejos de pensar que debían hacer penitencia de ellos, porque contentos con cierta apariencia de virtud y con la guarda exterior de la ley, sin atenerse a su espíritu, se creían bastante seguros para que no les alcanzasen a ellos las amenazas de Dios contra los pecadores.

Al verlos, pues, San Juan entre sus oyentes, no pudo contener su indignación y con dureza les increpó, de esta manera: “Raza de víboras ¿quién os ha dicho que podéis huir de la ira de Dios que se avecina? Haced penitencia, porque yo os anuncio que la segur ha sido aplicada a la raíz de los árboles y todo árbol que no diere fruto será cortado y arrojado al fuego”. Sorprendidos debieron quedar los fariseos al oír esta andanada del Bautista, pero como por su voz hablaba la verdad no pudieron menos de doblar las frentes y reconocer que la tenían merecida.

Hermanos míos, si la condición de los hombres hubiese variado desde entonces acá y los ejemplos admirables que nos dejó Cristo Nuestro Redentor bastaran a contenerlos en el camino de la virtud, no sería menester para exhortarlos a la observancia de los mandamientos, sino el ejemplo de Cristo y la fuerza de su palabra; por desdicha, hoy como en tiempo del Bautista, son muchos, muchísimos, los que adormecidos en una falsa confianza viven en el pecado sin hacer penitencia y piensan que han de burlar la indignación divina con un arrepentimiento tardío. De ahí la necesidad de que los predicadores

evangélicos, revistiéndose del espíritu que inflamaba al Sto. Precursor, amenacen a estos malos cristianos con la terribilidad de los castigos eternos y les muestren el infierno abierto a sus pies y dispuestos a devorarlos entre sus llamas.

Muchos hay, en verdad, que después de haber pecado dicen para sus adentros lo que aquel necio de la Escritura: "Pequé y ¿qué mal me ha sobrevenido? Nada, ciertamente. Pero ¿quién os ha dicho que ha de tomar Dios venganza de sus ofensas aquí abajo? Dios es eterno y sabe que en sus manos han de caer, tarde o temprano, los pecadores; por eso no ha escogido la vida presente como tiempo de su justicia sino como tiempo de su misericordia, durante el cual aguarda a penitencia al pecador. Pero, esperad un poco, ya ha de aplicar a esos leños estériles el hacha de su justicia y vendrá un día en que ordenará a la muerte asestar el golpe y entonces aquel podrido tronco será arrojado a los abismos del infierno. Deus non irridetur. De Dios nadie se burla. Mientras les duró la vida y permanecían en pecado no hicieron más que ir atesorando ira para el día de la cuenta, y cuando ya, cargada la nube de la indignación divina, pusieron el colmo a su paciencia, descargó el rayo violento de su furor contra ellos y los sumergió en un mar de tormentos.

¿Queréis un ejemplo? Pues, oíd el que nos propone el mismo Cristo en el Evangelio. Estaba el rico avariento nadando en delicias y gozándose en ellas decía: "Alma mía, tienes ya asegurado tu porvenir: descansa, come, bebe, date placer", y allá a su puerta gemía el pobre Lázaro, mendigando en vano las migajas que caían de su mesa. Pero, mirad, si no le ensordeciera al rico su codicia, las risas de los convidados y la música del festín, hubiera podido escuchar su sentencia de los labios de Dios. "Necio, esta noche le pedirán cuenta a tu alma". Esta noche vendrá la muerte a segarte como inútil sarmiento y ¿adónde irás? Sucedió, dice Cristo Nuestro Señor, que vino a morir el pobre Lázaro y los angeles condujeron su alma al seno de Abraham. Murió a su vez el rico y fué sepultado. ¿Dónde? ¿En un sepulcro de mármol? No, aquel soberbio mausoleo era tan solo habitación para los gusanos, pero el rico, la parte más noble de su ser, su alma infeliz era anegada en las voraces llamas del infierno. Sepultus est in inferno.

Desde allí permitió Dios que contemplase la felicidad de Lázaro y al ver tan trocada su suerte, con voz lasti-

mera exclamó: "Padre Abraham, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que mojado la punta de su dedo en agua la aplique a mi lengua y la refresque, porque me siento abrasar en este incendio". Ruín había sido el rico, negándose a conceder a Lázaro las migajas de su mesa y, ahora, a fin de ser escuchado, adelgazaba su petición, implorando para su alivio una sola gota de agua. Pedía tan poco que nadie dudara que se le había de conceder. Mas no, hermanos míos. "Hijo, le respondió Abraham, acuérdate que en vida abundabas en toda suerte de bienes y Lázaro, en cambio, anduvo falto de todo; ahora este es consolado y tú puesto en tormento. Por otra parte, es imposible hacer lo que pides porque entre tí y nosotros hay un abismo infranqueable, el abismo que separa el cielo del infierno. "Ruégote, al menos, replicó el desdichado, que envíes a Lázaro a casa de mis padres para que certifique de todo esto a mis hermanos y eviten el peligro de venir a parar en donde yo me encuentro". "Allá tienen, le respondió Abraham, a Moisés y a los Profetas; oiganles". Es decir, allá hay predicadores que os enseñan cuál es la suerte del pecador, den crédito a sus palabras y se librarán del infierno.

Quiera Dios que las más os infundan un temor santo como tuvo eficacia el fuego del infierno para ablandar las entrañas de aquel rico despiadado, tan mezquino con Lázaro en vida, tan caritativo con sus hermanos en el infierno. Pidamos para ello el favor del cielo por intercesión de la que es abogada de pecadores. Ave María.

Que el infierno existe es una cosa que ningún cristiano puede poner en duda, ¿qué sea el infierno? es un punto quizá no tan conocido y muy digno de que lo sea, vamos pues, a ver qué es el infierno y lo que de él nos ha manifestado Dios por la boca de los escritores sagrados. ¿Qué es el infierno? Un lugar de tormentos, así lo define la Escritura (Luc. 28). No señala como peculiar del infierno este o aquel tormento, este o aquel suplicio, sino que en una sola frase los reúne todos, los resume y los compendia todos: el infierno es un lugar de tormentos, un sitio dispuesto para padecer y sólo para padecer. Ya esto sólo debía bastar para hacernos concebir una idea de la terribilidad del infierno, ya que no hay cosa que más rehuya nuestra naturaleza que el padecer, pero si

consideramos uno por uno los tormentos que allí se padecen, esta idea tomará tales proporciones que su espantosa imagen llegará a abrumarnos.

Comenzando por el primero de ellos que es el fuego, ya Isaías amenazando a los pecadores les decía: ¿Quién de vosotros podrá habitar con el fuego *devorador*? (Isaías. 33-14) y S. Juan Bautista, usando del mismo argumento, exhortaba a la penitencia a sus oyentes, anunciándoles que el Señor tenía el biello en la mano y había de limpiar su era, amontonando el trigo en los graneros y arrojando la paja a un fuego *inextinguible* (Mt. 3-12).

Estas amenazas de sus profetas, las repitió el mismo Jesucristo, cuando al describir el día del Juicio Universal, nos reveló cuáles eran los términos en que había de estar concebida la sentencia de condenación: Id, malditos, al fuego eterno (Mt. 25-41). Tenemos, pues, que por testimonio del mismo Dios, el fuego del infierno es fuego devorador, un fuego inextinguible, un fuego eterno. Es por consiguiente un fuego que no puede compararse con el de aquí abajo.

El fuego de la tierra ha sido creado por Dios para servicio y utilidad del hombre; si atormenta y daña es porque no lo usamos como se debe, porque él hecho está para servirnos más bien de alivio que de tormento; pero el fuego del infierno es un fuego encendido por la ira de Dios Omnipotente, es el instrumento de su justicia que castiga el pecado, es un fuego atizado por el brazo poderoso de Dios que toma venganza de sus enemigos, es un fuego que no tiene otro fin ni sirve para otra cosa más que para atormentar. ¿No os parece que debe ser grande la diferencia?

Y, sin embargo, ¿quién puede soportar por un instante, no digo ya la voraz llama de una hoguera sino la mortecina luz de una cerilla?

Grande es la violencia del fuego terreno y terrible su acción, pero ¡ay! que no es como el fuego del infierno, ni un fuego devorador, ni un fuego inextinguible, ni un fuego eterno. Este fuego lo abrasa todo, lo consume todo, nada hay que le resista, ni aún la misma naturaleza espiritual de nuestras almas. Admiración causará, tal vez, que pueda el fuego del infierno extender su acción hasta un ser inmaterial como es el alma humana, pero no es menos cierto, dice San Agustín. Apenas lo puede concebir nuestro corto entendimiento, pero ello así es, que el fuego del infierno atormenta no menos las almas que los

cuerpos de los condenados. Y si a la misma alma alcanza el poder de sus llamas ¿qué no hará en el cuerpo? Hará sentir en todas y cada una de sus partes la violencia de que está dotado y convertirá al infeliz precito en una ascua viva, en una masa ígnea que arde sin consumirse. Y esta es otra de las propiedades que le distinguen del fuego de la tierra, porque este si no es alimentado con algún combustible, al fin viene a apagarse y a disminuir su ardor, pero aquel no necesita nuevos fomentos para arder, abrasa y consume por naturaleza como el agua refrigera por ser esa su condición. Fuego vivo, diríamos que es, fuego que nunca se debilita, que no se mitiga, que arde siempre sin cesar. Y este fuego, es además, eterno. He ahí la tercera cualidad del fuego del infierno. Pero dejemos para más adelante el tratar de ella ya que la eternidad es condición común a todas las penas del infierno.

Vengamos al tormento de que nos habla J. C. por San Mateo, cuando increpando a los judíos les decía que muchos hijos del reino serían arrojados a las tinieblas exteriores (Mt. 8-12) y de la cual se hacen eco los Apóstoles San Pedro en su segunda carta (II Pet. 2-17) y San Judas en su Epístola Católica (Jud. 13), al escribir que a los impíos está reservada la lobreguez de unas tinieblas eternas. Y en verdad, siendo las tinieblas privación de la luz y esta un bien que el hombre y los animales naturalmente apetecen, el carecer para siempre de ella, el vivir eternamente aherrojado en un oscuro calabozo será un tormento que afligirá de un modo increíble a los réprobos. La luz es para nosotros fuente de alegría, de tal manera, que cuando vemos unos ojos apagados, unos ojos que un velo denso impide disfrutar de sus destellos, al punto nos sentimos movidos a compasión y al entrever aquella noche oscura en que yace sumido el pobre ciego, entendemos que una grave aflicción pesa sobre él.

Pues de este bien será privado para siempre el condenado. Abrirá sus ojos, dilatará sus pupilas, y no vendrá a reflejarse en su retina ni el más mínimo destello de luz. ¡Ah! hermanos míos, ¡qué negra noche la del infierno! ¡Qué oscuridad tan desesperante la suya! El hombre que ama tanto el satisfacer la curiosidad de la vista, el dar pábulo a sus ojos, sólo hallará en el infierno sombras espesas en derredor y dentro de sí el gusano roedor de la conciencia.

El sublime Isaías pone fin a sus profecías, describiéndonos en un gran cuadro el gozo de los buenos en la Jeru-

salén Celeste y el juicio temeroso por el que pasarán los impíos, cuando de todos los ámbitos de la tierra vengán a rendir tributo de adoración al Supremo Juez, y termina diciendo: Y verán los cadáveres de los que predicaron contra mí, cuyo gusano no morirá y cuyo fuego no se extinguirá (Isaías 66:24). ¿Y qué es este gusano, del cual nos dice J. C., en el Evangelio de San Marcos, que no muere? Ubi vermis eorum non moritur. (9:47). Este gusano que atormentará la conciencia del condenado y roerá continuamente su corazón, será el tardío reconocimiento de su pecado, el amargo pesar de haber perdido por una nonada una felicidad eterna, el sentimiento de que por su culpa se halla en aquel estado, la confesión forzosa de su insensatez. ¡Qué rabiosas mordeduras las de este gusano de la conciencia! Cuando hemos obrado mal y por ignorancia o por flaqueza hemos ofendido a una persona a quien debiéramos amar, al punto se alza en nuestro interior una voz que nos acusa, una voz que hace oír su fallo condenatorio con tanta mayor fuerza cuanto ha sido más grande nuestra culpa, más bochornosa nuestra acción, mayores los males que por su causa nos sobrevienen. Pues ¿cuál no será el remordimiento del condenado, al contemplar la gravedad casi infinita de su culpa, la malicia y fealdad del pecado, la bondad y santidad de Dios a quien ha ofendido y el cúmulo inmenso de males que gravitan sobre él? Como Caín querrá escapar a las miradas de la indignación divina, querrá ser aniquilado para huir de su propia conciencia que le atormenta, pero no, vivirá y vivirá para siempre, sintiendo sus entrañas devoradas por el remordimiento, por un remordimiento amargo como la hiel, angustioso como las fatigas del moribundo, rabioso como la desesperación de Judas.

¡Qué lágrimas brotarán entonces de sus órbitas, huecas por el sufrimiento! Pero lejos de sentir alivio, este llanto será también para el infeliz precito una nueva fuente de tormentos. Allí dice, el Evangelio será el llanto y el crujir de dientes (Mt. 25:30) Las lágrimas son fuentes que abren en nuestros ojos el dolor y la tristeza y, aunque sirven de desahogo a nuestra pena, cuando el dolor excede nuestras fuerzas, cuando la tristeza es amarga y doblega nuestra cerviz, en frase de la Escritura, entonces no son más que el indicio de una aflicción que carece de consuelo. Tal es el llanto del condenado. Su dolor no hay lengua humana que lo pueda medir, su tristeza bastaría a darle la muerte como al Rey Antioco, pero el desdichado no

puede morir, no puede exclamar como aquel infeliz monarca: "He aquí que perezco de gran tristeza". (I Mach. 6.13) y como no halla lenitivo a su aflicción y gime sin esperanza de consuelo, su llanto se torna en furor y a las lágrimas se suceden los estremecimiento de la ira, las contorsiones de la desesperación, el crujiir de dientes.

Pero aun hay otro tormento para el condenado y es la visión de la felicidad de los buenos cuando en aquel terrible día del juicio, haga J. C. la separación de buenos y malos y escuchen estos aquel: "No os conozco, apartaos de mi, artífices de la maldad", entonces será, según nos dice el mismo Cristo, "el llanto y crujiir de dientes, al ver a Abraham a Isaac, a Jacob y a todos los Santos entrar en el reino de Dios. "Vos autem expelli foras". Y vosotros ser arrojados afuera. "Columbrarán los impíos la dicha de los justos, verán cerrarse para siempre las puertas de aquella celestial Jerusalén y oirán perderse dentro de sus muros el canto suavísimo de los escogidos, mientras ellos como rebaños de brutos animales serán precipitados a los abismos. Allí la gloria, la felicidad, la paz, y la bienaventuranza eternas. Aquí sombras de muerte, fuego, tristeza y dolor eternos. ¿Qué suerte más desigual? ¿Qué separación más cruel? Negros vapores de envidia se levantarán del pecho de los condenados al comparar su ruina miserable con el triunfo sin igual de los santos, e impotentes para alcanzar la corona que por su culpa perdieron, se maldecirán a si mismos y entonarán el "Erravimus" de los impíos. Nos equivocamos.

Aquí tenéis, hermanos míos, algunos de los horrores que se padecen en el infierno, pero por mucho que me esfuerce en describirlos, todas las descripciones resultan pálidas al contraste de lo que es la realidad. Pero si esto es mucha verdad, con relación a la pena de sentido, que, como se nos entra por los ojos, podemos comprender su magnitud, ¿Qué lengua podrá expresar adecuadamente la terribilidad de la pena de daño, de la privación de Dios? Para ello sería menester que conociésemos y pudiésemos apreciar en lo que vale este Bien Infinito, al cual solo llegamos a descifrar, como en enigma, por las perfecciones que resplandecen en sus criaturas. Con todo, esta pena es la más grave de todas y en ella consiste propiamente el infierno, porque este dejaría de ser tal si con él se compadeciese la visión clara de Dios o la esperanza cierta de poseerle. ¿Qué es, pues, la pena de daño? La separación eterna de la criatura de su Criador, del Bien Sumo al que

aspira todo nuestro ser, del fin al que naturalmente se inclina nuestra naturaleza y, por lo mismo, de ella se deriva el desórden que en sí advierte el condenado, el vacío que siente en su alma al verse desposeído de su único y legítimo bien, el hambre insaciable de un manjar que le está vedado para siempre, el amor que debía llenar su corazón trocado en un odio profundo, eterno.

Si conociéremos el ímpetu y la violencia con que nuestra alma es atraída por Dios, podríamos formar algún concepto de lo que es verse privados de El, pero, por desdicha, hace tanto ruido el mundo a nuestros oídos, vivimos de tal manera envueltos en sus vanidades, que apenas nos damos cuenta de estos secretos impulsos de nuestro ser. Sin embargo, aun los hombres más alejados del camino de la virtud, sienten dentro de sí en medio de los halagos de los placeres que algo les falta, tienen momentos en que una desazón insólita les descubre la vanidad de todo lo terreno y a las veces por una de aquellas misericordias divinas experimentan en su corazón anhelos más puros que los sentidos hasta entonces y saborean, aunque débilmente, el placer de amar a Dios, de ser amados por El. Esto que en los mundanos no es otra cosa que un indicio de los esfuerzos que hace el alma prisionera y sometida a los caprichos del cuerpo corruptible; es ya una aspiración libre y vigorosa en los bienaventurados. Y es que cuanto más se desliga el alma de los lazos que la sujetan a la tierra, cuanto más desprecia las cosas de acá abajo, y aliviada de su peso, puede más libremente volar hacia su centro, tanto con mayores ansias tiende hacia El, anhela por unirse a Dios.

Pues bien, el condenado que con claridad meridiana conoce el Bien de que ha sido privado y por otra parte no puede reprimir la natural tendencia de su ser que le lleva a Dios, sufre angustias de muerte al verse rechazado de El y se consume de dolor al contemplar que ya no existe para él, el amor. ¡Oh tormento y desesperación! Sentirse objeto del odio de Aquel por cuyo amor había nacido, a quien amar era la ley de su vida, el fin de todo su ser! Qué desorden más espantoso?

Por otra parte, en su corazón halla un vacío insondable que solo Dios pudiera llenar, un apetito de felicidad que solo puede hartarse con la visión de su hermosura, un deseo de amar que sólo puede saciarlo el Infinito Amor, y en el fondo de su pecho solo encuentra la negra imagen de su fealdad, el odio más rencoroso, la desesperación más

violenta. Por eso, revolviéndose en su lecho de llamas, sintiendo que todo lo criado se alza contra él para aborrecerle, lanza aquel vah mezcla de indignación y de gemido que es la canción con que resonarán eternamente las cavidades del infierno.

Y todo esto por una eternidad. ¡La Eternidad! Nuestra mente se pierde al oír esta palabra y todos los tormentos que hemos descrito toman un relieve tal que ya su consideración nos abrumba. ¡La Eternidad! Acostumbrados a las vicisitudes de las cosas, al encadenamiento de los sucesos en que consiste el tiempo, no es posible que tengamos una idea exacta de lo que es la eternidad. El tiempo, comparado con ella es un momento de su duración; es la inmovilidad, la estabilidad en un ser, el ahora que sucede a la muerte prolongado indefinidamente, sin alternativas de días y de noches, sin sucesión de años, sin periodos de siglos, sin límites, extendiéndose siempre, siempre, sin acabar jamás. Poned ahora al condenado al principio de su eternidad, vedle sumergirse en aquel instante en el infierno, cerrarse sobre él aquellas olas de fuego y comenzar al punto a atormentarle todas las penas que hemos descrito y considerad que aquel instante se prolongará para él indefinidamente y hoy como ayer, un año tras otro año, un siglo tras otro siglo, millones de siglos que hayan transcurrido, el instante aquel será el mismo con todos sus horrores, siempre el mismo, sin variar jamás, jamás. Pero ¿es posible? nos decimos confusos y anonadados ante esta idea? Posible, hermanos, posible y verdad que el mismo J. C. nos enseña.

¿Qué hacemos, pues, que no nos convertimos a Dios? Si temblamos ante la expectativa del infierno ¿Cómo no evitamos el pecado que es el que nos arrastra a él? ¿Es qué confiamos librarnos de sus llamas, o juzgamos que nuestras culpas no son merecedoras de aquel castigo? Ah, hermanos míos, "Deus non irridetur". De Dios nadie se burla y suerte de burla es, vivir ofendiéndole y querer que luego nos galardone en el cielo. No os engañéis, porque siguiendo las vías del pecado lo natural y ordinario es que se venga a dar en la más hondo del infierno. Dios es bueno pero también es justo, Dios es misericordioso pero también es santo y aborrece la maldad. Por ese y porque son muchos los que le ofenden son muchos, muchos ¡Ay dolor! los que se condenan.

Ya lo decía el Apostol San Pablo a los fieles de Corinto: "Hermanos ¿no sabéis que los inicuos no poseerán el

reino de Dios? No os engaños, ni los lujuriosos, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los rapaces entrarán en el reino de los cielos (I Cor 6.9). Larga es la lista, pero todavía la alarga más el apostol San Juan en su Apocalipsis (21.8) y nos previene que a los incrédulos y desalmados, a los homicidas y deshonestos, a los hechiceros e idólatras, está reservado el lago que arde con fuego y azufre. "Pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure".

Por eso no es de extrañar que preguntado J. C. en cierta ocasión sobre el número de los que se habían de salvar, el Divino Maestro no quiso dar una respuesta directa a la pregunta que se le hacía, pero dio a entender cuál era su pensamiento en la contestación: "Esforzáos dijo, por entrar por la puerta estrecha, porque muchos querrán pasar por ella y no lo conseguirán. Y cuando viniere el Padre de Familias y cerrase la puerta, quedaréis vosotros afuera y comenzáreis a golpearla, diciendo: "Abrenos, Señor, y él os reponderá: No os conozco". (Luc. 13.23).

La puerta es estrecha como si hubieran de ser pocos los que entran por ella, y en cambio ancha es la puerta y espacioso el camino que conduce a la perdición. ¿Qué quiere decir esto, hermanos míos, sino que para salvarse es menester hacer esfuerzos y pelar valerosamente? Muchos, es verdad, pretenden entrar por la puerta estrecha del cielo, pero, fijáos bien, no lo conseguirán. Quaerent intrare et non poterunt, dice J.C. Clamarán, se agitarán, pero todo en vano. El Señor no los conocerá. Nescio vos unde sitis. ¿Y por qué? Porque es imposible que J.C. reconozca por suyos en la hora del juicio a los que en la tierra vivieron de espaldas a su ley y no le confesaron ni de palabra, tributándole el debido culto, ni con las obras, ajustando su vida a sus preceptos. Entonces será demasiado tarde para obtener su gracia y fuerza será que oigan de sus labios la terrible sentencia Discedite a me. Apartaos de mi.

Si, hermanos míos, un infierno, un sin fin de tormentos y de tormentos eternos, aguarda al pecador que no hace penitencia de sus culpas y se vuelve a Dios. Entonces será el llanto y el crujir de dientes y el exclamar con los demás condenados: "Anduvimos hasta cansarnos por las vías de la iniquidad y la perdición y desconocimos los caminos de Dios ¿De qué nos ha servido la soberbia, y el fausto de las riquezas, qué provecho nos trajo? Todo

pasó como una sombra y como el mensajero que corre y como la nave que surca el oceano y no deja huella de su paso. Insensatos, tuvimos por necios a los justos y he ahí que ahora son contados entre los hijos de Dios. (Sap. 5.4).

En verdad que es una insensatez, despreciar los bienes inmortales de la virtud por entregarse a las barreduras de las cosas terrenas y trocar cielo por infierno.

No sigáis vosotros su ejemplo que aun es tiempo de arrepentirse y de reconciliarse con Dios. No queráis padecer por una eternidad y veros privados por siempre de la felicidad de un Dios, no hagáis méritos para caer en el infierno. Para evitarlo, es preciso hacer esfuerzos por entrar por la puerta estrecha que conduce al cielo, es necesario renunciar a las locas vanidades del mundo, abandonar esas compañías peligrosas, esas modas indecentes, esas lecturas frívolas, esos espectáculos de perdición, porque todo eso es escándalo, todo eso es cizaña que será arrojada al fuego sin remedio. ¿Quién no se pondrá a tan pequeño trabajo por huir de un mal tan grande como es el infierno? ¿Quién no escogerá sobrellevar las ligeras molestias que trae consigo la virtud a padecer los gravísimos tormentos que son consecuencias del pecado? Nadie, hermanos míos, que tenga juicio o razón, pero consideradlo atentamente, para reinar con Cristo es preciso crucificar la carne con todos sus vicios y concupiscencias.

Dios de Bondad! Ya os dicen nuestras lágrimas y nuestro arrepentimiento cuál sea nuestra elección. Recibidlas y juntadlas con aquellas que derramó vuestro Divino Hijo por nuestros pecados y con aquella sangre preciosa que brotó de sus sacratísimas llagas para redimir al mundo. Vedle interpuesto entre nosotros y el infierno, abiertos los brazos para impedir que caigamos en él e invitándonos al mismo tiempo a que nos refugiamos en su corazón. Allí hallaremos la fuerza necesaria para dominar la rebeldía de nuestras pasiones. Si, Señor, allí nos esconderemos y con acento suplicante te pediremos tengas misericordia de nosotros.

Amen

ORACION FUNEBRE DEL ILMO. MONS. MANUEL
TOVAR EN EL PRIMER CENTENARIO DE SU NACI-
MIENTO, CATEDRAL DE LIMA — MARZO 1944

Ecce Sacerdos Magnus.....

He aquí al gran sacerdote.....

Eclesiástico 44.

Hémos aquí no para verter lágrimas sobre los inanimados restos del que un día rigiera la sede de Toribio sino para engrandecer su memoria y rendir gracias a Dios por la dádiva que nos hiciera en la persona de Manuel Tovar. Por lo mismo, nada mas oportuno que repetir en este instante las palabras con que se abre el Oficio de Difuntos: "Regem cui omnia vivunt, venite adoremus". Venid adoremos, al Rey de los siglos, ante quién viven cuántos son ya despojo de la muerte; adoremos al Hacedor Supremo que modeló el alma nobilísima del gran pontífice y la selló con el triple sello de cristiano, de sacerdote y de sucesor de los apóstoles; adoremos al Señor de todo lo creado que cortó el hilo de la mortal carrera de nuestro partor y padre, para hacerlo entrar en la eterna y verdadera vida; adoremos al Supremo Juez, por quién y para quién lidió este atleta del catolicismo el buen combate, mereciendo recibir la recompensa prometida al siervo bueno y fiel. Regem cui omnia vivunt, venite adoremus. Un motivo personal me fuerza, además, a inclinarme ante los designios de Dios que ha dispuesto sea yo, en medio de mi pequeñez, el llamado a honrar la figura del insigne prelado, a quién aprendí a amar desde mi infancia y cuyas manos consagradas se posaron más de una vez sobre mi cabeza de adolescente. Ahora que tantos años han pasado, e intento evocarla ante vosotros, ella se me presenta nimbada por un halo de luz pura, libre de la inevitable escoria que acompaña aun al oro más acendrado y engrandecida por

la lejanía como el sol en el ocaso. Y siento, hermanos míos, que sea mi torpe lengua la que en este lugar haya de hacer su panegírico, porque siendo estos homenajes como una reivindicación de este gran servidor de la Iglesia y de la patria, el elogio debía haber correspondido a una voz más autorizada que la mía.

A impulso del natural sentimiento producido por su desaparición, no se le regateó entonces la alabanza ni se mostró indiferente la opinión, pero no se llegó a valorar su obra ni se hizo el debido aprecio de las dotes nada comunes que lo adornaron. Flores, más o menos galanas, depositadas sobre su tumba, bien pronto se marchitaron. No faltó a la sazón quien señalara este desvío de la gratitud nacional hacia el insigne arzobispo, cuya vida toda había sido una perpetua ofrenda en provecho de los demás. El prelado que le asistió en su lecho de agonía y fué el primero en tejer su fúnebre elogio pudo con razón decir: "La posteridad debe a sus héroes una corona de justicia y esta corona, debo decirlo con pastoral libertad, la sociedad de mi patria no la ha puesto en la frente del egregio pontífice". En efecto, sólo de una manera fugaz y en forma casi vacilante vino a posarse la gloria sobre el sacerdote de mirada profunda, de porte austero y digno y de gallarda y recia contextura que fué Tovar. De allí que a nosotros nos corresponda llenar este vacío y cumplir con este deber.

Dios que le había escogido para sí y deseaba darnos de él un dechado de sacerdotes lo condujo de una manera insensible pero no menos admirable hasta las puertas del santuario y la sublime cumbre del altar. Niño aún, vió enlutado su hogar por la muerte de su padre y hubo de buscar en Lima otro, no extraño sin duda, pero no tan risueño como aquél en que se deslizara su infancia. Guiado por su virtuosa madre, encaminó sus pasos al Seminario de Santo Toribio y allí encontró en la persona del Vice-Rector Don Juan Ambrosio Huerta, a un padre y maestro, que lo miró siempre como a su predilecto discípulo y, al formarle para Dios, templó su alma en la fragua de los grandes héroes: ¿Cómo admirarse de la elevación de espíritu de Tovar, de la reciedumbre de su carácter y de su hondo sentido cristiano, habiéndose forjado en tal escuela? Huerta, el futuro obispo de Puno y de Arequipa, el acérrimo debelador del liberalismo y la masonería, pudo considerar a Tovar como a su obra maestra y si Ireneo fué la gloria de Policarpo, Eugenio la de Bernardo y Javier la de

Ignacio, Manuel Tovar fué la gloria del Ilmo. Huerta. A éste lo había escogido Dios para llevar a cabo la reforma del Seminario, iniciada por Luna Pizarro y poniendo en esta obra todo su saber, discreción y atractivo personal logró convertirlo en el plantel de educación más notable de la capital en aquellos años, donde se formó una generación que ha dejado honda huella en nuestros fastos y no ha sido superada después. Entre sus hombres sobresale Tovar, quien a los diecisiete años se gradúa de maestro y, tras obtener el primer lugar entre sus condiscípulos, recibe las órdenes sagradas hasta el diaconado en 1866. Sólo cuenta 22 años, no es aún presbítero, pero su celo ardiente y la seguridad que le da su sólido saber lo arroja a la pelea.

Muchos pudieron decirse al verle descender a la arena lo que Saúl y los israelitas se decían, al contemplar a David enfrentándose a Goliat, pero no, éstos como aquéllos debían engañarse. En San Marcos, al inaugurarse el curso, un catedrático de medicina se permite una frase más inepta que heterodoxa y Tovar, representante de la Facultad de Teología, no puede contenerse y se levanta para confundir a quien tan mal uso hace de su ciencia; el Gobierno, con un decreto inconsulto, pretende desarraigar una piadosa y antigua costumbre de nuestro católico pueblo y el joven levita, desde las columnas de "El Bien Público", defiende con entereza la causa de la religión, aun cuando para ello haya de sufrir la cárcel y el destierro. Si estos son los primeros lances del novel luchador, ¿qué le reservará el porvenir?

Roma, la capital del orbe cristiano, lo acoge entre sus muros. Pío IX, el gran Pontífice, que a la vocinglería de los incrédulos había de responder, proclamando la infabilidad del sucesor de Pedro, lo estrecha entre sus brazos. En San Juan de Letrán, la Iglesia madre de todas las del orbe, recibe Tovar la unción sagrada y sube al altar para ser, eternamente, sacerdote de Dios. Su valor se redobra ante el espectáculo que ofrece aquella ciudad regada por la sangre de Pedro y Pablo y de innumerables mártires, su razón se ha fortalecido a la vista de esa cátedra inmovible de la verdad que resiste hoy como ayer los embates de los enemigos de Cristo y su espíritu parece abroquelarse con el escudo de la fe, el yelmo de la salud y la espada de la palabra de Dios. Al volver a la Patria ésta puede regocijarse de tenerle en su seno, la Iglesia no verá fallidas las esperanzas que había cifrado

en él. Su palabra, llena de ardor y de elocuencia, atraerá en derredor de su cátedra a los que buscan sinceramente la verdad; su pluma, ágil y rotunda, llevará el convencimiento a las inteligencias y disipará las nieblas del error; su virtud, amable y austera a un tiempo, conducirá hacia él a las almas ávidas de paz y de perfección.

Pero Tovar había nacido más para la lucha que para las fáciles y reposadas tareas del ministerio sacerdotal. El mismo llegó a decir alguna vez: "Yo he sido puesto por Dios, en medio de esta sociedad, como signo de contradicción". Comienza nuestro soldado de Cristo por desenmascarar al infausto sacerdote que, en su soberbia, se atreve a desafiar a la Iglesia entera en la persona de su augusto Pontífice. En sus "*Cartas a Vigil*", pulveriza los viejos sofismas del clérigo apóstata que, en vano se esfuerza por encubrir bajo la mole farragosa de citas y autores contravertidos, la endeblez de sus argumentos y la inconsistencia de sus afirmaciones. Luego, desde las columnas de "*La Sociedad*", periódico que dirige durante una década, Tovar opone su acerada y bien cortada pluma a todos los desbordes de la prensa impía. Es periodista y sacerdote y, cumpliendo con uno y otro deber, se vale de su diario para orientar la opinión pública, para defender el derecho y la justicia amenazados, para salir por los fueros de la verdad y repeler los ataques lanzados contra la inocencia o la santidad de las costumbres. Util enseñanza la que nos ofrece Tovar desde su puesto de Director de un diario. La prensa, que tanta veces, bastardea su noble misión, que muchas se hace eco de la maledicencia y claudica vergonzosamente ante el cohecho o el favor o torpemente vuelve el rostro a la realidad de los hechos, dejando de ser guía que oriente para convertirse en cómplice que precipita, esa prensa debía ponerse ante los ojos el admirable ejemplo de Manuel Tovar.

Llamado a regir el Seminario, siguió la senda trazada por su maestro, D. Juan Ambrosio Huerta y, anticipándose al mismo León XIII, hizo adoptar como texto en las escuelas de Teología la "*Suma*" del Doctor Angélico; el Papa cautivo, víctima de inicuo despojo, necesitaba del auxilio de sus hijos y Tovar se convirtió en cuestor de las limosnas de los fieles en favor del Dinero de San Pedro; su virtud y su saber le señalaban para ocupar alguna de las sedes vacantes, él, desprovisto de toda ambición, reacio al más leve intento de ganarse el favor de los que mandan y nada dispuesto a dejarse seducir por los honores,

una y otra vez rehuyó aceptar la mitra ofrecida. Prefería continuar luchando como simple soldado las batallas del Señor.

La Patria en los días azarosos de la guerra y más aún, en los amargos y ensombrecidos que siguieron a la derrota, solicitó sus servicios. Como representante en la Constituyente, primero y luego, como Ministro de Estado y miembro de la Junta Gubernativa, Monseñor Tovar puso todo su conato en curar las llagas de la patria, en unificar las voluntades de todos los peruanos, divididos y dispérsos y en abrir el pecho a la esperanza del resurgimiento de la nación. Como ciudadano llegaba a la cima de su carrera, como eclesiástico la Iglesia lo puso en posesión de la más alta silla del Cabildo Metropolitano. Desde entonces aplicó sus esfuerzos a la obra de restauración de este templo, que logró ver terminada, cuando ya había ascendido al solio de Santo Toribio.

Dios Nuestro Señor lo había escogido, en efecto, para prelado de esta Iglesia y lustre de la veneranda serie de sus Arzobispos. La sociedad entera aplaudió su nombramiento porque ninguno juzgaba más digno de que la apacentase como pastor, pero si bien en sentir del mundo, la perspectiva que se abría ante los ojos del nuevo prelado parecía bañada de luz y sembrada de flores, en realidad la senda que recorrieron sus ya cansados pasos fué una verdadera vía dolorosa. ¡Providencial y amoroso designio de Dios que, a sus escogidos, a sus dilectos, abreva con amarguras, apesadumbra con cruces y satura de humillaciones! Al sacerdote, compañero de Cristo, al pastor, apóstol de Cristo, no le podía caber otra herencia que la legada a sus seguidores por el Divino Maestro: Vivir y morir crucificados.

Y esta fué la vida y la muerte del Illmo. y Revmo Mons. Tovar. La gloria que había rozado su frente, al honrarlo la Academia de la Lengua con la venera de individuo de número; al encumbrarle el país al alto puesto de Consejero de Estado, al poner la Iglesia en sus manos el báculo pastoral, pareció eclipsarse y desvanecerse para siempre. La malquerencia u hostilidad de los unos, la frialdad, si no fué ya la franca oposición que halló en las esferas gubernativas, la lengua infamante y protérva de un sacerdote extraviado, los mil sinsabores que ofrece la vida diaria a quien no se propone otro ideal que el cumplimiento del deber y una traidora enfermedad, en fin, vinieron a colmar de acíbar los últimos años de su existen-

cia. Sólo halló tregua su penoso afán, al acudir con todos los Obispos de América al Concilio convocado por León XIII en la capital del orbe cristiano. En esa magna asamblea, la figura de nuestro Arzobispo brilló con la más pura luz. Su talento, su honda versación en materias eclesiásticas, su fina discreción y su ingenua modestia, atrajeron hacia él las miradas de los Padres del Concilio y le conquistaron la admiración y el respeto. Era el más joven de los arzobispos y, por tanto, le correspondía el postrer lugar, pero Dios, recompensando su virtud, dispuso las cosas en forma que fuese él quien presidiese la última sesión del gran sínodo y que su nombre fuese el primero en referendar las decisiones que habían de ser ley para toda Ibero América.

Breves fueron esos fulgores como fugaces son los rayos de sol que llegan a atravesar un cielo tempestuoso. Vuelto a su sede, le aguardaban aquí la persecución, la indiferencia, la enfermedad y la muerte. Nada mejor pudiera decirse en su alabanza y grabar como epitafio sobre su tumba que estas palabras que él mismo estampara en su primera pastoral: "Os suplico encarecidamente, decía, que roguéis por mí a la Divina Bondad para que sea fiel a la sublime gracia del episcopado y para que cuando me hiera el rayo de la muerte, no caiga como árbol infecundo y maldito, destinado al fuego, sino como valeroso soldado de Cristo que se presenta a su Rey en las puertas del paraíso y recibe de sus manos la corona de la inmortalidad".

Y, ¿quién duda, hermanos míos, que fuera Tovar fiel a la gracia recibida, cuando, joven aún, caía de rodillas ante su Obispo, para escoger a Dios como porción de su herencia; cuando, ascendiendo gradualmente en su levítica carrera, recibía, primero, el Libro de los Evangelios, que con tanta elocuencia debía exponer a los demás y, luego, el cáliz del Nuevo Testamento y la Hostia de salud, quedando hecho sacerdote del Eterno; cuando, en fin, investido de la plenitud del sacerdocio, ceñía a sus sienes la mitra y empuñaba el báculo pastoral? Por su fidelidad a estas gracias no cayó como árbol estéril que desploma el vendabal sino como valeroso soldado de Cristo, como perfecto imitador de su Maestro, como víctima propiciatoria por los pecados de su pueblo. Por eso, sin duda, Dios, justo remunerador de los buenos, habrá puesto en sus manos la palma del triunfo y sobre su cabeza no ya una diadema sino la triple corona, del sacerdote modelado según el corazón de Cristo, del pastor, amante y fiel, pronto

a dar la vida por su rebaño y la *venerable del infortunio*, como él dijera en frase lapidaria.

Para su dicha esencial y su verdadera gloria esto basta, mas por la obligación que nos corre de enaltecer dignamente a tan ilustre y abnegado servidor de la patria, por el buen nombre de esta nación, de la cual fué ornamento preclarísimo, urge elevar a su memoria el monumento que le corresponde y grabar en él con letras indelebles el homenaje de la gratitud del Perú.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA ENTREGA DE LA
CASA QUE FUE DE D. JOSE DE LA RIVA AGUERO A
LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL
PERU

Emmo. Sr. Cardenal.

Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad.

Sr. Ministro de Educación Pública.

Me ha cabido, inmerecidamente por cierto, el honor de recibir en nombre de la Universidad Católica del Perú, esta casa, solar de una antigua e ilustre familia y lugar donde naciera uno de los hombres de quien con más razón podemos enorgullecernos. Un conjunto de circunstancias imprevistas, dolorosas unas y honrosas otras para el patriotismo, han sido causa de que ni el inolvidable P. Jorge Dintilhac ni el Dr. Víctor Andrés Belaúnde se hallen presentes en esta ceremonia. Pero, si bien es verdad que estoy muy lejos de igualar los méritos de entrambos, no creo cederles en el justo concepto y la debida valorización del Instituto que hoy se inaugura oficialmente en esta mansión.

Fuí de los primeros en pensar que ningún otro monumento podíamos levantar a la memoria del que un día fuera miembro esclarecido de nuestro claustro y hoy es insigne benefactor de esta Universidad; que el hacer de esta casa un santuario en donde se cultivara al unísono con el amor a la tradición y a la patria el afán del saber y la investigación serena de la verdad.

Más de una vez y en la expansión de la amistad escuché de sus labios el proyecto que abrigaba sobre esta mansión, en donde se había mecido su cuna, donde habían trascurrido los jubilosos días de su niñez y había sentido las primeras inquietudes de la adolescencia. Habría sido su sueño dorado pasar ese crepúsculo de su vida, siempre incierto como todo lo que atañe al futuro, entre

estas paredes llenas de recuerdos familiares, entre sus libros que fueron sus mejores amigos y al calor, puede decirse, de un ambiente que endulzaría su declinante madurez. Este sueño dorado vino a truncarlo la muerte y, por lo mismo nos corria a nosotros, los herederos más de su espíritu que de su fortuna, la obligación de convertir en realidad lo que para él no fué más que un ensueño halagador.

Gracias a la generosa y acertada cooperación de sus albaceas, hoy abrimos las puertas de este Instituto que lleva su nombre y las franqueamos, en primer término, a los profesores y alumnos de nuestra Universidad y, además, a todos cuantos atraviesen sus umbrales con el sincero propósito de buscar la verdad y de inspirarse en los intangibles principios de la fe cristiana y de la tradición nacional. Aquí hemos reunido con este objeto la rica biblioteca que, desde los primeros años de su juventud, comenzó a formar Riva Agüero no con el pretencioso y fútil afán de quien reúne preciosidades, como muchos hombres modernos, de los cuales dijera el poeta Juan de Luzón:

También es soberbia de gran niñería
tener ricos libros de ricas figuras,
preciando más mucho de sus cerraduras
que no sus primores y sabiduría.

sino con el discernimiento y atinada selección del erudito y buen apreciador de los valores auténticos del saber. Al tomarlos en sus manos nuestros jóvenes recuerden que por sus páginas pasó el aliento de un espíritu elevado que supo libar en ellas lo mejor de su miel y pudo repetir, aludiendo a las obras de los grandes maestros, lo que dijo del poeta venusino Menéndez y Pelayo:

Yo también a ese libro peregrino,
arca santa del gusto y la belleza,
con respeto llegué, sublime Horacio,
yo también en sus páginas bebía
el vino añejo que remoza el alma.

Los grandes cuadros que penden de estos muros, los arcones, bargüenios y sillas de respeto que decoran sus salas y hasta el artesonado de la techumbre les recordará un pasado que nos debemos esforzar por conservar y repre-

senta para nosotros como representó para Riva Agüero, la tradición que nos consolida y nos defiende de la movable fluctuación de las cosas que pasan. Con este espíritu se va a inaugurar este Instituto, cuya finalidad y sentido podemos decir que se halla compendiado en el nombre con que se honra y va a constituir su lema.

Termino, pero antes deseo expresar en nombre de la Universidad y en el mío propio mi más sincero y cálido agradecimiento al Dr. Constantino Carvallo, quien como Presidente de la Junta administradora de los bienes de D. José de la Riva Agüero, no ha omitido esfuerzo y gasto alguno porque este Instituto sea una realidad y responda a los altos fines para los cuales se ha creado. Estamos convencidos que al hacerlo le ha guiado el deseo de favorecer la cultura patria y, sobre todo, responder, como legatario, a lo que podemos denominar íntimo y póstumo deseo del insigne testador.

ORACION PATRIOTICA PRONUNCIADA EN LA
CATEDRAL DE LIMA EL 28 DE JULIO DE 1947, AL
CONMEMORARSE EL 126º ANIVERSARIO DE LA
INDEPENDENCIA DEL PERU.

Señor Presidente de la República;
Emmo. Señor Cardenal Arzobispo Primado;
Excmo. Señor Nuncio de Su Santidad;
Excmos. Señores Obispos;
Señores Embajadores;
Representantes de los Poderes del Estado:

No vengo a halagar vuestros oídos con las flores de la retórica ni menos a prodigar elogios o engarzar fútiles guirnaldas de patriótico regocijo con motivo de esta celebridad, no; creería faltar al respeto debido a esta cátedra, ennoblecida por la elocuente palabra de un Herrera, de un Huerta, de un Tovar y de otros preclaros sacerdotes para quienes el aniversario patrio fué sin duda, una fecha digna de ser exaltada, pero ante todo la ocasión de volver los ojos al presente y preguntarse con franqueza y lealtad, ante el Dios que nos concediera la dicha de ser libres, si hemos respondido cumplidamente al beneficio y nos hemos hecho dignos de la grandeza de esta dádiva.

En la hora solemne en que el Jefe de esta católica nación va a tributar a Dios el debido homenaje de su reconocimiento y el Pontífice que felizmente rige esta venerada Iglesia va a rendir gracias en nombre de su pueblo al Señor de los Ejércitos, es necesario y conveniente que nos recojamos un poco, que demos paso a la reflexión y, entrando dentro de nosotros mismos, pesemos en la balanza de una conciencia justa y ante el Tribunal de la Verdad Suprema, los quilates de nuestro patriotismo y lo acendrado de nuestro afecto para con la patria.

Porque, amados oyentes, no es posible dar oídos a esa falaz y vocinglera sirena que sólo nos habla de derechos del hombre y olvida que por encima de esos legítimos derechos y como ineludible vínculo de toda criatura tenemos aquí en la tierra sacrosantos deberes que cumplir. Uno de esos deberes es precisamente el amor a la patria, al suelo en que nacimos, a la tierra en que yacen nuestros antepasados y nos sustenta con sus frutos y nos regala con la blandura de su temperie.

Deber es, como dice León XIII, impuesto por la naturaleza, amar a la sociedad en que nacimos y este amor en todo buen ciudadano debe ser tal que lo haga pronto a ofrendar la misma vida por la Patria. Ahora bien, hoy más que nunca es preciso hacer hincapié en este concepto, porque son muchas las causas que tienden a oscurecerlo en nuestra mente y debilitarlo en nuestra voluntad, haciéndole creer al hombre que o no existen lazos que nos vinculen a aquellos con quienes vivimos o que éstos no son de tal naturaleza que puedan razonablemente exigir de nosotros algún sacrificio. El egoísmo, ese cierzo helado que paraliza hasta en su raíz todo sentimiento generoso y la insaciable sed de bienestar material que rebaja los ideales de la felicidad humana, son los dos mayores enemigos del patriotismo, porque éste como toda virtud moral se nutre de la caridad y no puede haber caridad allí donde el yo se erige a sí mismo en soberano y se fija como meta de la vida el placer.

Por eso juzgo que nada hay tan necesario como recordar esos deberes y todos, gobernantes y gobernados, poderosos y humildes, en este día en que celebramos la aurora de nuestra vida como nación independiente, los debemos traer a la memoria, para excitarnos a su cumplimiento, como el mejor homenaje que podemos rendir a nuestra madre común.

Esos deberes los podemos reducir a dos: el respeto a la ley y a la autoridad que vela sobre ella y el anhelo de contribuir en la medida que nos corresponda al bienestar de los demás. No me detendré en probar, porque demasiado lo sabemos, que el respeto a la ley y a la autoridad que podemos llamar su encarnación es el nervio y fundamento de toda sociedad, pero no es menos cierto que nada hay tan difícil en la práctica como someterse a ella, sobre todo cuando en la orden del superior hay algo que contraría nuestras miras privadas o no dice bien con nuestro modo de pensar. Pero ¿quién no ve que sería imposible la convivencia si en

lugar de atender al bien general se hubiese de tener en cuenta sólo los intereses y pareceres de cada individuo en particular? No, el sometimiento a la ley por imperfecta que ella sea, como lo es de ordinario la obra del hombre, es tan necesario en la vida social que de él no pueden derivarse sino ventajas para la colectividad, en tanto que su desprecio no puede menos de acarrear la ruina de todo el edificio del Estado. Sin embargo, una larga y triste experiencia contradice esta verdad entre nosotros y todavía es el caso de repetir lo que dijera en otro tiempo la autorizada palabra de D. Bartolomé Herrera: que el principio de obediencia pereció en las luchas de la emancipación: tan frecuente se hizo en la república el conculcarlo. Más aún. si acaso nos doblegamos ante la ley, ello no se hizo por conciencia como querría San Pablo que lo hiciesen los cristianos sino a lo sumo por temor de caer bajo la amenaza de la sanción.

Pero ¿irán tras ese ideal los que cegados por la pasión política tienen por adversarios a los que no adoptan su mismo modo de pensar? ¿Los que juzgan erradamente que el dominio del Estado es sólo patrimonio de una facción? ¿Cómo decir que aman a la patria los que sólo atienden al logro de sus miras privadas y en el disfrute de los bienes que, pródigo nos brinda nuestro suelo, hacen uso de un exclusivismo irritante e injusto? ¿Cuál es la patria que aman los que desatienden a sus hermanos y nada hacen por mejorar la condición de los desvalidos?

¿Y de la autoridad no podemos decir hoy las palabras dichas por otro ilustre sacerdote desde esta misma cátedra? Lamentábase D. Juan Ambrosio Huerta, al ver que en el Perú todos se creían con derecho a hacerla objeto de sus críticas y darle lecciones de buen gobierno, empleando para ello muchas veces un lenguaje maldiciente, como si para dar un consejo saludable a los que mandan fuera necesario ultrajarlos. Oh y cuán grave daño infirió esta conducta a la sociedad y cuán funesto ejemplo se dió a la multitud incapaz por sí misma de pensar! ¿Y no se paró mientes en que cuando se combate o se desprestigia a la autoridad por los mismos fillos se hiere a todo el cuerpo social y se irroga una ofensa a todos sus miembros que de ella dependen como de su cabeza!

Por eso el Apóstol gravemente nos previene que el que resiste a la autoridad legítima resiste a un mandato de Dios, quien, como Dominador del Orbe, no puede dejar sin castigo un delito que amenaza de muerte a la misma so-

ciudad. A ello se agrega que achaque antiguo ha sido culpar a las autoridades o las leyes de nuestras desgracias, pero basta un poco de buen sentido y avivar un tanto la memoria para comprender que no está allí la raíz del mal sino en nosotros mismos, porque no son los gobernantes ni las leyes los que hacen buenos y felices a los hombres, sino al contrario los buenos y virtuosos ciudadanos son los que dan sabias leyes y eligen autoridades dignas del poder.

Inculquemos el respeto a la ley, la obediencia a la autoridad; en una palabra, fomentemos las virtudes cívicas en nuestro pueblo y habrá desaparecido de entre nosotros una de las causas que retrasan nuestro desenvolvimiento como nación.

Pero no es ésto solo, el hombre en sociedad no vive aislado de los demás, y así como participa y disfruta de los bienes que la vida social lleva consigo, así también le corre la obligación de contribuir en la medida de sus fuerzas al bienestar común. Nada más funesto que ese egoísmo que sólo atiende al interés particular y ahora se oculta bajo el disfraz de una fría indiferencia, ahora llega con increíble descaro hasta la violación del derecho de los demás. Vicio es éste que así se hallará en los de arriba como en los de abajo, olvidando los primeros que Dios los destina a ser la providencia del pobre y los segundos que el trabajo dignifica y es ley impuesta a todo hombre.

¿Y podrán los que de él se hallan contaminados hablar de patriotismo? ¿Es que acaso el amor a la patria se identifica con su propio interés?

Lejos, muy lejos de nosotros esa mezquina y rastrera concepción de la vida que no se propone otro blanco que la satisfacción de nuestros caprichos y tiende a hacer de la sociedad un violento entrevero de encontradas pasiones. Oh, diré con Mons. d'Hulst: lamentemos la suerte de la nación condenada a escoger entre esas dos formas del egoísmo: la de los satisfechos que todo lo quieren para sí y la de los descontentos que sólo espían la ocasión de echarse sobre su presa. Como en el sueño de Faraón los débiles devorarán a los fuertes para ser devorados a su vez por otros en un turno inacabable y violento.

Hoy, más que nunca, no es posible echar en olvido los deberes que nos impone la justicia social. No en vano quiso Jesucristo que la sociedad por él fundada se asentase sobre estas dos piedras sillares: la justicia y la caridad; sin ellas no hay convivencia humana posible y se convierte en un mito el nombre de patria. Porque amar a la pa-

tria es servirla en todos y cada uno de sus hijos: es cooperar al bien común; es dar algo de sí en beneficio de los demás; es, en una palabra, sentir la emoción ajena como si fuera propia y vivir en la práctica ajustando sus actos a ese ideal de fraternidad que nos legó Cristo y hace de todos los hombres y mucho más de los nacidos bajo un mismo cielo, miembros de una sola y única familia.

No, amados oyentes, la patria de la cual hemos recibido señalados beneficios y nos los dispensa continuamente, espera de nosotros algo más que vítores y aplausos; espera que todos cumplan con los deberes que Dios mismo nos exige para con ella y que hemos resumido en el respeto y obediencia a la autoridad y a la ley y en una verdadera y eficaz cooperación al bienestar de los demás. Ningún día más dichoso para el Perú que aquél en que cada uno, desde el pastor indígena que guarda su ganado en las punas hasta el hombre de negocios que planea una gran empresa mercantil, llegue a persuadirse de estos deberes y se disponga a cumplirlos esforzadamente.

Entonces sí que nuestra patria será *firme y feliz por la unión*, y la inevitable diversidad de pareceres que da origen a los partidos políticos no convertirá a éstos en instrumentos forjadores del odio y de la división. Meditemos en los deberes que nos impone el patriotismo y, echando un velo sobre los yerros y extravíos en que hayamos podido incurrir en el pasado, aunemos nuestros esfuerzos para hacer del Perú, una nación unida, virtuosa y fuerte. Sin reservas y con generosidad, hombro con hombro, sin más distinción que la señalada por la jerarquía social, apliquémonos a esta tarea a fin de que todos puedan gozar del inefable placer de haber contribuído a la grandeza de la patria.

Oh Señor, que riges los destinos de los pueblos y desde tu eternidad fijaste el día en que había de lucir para nosotros el sol de la libertad, mira a esta nación que hoy eleva sus ojos hasta tu trono para agradecerte tus beneficios y por boca de sus Prelados y Sacerdotes te canta desde todos los ámbitos de su suelo el himno de la gratitud. Escucha nuestros votos y, al derramar tus bendiciones sobre nosotros, sean ellas prenda de una era de paz sobre la tierra y de gloria para tu nombre en los cielos. Así sea.

HOMENAJE A CERVANTES EN EL CENTENARIO DE
SU NACIMIENTO. — 25 DE OCTUBRE 1947. — DIS-
CURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO MUNICIPAL
DE LIMA.

Después de tanto como se ha hablado y escrito, antaño y hogaño, sobre Cervantes y su obra, podría parecer atrevimiento volver a tocar un asunto que se puede tener por agotado. Sin embargo, es tan fecundo su ingenio, tan variados los matices de su inspiración, tan universales los tipos creados por su fantasía, tan honda, en fin, la filosofía encerrada en las páginas de su obra maestra, que por mucho que corra la pluma sobre el papel o se prodigue la facundia de sus panegiristas, siempre habrá tela que cortar en ellas y no faltará materia a los que se ensayen en el tema. Por esta razón y porque considero un deber rendirle este homenaje, ya que todos,

súbditos y extraños,
los de las tierras de Indias, desde ha trescientos
(años,
tenemos a Cervantes como el mejor Virr

voy a dedicar unos instantes, contando con vuestra benévola atención, al estudio de su obra y a las lecciones que de ella se desprenden.

Fué siempre atributo de las obras del genio suscitar en torno a sí los más diversos pareceres y aun las ideas más encontradas, dando margen, unas veces a la imitación, otras al sutil comentario o a la interpretación escudriñadora y exhaustiva. Tal fué el Quijote y, así se explica el que sobre él se hayan vertido pensamientos felices y también solemnnes disparates. Dejemos a un lado la grotesca parodia que ya en vida de Cervantes publicó el anónimo

autor que se encubrió con el nombre de Avellaneda; después de él no faltó quien intentara imitar ese libro inimitable, pero tanto Meléndez Valdés como Juan Montalvo, para no citar sino a los más ilustres, no hicieron sino demostrar su impotencia y, como dijo Valera, fracasaron gloriosamente. Era empresa vana pretender copiar a Cervantes, quien al colgar su pluma de la espetera había dicho:

Tate, tate, folloncicos,
de ninguna sea tocada,
porque esta empresa, buen Rey,
para mí estaba guardada.

Más descarriados anduvieron los que al interpretar el Quijote tropezaron con uno de dos escollos: o el de la vulgaridad o el de la paradoja. Basta recordar que un tal Foronda llegó a estampar que Cervantes no había conocido la lengua en que escribiera y que un Montiano llegara a atribuir los éxitos del Quijote al depravado gusto de los hombres de la época. Sin llegar a tales aberraciones, no han faltado escritores que o bien lo hayan reducido a una obra de mero pasatiempo, destinada a espantar la melancolía de sus lectores o piensen que Cervantes no se propuso otro blanco al escribirla que desterrar del comercio humano los libros de caballería. Sin duda ninguna que el Quijote es todo esto, pero si en él no halláramos otro mérito que el señalado por estos críticos míopes, ha ya tiempo que estuviera entregado al olvido y se hubiera perdido su memoria como la del Amadís o la del Caballero Esplandián. Tampoco anduvieron acertados cierto género de críticos, como el mismo Clemencín, que aplicaron a la disección del Quijote un método demasiado esclavo de los preceptos y la gramática, descubriendo lunares que lejos de afearlo, contribuyen como ligeras sombras a dar mayor belleza al conjunto.

Pero donde aparece y resalta la inevitable discrepancia de los juicios humanos es en la interpretación que se ha querido dar a los personajes de la Historia del famoso hidalgo manchego; buscando en ellos unos simbolismos, un sentido oculto y hasta una filosofía que estaba muy lejos de caber en el magín del insigne manco de Lepanto. ¿A qué devanarse los sesos para descubrir soñadas analogías entre el bueno de Alonso Quijano y algún personaje contemporáneo de Cervantes? ¿A qué esforzarse en probar que su autor se propuso hacer la crítica de los políticos de su tiempo y que en las páginas del Quijote se encierra velada

la más acerba pintura de una nación que caminaba rápidamente hacia su ocaso? No es posible aprobar estos desvaríos, aunque todos ellos, como advirtió Menéndez y Pelayo, sean un tributo a la gloria del artista creador.

No, señores, el Quijote es lo que quiso que fuese su autor: un libro diáfano y rebosante de humorismo sano que, sin esfuerzo, sugiere al lector las más variadas reflexiones y le enseña deleitando esa ciencia práctica de la vida que es la más alta disciplina que nos conviene conocer; un libro en el que se dan la mano lo que tiene el hombre de más grande y de más bajo: el idealismo desinteresado y a prueba de todos los contrastes, que aspira siempre a escalar las cumbres y el materialismo que apesga el vuelo del espíritu y nos encorva hacia los mezquinos goces del sentido; un libro, en fin, tan profundamente humano que vence el tiempo y el espacio y lo leerán con fruición todas las generaciones, porque la belleza que es propiedad trascendental irradia en todas sus páginas y las baña con soberanos resplandores. Si no ha habido acuerdo perfecto en el juicio que de él se ha formado la posteridad, ello sólo prueba la limitación de nuestro entendimiento, pero esa misma diversidad de opiniones y todo ese cúmulo de comentarios que ha suscitado el Quijote nos están indicando que ese libro rebasa el marco de lo común y ordinario, porque es privilegio del genio sugerir mucho más de lo que suenan las palabras, insinuar un sentido recóndito que tal vez ni el mismo autor presintió y desgranar ante nuestros ojos toda una floración de bellezas que brotaron de una manera espontánea de la intuición del artista.

El ideal caballeresco que alienta al rendido amante de Dulcinea, su esperanza nunca vencida, su ingénita bondad y hasta su desdén por lo material y terreno, son virtudes que todos deberíamos imitar y un ejemplo que debería estimularnos a luchar contra las bastardas inclinaciones de nuestro ser. En este sentido, como ha dicho Vasconcelos, cada cristiano es un Quijote. Y si de nuestro mundo interior pasamos al que nos rodea, es manifiesto que en todo pecho humano debería anidar ese ideal de justicia y de beneficencia que lanzaba a nuestro andante caballero en pos de las más arriesgadas aventuras y lo alentaba en sus derrota, porque no era la seducción de la gloria o el atractivo del interés el que lo sostenía en su empresa sino el amor a una causa justa y la pasión santa de hacer el bien. Situado en este plano, la victoria tenía un papel secundario y lo importante era disfrutar el honor de librar batalla con

tra lo que se debe combatir. He ahí, a mi modo de ver, la gran lección de filosofía cristiana que se desprende de este libro admirable y pienso que Cervantes no tuvo otro intento al diseñar a su héroe que darnos una semblanza de lo que halló retratado en el fondo de su propia alma. Por eso pudo decir: "Para mí sólo nació Don Quijote y yo para él: él supo obrar y yo escribir: solo los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesi-lesco que se atrevió o se ha de atrever a escribir con pluma de avestruz, grosera y mal adeliñada, las hazañas de mi valeroso caballero..."

Tiempo hacía que lo había concebido en su mente y ya en el ENTREMÉS DE LOS ROMANCES, como lo ha demostrado D. Adolfo de Castro, se ve bullir en su imaginación la figura del héroe. El forzado reposo de la Cárcel de Sevilla la reavivó en su espíritu y comenzó a prestarle vida, dándole mucho de su ánimo paciente y resignado, de su alentadora esperanza, de su risa franca y sincera, de su buen gusto renacentista y, sobre todo, de su arraigada fe. Por eso pudo decir D. Juan Valera que el donaire de Cervantes no se concibe sin la debida conformidad con Dios y sin reconocer y declarar que cuantas cosas Dios creó son buenas, como el mismo Dios dijo al crearlas. Ese molde en el cual vació lo mejor de su espíritu no lo hubiera podido troquelar si él mismo no se hubiese sentido lleno de los sentimientos que prestó a su héroe y no hubiese tenido asiento en su alma la virtud, pues, como dijo Sócrates, sólo por este medio se pueden componer las obras maestras. Y en verdad que el cautivo de Argel fué hombre de un temple superior. No le acarició la fortuna y, a despecho de la pérdida de uno de sus miembros, de la dureza de su cautiverio y de las repetidas veces que se vió recluso en una cárcel, más por reveses económicos que por injusticias de su parte, mantuvo su decisión de ir adelante, desdeñando las espinas del camino y los desengaños que la vida ofrece, fija la vista en el destino que le había señalado la mano de Dios y en un porvenir más alto y trascendente que el marcado por el estrecho horizonte de esta vida.

Tal es, repito, la primera lección que podemos recoger del Quijote y bueno es traerla a cuento en estos tiempos de crudo materialismo, cuando, como ha dicho Vasconcelos, son muchos los que con la diestra levantan el trapo rojo del extremismo para ocultar la izquierda ocupada en llenar el bolsillo. Nada más ajeno a Cervantes y su obra, bañada

toda por un suave sol de alegría fecunda y de optimismo elevado y generoso, porque es cristiano.

Otra lección que nos da este gran maestro es la del manejo y conocimiento del castellano. No es cosa baladí o de menos valer el dominio que todos debemos poseer de la nativa lengua ni asunto que deba relegarse a los bancos de la escuela su aprendizaje. No, hay algo más que una combinación de palabras o un tejido de vocablos en el lenguaje. Es este algo así como un efluvio de nuestro espíritu, una imagen de nuestra alma y la expresión más acabada de lo que hay de más elevado en nosotros: el pensamiento. No en vano la filosofía cristiana llamó al Hijo de Dios el Verbo, la palabra eterna, increada y sustancial que se dice a sí mismo el Autor de todo lo creado. Raza e idioma contribuyen a fraguar nuestra índole propia, a modelar nuestra personalidad y así como la primera imprime su sello en nuestro cuerpo, así el segundo reflejo es de nuestra alma y ambos concurren a delinear nuestra fisonomía. Pero es indudable que, puestos a escoger, habrá que concederle la primacía al lenguaje, porque más que los de la sangre enlazan a los hombres los vínculos del idioma. Podrán confundirse las estirpes y mezclarse los linajes y llegar a fundirse en un troquel común, pero mientras subsista el mismo modo de hablar y de entenderse, no habrá desaparecido el más fuerte lazo de asimilación que existe entre los hombres y el roce cotidiano con los extraños no será parte para que deje de fluir la savia tradicional y unificadora que mantenga intacto el precioso legado recibido de nuestros mayores.

Ahora bien, el lenguaje apenas podría cumplir su altísima misión si se le desdeña o descuida o se le desfigura y bastardea. Integro y puro se ha de conservar, sin adoptar palabras o modismos que no dicen bien con su índole ni alterar la estructura de aquellas por novelorías antojadizas. Casticismo no es sinónimo de purismo y el ser castizo no equivale a ser afectado. Esto último se ha de evitar, pero a lo primero debíamos todos tender. Nada mejor para lograrlo que la asidua lectura de los clásicos y entre éstos a Cervantes le cabe el primer lugar. Por desgracia los hemos ido echando en olvido y el mal no arranca de ahora sino de muchos años atrás. Ya Palma, buen juez en la materia, lamentaba el que los jóvenes de su tiempo no mostrasen tener apego a la lengua que habían aprendido en el pecho de sus madres y se cuidaran muy poco de hablar y escribir en ella con corrección. Los que han venido des-

pués no han enmendado el yerro, antes bien lo han agrava-
do hasta el punto que su castellano resulta muchas veces
una jeringonza o algarabía imposible de entender.

Con ello no sólo se han violado los cánones del bien
decir, sino que además hemos roto con una respetable tra-
dición. Porque, señores, bien sabido es que en nuestro sue-
lo se vació el vino del habla de Castilla, traído en sus me-
jores odres y desde los albores de la Conquista resonó aquí
el eco de esa parla, galana y pintoresca, armoniosa y grave
que allá se escuchaba en los labios de un Juan de la Enci-
na, un Torres Naharro, un Juan de Valdés, un Juan de Me-
na o el anónimo autor de La Celestina. Más tarde y en
pleno siglo de oro, llegan aquí los discípulos de Fray Luis
de Granada y los amigos y coterráneos de un Avila, de un
Rivadeneira, de una Teresa de Jesús y de un Cervantes.
No nos faltaron, pues, excelentes maestros ni éstos dejaron
de sacar precoces discípulos. Garcilaso es uno de ellos.
Tan honrado se vió aquí el castellano que no menos de siete
escritores, nacidos o residentes en el Perú, figuran como
autoridades en el Gran Diccionario de la Academia y eso
que ésta se dejó en el tintero a algunos de los más notables,
como Fray Diego de Hojeda, Fray Gaspar de Villaruel y
Caviedes.

Hasta en la época republicana perdura esta gracia en
el decir y ese casticismo de lenguaje y un Ruiz, un Pando,
un Olmedo o un Felipe Pardo son pruebas bastantes de
nuestra tesis. Bautícese como se quiera este retroceso, atri-
búyase a pereza intelectual o a afán de modernismo, el he-
cho es que nos vamos olvidando del castellano y nos vamos
acostumbrando a ese lenguaje híbrido, incoloro y empe-
drado de neologismos con que nos regala la turba multa
do los plumíferos de hoy. Estos aducen en su defensa dos
deleznables argumentos: el uno se reduce a decir que las
nuevas ideas exigen que el lenguaje se modernice y se adap-
te a los adelantos de la época y el otro, que es su hermano
mellizo, asegura que el castellano es pobre en voces técni-
cas y científicas y forzosamente tiene que mendigar de otras
lenguas el vocabulario que le falta.

Lejos de mí el pensar que el lenguaje es algo estático
e inmutable, sin posibilidad de renovarse y enriquecerse;
sostengo, por el contrario, que como el árbol renueva su
follaje en cada primavera así debe hacerlo el idioma en las
fases de su evolución. Pero nótese bien que hojas y pim-
pollos, todos proceden de un tronco y una raíz comunes y
que una misma es la savia que circulando por las ramas

da ser y vida a los nuevos retoños, dándole al árbol perpetua juventud. Tal debe acontecer con el idioma; lo nuevo ha de brotar de dentro, ha de conformarse con las peculiaridades de su fonética y ha de conservar lo que podríamos llamar aire de familia o, hablando eruditamente, se ha de ajustar a su morfología. Y esta tarea, dicho se está, no se ha de confiar al imberbe escritor que se ensaya en la tarea del escribir o al audaz que, desconociendo su propia lengua, se echa a espigar en el campo de las extranjeras.

Y viniendo a la pobreza del castellano para expresar los modernos tecnicismos, comenzaré por decir que no es tan exiguo, como vulgarmente se cree, nuestro vocabulario y, por lo pronto, le hace ventaja al de las lenguas que se hablan en los países más adelantados. ¿Qué podrá decirse en inglés que no pueda traducirse al castellano? Revuélvase el gran Diccionario del jesuíta P. Terreros, léanse los copiosísimos Diálogos de la Agricultura Cristiana de Fray Juan de Pineda y cualquiera podrá convencerse de la insuperable riqueza y fecundidad de nuestro idioma. Si en vez de atosigarse con las pésimas traducciones que nos vienen de aquende y allende el océano o cebarse en la lectura de revistas y periódicos, se diera nuestra juventud a la lectura reposada de los clásicos no hay miedo que tropezaran en la expresión de las ideas modernas, antes bien sabrían traducirlas en buen castellano y en la urdimbre de lo castizo sabrían entretejer las flores del pensamiento actual.

Quiera Dios, que este centenario cervantino sirva de acicate a los que trabajan en defensa del idioma y, empujando por desterrar todo cuanto lo desnaturaliza y corrompe, se difunda y vulgarice el manejo de ese libro admirable que es el Quijote. El solaz que su lectura proporciona nos hará familiares la armonía de la frase, la nitidez del concepto, la gracia de la expresión, la propiedad de las voces y, en una palabra, esa fluidez y belleza del estilo de Cervantes que cual fuente de agua pura se desliza cantando por entre las flores de un ameno vergel.

Tales son las lecciones que nos brinda su genio, modelado, sin duda, en el espíritu del Renacimiento pero en cuyo humanismo, sano y equilibrado, no se halla ausente la idea de Dios y de una vida más alta que la presente. De allí su igualdad de ánimo, así en la adversa como en la próspera fortuna, su gran sentido cristiano, su inagotable buen humor y su instintivo buen gusto que lo convierte en uno de los más grandes artistas de todos los tiempos. Por eso su gloria no tendrá ocaso y de él pudo decir Serrano

Alcázar en versos un tanto altisonantes y triunfales, pero no exentos de verdad:

Cervantes, tu inspiración
con la distancia creciendo,
va un aplauso recibiendo
de cada generación
y es tan grande la ovación
que dá el mundo a tu memoria,
que, si cantando victoria,
se alzase en la tumba fría,
en la tumba se hundiría
bajo el peso de su gloria.

ELOGIO DEL GENERAL SAN MARTIN EN LA
CATEDRAL DE LIMA, 17 DE AGOSTO 1950, EN EL
CENTENARIO DE SU MUERTE.

*Laudemus viros gloriosos et parentes nostros in
generatione sua. Eccl. 44. 1*

Hace 20 años subía a este mismo púlpito a hacer el elogio del Libertador Simón Bolívar, en el primer Centenario de su muerte. Hoy, conmemorándose una fecha parecida, me toca hacerlo del Fundador de la Libertad del Perú y Generalísimo de sus Ejércitos, D. José de San Martín. Entonces y ahora, la Iglesia y la Patria, unidas siempre en los momentos en que vibra el alma de la Nación, honran la memoria de los ilustres varones que nos dieron Patria y depositan sobre su tumba la cariñosa ofrenda de su gratitud. Entonces como ahora un nuevo Gobierno comienza a regir los destinos del país, como si la sombra de uno y otro héroe viniera a servirles de égida tutelar.

Cien años han transcurrido desde la desaparición del General San Martín. Arrojado por el turbulento mar de las pasiones políticas a una tierra extranjera, desdeñado por sus mismos compatriotas, cayó a los golpes de la muerte el vencedor en cien combates y se paralizó aquella mano que había roto las cadenas de cien pueblos. El 17 de agosto de 1850, en una playa hospitalaria de Francia, se extinguía aquel insigne y preclaro varón, escogido por la Providencia para cimentar la emancipación de su patria y dar la libertad a Chile y el Perú. La Gloria, siempre esquiva con los grandes hombres, mientras les alienta la vida, comenzó a lucir para el héroe en el instante de su ocaso. En noviembre de ese año llegaba a Lima la noticia de su fallecimiento y toda la ciudad se conmovió. El Presidente, D. Ramón Castilla, grande amigo del Protector, ordenó

se le hicieran suntuosos funerales en este mismo templo, que un día le contemplara bajo sus bóvedas, en el cenit de su carrera militar, después de haber enarbolado en su triunfante diestra la bandera del nuevo Estado, en la cual brillaba el Sol del Perú.

Justo es reconocerlo: San Martín merecía esos honores y nuestra gratitud sólo en parte satisfizo la deuda contraída. Han pasado cien años y esta ceremonia es un nuevo y obligado tributo que rendimos a su memoria, fresca siempre en nuestra mente y en nuestro corazón, porque como dijo el poeta,

mientras haya en los Andes una roca
y un cóndor en su cúspide bravía,
en el Perú se rendirá culto a la memoria del Libertador.

Nos sobran los motivos para proceder así, pero yo voy a llamar vuestra atención sobre uno sólo de ellos: su amor al Perú.

Apenas llegado a nuestras playas, sin otra ambición que la de hacernos libres, lanza una Proclama en la cual se leen estos párrafos: "Pueblos del Perú! Yo he pagado el tributo que debo como hombre público a la opinión de los demás. He hecho ver cuál es mi objeto y mi misión cerca de vosotros. Vengo a llenar las esperanzas de todos los que desean pertenecer a la tierra en que nacieron y a ser gobernados por sus propias leyes. El día que el Perú pronuncie libremente su voluntad sobre la forma de las instituciones que deben regirlo, cualquiera que ellas sean, cesarán de hecho mis funciones. Mi ejército saludará entonces a una gran parte del Continente Americano, cuyos derechos ha restablecido a precio de su sangre y a mí me quedará la satisfacción de haber participado de sus fatigas y sus ardientes votos por la independencia del Nuevo Mundo".

Con este desinterés y esta modestia anuncia sus propósitos y los cumple sin faltar a uno solo. El pensamiento de hacer felices a estos pueblos y evitarles todas las graves consecuencias que trae consigo la guerra lo impulsan a emplear todos los medios que le sugiere una hábil política, a fin de convencer a los españoles que la hora de la libertad ha sonado y que nada podrá hacerla retrogradar en el tiempo. Por eso, escribiendo al Arzobispo Las Heras, se inclina ante el Jefe de la Iglesia Peruana, pidiéndole su cooperación en la noble empresa que le ani-

ma y, repudiando francamente los excesos a que dió origen la Revolución Francesa, nuevamente declara que si llegaran a realizarse sus votos, se retirará de la escena pública a gozar de la felicidad de sus semejantes y a bendecir a la Providencia por los beneficios dispensados al país a que pertenece. Nunca un hombre público había hablado con más sinceridad y dado pruebas de mayor interés por el bien de los demás.

En lo sucesivo, San Martín observa la misma línea de conducta. En su primer Mensaje, después de proclamada la Independencia, se expresaba así: "Al encargarme de la importante empresa de la libertad de este país, no tuve otro móvil que mis deseos de adelantar la sagrada causa de la América y de promover la felicidad del pueblo peruano. Una parte muy considerable de aquellos se ha realizado... pero la obra quedaría incompleta y mi corazón poco satisfecho si yo no afianzase para siempre la seguridad y la prosperidad futura de los habitantes de esta región... Espero, agregó, que al asumir el mando político y militar, se me hará la justicia de creer que no me conducen ningunas miras de ambición y sí sólo la conveniencia pública... Administrar protección a todos, recompensando la virtud y el patriotismo y castigando el vicio y la sedición, en donde quiera que se encuentre, tal es la norma que reglará mis acciones, mientras esté colocado a la cabeza de esta Nación".

Este programa de gobierno no fué una promesa falaz y una palabra vacía: tal como lo hubo expuesto así lo cumplió y, por eso, al llegar el momento de dejar el mando, pudo decir a los representantes de nuestro primer Congreso: "Al deponer la insignia que caracteriza al Jefe Supremo del Estado no hago sino cumplir con mis deberes y con los votos de mi corazón... Yo pido al Ser Supremo que conceda a este Congreso el acierto, luces y tino que que necesita para hacer la felicidad de sus representantes".

Bien sabemos cuáles fueron los motivos de su alejamiento, cuando aún ocupaba el enemigo una vasta porción del suelo patrio, pero entre todos ellos domina y sobresale su firme resolución de no ser un estorbo a la consumación de la independencia o fomentar con su presencia la división que ya cundía entre los mismos campeones de la libertad. Si en todo tiempo San Martín fué grande, nunca se elevó a mayor altura que al apartarse de nosotros, para dejar el campo libre al héroe venezolano y no

dilatar por más tiempo la independencia del Perú. Vencer al enemigo es muchas veces dádiva de la suerte: ascender a la cima del poder puede ser obra del genio o de la ambición, pero renunciar a los halagos del mando o a los laureles de la victoria, es empresa más que humana y reservada tan sólo a un espíritu superior.

Tal fué San Martín. Americano antes que nada, poco le importaba que él u otro consumase nuestra emancipación, puesto que, como decía al General Guido, "la victoria, si se obtiene, será la victoria de la América".

Comenzó entonces su voluntario ostracismo. Ese ostracismo que duraría cuanto le duró la vida y al cual no pusieron fin ni las voces apremiantes de sus amigos ni la natural nostalgia de la patria querida. Apenas alejado de nuestras playas, los descalabros militares y más que todo el peligro de las facciones hicieron que se clamase por su vuelta. No permaneció insensible a estos clamores y, como le escribía a Orbegoso, se mostró pronto a sacrificar su tranquilidad y su anhelo de vivir alejado del tumulto, si era indispensable su presencia para consolidar nuestra libertad. Este ofrecimiento, revelador del afecto que le supimos inspirar, se producía ante las instancias de un pueblo todavía encadenado, pero más tarde es el mismo San Martín el que se inclina a venir en nuestro auxilio.

Hallábase en Montevideo el año 1829 y la guerra con nuestros vecinos del Norte se había empeñado. El héroe argentino en una carta a Guido, no teme decirle: "No he sido llamado al Perú y añado que si se me llamase volaría en su auxilio, porque la guerra que sostiene es justa. Si mi ida a Lima no fuese interpretada por miras ambiciosas o tuviese seguridad de que no habría de ser desairado, esté Ud. seguro que en lugar de regresar a Europa marcharía a prestarle mis servicios". El Padre de la Patria peruana, ya que ésta le debió su existencia, continuaba mirándola como a su hija predilecta.

Pero San Martín atrae también nuestra admiración por ser la figura americana de más puros y nobles perfíles que registra nuestra historia. Inútil decir que los sentimientos cristianos que aprendió en el hogar no hicieron sino arraigarse con el tiempo. Testigo de la convulsión de la Europa, al estallar el movimiento revolucionario de Francia, no incurrió en el gran yerro de confundir la auténtica democracia con los excesos y extravíos del Jacobinismo demagógico. En público y en privado ajustó su conducta a este aforismo que nos descubre su elevación moral: "Serás lo que debes ser, si no, no serás nada". Es

poso fiel, padre amantísimo, cultivó aquellas virtudes hogareñas que han sido y serán el mejor tesoro de nuestro rincón familiar.

Ni el odio ni el rencor pudieron anidar en su alma y aunque la calumnia no dejó de cebarse en su persona y la malquerencia vino a hacerle blanco de sus tiros, él supo perdonar a sus enemigos, los desarmó con su indulgencia y es de admirar cómo al juzgarlos, en vez de fustigarlos con su crítica les hace el honor de reconocer sus cualidades. Todo eso no se explica sino en un espíritu hondamente cristiano. Desechemos, por tanto, la burda conseja que audazmente han repetido los escritores intonso o los ignorantes de la Historia, de haber dado su nombre a las sociedades secretas y reconozcamos, en cambio que la Religión fué para San Martín no sólo una necesidad del espíritu sino la única fuerza capaz de mantener al hombre en el camino del deber.

Por eso se esforzó en inculcar su práctica entre sus soldados y, al disponerse a traspasar los Andes con su pequeño ejército, no sólo cuidó de dotarlo de capellanes sino que, deseando ponerlo al amparo de la Reina de los Cielos, hizo que todo él jurase por su Patrona a la Virgen del Carmen. Un año después de este hecho le enviaba su bastón de General y en Chile y en Lima deposita las banderas ganadas al enemigo ante su altar. Estos principios cristianos se reflejan en su testamento. La frase inicial la constituye su profesión de fe y el himno de su esperanza en el más allá. No poseía riquezas pero pudo estampar en él esta cláusula: "no he debido nunca un real a nadie". Los tres objetos más preciosos: su sable de combate, su corazón y el pendón real que le obsequiara el Cabildo de Lima, los lega, el primero al General D. Juan Manuel de Rosas, el segundo a Buenos Aires y el tercero es su voluntad que sea devuelto al Perú. Este país que bien pudo llamar su segunda patria, no recogió la herencia pero sí cumplió con el más vivo deseo del Protector, entregando a su hija todos los haberes que le correspondían como a Generalísimo y asegurando así el bienestar de la única heredera del Gran Capitán de los Andes.

El nombre y la gloria de San Martín son nuestros. En su trayectoria épica su aurora asoma allá en los nativos prados de San Lorenzo, al cenit se acerca al traspasar los Andes con paso de vencedor y el esplendor de su mediodía refulge aquí en Lima, cuando en la vecina plaza declara que "el Perú es libre e independiente por la volun-

tad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende". Por eso, al lado de sus restos y enlazándose con el pabellón argentino se alza nuestra bandera, esa misma bandera cuyos colores él decretara y, envolviendo en un halo de luz sus despojos, ambas enseñas vierten sobre ellos las azules claridades del amanecer y el rojo encendido del ocaso, como lámparas votivas que encendió el amor de dos pueblos.

La Iglesia que vela sus restos no puede permanecer indiferente a este homenaje y aquí y allí eleva sus preces ante el trono del Eterno por el descanso de aquel noble espíritu, santificado por la gracia del Bautismo y al cual, sin duda, se habrá concedido la palma reservada para quien, como San Martín, fué fiel servidor de la Patria y de Dios. Así sea.

ORACION SAGRADA DICHA EN LA CATEDRAL DE
LIMA EL 12 DE MAYO DE 1951, CON MOTIVO DEL
CUARTO CENTENARIO DE LA REAL Y PONTIFICIA
UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS.

Splendor ejus ut lux erit. Habacuc 3
Sus resplandores se difundirán como la luz.

La Real y Pontificia Universidad de San Marcos viene como en sus mejores días a llenar los ámbitos de este templo. Cuatro siglos hace que el Emperador Carlos V y, en su nombre, la Reina Doña Juana extendía en Valladolid la ejecutoria de su abolengo y el Perú y toda la América Austral, en cuyo suelo se encendió este luminar magnífico, tan esplendente como la constelación que esmalta en sus noches la celeste bóveda, no pueden menos de recordar con alborozo tan feliz acontecimiento y empiezan por rendir gracias al Altísimo, de cuyas manos recibimos esta dádiva verdaderamente regia.

En efecto, amados oyentes, la Universidad de San Marcos, nacida en los apacibles claustros de Santo Domingo, creada, a instancias de uno de sus más ilustres hijos, por un Rey Católico y legalmente autorizada por un Santo Pontífice, es ante todo y sobre todo obra de la Iglesia, esa gran civilizadora de pueblos, a quienes no contenta con darles la luz indeficiente y pura de la Verdad Divina les ofreció también aquella otra luz que dimana de la inteligencia del hombre, porque una y otra tienen un mismo origen y lejos de contraponerse, ambas se completan, ayudan y perfeccionan.

No negaré la parte que en la fundación de esta Universidad le cupo al Cabildo de Lima, pero todos sabemos muy bien que el alma de esta empresa no fué otro sino el religioso dominico Fray Tomás de San Martín. A su lado brillan también sus hermanos de hábito, los primeros Rec-

tores de esta Alma Mater y si bien más tarde la Universidad abandona la umbrátil sede que le brindaba el Convento del Rosario, no por eso se desnaturaliza y muda su levítico ropaje, pues en la larga serie de los que han de regir sus destinos se suceden alternadamente un secular y un eclesiástico. No es posible dejar en la sombra la acción protectora de Virreyes como Don Francisco de Toledo y el Marqués de Montesclaros, que le señalaron las rentas necesarias para su sostenimiento, pero aun en esta parte se deja sentir la influencia benéfica de la Iglesia, pues sabido es que los fondos de donde ellas provenían no eran otros sino los dos novenos que al Rey correspondían en los diezmos eclesiásticos.

Por donde quiera que registremos su historia nos encontraremos con hombres y cosas que le imprimen un sello de inconfundible religiosidad y ahora son las Ordenes ó el Clero secular que generosamente le ceden sus hijos más ilustres, a fin de que ellos sean los animadores de sus cátedras, ahora es el Claustro en pleno y todo el alumnado que hace gala de su fé, participando en las solemnidades del culto, adoptando por su Patrona a Nra. Sra. de la Antigua ó vitoreando por las calles a la Reina de los Angeles, cuya inmaculada pureza han jurado defender con su sangre.

Y el tiempo no aminora este fervor ni entibia la unión entre la ciencia y la fé. Antes por el contrario, cuando parece declinar la estrella de San Marcos, cuando por la desaparición ó mengua de sus Colegios Mayores, su vida se debilita, surge el renovador de su grandeza y el restaurador de sus estudios que unas veces se llamará Toribio Rodríguez de Mendoza y otras Bartolomé Herrera. La expulsión de los Jesuitas, en el último tercio del Siglo XVIII, habia hecho desaparecer el Real Colegio de San Martín, uno de los florones más bellos y lozanos de la corona sanmarquina, como tiempo después lo reconocía el Virrey D. Teodoro de Croix y habia influido en la postración de los estudios. Se intentó aquí como en España la indispensable reforma pero en realidad ésta quedó en el papel hasta el momento en que tres eclesiásticos de reconocido valer, D. Toribio Rodríguez de Mendoza, D. José Ignacio Moreno y D. Mariano Rivero y Aranibar la emprenden con decisión y arrojo.

Ya en el siglo XIX, las luchas de la emancipación y los trastornos consiguientes al cambio de régimen sumen otra vez a San Marcos en alguna oscuridad, pero de ella viene a sacarla, aquel gran maestro y forjador de caracteres que se llamó D. Bartolomé Herrera, quien hizo del

Convictorio Carolino una verdadera escuela del saber y una palestra de la inteligencia. No me voy a referir a su historia contemporánea, pero ¿quién no advierte que en San Marcos se viene produciendo hace años un acercamiento a la posición tradicional? Pasaron ya los días tormentosos y lóbregos en que un frío y desolador racionalismo desterraba de su recinto el sagrado nombre de Dios y negaba la existencia de un orden sobrenatural; provocando las firmes y mesuradas protestas de los Decanos de la Facultad de Teología que se llamaron José Antonio Roca y Manuel Tovar! Desvaneciéronse las mortecinas luces con que el positivismo materialista intentaba deslumbrar a los incautos y, aquí como en la vieja Europa, se han echado al olvido todas esas quimeras y aberraciones del entendimiento humano para volver a la segura senda que nos señala esa filosofía perenne que, como la verdad, se mantiene incólume sobre sus bases y se yergue serena por entre los cadáveres de los sistemas que ha inventado el error y el extravío de nuestra débil mente.

Por todo ello nos hemos de felicitar y yo me complazco en anunciar desde esta cátedra esta nueva alborada de nuestra vieja Universidad. No es un retorno al pasado. Hay cosas que fueron y no volverán más, pero hay también otras que siendo del ayer no pierden nunca su actualidad, porque son eternas. Una de ellas es ese sentido tradicional, hondo y vigoroso, que dió ser a esta Universidad e inspiró a la Iglesia la creación de las instituciones de este nombre. Ni la culta Grecia ni la Roma imperial llegaron a concebir lo que conocemos con el nombre de Estudio General. Sus escuelas no hacían sino inspirarse en una doctrina individual y como rayos de diversos colores se oponían y entrechocaban sin llegar a formar un haz de pura y blanca luz. Les faltaba la visión del conjunto, el sentido de la armonía y la tendencia a la unidad que caracterizan a la filosofía cristiana. Formados por ella, ya Clemente de Alejandría y el gran Orígenes trazan el plan de lo que han de ser las Universidades medievales, que luego completan el genio de Agustín y de los Padres del Siglo IV. "Que la fe se haga sabia y que la ciencia se mantenga fiel a la verdad revelada". Tal es su propósito y con ello contribuir a que todos los conocimientos humanos viertan su fulgor sobre la más alta de las ciencias, la Teología y a su vez, ésta los ilumine con sus reflejos y les preste su solidez. La unidad en la universalidad.

Como aquellas catedrales góticas que se levantan del suelo como una admirable síntesis de las bellas artes y elevando sus agujas hasta el cielo parece que intentarían romper su bóveda y llegar hasta la fuente de la misma belleza que es Dios, así las Universidades, obra también de la Iglesia, se esfuerzan por armonizar todos los conocimientos humanos, haciéndolos servir a la más noble de las causas, a la más completa noticia del hombre y de Dios, tomando como lema aquellas palabras: *Fides quaerens intellectum.* La Fe en pos de la luz de la razón. De este modo se ensancha el horizonte del saber y no se le fija otra barrera que la señalada por Dios al espíritu humano.

Tal fué la obra de las Universidades: unidad en los principios, en contraposición a la anarquía del pensamiento que engendra el escepticismo y universalidad de conocimientos sin la dispersión a que conduce la falta de una visión sintética del saber. San Marcos hizo suyos estos ideales y fué por ello no sólo la primera Universidad de este continente sino, además, la única que los realizó plenamente. Por eso, con razón sobrada le podemos aplicar aquellas palabras del profeta: *Splendor ejus ut lux erit.* Sus resplandores se difundirán como la luz.

Lo fué del gran Perú y de la América toda, porque de todos los ámbitos de ella, desde el Tucumán, vasto y ardiente, hasta las bélicas tierras de Arauco, del lejano Popayán hasta el legendario Quito, de las altas mesetas andinas como de la exuberante foresta tropical, vinieron sus hijos a beber en la

esclarecida fuente de agua pura

que brotaba en sus claustros y le dió renombre universal.

De aquí salieron los maestros que habían de ilustrar las Universidades que después de ella se crearon; los ingenios que dieron renombre a su país de origen y acreditaron la enseñanza que en ella se impartía, los doctores que con sus escritos contribuyeron al progreso de las ciencias e hicieron su nombre respetable en la misma Europa. Ni es maravilla que esto sucediese, si como lo afirma el célebre benedictino Feijoo, era mayor la aplicación al estudio y el rigor de las pruebas en las Universidades del Nuevo Mundo que en las del Antiguo.

Bien sé que en el S. XVIII se levantaron voces para opacar las glorias que en los torneos de la inteligencia alcanzó nuestra América y el Perú en especial, pero otras,

menos apasionadas y mejor informadas, se alzaron en la misma Europa para desvanecer esos prejuicios y salir por la honra de nuestra Universidad y de la brillante pléyade de sus hijos. Y en verdad, San Marcos no se opuso a la corriente del saber; no permaneció indiferente a los adelantos de la ciencia y cuando a mediados del S. XVIII las Universidades de Salamanca y de Alcalá se resistían a aceptar las reformas que el tiempo aconsejaba y de las cuales fué coautor un egregio limeño, salido de estos claustros, San Marcos se mostró pronta a seguirlas y con efecto las puso en práctica, una vez que lo permitieron las circunstancias. Adelantándose a otras Universidades, fué la primera en introducir el estudio del Derecho de Gentes y el Derecho Indiano, creado, podemos decirlo así, por sus jurisperitos; aceptó las doctrinas de Descartes, de Newton y de Gassendi que señalaban un nuevo rumbo a las ciencias positivas; adoptó los métodos más modernos en el estudio de la medicina y comenzó a hacer uso del castellano en las pruebas y exámenes que debían rendir los alumnos, reservando el latín para aquellas disciplinas que como la Teología o el Derecho Canónico lo tienen como lenguaje propio. De este modo, San Marcos, permaneciendo fiel a su vocación histórica y sin renegar de su fondo tradicional, esparció los fulgores del saber por todo este continente y vino a ser, como ya lo he dicho antes, luz de la América.

Pero su influencia bienhechora no podía detenerse aquí. En su seno comenzó a germinar la semilla que había de dar por fruto la independencia de estos países. Aun antes que el prócer Rodríguez de Mendoza y sus colegas avivaran estas ansias de libertad, ya San Marcos al fomentar la ilustración de sus mantebistas y despertar su curiosidad por el conocimiento de los hombres y las cosas del propio país, infundió en todos ellos ese sentimiento americanista que, desarrollado más tarde, había de convertirse en el más puro anhelo de la nacionalidad. Los hombres que desde las columnas del Mercurio Peruano o en la Sociedad de Amantes del País, nos hicieron volver los ojos sobre el Perú y sus riquezas, sobre su historia y sus hombres, eran retoños del árbol secular de San Marcos y todos ellos, consciente o inconscientemente, contribuyeron a darnos patria.

Más tarde y cuando empieza a oírse en América el toque de rebato de la campaña de la libertad, el añoso tronco se estremece y con su agitación señala a sus hijos el

camino que deben seguir. ¿A qué citar nombres, si desde Baquijano y Carrillo hasta Olmedo y Sánchez Carrión, pasando por el mártir Melgar, Unanue, Alcázar y Pérez de Tudeia, apenas hubo un sanmarquino que no se alistara en el bando patriota? También en este orden San Marcos fué luz de América e hizo resplandecer para toda ella al consumarse nuestra emancipación en Ayacucho, el sol radiante de la libertad.

Títulos le sobran a nuestra vieja Universidad para celebrar este centenario y, comprendiéndolo así, hoy se ve rodeada de sus hermanas de América y de España que nacen suyas sus glorias y han venido a tomar parte en estas fiestas jubilares que emarcan para ella el comienzo de una nueva y más gloriosa etapa.

Hacemos votos porque así sea, pero creemos fundamentalmente que el camino seguro para obtenerlo es el mismo que le ha dado lustre. Abra en buena hora sus puertas a todos los legítimos adelantos del saber y ensaye los nuevos métodos de aprendizaje que la experiencia ha dado por buenos, pero no se rompa con el acervo tradicional, que el tiempo no ha hecho sino enriquecer y consolidar. Nada que no tenga hondas raíces puede sobrevivir y el añoso árbol, aun cuando le pesen sus ramas y su frondosidad las incline, tiene siempre savia bastante para darles vida y hacerlas resistir los ímpetus del huracán.

Pero, además, San Marcos alentó un espíritu que no debemos olvidar. Maestros y alumnos, unidos fraternalmente, sólo tuvieron una aspiración: enseñar los unos, dar lo mejor de su ciencia y la flor de su talento a sus jóvenes discípulos; ansia de saber los otros y constante deseo de superación, dejando a un lado todas las bastardas aspiraciones que pudieran hacerles perder de vista su objetivo. Como el joven de que nos habla Longfellow en *Excelsior*, mantuvieron su mirada fija en la cumbre. No ignoro que para ello se necesita vocación y la vocación supone desinterés, dedicación, amor. Allá dijo el gran Calderón de la Barca que la milicia era religión de hombres honrados y, parodiando esta hermosa frase, podemos decir que la Universidad es también una religión, formada por los que enseñan y los que aprenden y en unos y otros, para el buen éxito de su obra, se necesita la honradez profesional, ciencia sólida y amor a la monótona tarea de la enseñanza y del aprendizaje.

Yo me persuado que así ha de ser y os felicito de antemano, catedráticos y alumnos. Todo os convida a ello.

El mundo necesita más que nunca de nuestro esfuerzo y tiene puesta su esperanza en la América. Contribuyamos a la pacificación y a la felicidad de todos los hombres, difundiendo el saber, amando el trabajo, prodigando nuestra actividad en provecho de los demás y dando el ejemplo de un pueblo instruído, laborioso y lleno de sentimientos de verdadera fraternidad.

Por fortuna para el país, nos rige un gobierno que, sin conmociones, le ha devuelto la paz social y abriga el firme propósito de acrecentar la prosperidad de la nación. Secundemos sus miras y preceda a todos con el ejemplo la gloriosa Universidad de San Marcos, maestra del saber, forjadora de caracteres, núcleo vital de la nacionalidad, laboratorio de las ideas que nos pueden hacer felices y ahora como antaño luz de la América.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO DE LA MUJER ADULTERA

S. Juan. Cap. VIII. 1—11.

“Por su parte Jesús se encaminó al monte de los Olivos y al alba se presentó otra vez en el templo, y todo el pueblo venía a él, y habiéndose asentado, los enseñaba. Y traen los escribas y los fariseos una mujer sorprendida en adulterio, y habiéndola puesto en medio, —le dicen: maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante, cometiendo adulterio: — Ahora bien, en la ley Moisés nos ordenó apedrear a las tales: ¿tú, pues, qué dices? — Y esto lo decían tentándole, para tener medio de acusarle. Pero Jesús, doblándose hacia abajo, escribía con el dedo en el suelo. — Mas como persistían en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, tire contra ella el primero la piedra: — Y doblándose de nuevo hacia abajo, escribía en el suelo. — Ellos habiendo oído, se iban saliendo uno a uno, comenzando por los más ancianos, y fué dejado solo (Jesús) y la mujer que estaba en medio. — Jesús enderezándose, le dijo: Mujer, ¿dónde están los acusadores tuyos? ¿Ninguno te condenó? — Y ella dijo: Ninguno, Señor. Y Jesús dijo: Ni yo tampoco te condenaré, véte, y de ahora en adelante no peques más.

Andaba el Señor predicando en Galilea y como se avecinaba la fiesta de los tabernáculos, rogáronle sus parientes que subiese con ellos a Jerusalén. No accedió Jesús en un principio a su petición porque aún no era llegado el tiempo de hacer su aparición en la ciudad santa, pero poco después, se encamina a ella ocultamente y al cuarto día de las fiestas se presenta en el templo. La solemnidad era grande porque además de conmemorarse en ella los beneficios dispensados por Dios al pueblo de Israel

durante su permanencia en el desierto, servía también para darle gracias por la fertilidad de la tierra que les había otorgado en posesión, y por los frutos cosechados durante el año. Era, pues, la fiesta de la recolección de las mieses y así tenía lugar a fines de Setiembre o principios de Octubre. Como tal era una fiesta ruidosa y alegre, y en los ocho días que duraba, el contento y la algaraza desbordábase por calles y plazas, contribuyendo a hacerla más pintoresca y bulliciosa, el levantamiento de rústicas tiendas de ramas de olivo, sauce o limonero que éntretejían a las puertas de las casas o sobre los terrados y azoteas, y bajo las cuales vivían aquellos ocho días en memoria de la vida que llevaron sus antepasados por el desierto.

A lo mejor, pues, de tan rui-seña festividad, preséntase de improviso Jesucristo en el templo y mientras su aparición es acogida con entusiasmo por la multitud, los escribas y fariseos comienzan a espiar sus acciones y palabras y, puestos al acecho, aguardan una ocasión propicia para acusarle y prenderle. La entereza con que Jesucristo les habló aquellos días y las francas declaraciones que de su origen divino les hizo y más aún, la sabiduría con que repelió sus capciosas preguntas, pusieron el colmo á su furor y les movió a ordenar su prisión. Enviaron con tal recaudo a algunos siervos y ministros, pero ¡oh mágico poder de la palabra de J. C.! lléganse á El, escuchan sus divinas enseñanzas y desarmados por la bondad y verdad que resplandecían en la persona del Salvador, vuelven á los Escribas sin el preso en las manos y con el asombro en los labios. “Nunquam sic locutus est homo, sicut hic homo” Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre. Esa es toda la excusa que dan a los fariseos de su proceder. Creció con esto la saña de los Sanhedritas y, reunidos en consejo, andaban urdiendo un plan para haberlo en las manos, cuando he aquí que uno de ellos, Nicodemo, sin salir al descubierto en favor de Jesús, declara que sería injusto y antilegal condenar al acusado sin haber oído antes sus descargos y reprobar su doctrina, sin haberse informado bien de ella. Prudente y justiciera era la reflexión de aquel doctor de la ley, pero la pasión de los fariseos no se paraba en barras y tachando á Nicodemo de Galileo y de ignorante, cohonestaron su determinación con esta salida: Escudriña las Escrituras y verás como de Galilea no puede proceder profeta alguno. Y dicho esto, añade el Evangelista, dirigióse cada cual a su casa.

Había sobrevenido cuando esto acontecía la noche del último día de la fiesta y Jesús que no había cesado de enseñar a la multitud, ávida de oírle, retiróse al monte de los Olivos. a fin de descansar, como dice San Lucas que solía hacerlo. (Luc. 21 37.38) en alguna casa amiga de los conternos ó bien al abrigo de alguna cueva. Al alba dice S. Juan, se presentó otra vez en el templo y todo el pueblo venía á él. Aún no habían asomado los rayos del sol por el oriente. cuando ya J. C. luz del mundo comienza a esparcir los vivos destellos de su celestial doctrina. Madruga el Señor para cumplir con el oficio que le había dado su padre de predicar a los pequeñuelos: *Evangelizare pauperibus misit me*, y la diligencia que pone en cumplir su misión es una reprensión tácita de la indolencia con que nosotros vivimos en su servicio. No bien llega al templo una gran multitud le rodea (que esto nos quiso decir el Evangelista con las palabras: *Et omnis populus venit ad eum.*) Estando la fiesta tan inmediata debía ser grande el número de peregrinos que acudían al templo por última vez y como por otra parte, los partidos que sobre la persona de Jesús se habían formado en la ciudad habían atraído la atención sobre él, no bien se presentó en el atrio de los gentiles cuando vino á su encuentro un gran tropel de gente. Comparemos, hermanos míos, la conducta del pueblo sencillo, ansioso de oír las enseñanzas de Jesús y la de los soberbios fariseos, empeñados en condenarle y perderle. “*Tornáronse ciegos, dice S. Agustín, los Doctores y legisperitos y fueron ilustrados los plebeyos e ignorantes, á fin de que se cumpliese lo que dijo el mismo Señor: He venido para que vean los que no ven ut non videntes videant y cieguen los que ven et videntes caeci fiant*”. Cuan cierto es que el desapasionamiento y la humildad de corazón son las mejores disposiciones para entender la verdad! Porque ambas cualidades adornaban al pueblo que escuchaba a Cristo, no podía apartarse de él y estaba pendiente de sus labios, y sus palabras caían sobre los corazones de sus oventes como en tierra blanda y bien preparada, produciendo fruto de vida eterna. Así hemos de escuchar nosotros las divinas enseñanzas, pues sólo así nos entrarán en provecho y la luz del cielo iluminará nuestras inteligencias, porque bien claro nos dijo J. C.: *Gracias te doy, Padre mío, que ocultaste estas cosas á los prudentes y sabios según el mundo y las revelaste á los humildes y pequeños.*

Viéndose pues, Jesús, rodeado de la multitud, sentóse como maestro a enseñarles. *Et sedens docebat eos.* Deje

mos al buen Pastor entre sus ovejas y veamos qué tramaban entre tanto los astutos lobos de la Sinagoga. El fracaso de sus tentativas contra Jesús los días precedentes, les había hecho diligentes también aquella mañana y como todos sus planes los habían visto derribados por el suelo, decidieron cambiar de táctica y acometer á Jesús, por el lado flaco como quien dice, por la clémencia y mansedumbre con que trataba a los pecadores. Quiso su buena ó mala suerte que aquella misma mañana, como parece más probable, ó poco tiempo antes tropezasen con una mujer cogida en flagrante delito de adulterio y echando mano de ella la conducen al punto a la presencia de Jesús.

No era extraño que en la fiesta de los tabernáculos se cometiesen algunos desmanes y que la religiosa alegría se tornase en licencia y desenfreno. A ello se prestaba la afluencia de gente y la vida al descubierto bajo unas sencillas chozas de ramaje. Así se explica la caída de aquella infeliz mujer y la facilidad con que pudo ser habida en el acto mismo de cometer su delito. Condúcenla, pues, los fariseos al templo y abriéndose paso por entre la multitud, la ponen en medio del corro que formaban los circunstantes y dirigiéndose al Salvador le dicen: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante, cometiendo adulterio, ahora bien, en la ley Moisés nos ordenó apedrear a los tales: ¿tú, pues, qué dices?

Dios había ordenado tanto en el Levítico como en el Deuteronomio (Lev. 20 10 · Deuter. 22 22) que los adúlteros fuesen condenados á muerte pero sin especificar el género de tormento que se les había de dar. En cambio la ley mandaba apedrear á la desposada que dentro del recinto de la ciudad violase la fé prometida á su esposo, con quien ya la unían los vínculos del matrimonio aún antes de la cohabitación. Diciendo, pues, los doctores que Moisés ordenó apedrear a las tales, parece que dan a entender que se trataba de una desposada y su manera de expresarse haciendo uso del adjetivo *las tales* confirma y añade fuerza a esta suposición.

Convicta y confesa yacía la infeliz mujer ante los ojos de Jesús y á vista del auditorio. Los celadores de la ley y reformadores de las costumbres, entablan proceso contra ella y someten el fallo del asunto a la decisión del Salvador. Maestro, le dicen, honrándole con tan apreciado título, Moisés no menos que la lapidación decretó para esta mujer, pero tú ¿qué dices? Pudiera suponerse que los fariseos tenían a J. C. por superior a Moisés, pues siendo tan pa-

tente la culpa y la ley tan clara, no había más sino ejecutar la sentencia y, no obstante, la decisión la esperan de Jesús. Pero no, hermanos míos, y de este engaño nos saca el mismo Evangelio que cuidó bien de advertirnos que todo esto lo decían tentándole, para tener medio de acusarle. Tentantes erant ut possent accusare eum. Trataban de tender un lazo a Jesús y para disimular mejor su ardid, comienzan por saludarle honoríficamente, por mostrarse deferentes con él, remitiéndole un pleito cuya solución era clara, pero bajo todas estas aparentes cortesías se ocultaba el dañado intento que abrigaban de perder a Jesús. Para ello habían aducido el texto de la ley mosaica, no porque ignorasen que Jesús lo conocía, sino para que su auditorio se diese cuenta de él y al fallar Jesús en contra como esperaban, a todos se descubriese la contradicción entre su dictamen y el de Moisés y pudiesen acusarle de violador de la ley. Hoc autem dicebant tentantes eum ut possent accusare eum. La trama estaba tan bien urdida y los hilos tan hábilmente disimulados que el ojo más lince no los descubriera. A la pregunta de los fariseos ¿tú qué dices? J. C. podía responder de dos maneras: ó bien como lo hizo en otra ocasión cuando quisieron hacerle árbitro de las diferencias entre dos hermanos sobre cuya era la herencia, inhibiéndose en el asunto y remitiéndolo á quién correspondía, o bien declarando que se cumpliese la ley por quién tenía cargo de ello y que se apedrease a la mujer si así lo juzgaba el tribunal competente. Ni uno ni otro hizo Jesús. No le sufría el corazón abandonar á aquella pobre mujer entre las manos de aquellos fariseos soberbios que la habían escogido como víctima y como piedra de escándalo para hacerle tropezar a El. J. C. como en el banquete en casa del fariseo no podía menos de salir á la defensa de aquella pecadora, cuyo silencio y confusión revelaban su arrepentimiento y El, de quien había predicho Isaías que no quebrantaría la caña hendida ni apagaría la torcida que humea, sino que había de sustentar con su palabra á los caídos, tenía que colocarse como fuerte del lado de la debilidad, como misericordioso del lado de la miseria. Y he ahí porqué nos dice S. Juan que los fariseos hicieron aquella pregunta, tentándole, tentantes eum. Conociendo la mansedumbre de J. C. y cómo atraía a sí a los pecadores, ni desdénaba el sentarse a la mesa con ellos, de recibirles en su amistad, entendían que en este caso había de dar por libre a la adúltera, apareciendo como infractor de la ley. No dudaban que entre la ley que la condenaba á muerte y su cle-

mencia que le impulsaba a perdonar, El seguiría este último partido y en ello tenían depositadas todas las esperanzas de su triunfo. En verdad que era una tentación para Cristo el caso de esta infeliz mujer. ¿Qué hará pues el Divino Maestro? ¿Cómo se desenredará de esta maraña en que pretenden envolverle sus enemigos? ¿Qué responderá? Jesús, encorvándose, escribía con el dedo en el suelo. No están de acuerdo los intérpretes en señalar el fin con que hizo el Señor este ademán y mucho menos las palabras que trazó en la tierra. Unos con la glosa y S. Jerónimo piensan que J. C. deseando confundir á los escribas y fariseos escribió sus pecados en el suelo; S. Ambrosio opina que escribió aquella sentencia que en otro lugar pronunciará: Ves la paja en el ojo ajeno y no ves la viga en el tuyo; Sto. Tomás, por su parte, se inclina a creer que les dijo antes por escrito lo que después les respondió de palabra, pero quizá parezca más verosímil decir con algunos comentadores que con aquella acción no hizo otra cosa J. C. que manifestar á los fariseos que á él no le tocaba resolver el asunto y como quien se desentiende de él, púsose a escribir en el suelo, cosa que solían hacer los rabinos y aun los griegos, cuando alguno les proponía un negocio importuno y con el cual no tenían que ver. Si admitimos esta opinión, fácilmente nos daremos cuenta de la insistencia que pusieron los fariseos en arrancarle una respuesta, como veremos luego y al mismo tiempo se nos descubre la benignidad de J. C. que solo apretado por sus adversarios se decidió a contestar para su confusión y vergüenza. No dista mucho de esta explicación la que da S. Agustín, en cuyo sentir, J. C. aludiendo al sermón que había hecho el día anterior, convidando a que acudiesen á él cuantos tuviesen sed, como á fuente de aguas vivas, escribió en tierra aquellas palabras de Jeremías: Recedentes a te in terra scribentur, quoniam dereliquerunt venam aquarum viventium (Jer. 17 13). Los que se alejan de ti serán escritos en la tierra porque abandonaron la vena de las aguas vivas; esto es, serán estériles como la tierra sin agua.

Verdadera también, es la reflexión que hace el mismo santo Doctor al comentar este pasaje: Refiriéndose a las Tablas de la Ley que en el Sinaí entregó Dios á Moisés, dice: "Con el dedo fue escrita la Ley de Dios, mas en tablas de piedra, porque iba dirigida a un pueblo duro y obstinado. Ahora, en cambio el Señor escribe la ley en tierra, porque espera que fructifique".

Vieron los fariseos que callaba Jesús y escribía en el suelo, y “persistiendo en preguntarle, enderezose el Señor y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, tire contra ella el primero la piedra”. ¡Oh admirable respuesta! “Oid fariseos, dice, S. Agustín, cúmplase la ley, apedréese a la adúltera, pero ejecútese la pena por quién corresponde”. Acaso la han de llevar a cabo los que son tan culpables como ella? Entre cada cual dentro de sí, comparezca ante el tribunal de su propia conciencia y vea si está exento de pecado. Confiésase pecador, entonces ó soltad á esta mujer ó recibid juntamente con ella la misma pena. Si hubiese dicho: no sea apedreada, le arguirían de violador injusto de la ley; si dijera: apedréenla, no hubiere aparecido manso de corazón. Dijo pues lo que conviene decir al que es manso y justo: El que de vosotros esté sin pecado arroje la primera piedra”. Esta era la voz de la justicia, porque injusto es que el que corrige sea cual el corregido y que castigue en otro lo que primero había de castigar en sí. También lo era de la clemencia, que no rehusa el perdón al pecador arrepentido. Como manso que era no condenó a la adúltera, como justo guardó la ley y con celestial sabiduría derribó de un soplo toda la artificiosa máquina de los fariseos, quienes pensando cazarlo en sus redes vinieron á quedar presos en ellas. Condenólos el tribunal de su conciencia y en el fondo de ella vieron cómo escribía J. C. sus abominaciones, y “como heridos (dice S. Agustín) por el dardo de la justicia divina” permanecieron como reos ante Jesús los que habían venido como acusadores, y Jesús inclinándose hacia el suelo escribía en él.

“Ellos entretanto, habiendo oído, se iban saliendo uno a uno, comenzando por los más ancianos”. La pasión les había llevado á aquel lugar y el oprobio los alejaba de él. Así castiga Dios á los soberbios. Fuéronse retirando uno á uno, humillados, pero sin confesar su derrota, no de común consentimiento sino á medida que el aguijón de la conciencia les reveló su fealdad y descendió hasta sus rostros la vergüenza, y como a vida más larga suele corresponder mayor suma de pecados, empezó por los ancianos el desfile y fué dejado solo Jesús y la mujer.

Allí en medio de la multitud que había presenciado la escena, quedaron Jesús y la adúltera. Misera et misericordia. La miseria y la misericordia. El pecador, desventurado y el Dios de amor que lavó con su sangre nuestras culpás. ¡Qué espectáculo más sublime! y sin embargo, casi todos los días tiene lugar a nuestra vista. Veis aquel hom-

bre que postrado ante el sacerdote confiesa humildemente sus pecados, pues allí tenéis renovado el cuadro que acabo de describiros. Ese hombre es el pecador, el infeliz que por flaqueza, por ignorancia, por malicia, si queréis, ofendió a Dios gravemente, pero que ya arrepentido y humillado viene a buscar el remedio á su mal, viene como el Hijo pródigo á reconciliarse con su padre de cuyo amor espera el perdón, y ese sacerdote, es el representante de J. C. es su ministro, quien mediante un poder que ha recibido de él, no espera más que el sincero: Pequé, de nuestros labios, para darnos en nombre del Divino Maestro la absolución de nuestras culpas.

Quedaron solos Jesús y la mujer que estaba en medio y Jesús enderezándose, le dijo: Mujer, ¿dónde están tus acusadores? Mirad con cuanta rectitud obra el Señor y cuán discreto es en sus palabras. Había respondido á la insistente pregunta de los fariseos; su respuesta los había puesto en fuga, mas como quien no se da cuenta de su victoria ni se complace en ella, interroga á la mujer sobre el paradero de sus adversarios y si alguno la ha condenado. ¿Nemo te condemnavit? Ninguno, respondió la mujer, y entonces el divino Maestro añadió: Nec ego te condemnabo, ni yo te condenaré. Los fariseos no habían osado pronunciar sentencia contra ella, confundidos como estaban por la respuesta de J. C., sólo quedaba que diese su fallo el inocente, el único sin pecado, pero éste no podía ser de condenación, porque El era el cordero que quita los pecados del mundo y había venido á sanar á los contritos de corazón, y á salvar a los que se habían perdido. Por eso absuelve á la mujer, mas para no dar lugar á una confianza presuntuosa en su misericordia y para dar á la adúltera juntamente con el perdón, la admonición que necesitaba su fragilidad, añadió: Vade et jam amplius noli peccare. Vete y de ahora en adelante no peques más. Condena el pecado, dice S. Agustín y absuelve al pecador. Su santidad y justicia no pueden menos de aborrecer la culpa y por eso previene á esta mujer para que no vuelva a caer en ella, como previno al tullido de la piscina probática después de su curación, no sea que una nueva caída le fuese origen de mayores males y le cerrase toda puerta de salvación. Con ello nos amonesta a caminar por el sendero del bien, resguardados a un tiempo por el temor y el amor, sin que desmaye nuestra esperanza, cuando hayamos caído en la tentación y sin abandonarnos a una presuntuosa negligencia, fiados en su misericordia. Dulcis et rectus Dominus. Por-

que es dulce y misericordioso espera a los pecadores a penitencia; y porque es recto y justo juez, castigará sin apelación a los que desoyen sus llamamientos. Si pues bueno es el Señor y nos aguarda, no queramos con nuestra malicia y la dilación de nuestra conversión tornarlo en juez implacable para con nosotros, antes bien sírvanos su bondad de nuevo estímulo para no ofenderle, ya que el amor es tanto o más fuerte que el temor para contener a los hombres en el bien. Aprendamos de la mujer adúltera. A ella no le bastó el rigor de la ley y la pena gravísima a que se veía expuesta a retraerla del pecado; no fueron bastantes el temor y la amenaza para detenerla en el bien, pero, aún cuando no lo diga el Evangelio, podemos creer con fundamento que la benignidad y mansedumbre de J.C., el amor y misericordia que le demostró, sacándola de entre las garras de sus acusadores, fueron en adelante el más sólido entibo de su virtud, el freno más seguro contra sus rebeldes apetitos y lo que no logró el temor y la ley de Moisés lo alcanzaron la ley de gracia y el amor de Jesucristo.



San Luis Gonzaga, en hábito de Caballero de Santiago. Monasterio de Uclef (España).

MISION DE SAN LUIS GONZAGA (1)

¿Qué mente juvenil no se ha sentido atraída por la figura de aquel gallardo mancebo, descrito por Longfellow, que enarbolando una bandera, en cuyos pliegues se lee la palabra *Excelsior*, viene a morir entre las nieves de los Alpes, sosteniendo aún entre sus crispados dedos la triunfante enseña? Es qué todos los jóvenes sienten bullir en su pecho el anhelo de encumbrarse muy alto, de llegar a la cima de su perfeccionamiento y aquel mancebo es un símbolo de esta noble aspiración, de esta ascensión del alma hacia el ideal. Ahora bien, la figura de este joven no pasa de ser una ficción poética, bella cuanto queráis, pero desprovista del colorido y de la fuerza de atracción que nos ofrece la del Angélico Protector de la Juventud.

Luis de Gonzaga, mejor aun que el héroe de Longfellow, ofrécese a la vista de los jóvenes radiante de luz y enarbolando también en sus puras manos una bandera, la bandera de Jesucristo. ¿Mas, no podrá parecer extraño, por no decir incongruente, que se proponga a los jóvenes por modelo a un santo y a un santo como Luis? La Iglesia no piensa así. Del mismo modo que Benedicto XIII en 1729, León XIII y Pío XI en nuestros días le han confirmado el título de patrón de la juventud y lo han propuesto como modelo a toda ella. Y con razón. Un santo, por muy alto que lo consideremos en la escala de la santidad, es un tipo perfectamente humano. De ahí el que se le pueda proponer como dechado a todos los hombres y en todos los tiempos sin que su figura pierda actualidad. ¿Porqué? Porque la santidad, como decía un ilustre prelado, no es una moda o una forma de vida dependiente del gusto o de la costumbre y variable como ella, sino una forma eterna que subsiste a través de los tiempos y convierte al santo en conciudadano de todos los hombres. La

(1) Trabajo premiado con el Primer Premio en el certamen Literario aloysiano, convocado en Lima, en 1927.

santidad, en efecto, no es más que la asimilación al tipo del hombre perfecto, al ideal humano más puro, a Jesucristo, centro y corona de la humanidad. En esta labor de imitación entra por mucho el elemento humano o sea el esfuerzo propio del hombre que tiende, mediante el dominio de sus pasiones, de su animalidad, a llegar a ser más hombre y el elemento divino, es decir la gracia que coadyuva a esa empresa dando al hombre los auxilios necesarios para una obra de tanto empeño y tan sobre las fuerzas naturales. Por eso la santidad transfigura al santo pero no lo despoja de sus rasgos humanos, de su fisonomía individual y propia; la depura, la embellece, hace resaltar sus nativas cualidades y encauzando las pasiones sin aniquilarlas, las convierte en dóciles instrumentos para el bien.

Además, ¿qué obra más digna de la actividad del hombre que el propio perfeccionamiento? Nadie, empero, ha trabajado en ella con tanta constancia y con tan lisonjero éxito como el Santo y he ahí un título más que ostenta a nuestra admiración y nos convida al ejemplo. El hombre, por instinto, no puede menos de admirar a los que descuelan entre los demás por alguna cualidad moral o física y bien sabido es que la mayor parte de las divinidades del paganismo no tuvieron otro origen que el haber colocado los hombres en el Olimpo a aquellos héroes reales o ficticios que elevándose por encima del nivel común, aparecieron a sus ojos como seres sobrehumanos. Pues bien, el Santo es un ser real y al mismo tiempo superior, no ya por las cualidades físicas que en gran parte no dependen de nuestra voluntad, sino por las cualidades morales que le adornan y le hacen por lo mismo más asequible e imitable. Es cierto que no sin gran esfuerzo ha llegado a serlo, pero la misma valentía con que ascendió por el áspero camino de la perfección, hasta lograr la victoria de sus pasiones, hace del santo un héroe en toda la extensión de la palabra y un héroe de la más difícil de las victorias, cual es la victoria de sí mismo.

Por donde quiera pues que lo consideremos, el Santo es y será siempre para todos los hombres un modelo y dechado ante el cual espontáneamente se moverán los hombres a aficionarse a la virtud y al bien, de la misma manera que, según dice Winckelman, el que contempla al Apolo del Belvedere, se siente impulsado a tomar una postura más bella y más en armonía con la de la estatua. Y San Luis es un Santo, y un santo joven, como tal tiene

para los jóvenes un atractivo especial, porque a la juventud no es posible que la atraiga sino un alma que como flor temprana conserva su lozanía y no es frecuente que los que se hallan en la aurora de la vida tomen por modelos a los que ya declinan hacia el ocaso. Más aún, Luis de Gonzaga con ser joven, pues murió a los 23 años es también el mejor guía que puede darse a la juventud. Veámoslo.

No hay duda que muchos han desfigurado la imagen de San Luis.

Algunos escritores al trazar su biografía un poco a la ligera, no han reproducido sino parcialmente los rasgos de su fisonomía. Algunos de sus panegiristas se han contentado con proponerlo como modelo de penitencia y de pureza. Otros nos le han descrito como un ser endiosado y casi desligado de los accidentes terrenos, ni han faltado artistas que han contribuído a corroborar estas opiniones al trasladarle al lienzo con todas las apariencias de un varón extático o de un penitente de la Tebaida. Pero San Luis no es eso y aunque posea en mayor o menor grado algunas de las cualidades apuntadas no estaría en lo cierto el que redujese a ellas el distintivo peculiar de su fisonomía de Santo.

San Luis era ante todo un carácter y un carácter viril, reflexivo, que prevenido por la gracia se dió cuenta desde muy temprano de aquella sola cosa necesaria al hombre, en que consiste la esencia de la filosofía del evangelio como de la filosofía humana, esto es, el ordenar nuestra vida y todas nuestras operaciones hacia Aquel que es el fin supremo de toda criatura: Dios. Y en alcanzar este fin puso toda la energía de su grande alma y todo el ardor de su temperamento activo. Generalmente, dice el ilustre Obispo de Vich, Torres y Bages, se considera a San Luis como un ángel venido a la tierra y que va a Dios casi sin deliberación, en virtud de un impulso superior que no encuentra obstáculos ni ha de resolver conflictos, y no obstante, San Luis para usar una frase de la literatura al uso, era muy humano. Los personajes de Shakespeare frecuentemente no tienen conflictos tan serios, ni se encuentran en un mar de pasiones tan violentas. La fecunda dramática poética no ha creado un carácter tan resistente en los combates de la vida, sobre todo durante la época naturalmente ligera de la juventud, como engendró la realidad cristiana en la persona de San Luis. En muchos santos jovencitos

su vocación religiosa es un idilio; en él es un tremendo drama largo y complicado.

En efecto, su santidad no creció al abrigo de la soledad del claustro, resguardada de los peligros del mundo y lejos de sus asechanzas, no, sólo seis años vivió en la religión y cuando entró en ella ya era un santo de cuerpo entero. Hasta aquel día para él tan ansiado, había vivido en medio del fausto de las cortes de Florencia, Mantua, Milán y Madrid, en las que el refinamiento de la vida había alcanzado, al menos para los grandes, un grado que tal vez no sospechamos. Recordemos si no el palacio de aquellos Médicis, en donde Luis pasó dos años y en donde se habían dado cita todas las seducciones del Renacimiento. En este medio ambiente nada propicio para que germinase una virtud tan delicada y primorosa como la de Luis, se deslizó su juventud. Comparable a aquellos jóvenes que en medio de las llamas del horno de Babilonia permanecieron ilesos, no llegaron a hacer mella en su ánimo invencible todas las seducciones, halagos y vanidades del mundo, por la sencilla razón que penetrado de su futilidad no consintió darles albergue en su corazón ocupado totalmente por un bien mucho más excelente y superior.

Sus circunstancias no difieren por tanto de aquellas en que viven la mayor parte de los jóvenes de nuestra época y su siglo sintió como el nuestro, agitarse los espíritus por ideas extrañas y revolucionarias que provocaban de una parte la tendencia racionalista del protestantismo y de otra el excesivo culto a la forma externa, tal cual lo había practicado la antigüedad clásica. El influjo de ambas tendencias no pudo menos de llegar hasta él, pero su claro y bien equilibrado talento descubrió el vicio de que adolecían las nuevas doctrinas y no se dejó seducir por su atractivo. Sus lecturas de aquel tiempo nos revelan que entre los autores clásicos escogía aquellos que como Plutarco, Séneca y Valerio Máximo se habían aproximado más a la moral y al ideal cristianos.

Pero lo que sobre todo nos da a conocer la verdadera fisonomía de San Luis y al mismo tiempo le convierte en acabado modelo de la juventud es la pureza de su alma, la madurez con que se orientó acerca del estado que debía abrazar y el viril esfuerzo que puso en disponerse para él. Estudiemos por partes estos tres aspectos del Angélico joven.

Su pureza fue de ángel, con esta palabra está dicho todo. La educación profundamente religiosa que había recibido de su madre y cierto horror instintivo a todo lo que podía afean la blancura de su alma que le concedió el cielo, hicieron que ya desde niño huyese aun de la sombra del pecado y que cercase el lirio de su virginal candor con las espinas de la penitencia. Valióse también como de eficaz preservativo de su ardiente devoción a la Virgen y de una constante vigilancia sobre los movimientos de su corazón. No se crea sin embargo que se mostrase esquivo y huraño o que rehuyese tenazmente el asistir a las fiestas y saraos que en palacio se daban o el trato con personas de otro sexo, nada de eso, sabemos por sus cartas y por el testimonio de sus contemporáneos que no se abstenía de concurrir a las fiestas palatinas, siempre que el deber y la cortesía le obligaban a ello, aun cuando su natural inclinación le movía a mantenerse alejado del mundanal ruido. Así vemos que él mismo describe a su padre, en una de sus cartas, una carrera de caballos a la que asistió en compañía de Juan de Médicis y en Madrid tomó parte principal en un agasajo que prepararon los pajes a Felipe II con motivo de la unión del Reino de Portugal a la corona de España. Mas su circunspección y recato le hacían evitar las superfluidades y demasías a que se entregan los ánimos más ligeros. Niño aún jugaba en Florencia con otros jóvenes de su edad y habiendo perdido en el juego se le impuso como castigo el besar la sombra del rostro de una princesilla que con sus veloces movimientos había de estorbarlo. Era un infantil e inocente entretenimiento, destinado a excitar la hilaridad, pero San Luis se resistió, no obstante, a tomar parte en él, porque la delicadeza de su conciencia, se lo representó como menos recatado. No dejó tampoco de mostrar alguna vez su desprecio por las fiestas mundanas. En Milán los jóvenes de la nobleza habían dispuesto una lucida cabalgata con ocasión del Carnaval. Todos ellos se dispusieron a recorrer la ciudad con elegantes trajes y en caballos ricamente enjaezados, Luis para hollar el fausto y la ostentosa vanidad de aquel espectáculo, se presentó con su ordinario vestido y caballero en un asno desmedrado.

Para el que solo vive la vida exterior de los sentidos y no atiende al cultivo de su interior le parecerá una extravagancia este nimio recato de Luis, pero él consideró siempre su alma como un tabernáculo reservado a la divinidad y conociendo que nada manchado puede parecer

ante los divinos ojos, cuidó siempre de conservar immaculado aquel santuario. He aquí uno de sus títulos al Patronazgo de la juventud, porque en ninguna edad es tan necesario abroquelarse contra los asaltos del vicio impuro como en la primavera de la vida. La castidad es necesaria en todo tiempo y a todos los estados, porque como dice muy bien Lacordaire, la castidad es una virtud moral y social y por lo mismo necesaria a la vida del género humano. Sin ella se marchita la vida en sus fuentes, se borra la belleza del semblante, se apaga la bondad del corazón, se extinguen y desaparecen las familias y las naciones pierden gradualmente su principio de resistencia y expansión. Sin ella no hay más que lodo en un sepulcro. Mas en el verdor de los años su necesidad se acrece, porque la pasión suele ir asociada al instinto natural, fuerte y vehemente, como que dimana del fondo mismo de nuestro ser, donde Dios lo ha colocado para la propagación de la especie. Ahora bien a una fuerza hay que oponer otra fuerza si se quiere conservar el equilibrio. A la fuerza de la pasión es preciso oponer la fuerza de la castidad, porque la castidad es fuerza. Toda virtud, como su mismo nombre lo indica, supone un esfuerzo del alma, una lucha de encontrados sentimientos, pero ninguna reclama más energía de nuestra parte ni más virilidad del espíritu que la castidad. Al contrario nada debilita tanto al hombre, no sólo moralmente pero aún físicamente como el vicio impuro. Nada tampoco rebaja tanto al hombre y le hace descender de nivel como el abandonarse a los ilícitos placeres de la carne. La impureza lo confunde con la bestia en tanto que la castidad le hace fraternizar con los ángeles. ¿Mas será posible conservarse casto en medio de un mundo tan corrompido? También Agustín, antes de convertirse, se había hecho a sí mismo esta pregunta y su corazón enlazado aún por las blanduras de la carne le representaba como punto menos que imposible para el hombre la castidad. Pero quiso Dios que descubriesen sus ojos la falange gloriosa de aquellos jóvenes y doncellas que en sus puras frentes ostentaban la aureola de tan preciosa virtud y ya no vaciló, pues el ejemplo de los tales le hizo mirar como posible y realizable lo que antes le parecía tan dificultoso.

Pues hagámonos la misma cuenta y ante nuestros ojos coloquemos la angélica figura de San Luis. El, criado en la opulencia, primogénito de una ilustre casa, educado en las seductoras cortes de Italia, dotado de un natural

ardiente, pudo conservar su alma sin mancha, ¿y nosotros no lo podremos? Sin duda, pero a condición de vigilar sobre nuestros sentimientos con una escrupulosidad que corra parejas con la suya, a condición también de atender más a nuestro interior, no permitiendo que nuestro corazón se entregue a las vanas seducciones del placer. Pensemos con Luis que vale mucho nuestro afecto para malbaratarlo en objetos indignos de nuestro ser.

El fijarse a sí propio el rumbo que se ha de llevar en el camino de la existencia, el acertar con la propia vocación, es una de las tareas más trascendentales en la vida de un joven. Luis afrontó este problema con una serenidad de espíritu y con una seguridad de criterio que no pueden menos de excitar nuestra admiración y convidarnos al ejemplo. Su temperamento vivo y animoso, la misma ingénita propensión hacia las armas que manifestó en sus primeros años y había recibido en herencia de su padre, todo parecía inclinarle a la milicia. No obstante, apenas conoció su razón la belleza de la virtud y la existencia de otra milicia muy superior a la terrena en la que el campo de batalla no es otro que el propio corazón, renunció a los planes bélicos que secundara su padre con tanto agrado y dióse por entero a la obra de su perfeccionamiento. Más adelante, hubo de vislumbrar como un ideal en consonancia con sus aptitudes y sus circunstancias, la conservación del orden religioso social en sus estados y en los demás de Italia, amenazados de verse invadidos por la herejía luterana. Prefirió, sin embargo, trabajar con idéntico fin no ya desde los alturas del poder político sino en el humilde de sembrador de la buena semilla, haciéndose religioso de la Compañía de Jesús. Es que Luis no se dejaba seducir por el brillo exterior de las cosas y entendía que el bien nunca es más sólido que cuando se hace en silencio y que en los designios de la Providencia la humildad del Evangelio es la que ha de conquistar el mundo.

Ganoso de perfección, había resuelto hacerse religioso pero antes de escoger el instituto que había de abrazar, procuró estudiarse a sí mismo y considerar con madurez cuál era el que más le convenía y el más conforme con el beneplácito de Dios. Si hubiese obrado por el atractivo que ejercía en él la vida contemplativa, habría ingresado en alguna orden de este género, si se hubiese dejado llevar por su deseo de austeridades habría escogido la Orden Franciscana tan popular en Italia. Pero él no se guiaba por

el sentimiento sino por la razón y ésta le indujo a no precipitar la decisión de un asunto tan vital y a pedir a Dios le diese a conocer de alguna manera su voluntad. Hacía tiempo que conocía la Compañía de Jesús, le atraía el celo activo de sus hijos y al mismo tiempo el fervor interior que los animaba. Las cartas de sus misioneros habían despertado en él un santo entusiasmo y si a esto se añade que en ella podía encontrarse más seguro contra el peligro, tan próximo para él por razón de su noble alcurnia y la influencia de sus relaciones, de ser elevado a alguna dignidad o prelacia, no es de extrañar que se sintiera inclinado a abrazar su instituto. Aguardó sin embargo pacientemente y entretanto instó a Dios más en la oración, a fin de que le diera a conocer su voluntad. No se hizo esperar la divina respuesta. Hallábase entonces en Madrid y se celebraba la fiesta de la Asunción de la Virgen. Luis, prostrado ante una imagen de nuestra Señora, que aún se venera en el antiguo templo de la Compañía, bajo el título del Buen Consejo, mereció escuchar de sus labios que era voluntad de su Hijo que entrase en la Compañía de Jesús.

Desde entonces no vaciló, pero antes de llegar a poner por obra su propósito hubo de sostener una cruel lucha con su padre. Con este motivo se manifestó el acerado temple de su espíritu, que no se rindió ante las amenazas ni ante los obstáculos que se atravesaron en su camino y al mismo tiempo la serenidad de su alma que le mantuvo siempre dentro del orden y el respeto debido a quien le dio el ser y ajeno a toda medida violenta y menos prudente. El combate fue largo, pero al fin venció la constancia de Luis, ayudado por la gracia divina. Su padre para distraerle le envió a viajar por Italia, encargándole al mismo tiempo diversos asuntos de familia en las cortes de aquellos príncipes emparentados en su mayoría con el Santo joven. Obedeció este y desempeñó de un modo admirable su cometido, dando muestras de una discreción superior a sus años y que no le embargaba de tal manera la idea de su vocación que le impidiese atender a otros asuntos. Señal inequívoca de que no era un alucinado a quien obsesiona el propio pensamiento.

En este intervalo San Luis no perdió el tiempo. Dedicóse con afán al estudio y a la vez se dio más de veras a la obra de su santificación. Entendía que esta era la mejor preparación para el estado a que Dios le llamaba y coligió que era un deber suyo el prepararse para su futuro

destino. Noble tarea la suya y al mismo tiempo admirable lección para la juventud. Nutrir el entendimiento con la verdad, fortalecer el corazón con la práctica de las virtudes, he ahí la palestra en que todo joven debe ejercitarse en la florida edad, si el día de mañana ha de ser árbol que produzca frutos sazonados y no tronco estéril que sólo se cubra de viciosas ramas. Es un dicho de Horacio que el odre nuevo conserva por largo tiempo el aroma del primer licor que se infundió en él, verdad que aplicada a nuestro caso podríamos expresar diciendo que el hombre de mañana saldrá conforme al molde vaciado en la juventud. Por lo mismo el tiempo en esta época de la vida tiene un valor incalculable y el modelado también es más fácil porque hallándose el joven en el pleno goce de sus facultades cualquiera idea o acto imprime en ellas como en blanda cera huella imborrable. Malgastar, pues, los años de la juventud en un ocio enervador o en fútiles atenciones es hacer derroche de la propia vida y preparar un futuro estéril y sombrío. No lo hizo así Luis de Gonzaga y por eso aunque su vida fue corta recogió frutos de hombre maduro cumpliéndose en él lo que dijo el poeta:

Joven murió, tal vez, que eterno ha sido—
y viejos mueren sin haber vivido!

Tales son los ejemplos que San Luis ha legado a los jóvenes y los que dan un precio inestimable a su misión educadora. Pero réstanos aún decir algo de la suprema lección que nos dejó en herencia el Angel de Castellón: el sacrificio de su vida.

Luis no podía morir de una muerte vulgar, su espíritu agigantado y su ardiente amor al prójimo habían de conducirle de una manera u otra a la suprema inmola- ción, al holocausto perfecto de sí mismo. Y así fue. La peste hacía estragos en Roma. Aunque de naturaleza delicada, corrió a postrarse a los pies de los superiores a fin de obtener el permiso de asistir a los apestados. No fue posible resistir a sus lágrimas. Partió lleno de gozo y Roma entera vio al vástago ilustre de los Gonzaga recorrer los hospitales y plazas en busca de los enfermos, arrodillarse a su lado para aliviar su dolencia y aún conducirlos en sus brazos para ofrecer el descanso a sus miembros. Más ¡ay! un día no apareció por las calles desoladas. Todos se dijeron con ansiedad dolorosa: Luis se halla atacado de la peste. Era verdad. La enfermedad le

postró en el lecho y él conoció en seguida que había llegado su hora. Gozoso y con el crucifijo en las manos ofreció a Aquél que dio su vida por nosotros el sacrificio de la propia vida. Así murió Luis Gonzaga.

Si queréis saber, dice Lacordaire, lo que vale un alma, golpeadla y si a vuestro golpe no responde con el toque del sacrificio, aun cuando estuviese cubierto de púrpura, dejadla, aquello no es un alma. Porque San Luis era una grande alma respondió siempre a la voz del sacrificio, inmolando su cuerpo en aras de la pureza, su corazón en obsequio a Dios y su vida por amor al prójimo. Triple sacrificio, que le ha merecido la triple aureola de virgen, de confesor y de mártir.

Ahora bien, sin espíritu de sacrificio no es posible hacer obra durable y fecunda. Es ley de naturaleza que la semilla se corrompa para dar fruto y que el dolor engendre la vida. Si no estamos dispuestos al sacrificio, si no estamos preparados para la prueba, no esperemos realizar grandes hazañas. El sufrimiento es el tónico del alma y cuanto más bebe de este licor tanto más vigor se le infunde. Es cierto que hoy existe más bien la tendencia a huir de todo cuanto envuelve algún trabajo, de evitar aun la sombra del pesar y de hacer fácil la vida mediante la mayor suma de comodidades posibles, por lo mismo es necesario sacudir la molicie que afemina el espíritu como el cuerpo y que para reconfortarlo nos pongamos delante de nosotros el heroico ejemplo de San Luis Gonzaga.

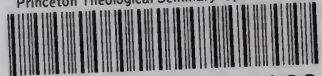
Cada generación está llamada a desempeñar un papel más o menos brillante en la historia patria y ello depende sin duda de la educación recibida y del ideal en que se ha inspirado. De la generación de jóvenes franceses a quienes sorprendió en 1914 el rebato de la guerra, dice un escritor, que estaba preparada para aquella hora de mucho tiempo atrás y que, sin sorprenderse al grito de la patria que la convocaba a las armas, se aprestó a cumplir su deber con ánimo resuelto y con alegre generosidad. No nos toca ahora responder al llamado de la patria en idéntica forma, pero es indudable que del esfuerzo de la juventud de hoy depende el que sea definitivo el resurgimiento de nuestro amado Perú. Importa, pues, que con decisión y constancia colaboremos en esta obra y queándonos cuenta de la responsabilidad que pesa sobre los jóvenes de hoy trabajemos en la tarea de nuestra propia formación y en la adquisición de las virtudes sin las cua-

les es imposible llegar a ser hombre de carácter, útil a la sociedad y capaz de cualquier sacrificio.

Para conseguirlo ningún otro guía mejor que San Luis Gonzaga, el cual desde su trono de gloria muestra a las juventudes de ayer como a las de hoy la senda luminosa por donde se llega a la perfección en la tierra y a la gloria en el cielo.

BV4254.S5 V29
Sembrando la semilla; oraciones y

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00217 1926

